

LA CIENCIA TOMISTA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

ENERO-FEBRERO 1917. — NÚMEROS 43.

El verdadero virtual revelado o teológico, según Santo Tomás.

Por *virtual revelado* o por verdadera y propia y rigurosa *conclusión teológica* se ha entendido siempre «lo deducido de, o contenido en el depósito revelado como *proprietas in essentia* o como *effectus in causa*».

El ejemplo clásico de tal virtualidad o conclusión teológica ha sido siempre y es: «Christus est homo: omnis homo est risibilis: ergo Christus est risibilis». Siendo lo virtualmente revelado, según todos los teólogos, el constitutivo específico o esencial de la sagrada teología y su distintivo específico o esencial de la fe divina, es de suma importancia penetrar el verdadero sentido de las palabras «*essentia*» y «*proprietas*» que entran en la definición misma de la virtualidad revelada. Solamente así se podrá formar idea exacta de la esencia de la *teología* y de la *fe*, lo mismo que de la *infallibilidad* ⁽¹⁾.

(1) A lo que hoy llamamos inmediata o formalmente revelado y mediata o virtualmente revelado lo designa Santo Tomás, desde las primeras páginas de la *Summa Teológica*, con los nombres respectivamente de *revelado* divino y *revelable* divino, siendo el primero el objeto formal de la fe divina, y el segundo el objeto formal de la Sagrada Teología: «Quia igitur *Sacra Scriptura* considerat aliqua secundum quod sunt divinitus *revelata*, omnia divinitus *revelabilia* communicant in una ratione hujus *scientiae*» (*D. Thomas*, *Summa Theologica*, p. 1, q. 1, art. 3). «Ubi Divus Thomas pro *Scriptura* ponit *immediate revelata*, quia ea quae *Scriptura* tradit sunt *credita* de fine; pro *scientia* autem *theologica* ponit *revelabilia* quae sunt *potentia* vel *virtute* *revelata*» (*Juan de Santo Tomás*, *Cursus theologicus*, q. 1, disp. 2, art. 1). Ser *revelable* divino o ser *revelado* *virtual* o *potencial* significa, para Santo Tomás, ser *escible* o *cognoscible* por la luz *misma* (principios *objetivos*) de la divina revelación, pues la revelación misma (*objetiva*) es

TRIPLE SENTIDO DE LA PALABRA «ESENCIA».—En todo sér podemos distinguir tres cosas: primera, la esencia o predicados esenciales que entran en su definición; segunda, las propiedades de la esencia; tercera, los accidentes adquiridos. Los antiguos las denominan con Aristóteles: *essentia, proprium, accidens*.

Cuando de una cosa conocemos o consideramos solamente los predicados esenciales que entran en su *definición*, pero no sus propiedades o accidentes, tenemos la *esencia pura* o en abstracto. Cuando consideramos o conocemos no solamente esos predicados esenciales, sino también sus propiedades o predicados *connatura-*

el medio formal de conocimiento de la Sagrada Teología. Et similiter ea quae in diversis scientiis philosophicis tractantur, potest Sacra Doctrina una existens considerare sub una ratione *formali*, in quatum scilicet sunt *divinitus revelabilia* (D. Thomas, loco citato, ad 3) «Scilicet prout sunt *divino lumine cognoscibilia* (D. Thomas, loco citato, art. 4). Formalis ratio objecti Theologiae, ut objectum est, est hoc quod dico *revelabile vel cognoscibile lumine divinae revelationis* (Capreolo, in 1 Sent. Prologus., q. 1). «Medium divino lumine fulgens *scibile theologicum* constituit» (Cayetano, in Summam Theologicam, p. 1, q. 1, art. 2). Que se entienda por *propriadamente escible* o cognoscible, a diferencia de *creible*, y que se entienda, por consiguiente, por ciencia teológica *propriadamente* tal a diferencia de la fe, nos lo enseña el mismo Santo Doctor: «Ubi notandum est quod cum scientia sit conclusionum, intellectus autem principiorum, *proprie scibilia* dicuntur *conclusiones* demonstrationum in quibus *passiones* (propiedades) praedicantur de propriis subjectis» (D. Thomas, in Post. Analyt., lib. 1, lect. 9). De aquí ha salido la definición clásica de la verdadera y propia teología y de la verdadera y propia conclusión teológica, «las conclusiones contenidas en, y deducidas de, el depósito revelado como *proprietas in essentia*». Hacer ver el verdadero sentido tomista de esta *definición* de la Sagrada Teología, y, por lo tanto, de la *esencia* de la Teología es lo que nos proponemos en este artículo.

Quizá alguno, en estos tiempos anti-intelectualistas de Le Roy y Bergson, se extrañe de que nos entretengamos tanto en hablar de *propiedades* o *pasiones* del sér, y de que continuemos tomando como tipo de la verdadera y propia teología la *risibilidad* de Jesucristo, y califique todo esto de cosas anticuadas o «pura escolástica», como dicen muchos. Quien así piense, mostrará, a juicio nuestro, no haber penetrado de la teología escolástica, y especialmente de la perenne e inmortal teología de Santo Tomás, más que la corteza. Bajo esos nombres de *propiedad* o *pasión*, Santo Tomás comprendía también *cualquier* predicado o afirmación o verdad que la razón humana pueda deducir del depósito revelado, esto es, cualquier desarrollo intelectual de la revelación primitiva o dato revelado. «*Passiones etiam dicuntur quaecumque de alio praedicari possunt, sive negationes sive habitudines* (relaciones) ad alias res. Et talia multa de Deo (depósito revelado) probari possunt et ex principiis naturaliter notis et ex principiis fidei» (D. Thomas, in Boetium, de Trinitate, q. 2, art. 2, *Utrum de divinis, quae fidei subsunt, possit esse scientia*, ad 3). La «risibilidad», pues, en el ejemplo clásico no es más que un *tipo* de todo predicado o afirmación *relacionado* con el depósito revelado, y el problema es determinar la naturaleza de esa relación y ver si es humana o divina, si es teológica, eclesiástica o dogmática. En este problema, pues, de *pasiones* o *propiedades* del contenido del depósito de la revelación, veía y abarcaba y trazaba con mano segura Santo Tomás el cauce, leyes y extensión del *progreso* teológico y dogmático, llamado hoy día por los modernistas *evolución* dogmática.

les, pero no sus accidentes adquiridos o adquisibles, tenemos la esencia en estado *connatural* o *íntegro* o *sin defecto*. Cuando consideramos o conocemos no solamente sus predicados esenciales y sus propiedades connaturales, sino también con los accidentes o perfecciones adquiridas o adquisibles por tal naturaleza, tenemos la esencia en estado *perfecto* o perfectísimo.

Así, por ejemplo, la esencia *pura* o en *abstracto* del hombre la constituyen los predicados «animal» y «racional» o «cuerpo» y «alma racional» que entran en las definiciones metafísica y física de la esencia humana: la esencia en estado *connatural* o *íntegro* o *sin defecto* la constituyen no solamente esos predicados esenciales, sino también todas las propiedades connaturales del hombre, sean propiedades del alma, del cuerpo o del compuesto, tales como la inteligencia, la voluntad, la libertad, la risibilidad, los sentidos interiores y exteriores, la cantidad, gravedad, corruptibilidad, etcétera, etc. La esencia, en fin, en estado *perfecto*, la constituyen no solamente los predicados esenciales y connaturales, sino también las perfecciones accidentales de que el hombre es capaz, tales como la ciencia y la virtud en el alma, la hermosura y vigor en el cuerpo, etc.

No se olviden esos tres estados de la esencia: esencia *pura*, esencia *connatural*, esencia *perfecta*. Son tres estados bien distintos y graduados entre sí. El tercero incluye al segundo, y el segundo incluye al primero. A su vez el primero abstrae o puede abstraer del segundo y el segundo del tercero.

COROLARIO IMPORTANTÍSIMO. — Al revelarnos, pues, Dios que *N. es hombre*, ha podido hacerlo en tres sentidos distintos: primero, revelándonos que *N. tiene la esencia pura* o verdadera de hombre, pero sin decirnos expresa ni tácitamente nada sobre si esa esencia está o no en estado *connatural* o *íntegro* o *sin efecto*; segundo, revelándonos que *N. tiene no sólo la esencia pura* de hombre, sino también la esencia en estado *connatural* o *íntegro* o *sin defecto*, que es el estado en que ordinariamente existe la esencia humana pero sin decirnos expresa ni tácitamente nada sobre si esa esencia está o no en el estado perfecto que le dan al hombre las perfecciones accidentales o adquiridas; tercero, revelándonos que *N. no sólo tiene la esencia pura* y la esencia *connatural*, sino también la esencia *perfecta* o perfectísima de hombre con todas o con parte de las perfecciones de que el hombre es capaz. La misma palabra *hombre* o *verdadero* hombre tendrá o podrá tener en la revelación tres sen-

tidos muy diferentes, según se entienda de hombre *puro*, *connatural* o *perfecto*, y en cada uno de esos tres sentidos que la palabra hombre puede tener en la revelación, las *consecuencias* serán muy distintas. Lo mismo que hemos dicho de la palabra *hombre*, se debedecir de cualquiera otro predicado contenido en el depósito revelado.

Determinar o fijar o definir el *sentido* de la revelación es la función propia y *primaria* de la infalibilidad de la Iglesia: deducir las consecuencias del sentido revelado y definido por la Iglesia es la función propia de la *ciencia sagrada* que llamamos *teología*, la cual parte, en cuanto *ciencia*, del sentido de la revelación fijado o definido por la Iglesia.

DOBLE SENTIDO DE LA PALABRA «PROPIEDAD». — Para comprender bien el «virtual» revelado o conclusión teológica que se define, como ya dijimos, «lo deducido del depósito revelado como *propiedades ex essentia*», no basta comprender los tres diferentes sentidos en que puede tomarse la «esencia», sino que es preciso también comprender y distinguir bien el doble sentido de la palabra «propiedad».

Hay dos géneros de propiedades: propiedades *radicales*, que también suelen llamarse *aptitudinales*, *esenciales* o *metafísicas*, y propiedades *actuales* que reciben también el nombre de *accidentales* o *físicas*. Las primeras son, según todos, realidades esenciales identificadas realmente con la esencia misma de la cosa o que jamás, ni por virtud divina, pueden separarse de la esencia. Las segundas, según la opinión más común (que nosotros seguimos y *suponemos* en todo este artículo), se distinguen realmente de la esencia y son separables de ella, al menos por virtud divina.

Estos dos géneros de propiedades son fáciles de distinguir. Una cosa es, por ejemplo, la risibilidad radical o capacidad esencial de reír, y otra la risibilidad actual o de hecho. Una cosa es la capacidad radical de ver que la tiene el ciego mismo, y no la piedra, y otra la capacidad actual de ver de que carece el ciego como la piedra. Una cosa es la pecabilidad radical, que la posee toda pura criatura, incluso la Inmaculada Madre de Dios, y otra cosa es la pecabilidad o pecado de hecho. Una cosa es la capacidad o exigencia natural de morir, y otra cosa es la mortalidad o muerte de hecho. Una cosa es la capacidad de quemar, que la tuvo hasta el fuego del horno de Babilonia, y otra cosa es el quemar de hecho. Una cosa es la exigencia o débito de contraer el pecado original, y otra cosa el contraerlo de hecho. Una cosa es la inherencia aptitudinal del accidente en su sujeto, y otra la inherencia actual o de

hecho. Una cosa es la impenetrabilidad radical de dos cuerpos, y otra la impenetrabilidad de hecho. Una cosa es la exigencia radical de extensión local u ocupación de lugar, y otra la ocupación de hecho. Una cosa es la exigencia radical en toda naturaleza humana de ser determinada por una personalidad o hipóstasis humana, y otra su terminación de hecho. Y así podrían ponerse infinitos ejemplos ⁽¹⁾.

No se olvide, pues, que toda propiedad o atributo o predicado puede tomarse en dos sentidos: primero, en sentido radical o aptitudinal o metafísico o esencial; segundo, en sentido actual o físico o accidental. En el primer sentido son, o suponemos que son, idénticas realmente con la esencia de la cosa o inseparables en absoluto de ella. En el segundo sentido son, o suponemos que son, distintas realmente de la esencia, y, en absoluto, separables de ella.

DIVERSOS RACIOCINIOS DE LA ESENCIA A LA PROPIEDAD. — Teniendo la palabra «esencia» tres sentidos diferentes, y la palabra propiedad dos, resultan seis combinaciones o raciocinios de la esencia a la propiedad: tres de combinar los tres sentidos de la esencia con el primer sentido de la propiedad, y otros tres de combinar los mismos tres sentidos de la esencia con el segundo sentido de la propiedad. Así, por ejemplo, si tomamos como modelo de esencia la esencia del «hombre» (hombre en cuanto a su esencia *pura* o en abstracto: hombre en cuanto a su estado *connatural*, y hombre en todo *perfecto*), y por modelo de propiedad la «risibilidad» (risibilidad *radical* y risibilidad *actual*), resultan los seis siguientes tipos de raciocinio:

Primero. N. es hombre (con esencia *pura* o en abstracto), luego es *radicalmente* risible.

(1) Los tomistas han distinguido siempre y con sumo cuidado el carácter *esencial* de las propiedades radicales o metafísicas, y el carácter *accidental* de las propiedades físico-actuales o formales. «Homini *essentialiter* convenit risibilitas radicalis; formalis (la actual) vero *accidentaliter*» (Juan de Santo Tomás, *Cursus Theolog. De Virtutibus*, disput. 17, art. 3, n. 14). Santo Tomás, que suele poner también la «risibilidad» como modelo o tipo de propiedades, la usa en sentido metafísico-esencial o en sentido físico-accidental, según la materia de que trate. «Unde hujusmodi ens per participationem non potest esse quin sit causatum, sicut et homo quin sit *risibilis*» (D. Thomas, *Summa Theolog.*, p. 1, q. 44, art. 1, ad 1). «In una quaque re, aliud est quod pertinet ad *essentiam* ejus, aliud est *proprium* accidens ipsius; sicut in homine aliud est quod est *animal mortale*, aliud quod est *risibile*» (D. Th., *Summa Theolog.* 1-2, q. 2, art. 6.) Como se ve, en el primer lugar toma el Santo Doctor el «risibilis» en sentido metafísico y esencial, y en el segundo en sentido físico-accidental. Para salvar la verdad de la revelación de la *esencia pura*, bastan los predicados o propiedades esenciales; pero para sal-

Segundo. N. es hombre (con esencia en estado *connatural*), luego es *radicalmente* risible.

Tercero. N. es hombre (con esencia en estado *perfecto*), luego es *radicalmente* risible.

Cuarto. N. es hombre (con esencia *pura* o en abstracto), luego es *actualmente* risible.

Quinto. N. es hombre (con esencia en estado *connatural*), luego es *actualmente* risible.

Sexto. N. es hombre (con esencia en estado *perfecto*), luego es *actualmente* risible.

No caben más tipos de raciocinio entre la esencia y la propiedad, y todo otro tipo se reduce a uno de esos seis.

En nuestros artículos anteriores, hemos visto que todos esos raciocinios, excepto el cuarto, eran verdaderas y propias y rigurosas *conclusiones teológicas*, por tratarse de conclusiones *virtualmente* distintas de la mayor y estar *necesariamente conexas* con ella, o sea con el depósito revelado. Hemos visto que eran objeto de la *infallibilidad* de la Iglesia por la misma razón, esto es, por estar *necesariamente conexas* con la mayor revelada, de donde se deducen, o sea con el depósito revelado. Hemos visto que eran *definibles de fe divina*, por estar *realmente incluídas* en la mayor revelada, o, lo que es lo mismo, por ser *realmente idénticas* (aunque virtualmente distintas) con la mayor revelada o depósito revelado ⁽¹⁾.

En el presente artículo vamos a examinar más detenidamente el raciocinio cuarto, o sea el paso de la esencia *pura* o en abstracto a la propiedad *físico-actual*. Este es el raciocinio o virtud en que desde Suárez se viene haciendo consistir la verdadera, propia y

var la verdad de la revelación de la esencia *perfecta* se requieren todos los predicados, no sólo metafísicos o esenciales, sino también físico-accidentales. «Ad hoc quod aliquid sit *perfectum* et bonum necesse est quod formam (la esencia) habeat et ea quae praexistunt et quae consequuntur (propiedades accidentales) ad ipsam» (D. Thomas, Summa Theolog., p. 1, q. 5, art. 1).

(1) Véase nuestro último artículo en el número de LA CIENCIA TOMISTA, correspondiente a septiembre-octubre de 1916, páginas 14 y siguientes. Los ocho raciocinios o conexivos que allí distinguimos, son los mismos seis que distinguimos aquí. El que allí señalamos como *octavo conexo*, aquí es el cuarto. No estará de más el recordar que las *propiedades* del sér, que los antiguos también llamaban *pasiones*, reciben el nombre de *atributos*, hablando de Dios. Como en Dios ningún atributo o propiedad es *realmente* (aunque sí *virtualmente*) distinto de su esencia, resulta que todos son atributos *esenciales* o metafísicos. Por lo tanto, como veremos, el raciocinio de la esencia revelada de Dios a cualquiera de sus atributos, o de un atributo revelado a otro, es propia y rigurosamente *teológico*, por ser paso de una cosa revelada a su propiedad esencial o metafísica. La conclusión en tales raciocinios, además de ser propia y rigurosamente teológica, es *definible*

rigurosa conclusión teológica, echando al departamento formal y per se de la fe divina todos los otros virtuales o racionios, por creerlos virtuales impropios y formalmente de fe aun sin definición de la Iglesia, y no dejando como virtual propio o como rigurosa y específica conclusión teológica más que ese virtual o racionio cuarto en que de la esencia pura o en abstracto se trata de deducir incondicionalmente la propiedad físico-actual. El nombre más apropiado de este racionio o virtual, que podríamos llamar *Sua-reciano*, es el de *físico-abstracto*. *Físico*, porque en él se tratan de deducir las propiedades *físico-actuales*, no las radicales o metafísicas o esenciales. *Abstracto*, porque para deducirlas se parte de la esencia *pura* o en *abstracto*, no de la esencia en estado connatural o perfecto.

Vamos en este artículo a tratar de hacer ver que, a juicio nuestro, este racionio físico-abstracto no es riguroso racionio *teológico*, que no es verdadera conclusión *teológica*, que no concluye en *teología*, que no es *virtual teológico* o revelado, que no está *necesariamente conexo* con la mayor revelada o depósito revelado de que se trata de deducirlo. Y si no es virtual revelado o *teológico*, si no está *necesariamente conexo* con el depósito revelado, mucho menos será objeto de la *infalibilidad*, y menos aún definible de *fe divina*. Esta aserción nuestra parecerá a muchos chocar contra cuanto, desde Suárez, se viene diciendo en la mayoría de los manuales teológicos; pero creemos que no es difícil dar de ello una demostración concluyente y hacer ver que en toda esta cuestión no hay más que una confusión entre la esencia pura o en abstracto y la esencia connatural o perfecta.

TRES PRENOTANDOS.—Recordemos, en primer lugar, que en este racionio físico-abstracto se trata de deducir, como conclusión, no las propiedades metafísicas, o esenciales, o aptitudinales, o radicales, sino las propiedades físico-actuales, y que *suponemos* que estas propiedades físico-actuales son *realmente distintas* de la esencia y, en absoluto, o por virtud divina, *separables* de ella. Si supusiéramos lo contrario, esto es, que la propiedad físico-actual de que tratamos no es realmente distinta de la esencia, o que no es separable de ella ni aun por virtud divina, entonces estábamos fuera del caso, pues en esa suposición, no sólo sería tal conclusión

de fe divina, por tratarse de cosas *realmente* idénticas o incluídas. No es, sin embargo, de suyo o sin definición de la Iglesia, de fe divina, sino de teología, por tratarse de cosas *virtualmente* distintas.

verdadera conclusión teológica y objeto de infalibilidad, sino que sería definible de fe divina, según la doctrina tomista, y aun según Suárez y Lugo.

Recordemos, en segundo lugar, que para deducir tales propiedades realmente distintas y, en absoluto, separables, partimos de la esencia en estado puro o en abstracto, esto es, *suponemos* que Dios no nos ha revelado más sino que N. tiene tal esencia,* pero sin decirnos una palabra, ni expresa ni implícitamente, sobre si tal esencia está en estado connatural o preternatural, en estado íntegro o manco, en estado perfecto o imperfecto. Concedemos, pues, que a la Iglesia toca el interpretar y definir infaliblemente el sentido de la revelación; y si la Iglesia, por la tradición, por los antecedentes y consiguientes o por *cualquier* otro medio define que el sentido de la revelación no es la esencia pura, sino la esencia en estado connatural u ordinario o estado perfecto, estamos también fuera del presente caso. El caso presente es cuando el sentido de la revelación o de la mayor del raciocinio teológico, es *solamente* la esencia pura o en abstracto, y de esa mayor revelada tratamos de deducir, por *raciocinio*, la propiedad físico-actual, mediante una menor de *necesidad física*.

Recordemos, en tercer lugar, que tratamos de deducir no una conclusión *condicionada*, sino una conclusión simple o absoluta. Esto es, supuesto que sepamos por revelación que N. es hombre (esencia pura o en abstracto), no tratamos de deducir «luego N. es risible, *si* está en estado connatural», sino que se trata de deducir de este modo: «luego N. es risible». Si tratáramos de deducir la conclusión condicionada, estábamos también fuera del caso, pues deducir que «N. es risible *si* está en estado connatural», se convierte en esta otra: «N. está en estado connatural: luego es risible», lo cual ya no es el raciocinio cuarto o físico-abstracto de que ahora tratamos, sino el raciocinio quinto, del cual no sólo concedemos que es teológico, sino que es definible de fe divina.

Hechos estos prenotandos que, aun a riesgo de que se nos tilde de repetir demasiado, los hemos creído indispensables, dada la delicadeza de la cuestión, vamos a aducir las pruebas en que nos apoyamos para creer que el raciocinio físico-abstracto no concluye en *teología*, ni puede, por lo tanto, ser ni llamarse verdadera *conclusión teológica*, a no ser en el sentido lato en que se llama conclusión no sólo a lo demostrativo o concluyente, sino también a lo incierto y probable.

PRIMERA Y FUNDAMENTAL RAZÓN.—Es un axioma en lógica que de lo verdadero nunca puede seguirse o concluirse lo falso, o que si una conclusión es falsa, tiene que ser o porque alguna de las premisas es *falsa* o porque el raciocinio está *mal hecho*. Examinemos, pues, uno o varios raciocinios de verdadero virtual físico-abstracto, esto es, raciocinios en que, sabiendo por revelación la esencia pura o en abstracto de una cosa, se trate de deducir en la conclusión una propiedad físico-actual mediante una menor de necesidad física.

Por revelación sabemos que el cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía es *verdadero* cuerpo; que los accidentes eucarísticos son *verdaderos* accidentes; que el fuego del horno de Babilonia era *verdadero* fuego, etc., etc. Por ciencia física sabemos con plena certeza o necesidad física que todo cuerpo tiene extensión local u ocupación de lugar; que todo accidente tiene inherencia actual en el sujeto; que todo fuego, debidamente aplicado, quema de hecho, etcétera. Sean, pues, los siguientes raciocinios:

1.º El cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía es verdadero cuerpo: es así que todo cuerpo ocupa de hecho lugar: luego el cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía ocupa de hecho lugar.

2.º Los accidentes eucarísticos son verdaderos accidentes: es así que todo accidente tiene inherencia actual en el sujeto: luego los accidentes eucarísticos tienen inherencia actual en el sujeto.

3.º El fuego del horno de Babilonia era verdadero fuego y aplicado en las debidas condiciones: es así que todo verdadero fuego y bien aplicado quema de hecho: luego el fuego del horno de Babilonia quemó de hecho.

4.º El fuego del infierno o del purgatorio es verdadero cuerpo: es así que nada corporal puede atormentar ni aprisionar a un espíritu: luego el fuego del infierno o del purgatorio no atormenta ni aprisiona a los espíritus.

5.º Elías fué verdadero hombre: es así que todo hombre muere de hecho: luego Elías ha muerto de hecho.

6.º Jesucristo es verdadero hombre: es así que todo hombre es persona humana y es concebido por obra de varón: luego Jesucristo es persona humana y concebida por obra de varón.

7.º La Santísima Virgen es descendiente de Adán y concebida por obra de varón: es así que, en esas condiciones, se contrae de hecho la culpa original: luego la Santísima Virgen contrajo de hecho la culpa original.

8.º Jesucristo y su Santísima Madre murieron real y verdade-

ramente: es así que ningún muerto resucita o vuelve a la vida: luego ni Jesucristo ni la Virgen resucitaron, etc., etc., etc.

Fíjese cualquiera bien en todos esos raciocinios. Son verdaderos raciocinios de virtual físico-abstracto. En la mayor sabemos por revelación la *esencia*; en la menor sentamos un principio físicamente necesario o cierto. La conclusión, sin embargo, lejos de ser verdadera *conclusión teológica*, lejos de tener *certeza teológica*, lejos de tener *necesidad o conexión teológica*, es un *error teológico*. Luego el virtual físico-abstracto no es verdadera conclusión teológica, no tiene certeza teológica, no tiene necesidad teológica, no tiene conexión necesaria con lo *teológico*; esto es, con lo *divino*; esto es, con la mayor *revelada* o depósito revelado.

Estamos seguros que cualquiera que, sin preocupaciones o ideas preconcebidas, reflexione atentamente sobre esos raciocinios y no se deje ilusionar por consideraciones que sean *ajenas* a su valor intrínseco, comprenderá pronto la diferencia radical que existe entre la *física* y la *teología* y que el raciocinio físico-abstracto no tiene valor alguno demostrativo en *teología*.

En efecto, todos esos raciocinios que acabamos de citar son verdaderos raciocinios o virtuales físico-abstractos, y, sin embargo, lejos de concluir en teología, conducen a conclusiones falsas. Es principio evidente que la falsedad de una conclusión procede siempre de una de esas dos fuentes: o de que alguna de esas premisas es falsa, o de que el silogismo está mal hecho. En los silogismos citados ninguna de las premisas es falsa, pues las mayores son reveladas y las menores son físicamente ciertas. Luego es que esos silogismos están mal hechos; esto es: luego es que no está bien hecho en teología un silogismo en que la mayor expresa solamente la esencia pura o en abstracto y la menor no es menor esencial, sino de pura conexión física. Y como en eso, precisamente, consiste el virtual físico-abstracto, resulta, evidentemente, que tal virtual *no concluye* en *teología*, no es conclusión teológica demostrativa.

UNA EVASIVA.—No se le ocurra a nadie el contestar que esos raciocinios no son concluyentes, o que esas conclusiones son falsas, *porque* sabemos, por *revelación*, lo contrario de esas conclusiones. En primer lugar, esa sería una contestación propia de *simples* fieles, no de verdaderos filósofos o teólogos, como observa muy bien a otro propósito similar Báñez con el Cardenal Cayetano⁽¹⁾. En se-

(1) Como una verdad no puede oponerse a otra verdad, y los dogmas por Dios reve-

gundo y principal lugar, esas conclusiones no son falsas, *porque* Dios ha revelado lo contrario; sino viceversa, Dios ha revelado lo contrario, *porque* eran falsas. Su falsedad intrínseca no es causada por la revelación, sino por su falta de enlace necesario con los principios o premisas de que se quiere deducirlas. Dios pudo, seguramente, habernos revelado solamente las mayores de esos raciocinios, y no habernos dicho aun palabra sobre las conclusiones, y, sin embargo, tales conclusiones seguirían siendo tan falsas como lo son. Pudo Dios habernos revelado la presencia real del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía y haberse callado sobre si tiene o no extensión local. Pudo habernos revelado la existencia real de los accidentes, sin decirnos nada sobre su inherencia. Pudo habernos revelado la muerte de la Santísima Virgen y no decirnos nada sobre su resurrección. Pudo habernos revelado el hecho de haber sido echados los tres niños al horno de Babilonia, sin habernos dicho nada sobre si el fuego los quemó o no. Pudo haberse callado todos esos hechos sobrenaturales o en que el estado *connatural* de la esencia queda suspendido por voluntad divina, como se habrá callado sobre tantos otros hechos sobrenaturales de su sobrenatural providencia; y, sin embargo, los hechos seguirían siendo tan verdaderos que nosotros los conociéramos o no, y los raciocinios y conclusiones físico-abstractos en que se niegan esos he-

lados son *verdades infalibles*, resulta, dice Santo Tomás, que ninguna pretendida demostración o conclusión contra el dogma es verdadera demostración ni conclusión, sino que es una falacia o falso argumento que admite *solución*: «Cum enim fides infallibili veritati innitatur, impossibile autem sit de vero demonstrare contrarium, manifestum est, probationes quae contra fidem inducuntur, non esse demonstrationes sed *solubilia argumenta*.» (D. Thomas, *Summa Theologica*, p. 1, q. 1, art. 8.) Comentando esas palabras de *solubilia argumenta*, dice Báñez: Hay dos maneras de resolver una objeción contra el dogma: primera, diciendo que no concluye, porque Dios ha revelado lo contrario, pero sin mostrar en qué está el defecto interno de la objeción o argumento; segunda, mostrando dónde está el flaco del argumento u objeción. La primera manera de resolver es propia, dice Báñez, de gente de poco pelo, *cujuslibet fidelis*, e impropia de un teólogo; la segunda, dice, es la propia del teólogo. «Primi generis solutiones *non sunt theologales*, sed *cujuslibet fidelis* est sic respondere. At vero reliquae *theologicae sunt*.» (Báñez, in locum citatum, D. Tomae, *circa tertiam conclusionem articuli*.) Y lo mismo se expresan Cayetano y los demás comentaristas. Examine, pues, cualquiera esos ocho ejemplos o argumentos que hemos puesto de virtual físico-abstracto y trate de averiguar por qué conducen a conclusiones falsas, y en seguida verá que es por afirmarse en la mayor solamente la *esencia* pura de un individuo y querer sacar en la conclusión su propiedad *actual* físico-distinta. En eso está precisamente el *defecto* intrínseco que hace que ese argumento concluya mal, y en eso precisamente consiste la esencia del virtual físico-abstracto. En cambio, si en la mayor pusiésemos la *esencia* pura y en la conclusión la propiedad esencial, o si en la mayor pusiésemos la *esencia connatural* o perfecta y en la conclusión la propiedad actual, el argumento concluiría perfectamente.

chos, continuarían siendo tan falsas sin su revelación, como sabemos que lo son por revelación. La revelación no cambia el valor del raciocinio: no hace más que hacernos conocer lo que ya era verdadero o falso, y que quizá sin revelación no lo conoceríamos o no lo conoceríamos tan bien. El raciocinio, pues, físico-abstracto no conduce ni puede conducir a conclusiones *teológicamente ciertas*, no concluye en teología.

¿POR QUÉ TALES RACIOCINIOS NO CONCLUYEN EN TEOLOGÍA?—Esos raciocinios no concluyen en teología ni en metafísica sencillamente porque están *mal hechos*; porque bajo la apariencia de una forma intachable, constan en el fondo de *cuatro pies*. En la mayor de esos raciocinios sólo se afirma la *esencia* pura o en abstracto, esencia que abstrae del orden natural o preternatural, del estado íntegro o del estado defectuoso, del estado perfecto o imperfecto. Sólo y únicamente se afirma en esas mayores la *esencia*. En cambio, en las menores se asienta una afirmación que no es verdadera de la *esencia* en todo estado, sino sola y exclusivamente de la *esencia* en estado *connatural*, no en el estado sobrenatural. Esos argumentos tienen, pues, cuatro pies. El término medio no se toma en el mismo sentido en la mayor y en la menor: en la mayor se toma en un sentido *esencial* o abstracto, y en la menor está tomado, no en el sentido esencial, sino en el sentido *connatural*. Consta el raciocinio de cuatro términos, en vez de tres. No es extraño que no concluya.

¿POR QUÉ CONCLUYEN EN FÍSICA?—Porque en física, *tal como el físico los entiende*, están bien hechos. En física no hay premisas *esenciales* o *abstractas* de natural y sobrenatural. En física, por su objeto formal mismo, toda premisa y toda afirmación es tomada o supuesta por el físico en sentido *connatural*. El físico, en cuanto físico, ignora el sobrenatural. Cuando la física y el físico dicen «N. es hombre», toman la palabra «hombre», no en sentido esencial o abstracto, sino en sentido *connatural*: toman la *esencia* en cuanto sujeta a y regida por las leyes físicas o naturales. El punto de partida del físico no es la *esencia*, sino la *natura*. Tomada y entendida así la *esencia* en la mayor del raciocinio, la menor es intachable. En esa menor se dice que *toda* *esencia* (esto es, suponiéndola *connatural*, como la supone el físico) tiene siempre e indefectiblemente las propiedades actuales. La conclusión, en ese supuesto de *connaturalidad* de que siempre parte y que siempre sobreentiende el físico, es correctísima. La conclusión no tiene más sentido que «N. será risible *en el supuesto* (punto de partida del físico)

que se cumplan las leyes naturales o que se verifique el estado *connatural*. Pero, como se ve, el raciocinio, en ese *supuesto*, ya no es físico-abstracto, sino físico-connatural; ya no es el cuarto modelo que pusimos de raciocinio, sino el quinto. El raciocinio, pues, físico-abstracto no concluye en teología; y si en física concluye, es porque deja de ser físico-abstracto, por estar limitada la pobre física al estado natural o connatural, y no poder elevarse hasta el estado sobrenatural o abstracto en que se mueven, respectivamente, la teología y la metafísica.

¿DÓNDE ESTÁ EL DEFECTO TEOLÓGICO DEL RACIOCINIO FÍSICO-ABSTRACTO?—Para ver claramente dónde está el defecto de tales argumentos teológicos, no hay más que fijarse en el término *medio* «hombre», que es el predicado de la mayor y sujeto de la menor. En esta mayor sólo se dice, o suponemos que sólo se dice, que «N. es hombre esencialmente», o que tiene la verdadera esencia del hombre. La palabra «hombre», tomada *esencialmente*, no determina ninguno de los estados en que la esencia humana puede encontrarse, sino que abstrae de todos los estados. Tan esencialmente hombre es el hombre en estado natural como su estado preternatural o sobrenatural, en estado integro como en estado manco o defectuoso, en estado perfectísimo como en estado imperfecto, con todas las propiedades *actuales* o sin ellas. Pudiendo, pues, el hombre tener todos esos estados, sin perder la *esencia* de hombre, en la mayor del raciocinio suponemos que sólo se afirma la esencia y que se abstrae por completo del *estado*. Pero luego en la menor se dice que «*todo* hombre tiene las propiedades actuales». Esa frase «*todo* hombre», ¿por quién supone? ¿Supone acaso por todo hombre tanto en estado natural como en estado sobrenatural, tanto bajo las leyes ordinarias de la naturaleza como bajo la acción milagrosa de Dios? *No*. En ese sentido, esa menor, lejos de ser verdadera, sería una grandísima falsedad, sería el error racionalista, sería la negación misma del sobrenatural.

Cuando en esa menor decimos, pues, que *todo* hombre tiene estas o las otras propiedades actuales, que *todo* accidente tiene inherencia actual, que *todo* fuego quema, que *todo* muerto continúa muerto, que *todo* cuerpo ocupa lugar y es impenetrable, que *toda* naturaleza humana tiene personalidad humana, etc., etc., lo decimos de *todo* sér con tal que esté en estado *connatural*, con tal que Dios no haya intervenido por un acto sobrenatural. Luego o la conclusión debemos deducirla en forma condicional, esto es, «N. es risi-

ble con tal que Dios no haya intervenido», y entonces ya hemos salido del raciocinio físico-abstracto; o si la deducimos en forma absoluta e incondicional, sacamos en la conclusión una cosa que no está en las premisas.

También puede verse claramente el defecto teológico de esos raciocinios físico-abstractos fijándose en cómo los concede el físico y en cómo los distingue todo teólogo. Si a un físico le proponemos el siguiente argumento: «Los accidentes eucarísticos son verdaderos accidentes: es así que todo verdadero accidente tiene inherencia en el sujeto: luego los accidentes eucarísticos tienen inherencia en el sujeto», el físico contestará: *concedo totum*, y, *en cuanto físico*, habrá contestado bien. En cambio, si proponemos a un teólogo ese mismo raciocinio o argumento, el teólogo debe distinguir y distinguirá inmediatamente la menor y la conclusión en la siguiente forma: «Tienen inherencia en el sujeto», *distingo*; inherencia *aptitudinal*, concedo; inherencia *actual*, subdistingo; si están en estado *connatural*, concedo; si no están en estado connatural, sino sobrenatural o milagroso, NIEGO.

Esta distinción elemental que hace y tiene que hacer todo teólogo, muestra con evidencia tres cosas: primera, que el argumento en que de la esencia de una cosa se deducen sus propiedades *aptitudinales* o radicales o esenciales, debe *concederse* en teología, o sea, es *conclusión teológica*; segunda, que el argumento en que de la esencia se deducen sus propiedades *actuales* bajo *condición* de que esa esencia esté en estado *connatural* o *secluso miraculo*, debe también *concederse* en teología, o sea, es *conclusión teológica*; tercera, que el argumento en que de la esencia sola de una cosa se trata de deducir las propiedades *actuales* de un modo *incondicional*, debe *negarse* en teología, o sea, *no es verdadera conclusión teológica*. Esas tres afirmaciones encierran nuestra opinión y creemos que la verdadera doctrina tomista sobre la naturaleza del raciocinio físico-abstracto.

LA LLAMADA «NECESIDAD FÍSICA».—Pero dirá alguno: la necesidad física, ¿no es acaso verdadera necesidad? *Sí*. La necesidad física es verdadera necesidad, pero necesidad *física*, no metafísica ni teológica; como la necesidad moral es verdadera necesidad, pero necesidad *moral*, no física ni metafísica.

La palabra necesidad, como ya lo notó el Cardenal Cayetano ⁽¹⁾,

(1) «*Necessitas enim propositionum, de qua posterioristicus loquitur, ex materia su-*

no es un término *unívoco*, sino *análogo*, que no se aplica ni puede aplicarse por igual a todos los órdenes de seres o ciencias. Una cosa «moralmente necesaria», o que es necesaria en *moral*, no es físicamente necesaria, sino que es *contingente* o incierta en *física*. Una cosa «físicamente necesaria», o necesaria en física, no es necesaria en *metafísica*, y mucho menos en *teología*, sino que en teología o metafísica es *contingente* o incierta. Puede, pues, una cosa *concluir* en moral y no en física; puede *concluir* en física y no en metafísica y en teología. Puede ser conclusión verdadera o cierta en moral y ser conclusión incierta o probable (que es lo mismo que no ser verdadera conclusión) en física; como puede ser verdadera y cierta conclusión física, y ser conclusión incierta o probable en metafísica y teología, que es lo mismo que no ser verdadera conclusión metafísica o teológica. Así, por ejemplo, el principio de que «toda madre ama a sus hijos» es un principio necesario y cierto en moral, pero incierto y contingente en física, en metafísica y en teología. El raciocinio de «A. fué madre de B.; luego A. amó a B.» es una conclusión necesaria, verdadera, propia y cierta en *moral*; pero no es verdadera conclusión ni en física, ni en metafísica, ni en teología. El principio de que «todo fuego aplicado en las debidas condiciones físicas quema de hecho» es un principio cierto y necesario en *física*, pero contingente o incierto en metafísica o

menda est: et sicut analogice, non univoce, invenitur in diversis rebus, ita analogice in praemissis et conclusionibus diversarum demonstrationum requirenda est. Fatuum est siquidem quaerere propositiones omnes necessarias, univoce necessarias, si res ipsae significatae non sunt univoce necessariae. Unde, sicut superius dictum est de omni, in tres ordines ita necessarium distinguendum. In separatis siquidem a materia (este es el orden metafísico o esencial) est *necessarium simpliciter*: in mobilibus autem sed incorruptibilibus, est *necessarium regulariter*: in mobilibus autem et corruptibilibus est *necessarium ut in pluribus*. (Cayetano, In Posteriores Analyticos, lib. 1, cap. 6, edic. Lugduni, 1572, pág. 340.) La diversa clase de necesidad hay que exigirla, pues, según la *materia*. La materia o subjectum del silogismo teológico no es la menor de razón, sino la mayor revelada. Si la mayor revelada sólo expresa, pues, la *esencia*, estamos en el orden *metafísico*, y la necesidad requerida en la menor es la del *necessarium simpliciter*, que sólo la tiene una menor aptitudinal o esencial. Si la mayor revelada expresa no solamente la *connaturalidad* de la esencia, estamos en materia *física*, y basta una menor de *necessarium regulariter* o una menor físico-actual. No se niega, pues, que en teología entren menores físicas o actuales, sino que entren en combinación con una mayor puramente *esencial*, y queriendo sacar conclusiones *particulares*, cuando la ley física puede ser suspendida por Dios en cualquier caso *particular*. Por eso advierte el Cardenal Cayetano que en las demostraciones físicas se pueden deducir las propiedades actuales, «in universali autem, non in particulari» (ibidem cap. 4, pág. 309). O, como ha dicho muy bien el Cardenal Zigliara: «Corollarium tertium. Illicitum est ex propositione physice vel moraliter vera inferre per se propositionem singularem. (Dialéctica, 22, IV.)

en teología. La conclusión de «N. es fuego y está debidamente aplicado a un combustible; luego quema de hecho» es conclusión necesaria y cierta, y propia, y rigurosa en *física*; pero es contingente e incierta (y, por lo tanto, no es verdadera conclusión) en metafísica y teología.

Si Dios, pues, nos ha revelado que «A. es madre de B.», sin decirnos más, esto es, sin decirnos que fué *buena* madre o que se portó según los impulsos o leyes morales del amor materno, el moralista estará cierto, con certeza moral, que A. amó a B. Pero el físico no estará cierto, sino incierto, porque ningún principio físico se viene al suelo de que A. haya amado o dejado de amar a B. Y el metafísico estará aún más incierto, porque ninguno de sus principios se viene al suelo de que A. no amase a B. Como el teólogo parte, como de principio, de la mayor revelada, y la mayor revelada sólo dice que fué *madre* (esencialmente, no *buena* madre), el teólogo está tan incierto como el metafísico, pues el principio revelado de que A. fué madre (esencialmente) de B. queda por completo intacto y en pie, ora A. haya amado o dejado de amar a su hijo.

La confusión en esta materia viene, a juicio nuestro, de no haber comprendido o haber olvidado la verdadera función de las *ciencias humanas* o de las *menores de razón* en el raciocinio de la *ciencia* del revelado o Sagrada Teología. La teología se sirve, en verdad, de toda clase de ciencias o de menores de razón, sean metafísicas, sean físicas, sean morales. Pero se ha perdido de vista con frecuencia que el punto de partida, los principios verdaderos, el sujeto formal de la teología no son esas ciencias humanas o menores de razón, sino las mayores de fe o reveladas. La finalidad del raciocinio teológico no es, pues, el servirse de las mayores reveladas para extraer o deducir la virtualidad que exista en las menores de razón, sino al contrario, servirse de las menores de razón para extraer o deducir o *explicar* intelectualmente la virtualidad contenida en los principios o mayores de fe. No son, pues, las mayores reveladas instrumentos de las menores, ni siquiera entran *ex aequo* con las menores de razón en el raciocinio teológico, sino que las menores de razón son meros instrumentos intelectuales para desarrollar o *explicitar* la virtualidad objetiva de que están preñadas, aunque no lo expresen, las mayores reveladas. Esas menores de razón son de suyo u objetivamente innecesarias; si las necesita la teología, o mejor dicho, *nuestra* teología, o mejor dicho, *el teólogo*, es solamente por la debilidad de nuestra inteligencia.»

que no puede ver intuitivamente o de un solo golpe todo lo que en las mayores reveladas está *realmente incluido*, y necesita de esos instrumentos o menores de razón para ir desarrollando o descubriendo por partes (no añadiendo ni cambiando) lo que ya estaba encerrado en las mayores reveladas, en el depósito revelado. Esta es la única y verdadera concepción tomista de la sagrada teología ⁽¹⁾.

En el raciocinio, pues, *teológico* no deben jamás acomodarse o subordinarse las mayores reveladas a las menores de razón, sino que las menores de razón se subordinan y acomodan o proporcionan (para eso sirve la *analogía*, no la *univocidad* del *sér* y de la *ciencia* y de la *necesidad*) a las mayores reveladas. Si el principio revelado sólo nos da la *esencia* de una cosa, la menor no puede ser más que *esencial*. Si el principio revelado nos da no sólo la *esencia*, sino su estado *connatural*, la menor puede ser física o *natural*. Si el principio revelado nos da la *esencia* en estado *perfecto* o *moral*, la menor puede ser *moral*. Así y sólo así se conserva la subordinación de las menores de razón a las mayores reveladas, la subordinación de la razón a la fe en esa ciencia especialísima y soberana en que deben funcionar juntas, pero no igualadas, la fe y la razón. Eso es precisamente lo que Santo Tomás y todos los tomis-

(1) «Et hoc quod haec scientia (La Sagrada Teología) utitur eis (de las ciencias humanas o menores de razón) non est propter defectum vel insufficientiam ejus, sed *propter defectum intellectus nostri*.» (D. Thomas, Summa Theologica, part. 1, qu. 1, art. 7.) «Lumen supernaturale (la mayor de fe) de se non indiget illa praemissa naturali (de la menor de razón); quia ad illam extendi potest sine adminiculo naturalis luminis, solum beneficio ipsius Dei revelantis, si magis *explicaretur* (esta es la finalidad de la menor de razón, *explicar* la mayor de fe) in ipso intellectu... Considerata illa praemissa (la menor de razón) quantum ad id quod est naturalis luminis in illa, ex hac parte solum se habet ut *deserviens* ad hoc quod *connaturalius* utamur praemissa fidei juxta nostrum modum intelligendi, *applicando* et *explicando* illam ad inferendam conclusionem... Licet praemissa naturalis concurrat ad conclusionem inferendam, tamen non sistit in ea ultima resolutio, sed ulterius resolvitur et fit *dependens a praemissa de fide et elevatur ab illa*... Praemissa naturalis ut conjuncta praemissae de fide, non extrahit eam a ratione virtualis revelatae, ut supra ponderatum est, et sic illa praemissa naturalis *solum se habet ut explicans*, seu *conducens ad explicandam connexionem* objecti inferendi (conclusión cum objecto revelato (mayor de fe), et sic totum illud manet intra terminum objecti *virtualiter revelati*.» (Juan de Santo Tomás, Cursus Theologicus, De Sacra Doctrina, q. 1; disp. 2, art. 6, Nos. 12 y 13, y art. 9, No. 6.)

Y hoy día, en la mayoría de los Manuales, aun algunos tomistas, se nos dice tan corrientemente que las conclusiones de menores *explicativas* no son *virtual*, sino *formal* revelado, y que no son propiamente teológicas, sino formalmente de fe. Y se nos da solamente por propias y específicas conclusiones teológicas las conclusiones de menores *no explicativas*, sino *completivas* o que *adicionan* la objetividad de la mayor.

tas entendían al hablar de la *elevación* de las menores de razón por las mayores de fe, que es precisamente lo que hace que la teología tenga una certeza superior a la certeza moral y física y metafísica, aun empleando menores metafísicas, físicas o morales.

Así, pues, una cosa es revelar que «A. fué verdadera o *esencialmente* madre de B.»; otra muy distinta el revelar que no sólo fué esencialmente madre, sino madre con todas las leyes físicas o *connaturales* de la maternidad, y otra muy distinta que fué *buena* madre o con todas las leyes e instintos *morales* de la maternidad. Fijar el *sentido* de la revelación pertenece, como dijimos, a la Iglesia; deducir las *consecuencias* es la función de la teología.

Si, según el sentido o doctrina de la Iglesia, sólo se nos ha revelado que «A. es verdadera madre de B.», de ahí se deduce teológicamente que A. tiene todos los atributos o propiedades *esenciales* de la maternidad, por ejemplo: la consubstancialidad de naturaleza; pero no se deduce con necesidad teológica que tenga todos los requisitos y atributos fisico-naturales, por ejemplo: el consorcio de varón, la pérdida de la virginidad, etc., etc. Si el sólo saber que es verdadera o esencialmente madre bastase para ser teológicamente cierto o necesario que no es virgen, nosotros estaríamos teológicamente ciertos de que la Madre de Jesucristo *no fué virgen*, pues sabemos por revelación que *fué madre*.

Si, en cambio, se nos ha revelado que A. no sólo fué madre verdadera de B., sino que lo fué de la manera *connatural* u ordinaria que las demás madres, entonces estaremos teológicamente ciertos de que concibió por obra de varón, etc., etc.; pero todavía estaremos inciertos de los atributos o conclusiones morales, como si amó o no a su hijo. En fin, si se nos ha revelado no sólo que fué verdadera madre y de un modo connatural, sino que fué *buena* madre, entonces estaremos teológicamente ciertos de que amó a su hijo. Caben, pues, en teología *menores* (y, por lo tanto, raciocinios y conclusiones), tanto metafísicas, como físicas, como morales, pero aplicadas proporcionalmente a la naturaleza o sentido de la mayor revelada. Poner por mayor revelada una cosa de puro sentido *esencial* y querer unirle una menor *accidental*, es desconocer la homogeneidad de toda ciencia, y mucho más desconocer la subordinación de las menores de razón a las mayores de fe; es hacer un raciocinio que ni es teológico, ni metafísico, ni físico. Es una amalgama híbrida de teología o metafísica con física. Si en física parecen *concluir* esa clase de argumentos, es, como ya dijimos, porque

el físico supone *a priori* o por su objeto mismo formal la *connaturalidad* de la esencia, y excluye *a priori* el estado preternatural o sobrenatural. Y eso no puede hacerlo ni la metafísica ni la teología sin destruirse a sí mismas.

LA ANALOGÍA DEL SÉR.—Lo mismo que hemos dicho de la palabra «necesidad» hay que decirlo de la palabra «sér»; son palabras y conceptos analógicos, no unívocos, y, por lo tanto, al trasladarlos de una ciencia a otra hay que guardar su analogía de proporcionalidad, esto es, hay que aplicarlos en proporción al sér o ciencia de que se trate. Si en la mayor revelada sólo se afirma el sér *esencial* (esencialmente hombre, esencialmente accidente, esencialmente fuego, etc.), en la menor no basta que se afirme el sér de cualquier manera, sino que es preciso que se afirme el sér *esencial*; pues, de otra manera, bajo un término común «sér» en la mayor y en la menor, se tendrán dos conceptos distintos, y el raciocinio constará de cuatro pies.

Si raciocinando digo: «N. *es* (esencialmente) hombre; luego N. es (esencialmente) risible», que es lo mismo que «luego N. tiene risibilidad radical o esencial», el raciocinio está bien hecho. El verbo *es* no sólo tiene el mismo nombre en la mayor y en la menor, sino que tiene también el mismo sentido; sentido *esencial* o radical o apuditudinal. Pero si digo: «N. es (esencialmente) hombre; es así que todo hombre es (actualmente) risible; luego N. es (actualmente) risible»; en ese raciocinio el verbo *es*, con el mismo nombre en la mayor que en la menor, tiene diverso sentido; sentido *esencial* en la mayor y sentido *actual* o accidental en la menor. Con la misma palabra *es* se han deslizado en el raciocinio dos sentidos diferentes. Con la apariencia de tres términos, el raciocinio tiene cuatro. Pero eso *no concluye* en teología. Si en física concluye es porque el físico toma la palabra *es*, como toda otra palabra o concepto, en sentido connatural o accidental, y entonces no hay más que tres términos. Los conceptos *esenciales* como los preternaturales o *sobrenaturales* no los conoce el físico, son ultra-físicos, esto es, metafísicos o teológicos. La necesidad, pues, de la *deducción* o *consecuencia* en el raciocinio físico-abstracto no es *necesidad teológica* ⁽¹⁾.

(1) No se confunda la necesidad física o moral de *deducción* o *consecuencia* con la necesidad física o moral de *medio* para el *fin*. Si Dios manda un fin, tiene que dar los medios necesarios para él, sean necesarios con necesidad metafísica, con necesidad física o con necesidad moral; y que tiene que darlos, no es cierto sólo con certeza moral y física, sino que es cierto con certeza metafísica, teológica, absoluta y sin excepción.

OTRA PRUEBA CONCLUYENTE.—Otra prueba, a juicio nuestro, completamente concluyente de que el raciocinio físico-abstracto no es verdadera conclusión *teológica* o *conclusión de lo revelado*, nos lo va a dar el Angélico Doctor. Según Santo Tomás, es de la esencia misma del verdadero raciocinio el que, destruida o negada la conclusión, se destruya o niegue el principio de donde se deduce. Si negada una conclusión no queda negado el principio, es señal infalible de que tal pretendida conclusión no es verdadera conclusión de tal principio ⁽¹⁾.

Deus impossibilia non jubet. De ahí es que si ha mandado a la Iglesia conservar y explicar el depósito revelado, le ha tenido que dar *todo lo necesario* para conservarlo. La Iglesia es, pues, infalible en *todo lo necesario* para conservar y explicar el depósito revelado, sea necesario con necesidad metafísica, física o moral. En esto convenimos todos. Pero no se confunda esa necesidad de *medios* para el *fin* con la necesidad de *consecuencia* respecto de un *principio*. Dios, que ha sentado los principios físicos, puede suspender o hacer fallar sus propiedades o consecuencias físicas; mientras no puede negar los medios físicos o morales para un fin que Él manda.

Cuando, pues, apoyándose en que la Iglesia es infalible en todo lo necesario (con cualquier género de necesidad) para conservar el depósito revelado, se le figura a uno que tiene que ser infalible en las conclusiones o consecuencias de certeza o necesidad física o moral, se comete una confusión entre la necesidad de medios para el fin mandado por Dios, necesidad absoluta y que jamás puede fallar, y la necesidad de *consecuencia* física o moral, necesidad *contingente* con respecto a Dios y que puede fallar cuando a Dios le plazca. Para conservar la afirmación revelada de que «María es verdadera Madre de Jesucristo», no es necesario (con ninguna clase de necesidad) el conservar la afirmación de que «María concibió por obra de varón», a pesar de que el concebir por obra de varón es físicamente necesario para ser madre. Tampoco debe confundirse esa necesidad física o moral *consecuencial*, de que venimos hablando, con la necesidad física o moral proveniente *inmediatamente* del testimonio de los sentidos o del testimonio histórico debidamente aplicados. Tanto el testimonio de los sentidos debidamente aplicados y dentro de su objeto, como el testimonio histórico cuando reúne *todas* las condiciones que la *ciencia crítica* requiere, son criterios infalibles de verdad, y ni Dios mismo puede hacerlos fallar. En cambio, la certeza consecuencial o mediata procedente del *raciocinio* físico-abstracto, es certeza contingente o falible en el orden divino o teológico, pues Dios puede libremente hacerla fallar en cualquier caso. Nótese, a la vez, que esencia pura o *en abstracto* no quiere decir precisamente esencia puramente *ideal*, ni mucho menos esencia *quimérica*, sino *esencia verdadera y real*, sea metafísica o física, pero de la cual la revelación *nada dice* (esto se llama *abstraer*) sobre su *estado natural* o preternatural, íntegro o defectuoso, perfecto o imperfecto. Con una mayor revelada que *nada dice* del estado de la esencia, y con una menor de pura conexión física (sólo aplicable al *estado connatural*), nada puede saberse con certeza *teológica* sobre el estado de tal esencia. Tal estado solamente podría saberse teológicamente o ser objeto de infalibilidad, no por raciocinio físico-abstracto, sino por los medios *directos* del testimonio de los sentidos o del testimonio histórico, como se saben los *hechos dogmáticos*, de los cuales para nada nos ocupamos en nuestros artículos. Algún día nos ocuparemos de ellos.

(1) «Ista est habitudo conclusionis ad principium, quod *interempta conclusione, interimitur principium.*» (D. Thomas, in Posterior. Analytic., lect. 38.) «Conclusiones de-

Ahora bien; examínese *cualquiera* raciocinio físico-abstracto, esto es, un raciocinio en que en la mayor sólo se afirma la *esencia* de una cosa individual, y en la conclusión se afirman sus propiedades *físico-actuales*, y se verá palpablemente que puede negarse y ser falsa la conclusión, sin que se niegue ni sea falsa la mayor o principio. Fijémonos en el ejemplo mismo clásico: «N. es verdadero hombre o *esencialmente* hombre; luego es *actualmente* risible». ¿Deja uno de ser esencialmente hombre porque deje de ser actualmente risible? ¿Deja el accidente de ser verdadero y esencial accidente porque deje de tener inherencia actual? ¿Deja un cuerpo de ser esencialmente y verdaderamente cuerpo porque de hecho no ocupe lugar o sea compenetrado por otro cuerpo? ¿Deja el fuego de ser verdadera y esencialmente fuego porque de hecho no queme? ¿Deja, en general, una cosa cualquiera de tener la esencia que tenía porque deje de tener las propiedades actuales que, por suposición, son realmente distintas de ella y en absoluto separables? Evidentemente que no. Luego las propiedades *actuales* no son verdadera conclusión teológica de la *esencia*. Luego el raciocinio físico-abstracto, en que en la mayor revelada sólo se afirma la esencia de un individuo, y en la conclusión se quieren deducir sus propiedades *actuales*, no es verdadero raciocinio *teológico*, ni verdadera conclusión *teológica*, sino una mezcla híbrida de teología con física, que ni es física ni teología.

En cambio, si en vez de deducir en la conclusión la propiedades actuales tratásemos de deducir las propiedades aptitudinales o radicales, o si quisiéramos deducir en la conclusión las propiedades actuales, pero poniendo en la mayor revelada no la esencia pura o en abstracto, sino la esencia connatural o perfecta, veríamos en seguida que en ninguno de esos dos casos se podría negar ni destruir la conclusión sin negar ni destruir el principio. No puede negarse la risibilidad *radical* sin negar o destruir la esencia misma del hombre, con la cual suponemos que realmente se identifica. No se puede tampoco negar la risibilidad actual, o cualquiera otra propiedad físico-natural, sin negar o destruir el estado *connatural* o *perfecto* de la esencia. Luego las conclusiones en que se deducen las propiedades radicales o esenciales de una mayor revelada en

monstrativae habent necessariam habitudinem ad principia ex quibus demonstrantur, ita quod conclusionibus non existentibus veris, necesse est principia non esse vera.» (D. Thomas, De Veritate, q. 24, art. 1 ad 18.)

que se afirma la esencia, o las conclusiones en que se deduzcan las propiedades actuales de una mayor revelada en que se afirme el estado connatural o perfecto de la esencia, son verdaderas conclusiones teológicas; pero las conclusiones en que se deduzcan las propiedades actuales de una mayor revelada en que sólo se afirma la esencia (y en esto precisamente consiste el virtual fisico-abstracto) no lo son ⁽¹⁾.

(1) Lo mismo exactamente que hemos dicho del aforismo «*deductio proprietatis ex essentia*» aplíquese al aforismo «*deductio effectus ex causa*». Hay causa *metafísica*, que también se llama *virtual*, y causa *física* o *real*. La primera es idéntica realmente, aunque virtualmente distinta, de su efecto; como, por ejemplo, la inmutabilidad absoluta es causa metafísica o virtual de la eternidad, y la inmaterialidad causa de la inmortalidad. La segunda es realmente distinta de su efecto, como la esencia del fuego es distinta realmente de su efecto o acción de quemar. Esta causa físico-distinta puede (lo mismo que dijimos de la esencia) considerarse en estado puro o abstracto, o en estado connatural o íntegro o perfecto. De ahí las tres consecuencias siguientes: primera, la conclusión en que se deduce el efecto *metafísico* de su causa *metafísica* o virtual es verdadera y propia y rigurosa conclusión teológica, como, por ejemplo, «N. es absolutamente inmutable, luego es eterno»; o «es inmaterial, luego es inmortal». Se funda, la conclusión en que se deduce el efecto *físico-actual* de su causa en estado *connatural* o íntegro o perfecto, es también verdadera y propia y rigurosa conclusión teológica, como, por ejemplo, «N. es fuego en estado connatural y está bien aplicado, luego quema de hecho»; o «Cristo tuvo las potencias en estado perfectísimo, luego tuvo los actos de conocer y querer». Tercera, las conclusiones en que se quiere deducir el efecto *físicos actual* de la causa pura o en abstracto, no son rigurosamente teológicas o no tienen certeza teológica, como, por ejemplo, «N. era fuego y bien aplicado, luego quemé de hecho»; «N. era un cuerpo pesado, luego se hundió en el agua»; «N. estaba compuesto de elementos contrarios o corruptibles, luego se corrompió de hecho». Todos esos efectos pueden fallar en el orden sobrenatural o teológico; no son conclusiones teológicas.

El aforismo opuesto de «*deductio causae ex effectu*» es también bien sencillo, y se compendia en las cuatro reglas siguientes: *Primera*. La conclusión en que se deduce la causa *metafísica* o *virtual* de un efecto revelado es rigurosa conclusión teológica, como, por ejemplo, «N. es eterno, luego es absolutamente inmutable»; o «N. es intelectual o inteligente, luego es inmaterial». *Segunda*. La conclusión en que se deduce la causa *formal* de su efecto revelado es rigurosamente teológica, pues ni Dios mismo puede hacerlas fallar, pues ni Dios puede suplir la causalidad *formal*, por ejemplo, «N. tiene actos vitales, luego tiene principio intrínseco de vida»; o «Jesucristo se admiró, luego tuvo la potencia de la razón». *Tercera*. La conclusión en que se deduce la causa *física* de un efecto físico-distinto revelado no es teológica, si se trata de deducir la causa *segunda*, a no ser que se sepa que el efecto sucedió de una manera connatural, por ejemplo: «Hubo curación, luego existió la causa *física* o inmediata o segunda de tal curación.» En cambio, concluiría diciendo: «Hubo curación connatural o sin milagro, luego existió la causa física de su curación.» La razón de no concluir de otra manera es lo que tantas veces hemos repetido: Dios puede suplir la acción de toda causa segunda eficiente o puede suspender el orden connatural, luego no concluyen en orden a Dios, o en el orden teológico. *Cuarta*. La conclusión en que se deduce la causa *primera* eficiente, final o ejemplar de un efecto revelado es siempre teológica, como, por ejemplo, «existe un efecto cualquiera, o un sér contingente; luego existe una causa primera, o luego existe Dios».

EL RACIOCINIO FÍSICO-ABSTRACTO Y LA INFALIBILIDAD DE LA IGLESIA.—Entonces ¿no podrá la Iglesia definir infaliblemente que N. es risible o que tiene cualquiera otra propiedad en el supuesto de que esté revelado que «N. es *verdadero* hombre», esto es, que «N. tiene la *esencia* de hombre»?

La contestación a esta pregunta es, a juicio nuestro, la que se desprende de todo lo dicho. Si se trata de definir la risibilidad *radical* o cualquiera otra de las propiedades radicales, aptitudinales o esenciales, la Iglesia puede definir las infaliblemente *con sólo* saber por revelación que es esencialmente hombre. No puede salvarse o conservarse la mayor revelada de que N. es hombre si se niega que N. no es esencial o radicalmente risible. Esa conclusión es, pues, necesaria para la conservación del depósito revelado. Es objeto de infalibilidad.

Si se trata de risibilidad *actual*, o de cualquiera otra de las propiedades físico-actuales, la Iglesia puede también definir las infaliblemente con tal que el sentido de la mayor revelada sea, no sólo que N. es *esencialmente* hombre, sino que es hombre en estado *connatural* o *íntegro*, o sin *defecto*, o como el *común* de los hombres, o en estado *perfecto*. No puede salvarse ni conservarse la verdad revelada de que N. es hombre en estado *connatural* o *íntegro* o *perfecto*, si está privado de algunas propiedades o atributos o perfecciones connaturales. Esa conclusión es, pues, también objeto de infalibilidad ⁽¹⁾.

Todo esto, que requiere más extensión, lo hemos ya explicado largamente en otros artículos. (Véase LA CIENCIA TOMISTA, enero-febrero de 1914.) En el presente sólo nos ocupamos del «*deductio proprietatis ex essentia*», con que la teología clásica expresó siempre la *definición* de la verdadera y propia conclusión teológica, y, por lo tanto, la *esencia* de la Sagrada Teología. «*Definitio significat formam et essentiam rei.*» (D. Thomas, in Posterior. Analyt., lib. 1, lect. 9.)

(1) Los raciocinios en que se deducen las propiedades actuales de la esencia *connatural* o *íntegra* o *perfecta*, son de carácter tan *inclusivo* como los en que se deducen las propiedades esenciales o radicales de la esencia pura. En la mayor revelada, «N. es hombre *íntegro* o *perfecto* o *connatural*», tenemos dos conceptos revelados: concepto de «hombre» o de *esencia humana*. y concepto de «*integridad*» o «*perfección*» o «*connaturalidad*» de tal *esencia* o *humanidad*. Las propiedades actuales están incluidas, no en el primer concepto, sino en el segundo. Como cuando digo: «N. es un *sér* contingente, luego es un *sér* «creado»; la palabra «creado» va incluida realmente, no en el concepto de «*sér*», sino en el concepto de «*contingente*». Como cuando digo: «La Iglesia es *sociedad perfecta*, luego es independiente; el concepto «*independiente*» va incluido, no en el concepto «*sociedad*» de la mayor, pero sí en el concepto de «*perfecta*». Por eso tales raciocinios no sólo son perfectamente teológicos, sino que son definibles de fe, por ser *inclusivos*.

Si en vez de decir: «N. es *sér contingente*, luego es *sér* creado», dijésemos: «N. es *sér*, luego es *sér* creado», ese raciocinio no concluiría ni en metafísica ni en teología, a pesar

Pero si se trata de definir la risibilidad actual, o cualquiera otra de las propiedades *actuales* de un individuo, partiendo *solamente* de una mayor revelada en que no se dice más que N. es esencial o verdaderamente hombre, sin decirse si está en estado connatural o preternatural, en estado íntegro o manco, en estado perfecto o imperfecto, nuestra opinión es que ni el teólogo puede concluir con certeza *teológica*, ni la Iglesia definir *infaliblemente* que N. tiene de hecho estas o las otras propiedades físico-actuales. Podrá definir que *exige* connaturalmente el tenerlas (propiedad radical); podrá definir que las tiene de hecho *si o con tal que* esté en estado connatural (raciocinio físico-connatural, no físico-abstracto); pero definir infaliblemente que de hecho e incondicionalmente las tiene, eso es imposible que sea objeto de ciencia teológica ni de infalibilidad, mientras no se parta de *otros* datos que de una mayor revelada en

de que no cabe más que una *excepción*, que es Dios, en eso de que una cosa sea «*ser*» y no sea «*creada*». De la misma manera, si en vez de decir: «N. es hombre íntegro o perfecto, luego es actualmente risible», o «luego tenía cualquiera otra propiedad actual», dijésemos: «N. es hombre esencialmente, luego es actualmente risible», ese raciocinio no es concluyente, pues no sólo cabe una excepción en eso de ser «hombre» sin ser actualmente «risible», sino que caben cuantas excepciones a Dios le plazca.

Cuando, pues, Suárez (*De Fide*, disput. 3, sect. 11, n. 5 y disput. 19, sect. 2, n. 10) entiende por virtual revelado o «*proprietas ex essentia*» aquello solamente que «*nullo modo continetur*» en la revelación, o cuando Lugo (*De Fide*, disput. 1, sect. 13, n. 260), hablando de las mismas propiedades actuales, dice: «*Quantumcumque enim explicetur revelatio et objectum revelatum, nunquam invenietur dictum a Deo objectum conclusionis*»; tienen razón si sólo se ha revelado la esencia pura o en abstracto; pero se equivocan evidentemente si el sentido de la revelación es, no sólo la esencia pura o en abstracto, sino la esencia *connatural* o íntegra o perfecta, como lo es en el ejemplo clásico de «*Christus est homo*», que tiene el sentido de *homo connaturalis et perfectus*.

Lo que Suárez y Lugo entendieron por «virtual impropio», a saber, lo realmente idéntico, pero virtualmente distinto de lo revelado, haciéndolo objeto formal de fe divina, aun sin definición de la Iglesia, ese es, según la doctrina tomista, el virtual verdadero y propio y rigurosamente teológico. Lo que ellos entendieron por virtual propio sea el virtual *físico-abstracto*, eso no es virtual propiamente revelado ni teológico, ni concluye en teología. Es una amalgama de teología o metafísica con física.

No hay verdadera conclusión, según Santo Tomás, sin conexión *necesaria*, ni hay necesidad sin *imposibilidad de fallar*. Como la necesidad y la imposibilidad de fallar no son unívocas, sino análogas o diferentes, según los diversos órdenes de ciencias, en el orden en que una conclusión no puede fallar, en ese orden es *necesaria* y es *conclusión*; en el orden que puedan fallar, en ese orden ni es *necesaria* ni *conclusión*. Las conclusiones *moralmente* ciertas, pero no físicamente ciertas, son conclusiones de *moral*, pero no de *física*. Las conclusiones que no pueden fallar en *física*, pero sí en el orden de la esencia o metafísica, son conclusiones de *física*, pero no de metafísica. Las conclusiones que pueden fallar en orden a Dios o en el orden sobrenatural, no son conclusiones de *teología*, que es ciencia que nada considera ni puede considerar sino *en orden a Dios* sobrenatural. Y es evidente que toda conclusión físico-abstracta puede fallar sobrenaturalmente o por milagro. No es conclusión *teológica*.

que sólo se afirma la *esencia* y una menor en que se afirma una ley *física*. Se salva perfectamente que uno sea esencialmente hombre, esencialmente accidente, esencialmente cuerpo, esencialmente fuego, sin que sea actualmente risible, sin que exista inherencia actual en el sujeto, sin que haya ocupación de lugar, sin que que me de hecho. Para salvar o conservar, pues, las mayores reveladas o depósito revelado de que N. es esencialmente hombre, accidente, cuerpo, fuego, no es indispensable la verdad o conclusión de que N. sea actualmente risible, actualmente inherente, que ocupe de hecho lugar, que queme actualmente. Si no son indispensables para la conservación del depósito revelado, si se salva y conserva sin tales conclusiones la *verdad* del depósito revelado, no son objeto de infalibilidad como *erróneas*, aunque puedan serlo como *temerarias*, *imprudentes*, etc. Si la revelación sólo dice la esencia de una cosa, el que afirmase que tal esencia no estaba en estado connatural e íntegro, sino en estado preternatural o defectivo: esto es, el que afirmase que tal esencia, *por milagro* o intervención divina, estaba privada de esta o de la otra propiedad actual, podría ser imprudente, temerario, necio, en afirmar un milagro *sin razón*. Pero una cosa es el *sér sin razón* o temerario, y otra muy distinta el *sér contra razón* o mejor dicho, *contra revelación*, que es lo único que constituye lo *erróneo* en teología.

LAS PROPIEDADES ACTUALES EN JESUCRISTO. — Pues, ¿cómo ha definido la Iglesia como infalible, y hasta como de fe divina, ciertas propiedades actuales de Jesucristo; por ejemplo: las potencias humanas de la inteligencia y voluntad? Aquí es donde, a juicio nuestro, está el origen de la equivocación de Suárez y Lugo y de tantos tratadistas modernos. La Iglesia ha definido esas propiedades actuales de la humanidad sacratísima de nuestro Salvador porque tenemos revelado no sólo que Jesucristo es hombre *esencialmente* o *in abstracto*, sino que es hombre en estado *íntegro* y *connatural* y *sin defecto*, y no sólo eso, sino hombre *perfecto* o perfectísimo en todos los sentidos no opuestos a la unión hipostática o al fin de la redención. Partiendo de esa mayor revelada de «hombre íntegro y perfecto», según la doctrina tomista, la Iglesia puede definir como infalible y aun como de fe divina, no sólo la inteligencia y la voluntad de Cristo, sino todas y cada una de las propiedades o atributos que integran o perfeccionan la naturaleza humana, tales como la risibilidad actual, los sentidos interiores o exteriores, la cantidad, gravedad y demás propiedades del alma

o del cuerpo. Pero si sólo hubiese Dios revelado que Cristo es esencialmente hombre, sin decirnos explícita ni implícitamente si esa esencia humana estaba o no en estado íntegro o defectuoso, connatural o preternatural, perfecto o imperfecto, no cabría certeza teológica ni infalibilidad sobre ninguna de sus propiedades actuales, como no caben sobre otros muchos individuos de que por la Sagrada Biblia sabemos que eran hombres, y, sin embargo, la Iglesia como la teología ignoran si serían o no íntegros o sin defecto. De nuestro adorable Salvador nos hacía falta o convenía saber no sólo la esencia en abstracto, sino también sus propiedades y perfecciones, y por eso Dios nos reveló no sólo la esencia, sino su *estado* connatural y perfecto. De otros muchísimos individuos o cosas la revelación sólo nos ha dicho la *esencia*, porque no nos era necesario saber *divinamente* o *teológicamente* más. Y de lo revelado, y sólo de lo revelado, parten tanto la teología como la infalibilidad, y sólo es teológico u objeto de infalibilidad, en el género de raciocinios o conclusiones, aquello sin lo cual no puede salvarse o conservarse la *verdad revelada*. Y puede salvarse perfectamente la *esencia*, aunque Dios le haya quitado alguna o todas las propiedades actuales ⁽¹⁾.

(1) En el tratado de Incarnatione de la Summa Teológica puede ver cualquiera cómo el Angélico Doctor distingue cuidadosamente los tres principios revelados (Christus est verus seu essentialiter homo—Christus est homo integer seu perfectus—Christus est homo perfectissimus), y cómo utiliza diferentemente cada uno de ellos, según se trate de deducir partes o propiedades *esenciales*, propiedades *connaturales*, o perfecciones *accidentales*. Cuando se trate de si Cristo tuvo algo *esencial* a la humanidad, por ejemplo, verdadero *cuerpo*, acude al primer principio revelado de la *esencia* de hombre: «Utrum Dei Filius debuerit assumere verum corpus. Respondeo dicendum quod... hujus ratio potest triplex assignari. Quarum prima est *ex ratione* (essentia) *humanae naturae*, ad quam pertinet verum corpus habere, supposito ergo ex praemissis quod conveniens fuerit Filium Dei assumere humanam naturam, consequens est quod verum corpus assumpserit.» (Summa Theolog., p. 3, q. V, art. 1). En cambio, cuando trata de deducir el Santo Doctor alguna de las propiedades *connaturales* de Cristo, por ejemplo, si tuvo las potencias de la inteligencia, o de la voluntad, o del apetito concupiscible e irascible, ya no acude al principio revelado de que «Christus est verus seu essentialiter homo», sino al otro principio de que «Christus est homo *integer seu perfectus*». «Utrum in Christo sint duae voluntates. Respondeo dicendum quod... Manifestum est enim quod Filius Dei assumpsit naturam humanam *perfectam* sicut supra ostensum est. Ad *perfectiorem* (no a la esencia) autem humanae naturae pertinet voluntas, quae est naturalis ejus potentia, sicut et intellectus, ut patet ex his quae in prima parte dicta sunt. Unde necesse est dicere Filius Dei humanam voluntatem assumpserit in humana natura.» (Summa Theolog., p. 3, q. 18, art. 1). «Deinde suadetur ratione D. Thomae in hoc articulo. Quia facultas volendi est *perfectio* humanae naturae, sine qua ista non foret *integra et perfecta*: Sed Verbum assumpsit naturam humanam *perfectam et integram* cum omnibus suis proprietatibus: Ergo Verbum assumpsit naturam humanam cum eidem propria et

En el tratado, pues, de la Encarnación, en que se determinan por raciocinio las propiedades o perfecciones de la humanidad de nuestro Salvador, no se parte únicamente del principio de «Cristo es hombre esencialmente», sino que se parte de estos tres principios: primero, Cristo es hombre *esencial*; segundo, Cristo es hombre *íntegro*, o sin defecto físico, en todo lo que no se oponga a la unión hipostática o fin de la redención; tercero, Cristo es hombre *perfectismo*, con todas las perfecciones no opuestas a eso mismo. Del primer principio se deducen todas las propiedades *esenciales*; del segundo, todas las actuales o *connaturales*; del tercero, todas las accidentales o adquisibles. El que negase alguna de las propiedades esenciales, se oponía al primer principio de que Cristo es verdadero hombre. El que negase alguna de las propiedades *actuales*, por suponer que Dios las había suspendido en la humanidad de nuestro adorable Salvador, como suspendió la personalidad humana, no se opondría al principio de que Cristo es esencialmente hombre, pues se salva el sér esencialmente hombre sin tener esta o la otra propiedad actual; pero se opondría al principio revelado de que Cristo es hombre en estado connatural o íntegro, o sin defecto o semejante a los demás. El que, en fin, negase alguna de las perfecciones accidentales, como la ciencia o la virtud de Cristo, ni se opondría al principio de que Cristo es hombre, ni al principio de que es hombre en estado *connatural*; pero si se opon-

connaturali volendi facultate.» (*Salmaticenses*, Comentario a las palabras citadas del Ang. Doctor, *Cursus Theologicus*, volum. 16, edic. Vives, pág. 12). En fin, cuando el Santo Doctor trata de deducir las perfecciones *accidentales* o adquisibles de la naturaleza humana, tales como la ciencia o la virtud, no acude tampoco al principio de que «Cristo est verus homo», sino al de «Christus est homo *perfectus* o perfectissimus». «Utrum Christus habuerit aliquam scientiam praeter divinam. Respondeo dicendum quod... oportuit quod (Christus) haberet scientiam creatam propter tria. Primo quidem propter animae *perfectionem*. Anima enim secundum se considerata est in potentia ad intelligibilia cognoscenda. Quod autem est in potentia, est *imperfectum*, nisi reducat ad actum. Non autem fuit conueniens quod Filius Dei humanam naturam *imperfectam* assumeret, sed *perfectam*. Et ideo oportuit quod anima Christi esset *perfecta* per aliquam scientiam.» (*Summa Theolog.*, p. 3, q. 9, art. 1). Deinde probatur conclusio discursu D. Thomae in hoc articulo quem possumus ad hanc formam reducere: Nam Christus Dominus habuit naturam humanam *integram* et *perfectam*: Sed sine actu intelligendi creato predicta natura non habuisset esse *integrum* et *perfectum*: Ergo... (*Salmaticenses*, loc. cit., vol. 15, pág. 5). Lo mismo, y más claro aún, puede verse donde el Santo Doctor pregunta: «Utrum in Christo fuerint virtutes. Respondeo dicendum quod... quanto aliquod principium est *perfectius*, tanto magis imprimit suos effectus: unde cum gratia Christi fuerit *perfectissima*, consequens est quod ex ipsa processerint virtutes ad *perficiendum* singulas potentias animae, quantum ad omnes animae actus, et ita Christus habuit omnes virtutes. (*Summa Theolog.*, p. 3, q. 7, art. 2.)

dria al principio de que es *hombre perfectísimo*. Por no haber distinguido bien estos tres conceptos: esencia pura, esencia *connatural*, esencia *perfectísima*, no se ha entendido bien por muchos el aforismo de «*deductio proprietatis ex essentia*», que es la definición clásica del virtual revelado o teológico, y el constitutivo y distintivo específico entre la fe divina y la teología.

COROLARIOS. — De todo lo dicho, creemos que se deducen con evidencia estos tres corolarios:

Primero. Son verdadero y propio *virtual revelado* y verdaderas y propias y rigurosas *conclusiones teológicas*: a) Todas las conclusiones en que, de la revelación de la esencia (aun pura o en abstracto), se deducen por raciocinio cualquiera de sus propiedades *esenciales* o metafísicas o aptitudinales o radicales. b) Todas las conclusiones en que de la revelación de la esencia *íntegra o connatural o perfecta*, se deducen por raciocinio cualquiera de sus propiedades *físicas* o actuales. Esta es la verdadera inteligencia tomista del *virtual revelado* o del «*deductio proprietatis ex essentia*», definición clásica de la verdadera y propia y rigurosa y específica *conclusión teológica*.

Segundo. No son verdadero y propio virtual revelado ni verdaderas y propias conclusiones teológicas las conclusiones en que, de la revelación de la *esencia pura* o en abstracto de un individuo, se deducen las propiedades físico-actuales.

Tercero. La mayoría de los manuales modernos desde Suárez se apartan de la doctrina tomista en esos dos puntos fundamentales, a saber: a) En hacer formalmente de fe, aun sin definición de la Iglesia, y echar fuera de la teología propia y rigurosamente tal, a las conclusiones del primer corolario, que son las únicas propia y exclusivamente teológicas. En esto convienen, sin pretenderlo, con Vázquez y Vega. b) En reducir el verdadero virtual revelado y la teología propiamente tal a las conclusiones del corolario segundo, las cuales ni son rigurosamente teológicas, ni tienen certeza alguna superior a la contingente y falible certeza física. La certeza física *consecuencial* sólo envuelve *certeza y necesidad* en el orden natural o con respecto a las causas segundas, pero envuelven *contingencia o incertidumbre* con respecto a Dios o en el orden sobrenatural. Y la teología nada considera sino *en orden a Dios* o al orden sobrenatural, fuera de lo cual nada es *teológico*.

FR. FRANCISCO MARÍN-SOLA, O. P.

Dominican College of Rosaryville (Luisiana), Estados Unidos.

LA RESURRECCIÓN DE LOS JUSTOS

Si autem Christus prædicatur quod resurrexit a mortuis, quomodo quidam dicunt in vobis, quoniam resurrectio mortuorum non est? Si autem resurrectio mortuorum non est, neque Christus resurrexit. (I ad Cor., c. XV, v. 12 y 13.)

El argumento de todo el capítulo XV de la primera Epístola de San Pablo a los Corintios es la futura resurrección de los justos.

Divídese en dos partes:

I) Desde el v. 1 hasta el 34 prueba el Apóstol *la certidumbre* de la resurrección de los justos.

II) Desde el v. 35 hasta el 58 habla del modo de esta resurrección.

En este momento no queremos tratar sino de la primera parte, la cual se subdivide en otras dos:

a) Por la resurrección de Cristo prueba el Apóstol nuestra resurrección (1-28).

b) Prueba lo mismo por la conducta de los cristianos (el bautismo de los muertos) y de los Apóstoles (sus trabajos) (29-34).

Examinemos ahora el primer miembro de esta división, los versículos 1-28, y busquemos en ellos la respuesta a esta cuestión:

¿Cuál es la conexión entre la resurrección de Cristo y nuestra resurrección?

En las palabras citadas (v. 12 y sig.), es tan estrecha la conexión de estos dos hechos, la resurrección de Cristo y la nuestra, que, admitida aquélla, hay necesariamente que admitir ésta, y al contrario, negada la resurrección de los hombres, por necesidad viene a negarse la resurrección del Salvador.

Esta conexión, que el Apóstol presenta como tan necesaria, no es tan evidente, y lo demuestra ya Santo Tomás al referir varias opiniones en su comentario.

Cada uno concibe a su modo esta conexión o sigue la vía más fácil de dejar sin resolver la dificultad, sospechando que San Pablo emplea una argumentación menos rigurosa.

Según algunos, se debe explicar este texto: *Si Cristo resucitó, luego los demás PUEDEN resucitar*. Pero, evidentemente, San Pablo no habla de la sola *posibilidad*, sino de la *certidumbre* y de la *realidad* de nuestra resurrección.

Santo Tomás rechaza esta sentencia, según la cual, Cristo, resucitando, sería la causa meritoria de nuestra resurrección, «quia resurgendo non meruit eam, cum jam esset comprehensor et viveret vita gloriosa».

Según el Doctor Angélico, la resurrección de Cristo es *causa eficiente y ejemplar* de la resurrección nuestra (in h. l., y también III, q. LV1 ad 3). Lo cual es mucha verdad, ya que la humanidad gloriosa de Cristo será la causa instrumental de nuestra resurrección, y que el cuerpo de nuestra vileza será transformado conforme al cuerpo glorioso de Cristo (Phil. III, 21); pero queda sin resolver la duda de si San Pablo concebía como *necesaria* esta conexión de la resurrección de Cristo con la nuestra.

Otros muchos recurren a aquella sublime doctrina de San Pablo sobre la unión de los fieles con Cristo para formar un solo cuerpo místico, cuya cabeza es el mismo Cristo. Así, por ejemplo, Pelagio: «Si ergo caput resurrexit, necesse est etiam ut cætera membra sequantur» (in h. l.); y en otro lugar: «Qui caput suscitavit, etiam cætera membra suscitaturum se promittit» (in I Thes., IV, 14). De igual modo Primasio, Estio, Cornely y otros.

Pero todavía se puede dudar si es verdaderamente esa conexión que San Pablo establece entre la cabeza y los miembros la que aquí intenta, tanto más cuanto que en este capítulo no habla del cuerpo místico. Esta doctrina la desarrolla el Apóstol en las epístolas de la primera cautividad; y Efes. II, 4 s cuadra muy bien con nuestro problema, como ya notó San Crisóstomo. Pero, según muchos expositores, esta conformidad de los miembros con la cabeza, Cristo, consistiría en la resurrección espiritual del pecado a la gracia y a la gloria: los fieles forman con Cristo un cuerpo *místico*. Por esto la referida doctrina del cuerpo místico no parece venir a cuento para declarar esta argumentación de San Pablo, que supone *una conexión necesaria entre la resurrección de Cristo y la de los hombres*.

La solución verdadera se halla sólo en la conexión del pecado

do con la muerte, como dice el Apóstol en el v. 17: *Si Christus non resurrexit, vana est fides vestra, adhuc enim estis in peccatis vestris.*

Pero veamos antes el procedimiento de San Pablo.

* * *

Había entre los corintios quienes decían: «quoniam resurrectio mortuorum non est» (v. 12), y su principal dificultad estaba en el modo de esta resurrección y en las condiciones del cuerpo resucitado: «Sed dicet aliquis: Quomodo resurgent mortui? Qualive corpore venient?» (v. 35). Y respondiendo el Apóstol, prueba en primer término nuestra resurrección por la de Cristo. Por esto *comienza asentando la certidumbre de la resurrección del Salvador.*

Es esta resurrección uno de los puntos esenciales del Evangelio: «Tradidi enim vobis in primis quod et accepi, quoniam Christus mortuus est pro peccatis nostris secundum Scripturas: et quia sepultus est, et quia resurrexit tertia die secundum Scripturas.» He aquí el primer símbolo de la fe en que se contiene *la resurrección de Cristo* (3-4). Y porque ésta es el fundamento de la argumentación de San Pablo en el probar nuestra resurrección, por esto alega los testigos calificados del tiempo del Salvador: Cefas, los once Apóstoles, más de quinientos hermanos, «ex quibus multi manent usque adhuc», Santiago, los Apóstoles todos y luego el mismo Pablo (5-10).

Este es, pues, el argumento de la predicación apostólica: «Sive enim ego, sive illi, sic prædicamus et sic creditis» (v. 11).

La resurrección está fuera de duda.

— De aquí concluye el Apóstol la resurrección general de los muertos (12-13): «Si autem Christus prædicatur quod resurrexit a mortuis quomodo, quidam dicunt in vobis, quoniam resurrectio mortuorum non est? Si autem resurrectio mortuorum non est, neque Christus resurrexit.»

— Luego una vez admitida la resurrección de Cristo, por necesidad se debe admitir la nuestra; pero la negación de ésta lleva consigo la negación de aquélla.

Y el Apóstol señala los absurdos que de esta negación se seguirían: vana, es decir, sin objeto, es nuestra predicación y vuestra fe: «Si autem Christus non resurrexit, inanis est ergo prædicatio nostra» (κενόν ... τὸ κήρυγμα), vacía, sin sentido ni objeto; «inanis est

fides vestra» (κένῃ ... ἡ πίστις), vacía también y sin objeto es vuestra fe (v. 14) ⁽¹⁾.

La resurrección de Jesucristo no es un hecho o dogma aislado que pueda ser aceptado o rechazado sin perjuicio de las demás verdades del Evangelio; es más bien el punto céntrico de todo el Evangelio y como la corona de toda la vida del Salvador ⁽¹⁾.

Este pensamiento lo desenvuelve hasta el v. 19.

15. La predicación es vana: *Invenimur autem et falsi testes Dei: quoniam testimonium diximus adversus Deum quod suscitavit Christum a mortuis, quem non suscitavit, si mortui non resurgunt.* — 16. *Nam si mortui non resurgunt, neque Christus resurrexit.* — 17. *Quod si Christus non resurrexit, vana est fides vestra, adhuc enim estis in peccatis vestris.* — 18. *Ergo et qui dormierunt in Christo, perierunt.* — 19. *Si in hac vita tantum sperantes sumus, miserabiliores sumus omnibus hominibus.*

En breves palabras:

- 1) Si los muertos no resucitan, Cristo no resucitó.
- 2) Si Cristo no resucitó, vana es la predicación de los Apóstoles, los cuales resultan faltos testigos de Dios.
- 3) Si Cristo no resucitó, vuestra fe carece de objeto.
- 4) Si Cristo no resucitó, todavía estáis en vuestros pecados y los fieles difuntos perecieron, o en otros términos: *no hay remisión de pecados, no hay salud eterna*, en la cual consiste toda la obra de Cristo y todo el Evangelio.

Y porque estas consecuencias son inadmisibles, síguese que Cristo venció a la muerte con su resurrección, *porque destruyó el pecado; y, por consiguiente, habrá resurrección de los muertos, porque hay redención del pecado.*

— Como proposición menor de su argumento afirma ahora San Pablo la resurrección de Cristo: *Jamvero Christus resurrexit* — (20)..., y declara en qué relación se halla Jesucristo con los que han de resucitar: *primitiæ dormientium*. Así como Adán con el pecado trajo la muerte, de la misma suerte Cristo restituyó los hombres a la gracia y a la vida. Por aquí aparecerá claro qué conexión intenta el Apóstol establecer entre la muerte de Cristo y la de los hombres.

20. *Nunc autem Christus resurrexit a mortuis primitiæ dormientium.*

He aquí afirmada de nuevo la resurrección de Cristo y la rela-

(1) ROBERTSON AND PLUMMER: I Cor., p. 348 (The intern. crit. Comm.)

ción de Cristo con los que han de resucitar. Este último pensamiento lo desarrolla en seguida:

21. *Quoniam quidem per hominem mors, et per hominem resurrectionis mortuorum.*—22. *Et sicut* (in griego *sicut enim*) *in Adam omnes moriuntur, ita et in Christo omnes vivificabuntur.*—23. *Unus quisque autem in suo ordine, primitiae Christus: deinde ii qui sunt Christi, qui in adventu ejus crediderunt*—24. *Deinde finis: cum tradiderit regnum Deo et Patri, cum evacuaverit omnem principatum et potestatum et virtutem.*—25. *Oportet autem illum regnare donec ponat omnes inimicos sub pedibus ejus.*—26. *Novissima autem inimica destruetur mors: omnia enim subjecit (Deus et Pater, v. 24) sub pedibus ejus (Christi). Cum autem dicat.*—27. *Omnia subjecta sunt ei, sine dubio praeter eum, qui subjecit ei omnia (i. e. praeter Deum et Patrem, v. 24).*—28. *Cum autem subjecta fuerint illi (Christo) omnia: tunc et ipse Filius subjectus erit ei, qui subjecit sibi (Christo) omnia, ut sit Deus omnia in omnibus.*

En resumen:

1) Cristo resucitó, y es como las primicias de los que duermen el sueño de la muerte; los demás le seguirán a su tiempo como la mies.

2) Cristo resucitó como primicias de los durmientes, porque *por Él* recibimos *la vida nueva*, así como por Adán recibimos la muerte.

3) Todo el Universo, sujeto a la servidumbre del enemigo o de la corrupción, será renovado por Cristo, y una vez rescatado y renovado, lo devolverá a Dios Padre (v. 24, cfr. Rom. VIII, 19 ss).

4) Finalmente, será destruida la muerte enemiga, fruto del pecado que venció Cristo.

5) De esta suerte será todo el Universo redimido y renovado por Cristo para que de nuevo *Deus sit omnia in omnibus*. Y esta restauración es el fin y la corona de la obra de Jesucristo.

* * *

Así, pues, el nexo que liga la resurrección de Cristo y la de los hombres debe concebirse según las palabras del mismo San Pablo: La redención es la liberación del pecado y de todas las consecuencias del pecado.

Ahora bien, según la revelación del Antiguo y del Nuevo Testamento, el pecado trajo sobre el género humano la muerte. (Cfr. Gen. II, 17; III, 19.) *A muliere initium factum est peccati, et per illam omnes morimur.* Eclo. XXV, 33 (24).

Esta doctrina la repite con frecuencia San Pablo. Rom. V, 12 ss.: *per peccatum mors*; VI, 23: *stipendia peccati mors*; VIII, 10: *corpus quidem mortuum est propter peccatum*. Y lo mismo en el pasaje que estudiamos. I Cor. XV, 21-22, 54-56.

Luego el pecado y la muerte están entre sí ligados.

Igualmente la remisión del pecado y la resurrección de la muerte.

Por esto Cristo, resucitando, venció la muerte y demostró con su misma resurrección que el pecado era vencido.

Luego, borrado el pecado, queda destruida la muerte; fuimos rescatados, resucitaremos.

Y en este sentido, con mucha verdad y lógica, dice el Apóstol: *si mortui non resurgunt, neque Christus resurrexit. Quod si Christus non resurrexit, vana est fides vestra, adhuc estis in peccatis vestris* (16-17). Pero ya no estamos en nuestros pecados; luego resucitaremos, como Cristo, vencedor del pecado, resucitó.

La resurrección de Jesucristo puede servir también para probar nuestra reconciliación con Dios, en cuanto que es de parte del Padre una pública y solemne aceptación del sacrificio propiciatorio de la Cruz.

En conclusión:

La resurrección de Jesucristo es la victoria sobre la muerte y el pecado; ella prueba nuestra reconciliación con Dios, una vez quitado el pecado, y nuestra futura resurrección de los muertos.

Puede consultarse los siguientes textos de San Pablo, en los cuales la resurrección de Cristo es considerada igualmente como prenda de nuestra resurrección: Act. XXVI, 23: *Christus resurrexit primus ex resurrectione mortuorum*; Col. I, 12: *primogenitus mortuorum*, como I Cor. XV, 20: *primitiae dormientium*.

Rom. VIII, 10-11: «Si autem Christus in vobis est: corpus quidem mortuum est propter peccatum, spiritus vero vivit propter justificationem. Quod si spiritus ejus, qui suscitavit Jesum a mortuis, habitat in vobis: qui suscitavit Jesum Christum a mortuis, vivificabit et mortalia corpora vestra, propter inhabitantem spiritum ejus in vobis.» (Cfr., v. 23.)

I Cor. VI, 14: «Deus vero et Dominum suscitavit: et nos suscitabit per virtutem suam.» (Cfr. II, Cor. IV, 14.)

I Ter. IV, 14: «Si enim credimus quod Jesus mortuus est, et re-

surrexit; ita et Deus eos, qui dormierunt per Jesum, adducet cum eo. (Cfr. Efes. I, 19-20, etc...)

* * *

En los Padres que *ex profeso* han comentado este texto hallamos la explicación propuesta, indicada por San Crisóstomo: «si mortuus non potest resurgere, neque abolitum est peccatum, neque mors est perempta, nec ablatum est maledictum.» (P. G. 61, p. 335.) Esta misma sigue Teofilacto.

Pero más claramente lo expone Ecumenio:

«Nam si ipse quoque detentus est a morte, quomodo cæteros omnes liberabit a morte, quæ propter peccatum facta est? *Consequenter ergo nec peccatum Christi morte deletum est: nam, si deletum esset, utique mors etiam, quæ per ipsum erat, extincta esset*: quod si hoc factum esset, oportuisset omnino eum qui alios a morte liberavit, primum resurrexisse et aliis ducem fieri ad resurrectionem.» (P. G. 118, p. 867.)

Entre los modernos exégetas, breve, pero óptimamente, expuso la misma doctrina P. LADEUZE, ilustre rector de la infeliz Universidad de Lovaina, en su opúsculo *La Resurrection du Christ devant la critique contemporaine*, páginas 5-6 ⁽¹⁾.

FR. J. M. VOSTÉ, O. P.

(1) Col. *Science et foi* (Desclée). — Cfr. también: *Sanday-Headlam. Romans*, p. 117 (Intern. crit. comm.) *Schäfer: Die Bedeutung des lebendigen Christus*.



EL CONOCIMIENTO DEL MILAGRO Y LA CIENCIA

II

La actitud de la llamada *ciencia moderna* respecto al milagro es, en el fondo, de franca hostilidad, si bien en la forma no siempre se presenta así, quizás para no declararse en abierta y descarada oposición con sus mismos principios, que le vedan toda afirmación categórica acerca de las cosas en sí, de lo absoluto. Innumerables son los sabios que han repetido las conocidas palabras de Renán: «Nosotros no decimos: El milagro es imposible; decimos: Hasta ahora no ha existido ningún milagro comprobado» (1). En realidad, Renán no creía en la posibilidad del milagro, como no creen cuantos mantienen su misma actitud por cierto pudor agnóstico.

La verdadera convicción íntima de la ciencia racionalista es la indicada por Höffding en las frases ya citadas en otro lugar: «Para el hombre que concibe las investigaciones, que considera los problemas según el tipo científico, el milagro es imposible» (2). No faltan quienes pretenden fundar esta convicción, más bien que en la ciencia, en la conciencia, que, según ellos, siente repugnancia en atribuir a Dios el milagro, considerándolo «como un procedimiento pueril, infantil, indigno de una inteligencia elevada, a la cual no podría convenir el turbar el reinado de las leyes por ella establecidas» (3). Esta razón es especiosa. La real, la profunda, que muchos no se atreven a exponer manifestamente, es la negación radical de Dios mismo, o, cuando menos, la duda, que se acerca bastante a la persuasión de su no existencia.

Mas como estas actitudes francas, enérgicas, crudas, no sientan bien a los sabios que se precian de no conocer más que los fenómenos, de ignorar las causas *extracientíficas*, es decir, las que no se pueden someter a manipulaciones de laboratorio, generalmente, el gesto que afectan adoptar — no niego con esto que muchos sean sinceros — es de duda: «¿Podéis citarme, decía L. Couturat a Le Roy, un solo hecho milagroso debidamente atestiguado y probado?» (4); o, más bien, de ignorancia: «Suponed

(1) *Vie de Jésus. Introduction*, pág. LI.

(2) *Filosofía de la Religión*, pág. 45.

(3) SÉAILLES: *Les affirmations de la Conscience moderne*, pág. 34.

(4) *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, marzo 1912, pág. 165.

un fenómeno misterioso, sin analogía y sin enlace con ningún otro; los sabios, en su presencia, se declararán sencillamente en estado de ignorancia» (1). Sabatier suele estar bien inspirado cuando habla en nombre de la ciencia incrédula, aunque no sea él un científico de profesión. Según esto, la ciencia no puede afirmar nada sobre el milagro o mo hecho real. Así lo reconocen también los modernistas, los cuales ven en él algo «hiperfenomenal», que, por lo tanto, no pueda sujetarse a comprobaciones científicas. Las mismas ideas sostiene con insistencia Laberthonnière en su discusión con Le Roy: «La pretensión de reducir (ramener) la comprobación del milagro a una comprobación científica, que se puede anotar a la manera de una experiencia de laboratorio, es lo más desastrosa que cabe concebir» (2). Y estas expresiones, que desde cierto punto de vista aún pudieran justificarse, las acentúa más en otro lugar, dándoles un sentido absoluto completamente insostenible, en esta forma: «Si no puede haber crítica científica del milagro, quiero decir crítica hecha en nombre de nuestra ciencia de los fenómenos, la cual, dándonos la norma de lo que vendría de las fuerzas de la naturaleza, nos permitiría distinguirlo de lo que no vendría de ellas, en cambio hay, y es preciso que haya, una crítica moral y religiosa del milagro» (3).

Es decir, en resumen, que la ciencia como tal nada sabe ni nada puede saber acerca del milagro, ni es capaz de proporcionarnos medio alguno para discernirlo de los hechos naturales. Tal es la actitud que mantienen sus cultivadores más moderados y pacatos, la cual aprueban plenamente los modernistas con otros que no quieren pasar por tales.

Las razones en que apoyan su opinión los que así piensan difieren según los diversos conceptos que tienen del milagro y de la naturaleza, y más aún del conocimiento de lo real.

Ya se ha visto en un artículo anterior cuál es el motivo verdadero en que se fundan los subjetivistas absolutos (4) para negar a la ciencia todo derecho a intervenir en la crítica del milagro. Siendo éste una realidad exclusivamente interior, de carácter religioso y moral sin conexión física con la naturaleza material, una manera de apreciar los fenómenos mundanos ordinarios o extraordinarios desde el punto de vista de la fe, de su peso se cae que la ciencia es de todo punto incompetente para juzgarlo, puesto caso que reside en una esfera totalmente ajena a la suya. So pena de proclamar la bancarrota de sus principios fundamentales y de romper con sus métodos positivos, jamás podrá el hombre de ciencia pronunciar fallos sobre los sentimientos religiosos que la vista del universo y de sus

(1) A. SABATIER: *Esquisse d'une Philosophie de la Religion*, pág. 84.

(2) *Bulletin de la S. F. de Ph.*, marzo de 1912, pág. 138.

(3) *Ib.*, pág. 144.

(4) Me refiero al concepto del milagro como algo puramente subjetivo, según queda expuesto en esta misma Revista. (Véase LA CIENCIA TOMI-ITA, septiembre-octubre de 1916.)

armonías sublimes despierta en las almas. Es la vida interior del espíritu un terreno vedado a la investigación científica.

No hay para qué detenerse a discutir esta opinión, pues es evidente que se funda en un concepto del milagro inadmisibles. Sólo a costa de su realidad objetiva, de evaporarlo en cuanto *hecho divino*, de reducirlo a un fenómeno como cualquier otro, logran los subjetivistas conciliarlo con la ciencia. Y eso es sencillamente negar el milagro, confundiéndolo con los fenómenos naturales. Claro es que el alma religiosa, para quien los hechos milagrosos no son más que los sentimientos sobrenaturales de lo divino que experimenta a vista del mundo, no tiene motivos para inquietarse por los juicios que sobre los fenómenos cósmicos emita la ciencia. Y ésta a su vez puede dejar en plena libertad al alma para que piense lo que quiera de ellos. Son dos visiones de un mismo objeto completamente distintas e independientes. En esta armonía entre la ciencia y el milagro se sacrifica éste a aquélla, triunfando escandalosamente el concepto racionalista del mundo. No podemos, por lo tanto, contentarnos con esta solución, que niega realidad objetiva a uno de los extremos que se pretenden conciliar.

El motivo que los profesionales de la ciencia aducen más insistentemente para declarar el milagro incognoscible es la hipótesis de las leyes desconocidas, de las fuerzas ocultas. Apenas habrá escritor científico-racionalista que toque esta cuestión y no la resuelva como última escapatoria acudiendo a la famosa teoría de lo desconocido. «¿Cómo comprobar un milagro, pregunta Le Dantec, repitiendo la dificultad mil veces reproducida en todos los tonos, es decir, una ruptura de las leyes naturales? Precisaría para eso estar seguro de conocer todos las leyes de la naturaleza, y también todas las condiciones del fenómeno observado» (1). La misma objeción, con carácter de insoluble y con el énfasis de quien se cree invulnerable, proponía en el siglo XVII Rousseau fundándose en los *milagros* que comenzaban a volatilizarse con el «cañón, la óptica, el imán y el barómetro» (2). ¿Qué diría hoy el famoso autor del *Contrato social* al ver que los modernos científicos no hacen más que reproducirle sin cambiar un ápice del fondo de su opinión? Cuando tantos lo dicen... El mismo Höffding, que afecta tanta seriedad, tanto rigor lógico, cree que «antes de poder declarar que algo está fuera de toda especie de ley natural, es preciso que conozcamos una por una todas las leyes naturales y todas las aplicaciones especiales que de ellas pueden hacerse» (3).

Los modernistas se fundan en su teoría del conocimiento, que dividen en fenomenal, científico, filosófico y religioso (4). Éste consiste en «la ex-

(1) *L'Athéisme*, pág. 78.

(2) *Lettres écrites de la montagne*, páginas 89 y siguientes.

(3) *Ib.*, pág. 45.

(4) *Il Programma dei Modernisti*, páginas 95-96, ed. de 1911.

periencia actual de lo divino obrando en nosotros y en el todo». Su objeto propio son los hechos religiosos (y entre ellos las profecías y los milagros), los cuales se «escapan de la comprobación de la experiencia» vulgar o científica. No quiere decirse que esos hechos no sean reales, sino que el «alma científica» como tal no los percibe. Y ponen este ejemplo: «El matemático en cuanto tal no puede percibir una armonía, que en cambio se revela a un alma musical; pero esto no quiere decir que aquella armonía no sea real ni que el músico la cree. El espíritu de éste la encuentra allí en donde otros no la hallarán. Lo mismo debe decirse en nuestro caso. Los hechos religiosos incluyen significados misteriosos que la ciencia pura no percibe: la fe con sus facultades especiales penetra esos significados y logra vivirlos» (1). Así el milagro no se puede conocer con el auxilio de la ciencia, sino sólo con «un sentido especial de las realidades sobresensibles» (2).

Substancialmente no difieren de los anteriores los motivos que alega Laberthonnière para negar a la ciencia el conocimiento del milagro. He aquí resumido brevemente su pensamiento sobre este punto concreto: Sólo un hecho tendrá valor de milagro cuando provee en nosotros una orientación hacia «lo único necesario», cuando se presente como una respuesta a la cuestión suprema del fin último del mundo y de la vida. Sin embargo, notemos bien que no es por su materialidad por lo que (el milagro) obtiene este resultado, porque tampoco por ella es milagro, sino por su significación» (3). Aquella se impone a los sentidos, pero no así ésta. «En tanto que el milagro despierta la inquietud del destino o se dirige a eso, es un llamamiento; mas para ser reconocido como tal no basta que sea oído un llamamiento, es preciso que sea entendido en alguna manera y que sea escuchado» (4). El sabio en cuanto tal no puede conocer propiamente un milagro por extraordinario que sea, porque no tiene despierta esa inquietud del supremo destino, y, por lo tanto, es incapaz de penetrar el sentido de esos hechos misteriosos. Al contrario, se esforzará por explicarlos en función de sus teorías científicas. Nadie lo sacará de ahí. Eso es lo que exige su misma actitud de científico. Encontrará en la naturaleza cosas inexplicadas o aún inexplicables, pero jamás descubrirá milagros.

*
* *

¿Es verdad que la ciencia no puede conocer el milagro de ninguna manera, basándose en sus principios y utilizando solamente sus procedimientos y métodos, y que, por lo tanto, debe declararse incompetente en

(1) *Ib.*, pag. 115.

(2) *Ib.*, pag. 97.

(3) *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, marzo 1911, páginas 135-136.

(4) *Ib.*, pag. 136.

absoluto para negar o afirmar nada en esta materia? ¿No puede haber una crítica científica, un discernimiento del milagro fundado en el examen de los fenómenos y de sus leyes?

Desde luego esta actitud agnóstica es más bien teórica que práctica. Por mucho que proclamen los sabios su ignorancia respecto a las cuestiones que tocan al fin supremo del hombre, *de hecho* siempre niegan cuando se trata de afirmaciones que hieren de frente los principios fundamentales del naturalismo. Esta disposición de espíritu que se complace en repetir el pretendido axioma: *Ignoramus et ignorabimus*, no puede ser una actitud duradera en el sabio, que aspira incesantemente a conocer y explicar, a reducir lo desconocido a las categorías de lo conocido, a buscar para cada fenómeno una explicación satisfactoria y aun definitiva. De ordinario, los sabios rebasan en la práctica los límites y principios que ellos mismos asignan a la ciencia pura. Difícil será hallar alguno que no se permita juicios categóricos sobre lo absoluto. En nombre de la ciencia pura y de la crítica científica se ha rechazado, y sigue rechazándose, el orden sobrenatural bajo todas sus formas, desde la revelación primitiva ⁽¹⁾ hasta los milagros de Lourdes, que ciertos sabios contemporáneos afectan ignorar. Y es de ver el desdén profundo, la sonrisa, casi sarcástica, que se trasluce a través de sus afirmaciones más modestas cuando se toca en lo vivo de estas cuestiones trascendentales. La compasión que sienten hacia nosotros, pobres creyentes, mézclase con cierta ironía mal disimulada.

Mas dejemos aparte esas incursiones de los sabios por las regiones de la metafísica. Es muy natural que, a ratos, todo el mundo se sienta un poco filósofo. Esas son aventuras de los científicos, no de la ciencia pura. Esta se mantiene—así lo proclaman a coro sus cultivadores más entusiastas—en el terreno positivo de los hechos observables, de los fenómenos y de la experiencia sensible. Ella estudia el mundo fenomenal, investiga las leyes a que está sometido, las relaciones que guardan entre sí los fenómenos naturales, cuya producción provoca en sus laboratorios para examinarlos mejor... En una palabra: el objeto de la ciencia es lo perceptible por los sentidos, el fenómeno en estado puro; su método, la experiencia y la experimentación, la observación detallada, de la cual deduce sus conclusiones; su ideal constante, descubrir las leyes o, acaso más exactamente, las condiciones, según las cuales obra la naturaleza. La aspiración suprema de una ciencia será reducir el mayor número de hechos, a ser posible, todos al menor número de leyes, las cuales expresen de la manera más sencilla y exacta la armonía que reina entre aquéllos, las condiciones de su producción y, de consiguiente, la manera de utili-

(1) Así lo dicen formalmente los modernistas, con ese tono de suficiencia que tan mal pega con su actitud agnóstica: «La critica ha disciolto la credenza nella tradizione formale di una rivelazione primitiva.» *Il Programma*, etc., pág. 110.

zarlos. Una ciencia alcanza su perfección última cuando las leyes a que obedecen los fenómenos que estudia pueden reducirse a expresiones matemáticas. De ahí la tendencia creciente, de día en día, como dice A. de Lapparent, a ensanchar el dominio de las llamadas ciencias exactas, «por ser la forma matemática necesariamente el término a que aspira toda rama de nuestros conocimientos, que ha llegado a un grado suficiente de desarrollo. Pues, en efecto, cuando la comparación metódica de los hechos de observación ha logrado poner en evidencia relaciones constantes entre ellos, es decir, leyes, un progreso de abstracción puede inducir a representar estas leyes por expresiones bastante sencillas para que las reglas del lenguaje matemático les sean aplicables» (1). Así la ciencia, partiendo de datos experimentales, coordinándolos y simplificándolos, llega a reducir la multiplicidad indefinida de los fenómenos a grupos muy limitados, que se pueden representar por fórmulas sencillísimas. Este maravilloso resultado lo consigue la ciencia valiéndose de hipótesis y teorías, fruto generalmente de intuiciones geniales, que las experiencias y observaciones posteriores se encargan luego de comprobar. En presencia de un hecho nuevo, cuya explicación se ignora por completo o la que de él se dé no satisface al sabio, idea éste hipótesis que por el momento se consideran como representaciones exactas de la realidad. Si después otras observaciones posteriores vienen a confirmarlas, las hipótesis pasan a ser teorías ciertas y adquieren carta de naturaleza en la ciencia. De este modo la observación y la experiencia sirven de base y de contraprueba a las hipótesis y teorías científicas. Por mucho que se discuta hoy el valor real de estas últimas, es indudable que tienen una importancia extraordinaria, y que sin ellas el edificio de la ciencia jamás se elevaría. Y aunque muchas veces es preciso revisarlas y aun abandonarlas por completo cuando aparecen hechos antes desconocidos, que o las contradicen o no caben en sus moldes, no por eso dejan de prestar al sabio un servicio importantísimo. En la base de casi todos los grandes progresos científicos se encuentra la hipótesis al lado de la experiencia. Sucede a menudo que, aun cuando sea preciso modificar profundamente aquélla para dar cabida a hechos nuevos, con todo las fórmulas matemáticas primitivas conservan su valor por expresar exactamente la realidad.

Estas variaciones de las teorías científicas no significan, en manera alguna que la ciencia renuncie a la realidad; antes su aspiración continua es acercarse más a ella. No se conforma con crear un orden arbitrario, subjetivo, pragmático, y luego interpretar los hechos según las exigencias de la teoría ideada. Contra estas tendencias idealistas, que acarician ciertos sabios modernos, se rebela el fenómeno «bruto», que aplastaría a quien intentase reducirlo a categorías *a priori* sin contar con sus condiciones reales. Por mucho elemento subjetivo que se quiera poner en la

1) *Science et Apologétique: Introduction*, pág. 6.

ciencia, ésta jamás alcanzaría los grandiosos progresos que hoy advertimos, sin vivir en íntimo y constante contacto con lo real. La ciencia legítima no interpreta los hechos en función de las teorías ni los modifica para adaptarlos a un orden preconcebido, sino que las teorías se modifican para explicar los hechos. La ciencia positiva es profundamente realista, tiene fe arraigadísima en el orden cósmico, en el principio de causalidad y en otras muchas verdades de sentido común, las cuales, sin ser su objeto propio, le sirven de normas directoras, de faros que orientan sus investigaciones, de criterios que la preservan de muchos extravíos, de principios intangibles. De modo que, aun manteniéndose en su esfera propia, en el terreno de los hechos y de la observación, toda ciencia entraña necesariamente un conjunto de nociones filosóficas, o, si se quiere, de sentido común, que, en unión con las teorías e hipótesis, le dan un carácter de investigación racional y lógica, de universalidad y trascendencia, que son las notas distintivas de la verdadera ciencia en frente de la pura enumeración o catálogo de hechos a que quedaría reducida si prevaleciese el concepto positivista de ella en su forma cruda y exagerada.

Para comprender ahora si puede o no la ciencia, sin extralimitarse, decirnos algo del milagro, suministrarnos algún criterio que nos ayude a discernirlo de los fenómenos naturales, no hay más que recordar cuál es la naturaleza de aquél y cuáles las condiciones de su realización.

Tres cosas o aspectos debemos distinguir en el milagro estrictamente dicho: la causa eficiente, el efecto producido y el modo de su producción. Estos tres elementos integran la idea de milagro, y no puede prescindirse de ninguno sin adulterarla.

Comencemos por el elemento material que implica. En cuanto a esto, es el milagro una realidad sensible o, para generalizar más, perceptible a todos, un verdadero *fenómeno* en todo semejante a los fenómenos naturales (1). La vida que adquiere un cadáver resucitado milagrosamente no difiere, en lo substancial, de la que antes tenía; la salud recobrada por un enfermo curado por un taumaturgo es idéntica a la que hubiere recuperado en virtud de las causas naturales secundadas por un médico hábil; el pan que multiplicó Cristo maravillosamente en el desierto era de iguales condiciones que el ordinario, y el agua transformada en vino no difería del vino corriente sino en que era mejor. Lo mismo acontece en los

(1) El elemento *fenomenal* entra en el milagro como motivo de credibilidad de una manera necesaria. Hoy, cuando hablamos de milagros, propiamente dichos, lo incluimos siempre. Santo Tomás, sin embargo, menciona milagros en que ese elemento no existe, como la transubstanciación del pan en cuerpo de Cristo, la encarnación del Verbo, etcétera. (Quæst. Di., de Potentia; q. VI, a II, ad 2^{um}, et 9^{um}.)

demás hechos milagrosos. Entitativamente, o sea en el orden ontológico, el efecto que llamamos milagro reviste todas las condiciones de los efectos naturales ⁽¹⁾. Se nos presenta como un hecho perfectamente perceptible, a veces por varios sentidos, al alcance de la observación más vulgar. Así que por este lado no puede afirmarse que haya en él algo «hiperfenomenal». Todo se verifica en el campo de la experiencia sensible, como sucede en cualquier otro hecho físico puramente natural. De modo que la ciencia positiva, la cual justamente se arroga el derecho de observar los fenómenos naturales, puede muy bien darse cuenta perfecta del efecto milagroso y comprobar su realidad. Y no sólo el especialista, cuyas facultades de observación están muy desarrolladas por el ejercicio y la educación, sino cualquier hombre de mediana inteligencia es capaz de conocer el milagro en cuanto a su elemento fenomenal. Ya se ve que este no es más que el primer paso para su completo discernimiento; pero no es cosa despreciable y sin importancia, como pretende Laberthonnière, puesto que sin esto no tenemos verdadero milagro.

Conviene notar que el conocimiento de la parte material, física, de los hechos milagrosos, aun cuando, por regla general, es facilísimo, comprobable por todo el mundo, a veces puede ofrecer ciertas dificultades. Lo propio sucede a los fenómenos naturales. Los médicos más hábiles, por ejemplo, no son capaces, en muchos casos, de saber con certeza si tal enfermedad existía antes y si al presente ha recobrado el enfermo salud perfecta. Pero esos casos dudosos no son obstáculo para que ordinariamente conozcan con bastante exactitud los doctores, por lo menos, el malestar de los pacientes, lo anormal de sus funciones orgánicas y aun la naturaleza de la enfermedad, y luego que han curado los signos contrarios, que denotan salud completa. De manera que si cabe con frecuencia incertidumbre en el discernimiento del fenómeno milagroso, no es por su carácter especial. Con todas las cuestiones de hechos pasa lo mismo.

En donde comienza a diferenciarse profundamente el milagro de todos los fenómenos naturales es en el modo de producirse. Condición precisa de todo milagro es que se verifique fuera del curso ordinario de la naturaleza, que no pueda explicarse mediante las fuerzas naturales *hic et nunc*, es decir, examinadas todas las circunstancias concretas de cada hecho en particular. La ciencia, para explicar cualquier fenómeno, analiza hasta los más insignificantes detalles de su producción para saber las condiciones en que se verifica. La explicación se considera completa cuando puede reducirse a un grupo de hechos ya conocidos y expresarse por una fórmula general. Un hecho irreductible a determinadas catego-

(1) Santo Tomás nos habla de milagros que exceden a la naturaleza *quoad substantiam facti*; pero se ve, por los ejemplos que pone y por el contexto, que no intenta convertir el milagro en una substancia materialmente sobrenatural. (Sum. Th. I, q. 105 a 7, ad 2^{um}, a. 8 in corp.)

rias excita necesariamente la curiosidad del sabio, y puede llevarlo a revisar y aun a renunciar del todo a teorías que antes tenía por ciertas para dar lugar a otras más comprensivas. La ciencia no se satisface con hechos puros, aislados e independientes. «El sabio, dice Poincaré, debe *ordenar*: se hace la ciencia con hechos, como una casa con piedras; pero un cúmulo de hechos no es una ciencia, como un montón de piedras no es una casa» (1). Si el sabio procura ordenar es porque cree necesariamente en un orden real del universo, cuyas leyes le interesan más que los fenómenos. Estos no son mas que el punto de partida de la ciencia; la meta será la explicación de ellos por sus causas generales e inmediatas, el conocimiento de las condiciones según las cuales se producen.

El milagro se presenta en el campo de la experiencia como un fenómeno cuya producción no puede reducirse a ninguna causa natural y cuyas leyes o condiciones de existencia difieren radicalmente de las que gobiernan a todos los hechos físicos naturales. Estos están sometidos a condiciones fijas e invariables, al determinismo que domina en la naturaleza. Toda la ciencia supone como base fundamental de todas sus investigaciones, y sin la cual ni siquiera cabe concebirla, que reina en el universo cierto determinismo, según el cual obran todos los seres físicos. La naturaleza obra siempre del mismo modo si no encuentra algún obstáculo que impida su operación. Ya en pleno siglo XIII formulaba y razonaba admirablemente Santo Tomás esta convicción universal, que la experiencia de cada día se encarga de confirmar: «La naturaleza obra siempre de una misma manera a no ser que se la estorbe. Y la razón es porque un agente natural obra en cuanto es. De donde resulta que mientras es tal cosa, hará siempre lo mismo. Pues todo agente que obra por su naturaleza tiene un sér determinado» (2). Los progresos científicos están condicionados por este principio del determinismo natural (3). De ahí el axioma vulgar entre los sabios: *Saber es prever*. Cuanto más adelanta una ciencia, cuanto mejor conoce las propiedades y leyes de los seres, tanto pre-

(1) *La Science et l'Hypothèse*; pág. 168.

(2) *Sum. Thl.* I p., q. 19. a. 4 in corp.

(3) Este determinismo no ha de entenderse en un sentido absoluto, que excluya del mundo la contingencia. Los partidarios del determinismo rígido, «en donde toda realidad, con la precisión de fórmulas matemáticas, está encadenada y sometida á leyes generales, dependientes a su vez de una ley primordial «el axioma eterno», de Taine» (J. M. Dario en la *Revue de Philosophie*, abril de 1910, pág. 384), ha pasado de moda. Aunque las realidades físicas estén sometidas a un determinismo riguroso *de suyo*, la ciencia nunca puede llegar más que en resultados aproximados. Y así, en nombre de ella, no es lícito negar cabida a la contingencia en el universo. Antes bien, ésta entra como factor que no es posible descontar en la observación y experiencia científicas. Precisamente porque el determinismo es condicionado, no absoluto. Sobre las relaciones entre los dos extremos, contingencia y determinismo, y la manera de avenirlos con el milagro, pueden verse las atinadas observaciones del P. Poulpiquet en su libro: *Le Miracle et ses Suppléances*, cap. II.

dice con más seguridad los resultados de la causalidad natural. Dadas tales causas y tales circunstancias, necesariamente se seguirán tales efectos: he ahí el principio que hace posible la ciencia, la cual jamás existiría si la arbitrariedad reinase en el universo. A ese principio obedecen ciegamente todos los fenómenos naturales. Al revés sucede con el milagro. Es de todo punto imposible señalar las leyes físicas de su producción, precisamente porque no las tiene. De mil enfermos de iguales o parecidas condiciones patológicas que se presenten aspirando a ser favorecidos por la gracia de una curación milagrosa, no podrán todos los sabios del mundo determinar cuál o cuáles serán curados o si alguno lo será. Quizás lo sean varios, quizás ninguno. Entre la muchedumbre de ellos que rodeaban la piscina Probática o Betsaida, de que nos habla San Juan, sólo a uno curó Jesucristo, y de los innumerables que en su tiempo había en la nación judía, fueron relativamente pocos los que lograron tal dicha. Exactamente lo mismo acontece en nuestros días en las peregrinaciones de Lourdes. A pesar de ser incalculables los desgraciados que allí acuden en busca de un remedio divino cuando han desesperado de todos los auxilios humanos, escaso es, proporcionalmente, el número de los que alcanzan salud ⁽¹⁾. Y los así agraciados ofrecen los caracteres más diversos, siendo absolutamente imposible al ojo más sagaz hallar en los enfermos el síntoma más ligero que denuncie la curación como factible. Antes muchos van declarados como incurables, y, en cambio, otros, que aun humanamente no lo son, a lo mejor no sanan, como se observa con bastante frecuencia.

Esta es, pues, una primera diferencia fundamental entre el milagro y los fenómenos naturales. Estos están dominados por el determinismo inexorable, y el sabio que conozca la naturaleza de los seres y las condiciones requeridas para su operación, puede predecir de antemano, con plena seguridad, los resultados; a veces le es dado determinar hasta el momento matemático y los detalles más insignificantes del efecto producido. El mismo puede reproducir a su voluntad muchos de esos fenómenos utilizando en sus laboratorios el determinismo natural de las causas. Nada de esto tiene lugar en los milagros. Respecto a ellos, no es posible predecir cosa alguna con anticipación al hecho; todo es absolutamente indeterminado e indeterminable para la ciencia humana ⁽²⁾. Ella, que co-

(1) Excusado es decir que *todos* los que allí van de buena voluntad logran bienes superiores a la salud corporal cuando ésta se les niega. Prueba de ello es la fe, confianza y devoción con que de allí vuelven. Yo he conocido a un venerable sacerdote que después de haber ido varias veces a Lourdes, sin resultado para su terrible enfermedad, estaba tan satisfecho y alegre como si la Virgen le hubiese curado o poco menos.

(2) Por este carácter del milagro, que lo coloca fuera de todo determinismo natural, y por lo tanto lo hace incapaz de ser sometido a experimentación al arbitrio de nuestra voluntad, al revés de otros fenómenos físicos que el sabio puede provocar en su laboratorio, porque conoce las condiciones de su realización, se comprende la ridiculez de las pretensiones de Renan, que exigía, para creer en el milagro, que se reuniese una Comi-

noce las leyes—gran número de ellas, por lo menos—de la naturaleza y que, basada en ella, produce tantas maravillas como vemos en la industria moderna; ella, que pesa los átomos, mide las fuerzas y predice a siglos de distancia los eclipses del sol... es de todo punto impotente para encontrar en el milagro, aun en aquellos milagros físicos cuya materia es bien conocida a la ciencia, el más ligero detalle que lo ponga a su alcance y lo supedite a sus manipulaciones.

Nadie negará que esta diferencia entre los milagros y los fenómenos naturales es bien perceptible. La ciencia puede conocerla sin gran esfuerzo. Es un hecho que salta a la vista. La misma certeza con que el sabio conoce las condiciones de los fenómenos ordinarios, las circunstancias favorables o desfavorables a su realización, existe igualmente cuando se trata de milagros en sentido negativo. En éstos es fácil advertir la carencia absoluta de toda condición física favorable o desfavorable; para ellos, ni es posible señalar obstáculos, ni tampoco elementos que los hagan más o menos probables—siempre, claro es, en la naturaleza.

En sólo esta diferencia tenemos la clave para una solución—hay otras varias—de la famosa dificultad de las fuerzas ocultas, que no se sacian de repetir en nuestros días aun sabios de primer orden, presentándola como del todo insoluble. En efecto: las leyes desconocidas o fuerzas ocultas, a que se apela con tanta insistencia, han de ser leyes y fuerzas físicas⁽¹⁾, sujetas, por lo tanto, al determinismo universal, que es condición precisa de todos los fenómenos cósmicos, como reconocen todos los sabios. Suponer siquiera que puedan existir agentes físicos arbitrarios independientes de toda necesidad natural, es destruir por su base la posibilidad misma de la ciencia, es sembrar el más absoluto e irremediable escepticismo sobre las verdades mejor conocidas de las ciencias naturales. Quien admite que puedan existir fuerzas físicas ignoradas por el hombre, capaces a su arbitrio de resucitar un muerto o restaurar instantáneamente los tejidos destruidos por la gangrena, o soldar del mismo modo un hueso fracturado, o producir otro hecho análogo, y todo eso en cualquier circunstancia, unas veces sí y otras no en iguales condiciones fisiológicas,

sión científica, para que en su presencia un taumaturgo resucitase un muerto bien examinado previamente, y luego repetiese la misma experiencia en otro; «porque una experiencia, dice, debe poder repetirse siempre». (*Vie de Jesus*, pág. LI.) Apenas cabe mayor desconocimiento de la naturaleza íntima del milagro que el expuesto en estas palabras. Renan confunde o quiere confundir la magia con la religión.

(1) Para los que creemos en un mundo espiritual superior, la objeción reviste otro carácter, y es preciso resolverla acudiendo a otros principios. Prescindiendo de consideraciones metafísicas sobre el poder de las substancias separadas, cuyos límites es difícil determinar, como indica Santo Tomás (*Quæst. Disp.*; I. de Pot., q. IV, a. 3), tenemos criterios seguros en las circunstancias morales y religiosas que rodean a los hechos extraordinarios para conocer su carácter verdadero. Si existe algún caso dificultoso, podemos acudir a la Iglesia, que en cuestiones de este género posee autoridad indiscutible para todo católico.

ese tal está imposibilitado para dar un paso en el conocimiento cierto de la naturaleza. La ciencia no es conciliable con semejante opinión.

Si pues las supuestas fuerzas ocultas son energías naturales, elementos físicos, como deben suponer los sabios en virtud de sus mismos principios, capaces, por lo tanto, de ser «pesados» y «medidos» cuando lleguen a conocerse, por omnipotentes que sean, obrarán siempre del mismo modo, uniformemente, como lo hacen todas las fuerzas hasta ahora conocidas. De hecho observamos que de las innumerables fuerzas, antes ignoradas o mal conocidas, que ha descubierto la ciencia moderna, ni una sola deja de obedecer, ciega e infaliblemente, al determinismo cósmico. Eso es lo que infunde al sabio invencible seguridad en sus investigaciones y experimentos. Luego el milagro, que, como se ha visto, no está sometido al determinismo, sino que se manifiesta completamente independiente de toda norma y necesidad, que se verifica en cualquier condición física, no puede atribuirse a ninguna fuerza natural oculta.

No hago más que indicar esta solución, que en sí me parece decisiva. Pudiera, sin embargo, alegarse como escapatoria que no conocemos todos los detalles físicos y todas las condiciones en que se verifican los milagros en cada caso. Quizás, dirá algún sabio escrupuloso, todas las curaciones, por ejemplo, que se suponen milagrosas, obedezcan a condiciones determinadas, que se escapan al observador más hábil, el cual nunca conoce todos los datos de ninguna. Y generalizando más la objeción, pudiera presentarse así: como jamás conocemos todas las condiciones de ningún fenómeno, en cada hecho que el creyente considera milagroso, acaso existe, y por lo menos no nos es dado afirmar con entera seguridad que no existe una causa física determinante de él.

Esta evasiva—que así debe calificarse—se desvanece por completo si se tiene en cuenta la diversidad de milagros y la enorme variedad y aun oposición de circunstancias físicas observables en que se produce. Si los hechos milagrosos fuesen de una sola clase, verbigracia: curaciones de ciertas enfermedades especiales, o se verificasen siempre en las mismas condiciones físicas, habría lugar para la duda; podría sospecharse que, si bien desconocida, realmente existía la causa natural, sujeta al determinismo, obradora del milagro. Mas cuando sucede lo contrario, que los milagros acontecen así en el orden físico y anorgánico como en el fisiológico, sin distinción de fenómenos; que las circunstancias físicas varían hasta lo infinito, sin que jamás haya una constante a quien pueda atribuirse el hecho, se comprende fácilmente que la hipótesis de las fuerzas ocultas en el caso del milagro no tiene sentido, estando además reñida con los métodos mismos de la ciencia, que nunca debe apelar a teorías absolutamente gratuitas y que nada prueban, antes bien, se oponen a las cosas conocidas (1).

(1) A los que tanto proclamaban la posibilidad de fuerzas y leyes ocultas que vengan

Por lo demás, no hay para qué insistir sobre este punto como si fuese esencial e indispensable para discernir el milagro, según el parecer de los adversarios. La conciencia religiosa, pese a Höffding⁽¹⁾, no necesita aspirar a la omnisciencia ni a conocer «una por una todas las leyes naturales y todas las aplicaciones especiales que de ellas pueden hacerse» para «poder declarar que algo está fuera de toda especie de ley natural». Otros criterios tiene absolutamente decisivos que pueden suplir las deficiencias e imperfecciones que presente la crítica científica. Pero ésta no es despreciable, ni mucho menos. A pesar de las negaciones modernistas, es evidente que la ciencia pura, «sin otras preocupaciones que las científicas», es capaz de conocer en el fenómeno milagroso una cualidad que lo separa radicalmente de los hechos naturales: la ausencia de una causa o condición física determinante, su maravillosa independencia de toda norma fija. Esta nota característica del milagro puede ser objeto de la ciencia, porque es un hecho observable, como es la nota contraria en los otros fenómenos sometidos al determinismo de ser la naturaleza.

Nótese que no afirmo con esto que la ciencia sola baste para conocer la trascendencia del milagro. El juicio definitivo acerca de si un hecho lo es o no, exige otros elementos de prueba; pero sin desdeñar nunca los científicos ni los métodos de la ciencia, que, tratándose de hechos físicos, sea cual fuere su naturaleza, no deben tenerse en poco. La misma Iglesia los utiliza siempre en las discusiones que preceden a la solemne canonización de los santos.

Otra cualidad característica del milagro, análoga a la anterior y relacionada íntimamente con ella, es ser algo *extraordinario*, algo que resalta del curso acostumbrado de la naturaleza, y que, por lo mismo, provoca nuestra atención, a causa de su misma rareza. El mismo nombre, *miraculum*, indica que hay en él un elemento maravilloso, insólito, ya sea en cuanto a la materialidad del hecho, ya en cuanto al modo de verificarse. Todas las expresiones que se encuentran a cada paso en Santo Tomás y en los otros teólogos y apologistas para designarlo, vienen a decir en el fondo una misma cosa, a saber: que el milagro es un fenómeno ad-

a contradecir las hasta ahora conocidas—que, en último término, a eso se reduce la dificultad que mueven contra el milagro—les brindo con estas sabias reflexiones, que respecto a las diversas teorías geométricas hacía el insigne Lapparent: «Quant à prétendre qui nous voyons seulement un coin de l'Univers, et qu'aun delà de ce coin les vérifications pourraient nous réserver des surprises, c'est une supposition absolument gratuite, autant que dépourvue d'intérêt pour ceux dont l'existence est assujettie à se dérouler dans les limites du seul coin connaissable. La méthode scientifique commande de s'élever du particulier au général; et s'il peut être permis d'étendre par extrapolation les résultats dus à l'expérience directe, rien absolument n'autorise à admettre que l'inconnu viendrait donner un démenti formel aux conclusions uniformément concordantes du connu.»—*Science et Apologétique*, pág. 163.

(1) Obra citada, pág. 41.

mirable que se produce fuera de las leyes ordinarias que rigen el curso del universo (1).

Ahora bien: todo hecho maravilloso, cualquiera que sea su naturaleza, provoca la atención del sabio y de todo el mundo con más intensidad que los hechos vulgares. Enfrente de éstos, aunque de suyo sean realmente estupendos, apenas sentimos curiosidad, porque conocemos o creemos conocer perfectamente sus causas y condiciones. San Agustín lamenta esta nuestra indiferencia respecto a las obras de Dios, *mira est stupenda in quolibet seminis grano*, y a las maravillas con que rige el mundo ordinariamente; y halla la razón de ella en la frecuencia misma de tales hechos (2). Mas cuando se nos presenta uno que rompe, por decirlo así, la serie fenomenal, que aparece como de improviso, *praeter spem admirantis apparens*, según la expresión de este mismo Santo Doctor (3), es muy natural que experimentemos una conmoción más profunda y que nos sintamos impulsados a examinarlo con cuidado especial. El sabio, particularmente, encuentra en estos hechos extraordinarios motivos para más atenta reflexión, para ahondar más en el estudio de la naturaleza; ellos, a veces, le darán pie para revisar sus conclusiones precedentes y hasta le llevarán quizás a reformar o abandonar por completo las teorías que antes tenía por bastante ciertas.

De donde resulta que el carácter de *maravilloso*, que entra en la misma definición del milagro, pone éste al alcance de la observación científica, en cierto sentido, mejor que lo están los fenómenos vulgares. Y aun cuando el sabio no llegue a penetrar su causa íntima, y, por lo tanto, a conocerlo perfectamente y discernirlo con solos sus recursos de los hechos naturales, es cierto que puede, al menos, emitir este juicio negativo, que, por serlo, no deja de tener su importancia: «Este hecho sale del curso ordinario de la naturaleza; la ciencia no alcanza las condiciones de su producción; no es un fenómeno como los otros que observamos en el mundo y reproducimos en nuestros laboratorios.» Esta actitud modesta y dis-

(1) He aquí algunas de las expresiones en que Santo Tomás y San Agustín designan el milagro: *Miraculum est contra consuetum cursum naturae* (Quaest. Disp., I de Pot., q. VI, a. II, ad. 2um et passim); *est praeter naturalem consuetudinem* (Sum. Th. I p., q. 105, a 7, ad 2um); *excedit facultatem naturae* (Ibidem); *Illa igitur simpliciter miracula dicenda sunt quae divinitus fiunt praeter ordinem communiter servatum in rebus* (Contra Gent., lib. III, c. 101)... El Doctor Angélico adopta el lenguaje de S. Agustín, el cual llamaba también al milagro una obra hecha por Dios *praeter usitatum cursum ordinemque naturae* (Tract. 24 in Joannem). Santo Tomás señala tres grados o especies de milagros, en donde lo maravilloso aparece diferentemente: milagros *supra naturam*, *contra naturam* y *praeter naturam* (Quaest. Disp. I de Pot., q. VI, a 11, ad 3um). Su división es admitida generalmente por todos los teólogos y apologistas; pero las expresiones *contra naturam*, etcétera, hoy necesitan explicación, que, por otra parte, ya el mismo Santo Doctor lo indica en otros lugares.

(2) *In Joann. Tract. 24.*

(3) *De Trinitate*, III, c. V.

creta pone a un sabio, que no se encierre obstinadamente en prejuicios materialistas, en vías de reconocer la trascendencia del hecho milagroso, la intervención directa de Dios en el mundo.

¿Puede pasar más adelante la *ciencia pura* en el discernimiento del milagro? Además de sus elementos fenomenales, que caen bajo la observación directa, sea vulgar, sea científica, ¿puede la ciencia llegar a conocer que tal hecho determinado excede, *hic et nunc*, las fuerzas de toda la naturaleza creada y que, por lo mismo, una causa trascendente lo ha producido? En otros términos: ¿es posible una crítica *definitiva* del milagro desde el punto de vista de la ciencia sola?

Planteada así la cuestión, es preciso responder categóricamente que no. En efecto, como condición esencial y última, según ya sabemos, entra en la noción auténtica del milagro que su causa inmediata, única o principal cuando menos, sea Dios mismo. Así lo indica terminantemente el Concilio Vaticano con la expresión: *facta divina*. Por raro y extraordinario que sea un fenómeno, mientras no se demuestre que sólo Dios pudo producirlo o que de hecho Él únicamente lo produjo, no hay derecho para declararlo milagroso. El juicio definitivo acerca de éste depende del conocimiento que tengamos de la causalidad divina, que en él se nos revela de una manera directa. Perc, por hipótesis, la ciencia moderna se abstiene de emitir juicios sobre las causas propiamente dichas; su terreno propio, según el dictamen de sus más conspicuos representantes, es «el conocimiento positivo, autónomo, de solos los fenómenos» ⁽¹⁾, y sus teorías no pretender ser explicaciones absolutas, verdaderos traslados de la realidad, sino tan sólo aproximaciones probables, según algunos, hipótesis cómodas, representaciones simbólicas del mundo fenomenal. La ciencia aspira a dominar la naturaleza, sometiendo sus energías a nuestro servicio. Según la concepción positiva, que predomina hoy en día, el sabio excluye sistemáticamente de sus investigaciones científicas la esencia de las cosas, contentándose con su aspecto fenomenal.

No trato de justificar en todos sus extremos el concepto positivista de la ciencia, que, exagerado, es más apto para satisfacer al industrial que al investigador. Sólo afirmo que, tomada en este sentido, no es de su competencia el conocimiento del milagro en cuanto a su causa, y que por lo mismo no puede dar sobre él un fallo definitivo. Por donde es fácil advertir la inconsecuencia de ciertos científicos que no se recatan de pronunciar sentencias en tono categórico acerca de la posibilidad o imposibilidad, existencia o no existencia del milagro, al mismo tiempo que se presentan como adalides de la pura ciencia positivista. Esta no puede declarar que en un momento dado no ha intervenido en la serie fenomenal una causa trascendente sin salirse de su esfera propia y renunciar a sus principios. Según ellos, tiene que contentarse con el estudio de los

(1) DUHEM: *Theoria physiqua*, I p., c. II.

hechos en su aspecto exterior, dejando a la especulación filosófica el examen de las causas y de las esencias.

Mas si no existe, ni puede existir, una crítica definitiva del milagro en ningún sentido, sea para afirmarlo, sea para negarlo, desde el punto de vista científico, no se sigue que el sabio sea de todo punto incapaz de discernirlo con bastante probabilidad, aun en cuanto a su causa, y mucho menos que sean inútiles los métodos y procedimientos de la ciencia en este asunto. Es una actitud falsa, esencialmente ilusoria e irreal la que se atribuye a la verdadera ciencia cuando se la considera en abstracto, aislada del sentido común y de la metafísica. Y aquí está quizás el error fundamental de los modernistas al declararla incapaz de conocer, parcialmente al menos, la trascendencia del milagro. Cuando se trata de señalar teóricamente los límites de un ramo determinado de conocimientos, no quiere decirse que en la práctica estén sus fronteras separadas radicalmente de las de otros ramos. La ciencia y, si cabe, el sabio más todavía, viven en comunión constante e íntima con el sentido común y con la filosofía. Sin cesar utilizan nociones y principios que tienen sus raíces profundas y su plena justificación en aquéllos. Con hechos puros no se hace la ciencia. Lo que forma su trabazón y le imprime carácter de verdadera investigación racional son los elementos filosóficos que presupone y se difunden por todos sus ambitos. La pretensión de excluir de ella toda idea metafísica jamás se ha realizado en ningún sabio. Fácil es advertir cómo los hombres más competentes en materias científicas tienden insensiblemente a pasar del hecho y buscar las causas, el orden real de las cosas. Bien está, y es un deber de la ciencia sensata, que no pretenda decir en todas las cuestiones la última palabra; pero eso no quita que en cualquier problema referente a hechos físicos pueda decir *algo*, mayormente teniendo en cuenta su conexión estrechísima con la filosofía y el sentido común, que está en la base de las investigaciones racionales.

* * *

Para comprender mejor el papel que puede desempeñar la ciencia en el discernimiento del milagro, pongamos el ejemplo de un enfermo que cura repentinamente en virtud de una palabra, de un signo que hace sobre él un taumaturgo. La primera cuestión que se presenta a quien quiera determinar si hubo verdadero milagro en semejante curación se refiere al fenómeno material. ¿Había enfermedad grave, imposible o difícil de curar por los medios actuales de que dispone la medicina? Por regla general, de este examen previo no sólo son capaces los médicos, sino también, hasta cierto punto, la gente ordinaria, el *profanum vulgus*; pero ya se comprende de cuánto mayor peso es el juicio de aquéllos. En muchísimos casos solamente ellos tienen la competencia suficiente para decidir con certidumbre sobre la naturaleza y gravedad de la enfermedad en cues

tión. Luego viene el examen de las circunstancias en que se verificó la curación. ¿Se aplicaron remedios naturales o tuvieron algún éxito los aplicados? ¿Se advertían señales de crisis natural, en sentido favorable, cuando aquélla sucedió? ¿Sanó el enfermo instantáneamente o con tal rapidez que equivalga a una curación instantánea, al revés de lo que acontece en los casos ordinarios? Para juzgar con acierto de todos estos extremos, indispensables para cerciorarse de si ha habido verdadero milagro, es evidente que la medicina tiene una competencia indiscutible. Lo mismo sucede para determinar si la curación ha sido perfecta y permanente⁽¹⁾.

Una vez que el sabio ha comprobado este aspecto fenomenal de la supuesta curación milagrosa, ¿no puede pasar más adelante y juzgar que ha intervenido en ella una causa superior a la naturaleza?

No veo motivos para responder negativamente de una manera absoluta. Antes creo que la ciencia puede, con alguna probabilidad, vislumbra por lo menos la acción de Dios en tal hecho. Ella, en efecto, puede observar que la curación no ha sido normal, que se ha realizado de un modo completamente diferente y aun opuesto al que siguen las curaciones naturales. Por otra parte, aunque teóricamente ignora hasta dónde alcanza el poder de la naturaleza, en la práctica le son de sobra conocidos los límites de donde no puede pasar, si no siempre, si ciertamente en la mayoría de los casos. Todos los médicos tienen convicción absoluta, por ejemplo, de que los pulmones de un tuberculoso, en el último período de su enfermedad, no pueden reconstituirse instantáneamente con los auxilios de la medicina, y de que un hueso fracturado no puede volver a soldarse sin un largo espacio de tiempo. Y así en otros muchos casos. Luego prácticamente es capaz la ciencia, en determinadas circunstancias, de afirmar con entera seguridad que no se ha verificado un hecho según

(1) He aquí las condiciones que requiere Benedicto XIV para que una curación pueda declararse milagrosa: «Porro ut sanatio a morbis et infirmitatibus inter miracula recenseatur, plura debent concurrere: primum est, ut morbus sit gravis, et vel impossibilis, vel curatu difficilis: secundum, ut morbus, qui depellitur, non sit in ultima parte status, ita ut non multo post declinare debeat: tertium, ut nulla fuerint adhibita medicamenta, vel, si fuerint adhibita, certum sit, ea non proffuisse: quartum, ut sanatio sit subita et momentanea: quintum, ut sanatio sit perfecta, et non manca, aut coneisa: sextum, ut nulla notatu digna evacuatio, seu crisis praecedat temporibus debitis, et cum causa; si enim ita accidat, tunc vera prodigiosa sanatio dicenda non erit, sed vel ex toto, vel ex parte naturalis: ultimum, ut sublatus morbus non redeat.»— Luego va explicando el ilustre canonista cada una de estas condiciones, para cuyo conocimiento dice que debe tenerse en cuenta el juicio de los médicos: «Ut vero constet, morbum fuisse gravem, et curatu difficilem vel impossibilem, exquirendum est Medicorum iudicium»... (*De Servorum Dei beatificatione. et de Beatorum canonizatione*. P. I. lib. IV, c. 8, n. 2 y siguientes).—No quiere decirse que no haya milagro si no existen todas estas circunstancias, sino que la Iglesia no lo acepta como plenamente probado sin ellas. Benedicto XIV no emite sólo su opinión personal. En esta obra refleja los procedimientos que sigue la Iglesia Católica en la canonización de sus santos, para la cual exige que hayan precedido algunos milagros.

las leyes naturales, y que, por lo tanto, es preciso apelar a causa superiores.

Quizás alguien dirá que este juicio no es puramente científico, que en él intervienen nociones filosóficas y de sentido común. Pero ¿es posible separar radicalmente la ciencia de ellos sin convertirla en un índice de hechos?

No es del caso señalar ahora los medios que tenemos para completar el juicio científico y discernir con absoluta certeza el verdadero milagro de los hechos naturales, por maravillosos que sean. Es indiscutible — y las pruebas de esta afirmación categórica se encuentran en cualquier manual serio de apologética — que existen medios relativamente infalibles para conocer la trascendencia del milagro sin necesidad de recurrir a una revelación especial en cada caso, como pretende Höffding. La Iglesia Católica los ha empleado siempre con éxito, y los pensadores creyentes, basados en el sentido común y en una sana filosofía, que aún conserva todo su valor, tienen plena seguridad, en casos dados, de que Dios ha intervenido directamente y de un modo particular, diferente de su acción ordinaria, en el curso del mundo. Y todo esto sin recurrir a otros elementos de juicio que los naturales. Es verdad que hay hechos en que no cabe descubrir con certeza lo milagroso; pero entonces podemos acudir a la misma Iglesia, que es la única autoridad absolutamente infalible en materias religiosas para el creyente.

En los casos oscuros no debemos aventurarnos a emitir juicios categóricos. La excesiva credulidad y la tendencia a proclamar a cada paso: ¡milagro, milagro!, a que es propenso el vulgo, es tan perjudicial a la apologética como el extremo contrario. El pensador sensato ha de precaverse de ambos excesos. En general, el discernimiento del milagro es un negocio complejo, que exige mucha consideración y muchos conocimientos. Mas porque ello sea así y no quepa siempre llegar a una certeza absoluta, no es lícito negar a la ciencia una buena parte en este asunto.

En resumen: existe en el milagro un aspecto que podemos llamar «hiperfenomenal», si place a los modernistas, invisible directamente, que no puede someterse a experimentación ni a cálculos matemáticos; porque excluye todo determinismo, revelándonos las huellas de un agente libre. Este lado del hecho milagroso no puede ser objeto de la ciencia como tal, que versa sobre lo determinado por leyes fijas y sujetas a cálculo. En cambio, ella puede reconocer el aspecto fenomenal del milagro, las condiciones en que se verifica, sus diferencias de los fenómenos naturales, etc. Después, en unión con la filosofía, puede inquirir sobre la naturaleza del agente causal que se manifiesta en los hechos extraordinarios. Sobre todo cuando la ciencia no es sistemáticamente agnóstica respecto a las causas, sino que aspira a conocer, a través de lo fenomenal, las propiedades reales de las cosas, el orden objetivo del universo y, hasta cierto punto, la realidad en su ser íntimo; una ciencia así compren-

siva y amplia sin duda debe ser llamada a la discusión de los hechos milagrosos, y su juicio, sin que merezca los honores de definitivo, es altamente respetable.

Y su valor es tanto más considerable cuanto más se fija y examina el aspecto fenomenal, el cual es indispensable para el verdadero milagro. Pues aunque lo más importante de él es su significación, su sentido profundo, sólo por el aspecto fenomenal podemos venir en conocimiento de éste.

FR. J. M.^a G. GRAIN.



EL DÍA LITÚRGICO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

(ARTÍCULO 3.º)

El olvido de la tradición.

La causa principal de esto que nos atrevemos a llamar una *relajación* en la disciplina religiosa, es decir, del reposo luego del oficio nocturno y la anticipación de los laudes, debe hallarse primeramente en el alargamiento del oficio. San Benito había abreviado el de vísperas y establecido que las horas del día se dijese en rezadas, tanto por respeto a la fatiga del día, cuanto para no impedir el trabajo manual, que debía ser para sus monjes medio de subsistencia y de santificación a la vez. Pero, andando los tiempos, las abadías y monasterios se vinieron a hacer señores de muchos bienes y rentas; los monjes legos comenzaron a recibir la consagración sacerdotal, y por esta vía el trabajo de manos, tan querido de la tradición monástica, o del todo se abandonó o vino a ocupar un lugar secundario en la vida monacal.

Creemos que se debe referir a este hecho el decreto de un Concilio aquisgranense del siglo IX, en el cual «statuerunt episcopi, concordante Domino Papa, ut monachi a gravi opere et labore propter honestatem sacerdotii cessent; et *loco laboris* ad horas psalmos quosdam nominatos pro vivis et defunctis fidelibus cantent cum orationibus ordinatis»⁽¹⁾. El mismo libro de las costumbres cluniacenses añade que en verano «ante nocturnos dicuntur sola quindecim cantica graduum: dicuntur prima quinque pro fratribus nostris et omnibus fidelibus defunctis, alii quinque pro nobis metipsis, novissima pro regibus et omnibus nostris familiaribus adhuc viventibus. Ad singulas autem incisiones, oratione dominica præmissa, sequitur versus et collecta». A las demás horas sólo se

(1) *Consuet. Cluniacenses*, lib. I., c. 5. Patr. Lat., t. 149, col. 648 ss.

rezaban cuatro salmos del salterio, divididos en dos grupos y con sus respectivos versículos y oraciones. Pero en invierno «in privatis diebus, et si nulla fiant octavæ, postquam semel surgimus, non redimus ad lecta. Hic denuo inchoemus quod omissum est a Cœna Domini, ut triginta psalmos cantemus ante nocturnos» ⁽¹⁾. En el monasterio de Eimidela y en casi todos los de Alemania se observaba la misma disciplina, que en invierno, «privatis diebus per tria intervalla XXX canant psalmos divisos per X; sicut in æstate quindecim partitos per V» ⁽²⁾. Esto mismo estableció Lanfranco en el siglo XI, en sus decretos de reforma para los benedictinos de Inglaterra ⁽³⁾. E igual costumbre existía por aquel tiempo en Italia, donde San Pedro Damiano nos habla de la recitación del salterio como de cosa ordinaria, *expleto ex more psalterio*, luego del cual permite que hasta el oficio de maitines se vaya de nuevo a descansar, si aún fuese muy temprano ⁽⁴⁾.

De los monjes pasó esta costumbre a los canónigos, si bien un poco mitigada. La regla morbacense manda también que se digan los quince salmos graduales por los difuntos, por la Congregación y por los familiares, y esto en todo tiempo, exceptuadas las fiestas y octavas solemnes ⁽⁵⁾.

A estos salmos se añadió luego el oficio parvo de la Virgen, el cual se dice haber sido una práctica predilecta de San Juan Damasceno. Si esto es cierto y que él fué su autor, debió ser cosa de devoción particular suya. Tampoco es cierto estuviese en uso en el monasterio de Morlerbasino a mediados del siglo VIII ⁽⁶⁾. Lo que resulta indudable es que San Pedro Damiano fué, en el siglo XI, quien con más celo trabajó por la difusión de esta devoción en los monasterios, de los cuales pasó luego a las demás congregaciones regulares ⁽⁷⁾. Poco más tarde, el Concilio de Clermont, para obtener la protección del Señor sobre las Cruzadas impuso al clero su recitación ⁽⁸⁾. Los mismos Cistercienses lo recibieron el año 1194 ⁽⁹⁾. A este oficio todavía solía añadirse en algunos monasterios el de To-

(1) Ibid., cap. 41. Patr. Lat., t. 149, col. 686.

(2) DOM MARTENE, lib. I, cap. II, n. XXIII.

(3) Ib., ib., n. XXV.

(4) De institutis Ord. Eremit., cap. XVII. Patr. Lat., t. 145, col. 349.

(5) Cap. VI ss., en AMORT, Vetus Discipl. Canonicorum, t. I, pág. 387.

(6) DOM MARTENE, op. cit., e. I, cap. II, n. XVII.

(7) CARD. BONA, *Divinæ Psalmodiæ*, c. XII § 2.

(8) Ib. ib.

(9) DOM MARTENE, l. cit., n. 28 v.

dos los Santos, o el de San Benito, o San Columbano ⁽¹⁾. Estos oficios se decían antes de las horas mayores.

No menos universal era el uso de rezar después de éstas las vigili-
as de los difuntos. Hacia el año 800, San Benito de Anagni introdujo esta práctica en su monasterio ⁽²⁾. Por el mismo tiempo era común entre los Cluniacenses ⁽³⁾, y en el siglo X en los monasterios de Alemania ⁽⁴⁾ y de Inglaterra. La reforma Cisterciense, que empezó a principios del siglo XII, eliminando todas estas adiciones de la regla de San Benito, lo admitió. «A calendis novembris usque ad primam dominicam Quadragesimæ, intervallo quod sequitur (los nocturnos), privatis diebus agatur officium pro defunctis... a prima dominica Quadragesimæ usque ad festivitatem Omnium Sanctorum celebretur post vespervas diei» ⁽⁵⁾.

Aparte de estos oficios, todavía se rezaban los salmos penitenciales, las letanías de los Santos u otras preces especiales por los príncipes, por los bienhechores, por los difuntos, etc., que también contribuían a prolongar el oficio y hacerlo más pesado.

Otra cosa hay, que también debió de contribuir no poco a prolongar el oficio, y fué la mayor solemnidad del canto. Escasas son las noticias que sobre el antiguo canto litúrgico tenemos, y las expresiones de los autores, por demasiado concisas, no pueden ser explicadas con la necesaria precisión. Más todavía se debe esto decir de la varia combinación en que podrían entrar en el oficio estos modos diversos de canto.

Cuatro parecen ser éstos. El primero es el canto *responsorial*. Un lector o salmista, *præcentor*, cantaba delante los salmos u otros himnos sagrados por pequeñas secciones, y el pueblo respondía *repondere, succinere*, repitiendo las palabras dichas por el *præcentor*. De este género de salmodia no queda hoy otro vestigio que el comienzo de las letanías. Otro modo era el canto *antifonado* o *alternado*. A cada sección que el *præcentor* cantaba respondía el pueblo con un verso a modo de refrán. Ejemplo de este canto, entre los hebreos lo tenemos en el salmo CXVII, donde cada verso concluye con la frase: *quoniam in sæculum misericordia ejus*. En nuestra liturgia queda como tipo el *Nunc dimittis* de la bendición de las

(1) Ib. ib., n. 28 s.

(2) Ib. ib., n. 19.

(3) Ib. ib., n. 22.

(4) Ib. ib., n. 23.

(5) DOM MARTENE, ib. ib.,

candelas el día de la Purificación y el invitatorio de los maitines. De este modo de cantar se derivó luego el canto de los salmos, alternado entre el cantor y el coro, tal como se observa aún hoy en el oficio parvo de la Virgen y se observaba en la Edad Media en el oficio privado⁽¹⁾. Otra forma, también derivada de ésta, es la salmodia actual, en que alternan los dos métodos del coro, y que es sin duda la más acomodada para el canto de los salmos e himnos. El canto *tractus*, *tractim*, consistía en que los salmistas cantasen por pequeñas secciones el salmo, mientras los demás atendían y meditaban luego en la pausa. Era el modo propio de los monjes egipcios, según el testimonio de Casiano⁽²⁾. El último modo de cantar, *directus* o *directaneus*, consistía en que todo el coro, a una voz, rezaba el salmo.

Estos múltiples modos de salmodiar, varios en la solemnidad por su misma naturaleza, y más varios sin duda por la varia ejecución con que cada región los empleaba, podían dar al oficio litúrgico un carácter más o menos solemne. San Agustín prescribe en su regla que se guarde el modo establecido de cantar: «nolite cantare, nisi quod legitis esse cantandum: quod autem non ita scriptum est ut cantetur, non cantetur»⁽³⁾. La antigua regla de los santos Pablo y Esteban insiste todavía más en este punto de conservar la tradición en el oficio y la gravedad. «Nec alio modo quam quo ipse Dominus jussit per prophetas et apostolos suos manifestari ea hominibus, debent a nobis in laude ipsius diei: ne quæ cantanda sunt in modum prosæ et quasi in lectionem mutemus; aut quæ ita scripta sunt ut in ordine lectionum utamur in tropis et cantinelæ arte nostra præsumptione vertamus»⁽⁴⁾. San Benito particulariza más en su regla el modo cómo se han de cantar en el oficio muchos salmos. Las vigiliás comienzan con el salmo 94, que se dice: «cum antiphona, aut certe decantandus» (con solemnidad, según dice, capítulo 43). Inde sequitur ambrosianum, deinde sex psalmi cum antiphona... Post has vero tres lectiones cum responsoriis suis sequantur reliqui sex psalmi cum *alleluia* canendi. En los laudes dicen

(1) V. HUMBERTO, t. II, p. 110. «Ubi multi fratres sunt servetur in psalmodia talis psallendi modus, quod unus ex una parte dicat unum versum et omnes alii alium versum; et eodem modo in hymnis, sicut servatum fuit antiquitus in quibusdam monasteriis, ut legitur in *Vitis Patrum*.»

(2) *De Institutionibus*, lib. II, cap. XII. Patr. Lat., t. 49, col. 102.

(3) *Regula*, cap. II.

(4) *Regula S. S. Pauli et Stephani ad monachos*, cap. XIV. Patr. Lat., t. 66, col. 954.

primero el salmo LXVI, *Deus misereatur nostri* «sine antiphona in directum»; luego el L, *Miserere mei Deus* «cum alleluia». A prima y a las demás horas menores, se dicen tres salmos «singillatim et non sub uno gloria. Si major congregatio fuerit, cum antiphonis; si vero minor in directum psallantur». Las vísperas se celebran de igual modo: «completorium autem trium psalmorum dictione terminetur. Qui psalmi directanei sine antiphona dicendi sunt». En general, distingue dos modos de salmodiar, el de maitines, laudes y vísperas *cum antiphona*, *cum alleluia*, que es más solemne y el *directaneo* y *sine antiphona*. Esta sencillez primitiva del canto litúrgico tuvo por necesidad que volverse más solemne en los grandes monasterios, llenos de fervor por la oración coral. Aun se buscaron medios de hacerlo más largo, sea cantando con mayor lentitud, sea cantando varias antífonas en un mismo salmo, sea repitiendo una misma antífona varias veces tras de cada versículo o grupo de versículos del salmo, cuando antes sólo se decía al fin del salmo y al principio para dar el tono ⁽¹⁾. Era, en sustancia, el sistema de los tropos con que se pretendía hacer más solemnes las partes corales de la misa, como el *Kyrie*, *Gloria*, las bendiciones, etc. ⁽²⁾. En el siglo XIII, el uso de los tropos y los otros medios de prolongar el oficio eran generales, aunque no en todas partes de igual modo.

Otra cosa de que se debe tener cuenta para el asunto que nos ocupa es el método del ayuno. Ha sido siempre ésta una de las observancias predilectas de las Ordenes religiosas. Dada la forma en que hoy la observamos, no podía traer graves consecuencias para la ordenación de la vida cotidiana, pero no debía ser igual en la Edad Media. Para quien tomaba de colación un vaso de agua al caer de la tarde, no debía ser cosa molesta levantarse a las dos o tres de la mañana; pero asistir a los oficios nocturnos, tan recargados y prolijos, y continuar luego en los mismos ejercicios toda la mañana hasta las dos o tres de la tarde, en que tomaba su comida, era ya cosa demasiado dura. El reposo de la mañana era en este caso, si no necesario para completar el tiempo de sueño que la naturaleza reclama, pero sí muy oportuno para descansar de la fatiga del oficio y cobrar fuerzas para el resto de la jornada. Si ahora atendemos a esta constitución del oficio litúrgico en la

(1) DOM MARTENE, ob. cit., l. I, c. II n., LIV.

(2) Tropos son ciertas a modo de invocaciones o jaculatorias que se intercalaban en el oficio.

Edad Media, nos será fácil explicar los cambios realizados en ellos, los cuales, aunque sean derivaciones de la antigua tradición, no deben tenerse por hijos de la relajación y decadencia de espíritu religioso, sino por efectos naturales de las causas enumeradas.

*
* *

Es interesante estudiar cómo la Orden de Predicadores se amoldó a estos usos, que entonces reinaban cuando ella vino a la luz del día, y en el V. Humberto tenemos un guía excelente para darnos entera cuenta del modo cómo Santo Domingo, que tanto amaba la disciplina monástica, supo armonizar estas prolijidades litúrgicas con la vida activa que deseaba infundir a su Orden.

«*Horæ omnes in ecclesia breviter et succinter taliter dicantur ne fratres devotionem amittant et eorum studium minime impediatur.*» Este texto se halla en las primitivas Constituciones, y en ellas se conservó siempre invariable. Humberto de Romans lo comenta, explicando primero por qué el oficio divino no debe ser prolijo. Las razones son las que el mismo texto indica. La primera, tomada de la naturaleza misma del oficio, a saber: el hastío del coro, el daño de la salud, el tedio de la mente, la deformación del oficio; la segunda sería el impedir otros bienes, no menos necesarios, como el estudio, al cual añade el Venerable Humberto el ejercicio de la oración privada, o secreta, que él dice y que vivamente recomienda.

Y ¿cómo evitar esta prolijidad tan dañosa? Lo primero, observando la constitución que dice: «*Quod ita dicimus esse faciendum ut in medio versus metram cum pausa servetur, non protrahendo vocem in pausa vel in fine versus, sed, sicut dictum est, breviter et succinte terminetur.*». «*Eliciuntur autem,* añade el comentador de su cuenta, *duo ex hoc verbo, scilicet quod pausa semper est facienda in medio versus, ne confusio fiat in officio; et quod protractio vocis fieri nunquam debet, nec in medio nec in fine versus, ne fiat prolixitas*»⁽¹⁾. Y esto debe observarse en todo caso, aun en el oficio privado, cuanto más en el oficio *sine cantu* que la escasez de religiosos obligue a tener en algunos conventos⁽²⁾. Con estas prescripciones se estorbaba la excesiva prolijidad que el oficio tenía entre los monjes, evitando a la vez que degenerase en confusión⁽³⁾.

(1) Tom. II, pág. 98.

(2) *Ibid.*, pág. 102.

(3) Esta regla debe guardarse según la variedad de los tiempos: «*In diebus enim fes*

Otra de las cosas que alargaban el oficio eran los adicionales, que, empezando por mera devoción, acababan por hacerse obligatorios. También cuanto a esto tomó Santo Domingo sus providencias. En primer lugar, los salmos que antes del oficio nocturno solían rezarse, los redujo en todo tiempo a los quince graduales, los cuales sólo se dicen el sábado, cuando se reza el oficio votivo de la Virgen, y en lugar del oficio parvo, que aquel día se omite.

El mismo oficio parvo se conservó, pero los maitines no se debían decir en el coro, como era uso, sino en el dormitorio, mientras los religiosos se preparaban para el oficio mayor. El Venerable Humberto responde a la objeción que contra esta novedad pudiera hacerse, diciendo que Santo Domingo la introdujo para evitar, desde el primer despertar, las imaginaciones vanas. «Si autem dicatur quod posset se occupare in aliis orationibus, si statueretur quod dicerentur septem psalmi vel psalmi quindecim graduum, dicendum est quod Ordo declinat semper a prolixitate in officio propter studium; ex hoc autem augetur officium multum» ⁽¹⁾.

La misma razón repite más abajo, respondiendo a otra objeción: «Item, cum studium nostrum totum sit ad magnum ejus (Virginis) servitium et Filii sui, non debet ei displicere si de ejus officio, in quo forte non est tantus fructus, brevius se expediant propter hujusmodi studium laudabile» ⁽²⁾.

Cuanto a las vigiliias de difuntos que diariamente se celebraban, tampoco se omitieron, pero no se hizo oficio de toda la comunidad. «Porro ad officium mortuorum quotidianum quod dici solet *sine nota in choro ab hebdomadario et ministris septimanæ* sive ab illis qui ad hoc scribuntur, non tenentur alii fratres, licet ex devotione pium sit, iis frequenter interesse.» A la comunidad sólo quedaba la obligación de rezar el oficio de difuntos una vez a la semana, «non ex vi constitutionis hujus, quæ de hoc non loquitur, sed ratione con-

tivis solemnius est officium faciendum et cum pausis psallendum majoribus. In illis enim diebus non sunt fratres ita occupati in lectionibus vel studio et sic cessat tunc pro multa parte causa abbreviandi officium, quæ est impedimentum studii.» Ibid., página 110. Los canónigos regulares de Santa Cruz, en los Países Bajos, que adoptaron nuestras constituciones, modificaron el texto en esta forma: «Horæ omnes *tractim* cum devotione dicantur, ita quod in medio versus metrum cum pausa servetur, *protrahendo* vocem in pausa et in fine versus. Hoc tamen magis vel minus observetur.» Dist. I, cap. I, *De officio Ecclesiæ*.

(1) Ibid., pág. 70.

(2) Ibid., pág. 70 a.

suetudinis» ⁽¹⁾. Con el mismo criterio se limitaron o abreviaron las demás preces, salmos, letanías, etc. Esto nos explicará también por qué Santo Domingo no impone, como otras reglas, la obligación de volver al descanso después del oficio nocturno, antes parece haber sido este el tiempo preferido para la oración secreta y para el estudio. Aquellas horas de la mañana, en que el silencio exterior es más profundo y el recogimiento interior más íntimo, se halla más dispuesto el ánimo para la contemplación de las cosas divinas o para el estudio de las ciencias. Y esta distribución ordenada del tiempo es la que daba a nuestros profesores la ventaja sobre los seglares que se pasaban la noche en vela, y la mañana debían descansar ⁽²⁾.

*
* *

Los cambios verificados en la Edad Media y el olvido de la causa de éstos vinieron a causar una verdadera crisis desde los comienzos de la Moderna. Poderosamente contribuyó a ella la perfección de los cronómetros, la consiguiente modificación del horario y algo también la ordenación de la vida cotidiana. Olvidado el antiguo modo de contar las horas, que sustituyó por otro más preciso, se perdió la verdadera inteligencia de los antiguos textos, los cuales se querían explicar no según las ideas antiguas, sino conforme a las actuales.

Del antiguo despertador de los monjes, el gallo, nadie hizo caso; la media noche señalada por la tradición para los maitines ya no era la tercera vigilia que duraba de dos a cuatro horas, sino el principio mismo del día, las doce de la noche en punto. Esto trajo como consecuencia necesaria que cuantos aspiraban a conformar su vida con el modelo de las antiguas tradiciones o reglas adelantaban cada vez más el oficio nocturno hasta hacer coinci-

(1) *Ibid.*, pág. 76 s.

(2) Tal era, a lo menos, la explicación que Fr. Tomás de Cantimpré da y la causa que señala de las contiendas acaecidas el siglo XIII entre los mendicantes y los profesores de París: «Videbant enim scholares quod magistri sæculares, sicut viri divitiarum dormierunt somnum suum, ducebantque in bonis dies suos; et cum vespere multiplicitate ferculorum obruerentur et potuum, et postea vigilare non possent nec studere et per hoc nihil invenire in manibus, quod proferrent, sequenti mane solemnem diem constituebant auditoribus in condensis... Fratres autem Prædicatores sive Minores, sicut viri pauperes in magna sobrietate refecti vigilare poterant et studere et per consequens invenire quæ auditoribus essent digna.» *De apibus*, l. II, c. X.

dir el comienzo de éste con el principio del día civil, o sea con las doce de la noche. Este era el ideal de la tradición, al que todos los buenos procuraban acercarse, y según el cual se juzgaba de al mayor o menor observancia de las comunidades.

Una prueba de esta pérdida del sentido de la tradición son las varias interpretaciones que dieron a la regla de San Benito sus comentadores. El Santo había escrito, hablando del oficio nocturno, «hiemis tempore, id est, a calendis novembris usque ad Pascha juxta considerationem rationis, *hora octava* surgendum est, ut modice amplius de media nocte pausent, et jam digesti surgant».

Atendido el antiguo horario, el texto no ofrece dificultad. La hora de las vigiliass debe ser la octava a contar del ocaso del sol, al principio o al fin de la misma hora, según las estaciones, cumpliéndose así el *modice amplius de media nocte pausent*. Pero algunos comentadores, fijándose en esto de la media noche, que tomaban ellos como el ideal de la observancia monástica, y entendiendo por media noche el *punctum mediae noctis*, reducen la hora de mañtines a las doce y media de la noche para todas las estaciones del año. Otros, tomando por punto de partida la hora octava, y eligiendo, no la hora antigua varia, sino la media de septiembre y aplicándola a la del 1.º de noviembre a comenzar desde el ocaso, llegan a establecer la misma hora fija para todo el año. Y como las palabras del Santo Patriarca no se acomodan bien a estas interpretaciones, que siempre resultan forzadas, busca cada uno su camino para llegar al término prefijado. Mayor dificultad debían hallar los expositores en lo que la regla dice a continuación, de ocupar en el estudio, lección u oración el tiempo que seguía hasta la hora de laudes, que resultaba impracticable. Pero aquí quedaba libre un recurso, confesar la propia imperfección y debilidad para alcanzar aquel ápice de perfección, a que la regla desea conducir a quienes la profesan. De este modo un acto de injustificada humildad resolvía una dificultad de exégesis.

Las otras Órdenes no tuvieron la misma dificultad en adaptarse al nuevo horario, por cuanto las reglas no marcaban tan explícitamente la hora del oficio nocturno y eran así susceptibles de una interpretación más conforme con las ideas de la época.

Las consecuencias que este cambio de ideas trajo en pos de sí fueron bastante tristes para la observancia de este punto central de la oración litúrgica. El oficio nocturno, que por acomodarse a la ordenación de la vida, era para los antiguos relativamente fácil,

que no exigía más que un sacrificio, ordinario para las personas que han hecho profesión de vida austera, y que por esto, y mediante una relativa libertad en la hora había venido a ser universal en la Edad Media, se hizo difícil y hasta impracticable sin un sacrificio que excedía las fuerzas comunes. De aquí se originó el progresivo abandono de esta hermosa costumbre cristiana y el uso de anticipar notablemente el oficio o de retardarlo hasta la madrugada. Los legisladores o reformadores, con reglas bien precisas, tratan de inducir a la observancia que ellos creen antigua; pero la repetición de los mismos decretos demuestra bien a las claras la inutilidad de los esfuerzos. Veamos algunos ejemplos:

«Item, conformándonos con lo determinado por la Religión por el estilo inmemorial ordenamos que en todos los Monasterios y Casas de profesión se debe tañer a maitines y decirse en el coro *indispensablemente a la media noche*, no obstante cualquier negocio o necesidad ⁽¹⁾.» Y esta media noche, como luego explica, son las doce en punto, y toma providencias para que no se recen los maitines a *prima noche*, es decir, a la una de la noche a contar, según el estilo italiano, desde el ocaso, o sea la hora en que suele tocarse el *de profundis*. Todavía permite esto en las casas pequeñas y sólo por excepción en los otros. Lo cual es digno de notar, porque todavía estas excepciones se desvían de la tradición.

«Solumque in præsentiarum hortamur in Domino nostri Ordinis ministros (quorumcumque conventuum sint) ne laudabilem et religiosam consuetudinem, quæ ab antiquis temporibus viguit, recitandi horas matutinas *tempore mediae noctis ullo modo labi permittant*, quin potius omni sollicitudine illam instaurare curent et ut cæteræ horæ temporibus aptis et congruis suo ordine dicantur, ne id quod ore in hymnis Ecclesiæ, dissonet ab eo quod opere completur in choro ⁽²⁾.»

«Ne autem horarum tempore incerta, pro libito, maneant, firmiter statuimus ut Matutinæ in toto Ordine nostro *perpetuo et inviolabiliter media nocte* dicantur ⁽³⁾.»

(1) *Constituciones de la Orden de San Jerónimo* recopiladas en 1714. Trat. I, Const. VI n. 11.

(2) *Constituciones de Santísima Trinidad*, lib. I, cap. 56, § 4, ed. Madrid, 1737. La edición de Roma, 1738, dice: «In omnibus Conventibus nostris Matutinum *inviolabiliter dicatur media nocte*, nisi urgens obstet necessitas vel rationabilis causa vere excuset de qua Provincialis in visitatione rigurose inquireat.» Cap. XI, § I. n. II. Esta *media noche* son las doce de la noche, como explica el Ceremonial de la Orden publicado por el Padre General Diego de Jesús. Madrid, 1645.

(3) *Constituciones de la Merced*. Dist. I, cap. II, ed. de 1692. En cambio, la edición de

«Díganse los maitines *a media noche* en todos los conventos, aunque sean muy pequeños, y en todo tiempo, *según la costumbre antigua* y aprobada de nuestra sagrada Religión; y si en alguna parte no se pudieran decir a media noche por aires nocivos o destemplanza del tiempo o por otra cualquier causa (lo cual ha de ser aprobado por el Ministro Provincial y por todo el Definitorio), díganse por lo menos muy de mañana, de suerte que al salir el sol o cerca se pueda decir prima, pero nunca se digan después de ⁽¹⁾ Completas.»

Al lado de esta ordenación, repetida por muchos Capítulos generales del siglo XVI y XVII, hallamos otra del Capítulo de Asís, 1630: «Matutinum neque ante quintam noctis horam (según el horario italiano que empieza al ponerse el sol) neque post septimam dicatur, sub poena etc. Hora prima, æstatis tempore persolvatur ad ortum solis, tempore hiemis ad auroram.» A primera vista pudiera tomarse este texto como una declaración del precedente; pero no hay tal. Para los reformadores y legisladores de la Orden Seráfica la perfección religiosa en este punto estaba en rezar los maitines *a media noche*, es decir, a las doce de la noche, y esto en todo tiempo, salvo algunas excepciones. El apartarse de esta hora era una condescendencia con la fragilidad humana, que hallaba demasiado dura *esa antigua y aprobada costumbre*. Un ejemplo semejante, pero más al vivo expresado, lo hallamos en la legislación dominicana.

El Capítulo general de Roma, 1589, dice, hablando del Oficio divino: «Horæ canonicæ suis temporibus decantentur, matutinum tam hiverno quam æstivo tempore *statuta hora de nocte dicatur* ⁽²⁾.» Pero medio siglo más tarde el Capítulo de Valencia, 1647, en tono más enérgico dice en su primera ordenación: «Cum teste experientia videamus, quod in pluribus provinciarum conventibus irrepserit, imo et creverit abus, ut fratres debitis horis, et *maxime matutinum media nocte non dicant* contra præscriptum nostrarum constitutionum et Legum, æquum autem judicantes, ut illi conventus privilegio conventuum non fruantur, qui collegialiter statutis horis divinum officium non recitant, ordinamus et districte mandamus ut in omni conventu, qui sit prioratus, fratres surgant et *media*

Salamanca, 1585, concuerda todavía con las nuestras y deja, por tanto, la hora sin determinar.

(1) *Constituciones de la Orden de San Francisco*. Cap. II, n. 5, ed. Segovia, 1621. Esta disposición se lee también en los dos *Estatutos de la Familia Reformada* de Italia, 1628.

(2) Tom. V, p. 230.

nocte in ecclesia matutinum persolvant.» Y establece que los priores lleven a los Capítulos provinciales un testimonio de que en sus conventos se observa este punto de disciplina, siendo, en caso contrario, excluidos del Capítulo ⁽¹⁾.

Esta rigurosa ordenación fué objeto en el Capítulo siguiente de 1650, celebrado en Roma, de la siguiente declaración: «*Quoniam usus media nocte surgendi ad matutinas non est unus in omnibus provinciis, declaramus, ordinationem Capituli Valentini 1647 celebrati, quæ præcipitur, ut in omni conventu, qui sit prioratus, fratres media nocte surgant ad matutinum, debere intelligi de media nocte circiter, juxta provinciarum et conventuum consuetudinem; parvos autem conventus sub pœnis ibidem statutis obligari, matutinas saltem ante auroram persolvisse, exceptis illis qui in borealibus-regionibus utriusque Germaniæ, Poloniæ, Bohemiæ, Lithuaniæ, Rusiæ, etc., siti sunt parvi conventus, quibus tam hieme quam æstate mane hora 4 horologii ultramontani ad matutinas surgendum esse decernimus sub eisdem pœnis ut supra* ⁽²⁾.» Cuáles fuesen los varios usos de las distintas provincias de la Orden nos lo declara suficientemente el P. Mesplede ⁽³⁾ en su curioso *Commonitorium*: «*Aliqui horas matutinas ad punctum mediæ noctis dicunt; ut in tota Congregatione S. Ludovici, atque in præcipuis Conventibus Provinciarum Galliæ. In Hispania mos varius esse dicitur pro diverso Conventuum statu. In Italia altera ante diluculum matutinum hora, variante pro solis declinatione vel ascensu signo, nocturnum officium solvitur* ⁽⁴⁾.» Esta variedad de usos puede reducir-

(1) Acta Cap. Gener., ed. Reichert. Roma, 1902, t. VII, pág. 228.

(2) Ibid., t. VII, pág. 282 s.

(3) *Commonitorium de recta et necessaria reformatione et renovatione Ord. FF. Præd. in Galliis* per Cap. Generalis, instituenda, auctore P. F. LUD. MESPLEDE, Ord. Præd. S. Th. M. et Provinciali Occitanæ. Cadurci, 1644. Es un libro interesante para conocer muchas cosas sobre la observancia de la época, pero lleno de prejuicios contra la Congregación de San Luis, que entonces comenzaba a florecer en Francia y que luego absorbió toda la provincia de Tolosa, y calcada sobre un conocimiento muy superficial de nuestras observancias regulares y una completa ignorancia del V. Humberto, que son la mejor fuente histórica de nuestra disciplina.

(4) Pág. 70. No carece de interés, a este propósito, el siguiente texto del Ceremonial carmelitano ed. 1616: «*Poterunt tamen matutinæ post mediam noctem, vel summo mane ante diem dici, secundum consuetudinem Patriæ et aliorum Religiosorum Mendicantium, ubi Fratres nostri commorantur.*» El *tamen* subrayado indica bien claro cuál era el ideal, es decir, *la media noche en punto*. Pero consiente que, según la práctica, se diga *post mediam noctem*, que debe equivaler al *circiter mediam noctem* de nuestro Capítulo romano, y aun admite el *summo mane ante diem*; lo cual coincide con el *altera ante diluculum matutinum hora*, que el P. Mesplede dice ser la hora usual en nuestros

se a dos principales capítulos: el primero, que seguía el horario moderno y consideraba como la hora propia del oficio nocturno el *punctum mediæ noctis* o el *circiter mediam noctem*. Tal era lo más usual en España y en Francia. El segundo, que seguía el horario italiano más vecino del antiguo, comenzaba a contar las horas al ocaso del sol y designaba el tiempo propio de maitines las postre-ras horas de la noche hacia el canto del gallo. Apoyábase este uso en la regla de San Benito, que en el horario romano recibía una más llana interpretación, y a la que ni faltaron expositores fieles que interpretasen exactamente ni monasterios que la obser-vasen ⁽¹⁾.

La oposición entre estas dos opiniones aparece aún más clara en nuestro Capítulo general de Bolonia de 1725, en que se volvió a tratar de lo mismo. Era entonces Sumo Pontífice Benedicto XIII, de la Orden de Predicadores, a la cual siempre dió muestras de amor filial y de grande estima por sus observancias. Por tratarse, sin duda, de un Capítulo electivo, el Papa tuvo a bien enviarle una carta, en la que recomendaba proveer varios puntos de discipli-na. Y el primero es, precisamente, este que nos ocupa: «*Primum igitur providere vos decet, ut matutinum officium de nocte recite-tur, ita ut nocturno tempore cæptum de nocte etiam absolvatur, idque in omnibus conventibus, non solum ubi novitiatus purus, sed etiam ubi professorium est, observetur. Quod autem de recitandi hora in quibusdam provinciis statutum est, in cæteris servari oport-teret, ut nimirum mense septembri hora septima, octobri octava, novembri nona, decembri decima, omnes sine dispensatione ad di-vinam laudem evigilarent, depositionis pœnæ prioribus inten-tata* ⁽²⁾.» Es digno de notar la forma general con que el Papa deter-mina la hora del oficio nocturno en las primeras palabras que de-

conventos de Italia. Según este Padre, el convento de Santiago, de París, tenía los maitines a las once de la noche; pero luego, en 1669, habiendo tenido por visitador al P. Juan Le Pul, de la provincia de Tolosa, éste dejó ordenado: «*Porro matutinæ a festo Sti. Augustini usque ad festum Smae. Trinitatis mediæ semper nocte dicentur, in contra-rium inducta sensim consuetudine non obstante, quæ reprobamus et abolitam in per-petuum volumus.*» Sacado de un ms. del P. V. Laporte.

(1) Véase el comentario que acompaña la edición de la Regla en Migne, Pat. Lat., t. 66, CARD. J. BONA, *Divinæ Psalmodiæ*, cap. III, § IV, n. 3 s., cap. IV, § III, n. 2, capítu-lo V, § I, n. 3. Dom Martene cuenta en su *Voyage Littéraire*, pág. 148, que la abadía de Orval conservaba en su pureza los usos cistercienses y contaba las horas desiguales para la distribución de sus ejercicios, sobre todo del oficio nocturno, que es el punto central del horario litúrgico.

(2) Acta Cap. Gener., t. IX, pág. 9.

jamos subrayadas, las cuales son la fiel expresión de las antiguas tradiciones, y así, con mucho acuerdo, añade que debiera observarse en las demás provincias. La última parte precisa la fórmula general, según el horario romano, para los varios meses del año. Pero veamos ahora cómo los Padres capitulares, bajo la presidencia del nuevo General, P. Tomás Ripoll, de la provincia de Aragón, cumplieron los deseos del Papa:

«Statuimus, ut in illis conventibus et provinciis in quibus viget adhuc laudabilis consuetudo, matutinas preces in puncto mediae noctis persolvendi, hoc inviolabiliter observetur juxta præscriptum in capitulo Valentino 1647 ord. 1. Ubi vero sive hominum desidia sive temporis injuria a tam sancta consuetudine declinatum est, *Sanc-tissimi Domini nostri discretæ inhaerentes moderationi*, volumus et mandamus ut matutinum officium de nocte recitetur, ita ut nocturno tempore cœptum de nocte etiam absolvatur. Idque in omnibus conventibus, non solum ubi novitiatus purus, sed etiam ubi professorium est, observetur, ut *saltem* mense septembri hora septima, octobri octava, novembri nona, decembri decima recitetur et sic e converso januario et februario 10, martio 9, aprili 8 et mayo 7 et ita usque ad SS. Trinitatis ⁽¹⁾.» La diferencia salta a la vista: la costumbre laudable y santa es la de celebrar los maitines *in puncto mediae noctis*; hacerlo hacia el canto del gallo es una discreta mo-

(1) Ibid., pág. 60. Consérvanse aún algunos horarios antiguos de los conventos de Italia. Por ejemplo: en el Monasterio del Santísimo Rosario, de Valentano, fundado por la venerable Sor María Gertrudis de Salandri en la primera mitad del siglo XVIII, el primer toque para maitines está en relación con la hora del reposo, al cual se concede de 7 a 8 horas; y también, aunque menos estrechamente, con la hora de prima, que se reza 2 ó 3 horas más tarde. Empieza la segunda quincena de mayo el reposo a las 24, o sea a la puesta del sol; el oficio nocturno, a las 7, y prima, a las 8,30, y sube a contar del 1.º de agosto por cuartos o medias horas hasta el 1.º de diciembre, que el reposo es a las 3; el oficio nocturno, a las 10, y prima, a las 12,30, dejando 7 u 8 horas para el reposo. «Desde la Santísima Trinidad hasta la fiesta de San Agustín *exclusive* (sic), los maitines del día siguiente se rezan la noche precedente después de completas, y en este tiempo se toca a prima por la mañana, a la hora de los maitines; sin embargo, en la novena del P. Santo Domingo se dicen los maitines por la mañana y el despertador sonará a las 7.» (Sacado de un ms. del P. V. Laporte.) Otro horario de 1725, perteneciente al Convento de Palermo, retarda algún tanto más las horas, tanto del reposo como del oficio. Aquél oscila entre las 2, el 22 de junio; las 3, el 22 de marzo y septiembre, y las 4, el 22 de diciembre; la hora del oficio varía entre las 7, el 22 de junio; las 9, el 22 de marzo y septiembre, y las 12, el 22 de diciembre; las completas quedan siempre fijas, a las 23. Tiene el inconveniente que, retardando la hora del reposo, no concede bastante tiempo para el descanso sino en los meses de invierno. Otra irregularidad que en él se debe notar con respecto a la tradición, y que deriva de la precedente, es que los estudiantes dispensados del oficio se levantaban, por lo regular, una hora más tarde.

deración del Papa, la cual *saltem*, y como un *minimum* de observancia, es preciso mantener. De la exposición que precede resulta claro quién se mantenía en la legítima tradición, si el Sumo Pontífice y la observancia en que su carta se inspiraba o más bien los Padres capitulares inspirados por las observancias más rígidas.

*
* *

Esta oposición continúa aun hoy, en la teoría a lo menos. Para muchos, el ideal de la perfecta observancia en punto al oficio es decirlo a las doce de la noche; cuanto más se descienda de esa hora más se aleja de la estricta observancia y no creen que haya oficio nocturno si se dice después de las tres de la mañana. Aun no es esto sólo. El olvido de la tradición llega hasta considerar como punto esencial de esta observancia la interrupción del sueño. Lo que la antigua tradición monástica consideraba como un grave delito y que sólo introdujo la indulgencia, ayudada de otras causas más razonables, vino a tomarse como una perfección *per se*. Y es lo más curioso del caso que para mantener este punto de la observancia se vengán a quebrantar, por sistema, otros más sustanciales. Hemos visto en la larga exposición que precede cómo las partes del oficio estaban ligadas a sus horas propias, tanto los maitines como las demás horas. Los Padres veían en esta distribución el único modo de satisfacer el precepto divino de orar en todo tiempo y en toda hora, de orar sin interrupción. El hecho de aquel personaje que, juntando en uno el oficio de dos días, sólo tomaba en sus manos el Breviario una vez cada dos días, desde las once de la noche de un día hasta la una de la mañana del siguiente, los hubiera grandemente escandalizado, ya que, según ellos, aun en privado el oficio debía celebrarse a sus horas, *hora competentí*.

A pesar de esto, como las opiniones humanas no son eficaces para cambiar la naturaleza del hombre y de las cosas, y la antigua máxima de que el levantarse de noche a las vigiliass era conveniente para la salud se encontrase en grave oposición con la experiencia, se acudió a una solución extraña, que no menos hubiese escandalizado a los antiguos, y era la de dispensar de levantarse a la hora de las vigiliass los religiosos conversos, y, lo que es más, de dispensar por turnos a los mismos religiosos de coro, estableciendo así un sistema regular de dispensas del todo ignorado de la antigüedad y expresamente contrario a sus máximas. Con esto

el oficio nocturno no era oficio de toda la Comunidad, sino de la mitad o los dos tercios de ésta, ya que los restantes necesitaban aquel suplemento de descanso para reponerse de la fatiga que la interrupción del sueño trae consigo. El P. Mesplede nos hace saber que tal era ya la solución que a esta grave dificultad experimental daba la observantísima Congregación de San Luis, y que luego se conservó en la provincia de Tolosa. «Manifestum est autem quod conversi labori manuum deputati, *ut in sudore vultus vescantur pane suo*, fracti diurno labore, vix possunt media nocte surgere, et jugum hoc tam grave visum est ipsis Patribus congregationis S. Ludovici et *quibuscumque severioris disciplinae cultoribus* ⁽¹⁾ quod quamvis apud ipsos, Clerici media nocte surgent coacti fuerint fratres conversos eo onere eximere et illis quartam horam matutinam concedere quo suo consilio declararunt constitutiones nostras, quæ pro conversis factæ sunt, ab eisdem observari non posse ⁽²⁾. Adeoque nec ipsi eosdem observant ad unguem, quando tertia eorum pars quæ ex fratribus conversis constat, a communi onere atque obligatione vigiliarum liberatur, ut scilicet mordicus consuetudinem surgendi media nocte tueantur. Denique illa ipsa hora (la de la mañana) commoda est omnibus, tum senibus, tum juvenibus, imo lectoribus et prædicatoribus; nec opus esset uti *alterna illa vicissitudine illius vel alterius Chori, quæ nuper necessitas bonæ valetudinis vel studiorum invexit* ⁽³⁾. Tum neque necessarium foret, fratres

(1) Esta frase subrayada indica que no era sola la Congregación de San Luis la que adoptaba estos extraños medios para mantener lo que estimaban la verdadera observancia, sino todas las *severioris disciplinae cultores*. Las mismas causas producen siempre los mismos efectos.

(2) Antes había citado el texto de las Constituciones, que dicen: «Eo tempore surgant conversi, quo et alii fratres, et eodem modo inclinent. Cum *surrexerint ad matutinas* dicant Pater noster, etc.» Dist. II, cap. 17.

(3) En las ordenaciones antes citadas del P. Le Pul, visitador del Convento de Paris, hallamos la misma extraña novedad con el fin de hacer posible los maitines de media noche: Item (ordiramus) ut diebus dominicis et festivis toti officio diurno et nocturno intersint omnes, nemine prorsus excepto cujusque sit gradus; protestis vero *surgetur alternatim per choros ad matutinas*, eo videlicet ordine, ut feria secunda surgat chorus dexter, tertia sinister, quarta iterum dexter et sic deinceps. Primæ autem aliisque horis sequentibus ac missæ majori adsit uterque chorus. En las ordenaciones de los visitadores apostólicos aprobadas por Pío VI en 1779 se lee: «Etsi summopere optandum foret ut, juxta præscriptum Constitutionum vestrarum, horæ Matutinæ media nocte, vel saltem circa mediam noctem, a vobis persolverentur, sicut in hoc ipso Conventu non ita pridem fieri consueverat, nihilominus tamen studiorum incrementis et progressui consulentes et sub beneplacito Sanctissimi Domini Nostri Papæ, super vobiscum dispensamus, donec vel fervor accreverit vel *saltem sufficiens fratrum numerus huic muneris fungendo apud vos inveniatur*. Quapropter volumus et ordinamus ut fratres omnes,

ad primas missas dicendas notare (para ayudar a los dispensados del oficio nocturno que se levantaban antes) aut lippis et cæcutientibus oculis sacra adire. Quare meo iudicio consuetudo italica commodior esse videtur, atque constitutionibus nostris et instituto conformior ⁽¹⁾.»

Las cosas no han cambiado aún, y en la restauración de las Ordenes religiosas llevada a cabo en la segunda mitad del siglo XIX se continuó el mismo método de reforma, se sintieron las mismas dificultades y se aplicaron idénticas soluciones. Todavía más: el oficio nocturno fué perdiendo terreno. Con la disminución de los religiosos, el aumento de trabajo, ya sea en el ministerio, ya en el estudio o en la enseñanza, la práctica de las vigiliass nocturnas vino a hacerse más difícil. De suerte, que hoy apenas si lo observan más que las Ordenes o Monasterios dedicados a la vida contemplativa, y aun no todos, porque en las Congregaciones modernas se abandonó completamente este punto de la tradición regular. En las demás Ordenes se contentan con que los noviciados o algunos conventos de más estricta observancia mantengan la antigua disciplina, aunque sea con algún sacrificio de la vida activa de los religiosos ⁽²⁾.

Igual fenómeno se nota en la Orden Dominicana. El Capítulo general de Gante, 1871, hablando del oficio nocturno, recuerda la ordenación de Valencia de 1647, en que por *primera vez*, después de cuatro siglos, fué necesario llamar a la observancia de las antiguas costumbres de la Orden a los perezosos. Cuanto al presente «optaremus quidem, ut hodie, sicut antiquitus, Fratres media nocte surgentes ad sacras vigiliass, tantum hac pietatis et mortificationis

tam hyeme quam æstate, hora sesquiquarta matutina surgant ut videlicet. Regentes et alii cum quibus dispensatum est, studiis suis vacare uberius possint, illi vero qui choro obligantur, ibi in puncto horæ quintæ Matutinas absolvant...» P. CHAPOTIN, *Le Dernier Prieur et le Dernier Couvent*, pág. 481 s. Esta era la hora más común en Francia, luego que se fué abandonando el oficio divino, mientras que España se anticipaba generalizando la excepción que los antiguos otorgaban en las grandes festividades de la estación estival.

(1) Obra cit., pág. 72 s.

(2) El Cap. general de la Orden Seráfica de 1882 modificó así la legislación precedente: «Matutinum Conventibus primi novitiatus et sacri Recessus media nocte constanter recitetur.» En 1897 se estableció que «Antiqua Ordinis consuetudo recitandi media nocte in choro Matutinum cum Laudibus, ubi viget, firmiter teneatur». A lo cual añaden las Constituciones de 1913 «ubi vero in desuetudinem abierit, tam Superiores quam subditos in Domino exhortamus ut illam restituere... conentur, decernentes ut saltem in Conventibus Novitiatus id omnino et quam primum fiat.»

exemplum sæculo tepescenti dare possent in *omnibus nostris Conventibus*, et sic præciosissimas gratias mereri pro seipsis et pro regionibus quas *habitant*. Cum tamen rationes quas supra tetigimus (la escasez de los religiosos en los conventos y el mayor trabajo en el ministerio) specialius forsitam *contra notabilem mediae noctis austeritatem* militare videantur, prudenti moderatione hoc in puncto utendum esse judicamus. Imitantes igitur *paternam Benedicti XIII et Capituli Bononiae 1725 celebrati discretionem*, statuimus et mandamus, ut, in illis Conventibus et Provinciis in quibus viget adhuc laudabilis consuetudo Matutinas in puncto mediæ noctis vel saltem hora tertia post mediam noctem recitandi, hoc inviolabiliter in posterum observetur. In Provinciis vero ubi, hominum desidia, temporis injuria, aut ex aliqua alia causa, a tam sancta consuetudine declinatum est, volumus et jubemus, ut, quantocius fieri poterit, pro unaquaque Provincia saltem unus aut duo Conventus deputentur (qui domus Novitiatus esse poterunt), in quibus venerabilis Officii nocturni traditio fideliter observetur ⁽²⁾.» En los demás se permite que los maitines se recen «vel summo mane vel in sero». En este decreto aparece claro cuanto antes anotamos. El ideal son los maitines *in puncto mediae noctis*; por paterna condescendencia, los Padres Capitulares se contentan con que se celebren a las tres de la madrugada, no simplificando las reglas de Benedicto XIII, sino estudiando cuanto es posible el *circa mediam noctem* del Capítulo Bononiense y alejándose más de la tradición. Al lado de estos esfuerzos por el restablecimiento de la observancia están las limitaciones prácticas impuestas por la experiencia y que vienen a confirmar cuanto hemos dicho hasta aquí del desequilibrio entre la vida ordinaria de los religiosos y el oficio nocturno y las dificultades de esto provenientes. Los Padres se contentan con que esta observancia del oficio se introduzca en uno o dos conventos, mientras en los demás *permiten* que se digan los maitines de noche o de mañana.

*
* *

Para terminar esta larga exposición histórica sobre el Oficio divino, vamos a resumir brevemente las conclusiones que con toda evidencia de nuestro estudio se desprenden:

(2) *Ordinationes pro revisione libri Constitutionum*, n. II.

1.^a La repetida exhortación del Salvador y de los Apóstoles a la oración continua fué reducida a la práctica por la Iglesia mediante la oración hecha en las principales horas del día. Las del principio y fin de la jornada son de estas horas las principales, y de ellas nació el solemne oficio de laudes y vísperas; siguen luego las tres horas distribuidas en todo el día, tercera, sexta y nona. Con la profesión de la vida monacal estas horas se consolidan, y aun se aumentan, con las vigiliat nocturnas, extensión de las vigiliat dominicales, con la institución de la prima y, más tarde, de las completas. De esta suerte se formó el curso diario del oficio litúrgico con las siete horas diurnas y una nocturna, distribuidas de una forma armónica y conveniente, haciéndolas por esta vía fáciles de observar y aptas para santificar las demás ocupaciones del día y fomentar el ejercicio de la continua unión del alma con Dios, sumo ideal de la vida cristiana y perfecta imagen de la vida celestial. Este es el término de la evolución litúrgica en el fin de la Edad Antigua.

2.^a En la Edad Media se consolidan los elementos fundamentales de la precedente con la difusión mayor del oficio litúrgico, con una constitución interna más perfecta, más uniforme y, a la vez, más variada. Pero la adición de otros cargos devotos vino a turbar la antigua armonía de las horas canónicas con las horas del día, introduciendo poco a poco la costumbre de un segundo reposo luego de las vigiliat, la unión de éstas con el oficio de laudes y, por fin, la anticipación de aquéllas con el fin de hacer más largo este segundo reposo.

3.^a Durante la Edad Moderna se agravan estas perturbaciones de la precedente. Al olvido del antiguo horario sigue la no inteligencia de los antiguos documentos litúrgicos, la falsa idea de que las vigiliat nocturnas han de interrumpir el sueño, el concepto sobresaliente de la mortificación en este ejercicio del culto divino y de oración. La consecuencia de todos estos cambios de ideas y de práctica es la dificultad del oficio nocturno y el abandono casi universal de esta hermosa costumbre cristiana de las divinas alabanzas durante la noche, tan querida de los siglos antiguos y medios.

4.^a La conclusión práctica que de este estudio se puede inferir es que el único medio que existe para restaurar la santa observancia de las vigiliat nocturnas no puede ser otro que el de concertar éstas con el conjunto de los demás ejercicios del día, formando aquella hermosa conveniencia y armonía que tenía en la antigüe-

dad. Lo que debe hacerse tomando en cuenta los necesarios cambios que las condiciones de la vida moderna impongan en la vida regular.

Al poner fin a este trabajo sobre el día litúrgico debo dar público testimonio de la ayuda prestada por el R. P. Vicente Laporte, amante cual ninguno e investigador asiduo de nuestras liturgias y de las observancias regulares. De sus observaciones y de los documentos recogidos por él, y puestos generosamente a nuestra disposición, nos hemos servido ampliamente.

FR. ALBERTO COLUNGA, O. P.

Roma. Colegio Angélico.

LA PRUEBA DEL MOVIMIENTO Y LA EXISTENCIA DE DIOS

Para dilucidar un punto oscuro de la filosofía publicamos el presente estudio de exégesis tomista, que tal vez resultará notable por ser notabilísima la cuestión que en él se discute. Dificilmente se hallará otra donde se vean tan compenetrados los dos grandes amores que deben reinar en nuestro corazón: *amor a las enseñanzas de Santo Tomás*, que de la *Summa* nos van llegando por el cauce de la tradición comentarista; y *amor a las conquistas científicas* incontrovertibles, adquiridas después de grandes esfuerzos experimentales y analíticos, continuados sin desmayar durante siete siglos.

La importancia de esta cuestión y las enseñanzas que de ella se desprenden vamos a consignarlas en una *introducción*, en la cual quedará también sentada su división natural.

I. — Introducción general.

Los problemas filosófico-teológicos se han ido planteando en nuestra España de una manera didáctica, para satisfacer las necesidades del curso académico, en libros de texto que casi siempre se importan del Extranjero. Falta el ambiente, suele decirse, para esta clase de investigaciones, y no se engañan los que tal afirman. Pero *si falta*, señal de que necesita formarse, y no se forma sino con el estímulo y con el ejemplo. El asunto que hemos escogido para el presente razonamiento no puede tener

Actualidad más palpitante

porque, en toda religión y en toda moral, la idea fundamental es la de Dios; y, por lo tanto, las pruebas de su existencia es lo que

más debe interesar al espíritu humano, enemigo de quimeras y de incógnitas. «Dios, confiesa Vacherot, es la palabra más grande que hay en las ciencias humanas. Ninguna de ellas lo echó en olvido. Todas, aun las más bárbaras, lo han celebrado, definiéndole con más o menos exactitud, precisión, profundidad y pureza. Es el problema capital de las filosofías más excelsas ⁽¹⁾.» Ya en otro lugar de la Revista, en el *Boletín de Teodicea*, publicado últimamente ⁽²⁾, hice notar la importancia capitalísima del problema de Dios, y las orientaciones distintas y aun opuestas que siguen los filósofos de nuestros días para demostrar su existencia, sorteando como pueden las dificultades que ofrece esta demostración, y amparándose al puerto del sentimiento cuando brama la tempestad en el mar del raciocinio.

No me detendré, por consiguiente, demostrando que la idea de Dios es la clave de todas las filosofías, de todas las instituciones jurídicas, de todos los sistemas científicos que quieran explicarse el orden natural del Universo, su origen, su desarrollo y su conservación. Hay una palabra que resume todas las consecuencias de la negación de Dios: palabra que se veía escrita con letras llamantes, rojas, sobre los cielos de Europa antes de que los enturbiaran los cañones. Esa palabra es *anarquía*, la última consecuencia práctica del ateísmo.

Pero como, según Santo Tomás y su Escuela, el camino más recto y más iluminado para la demostración de la existencia de Dios (*manifestior via*) es el movimiento del mundo, es indudable la importancia máxima que esa prueba tiene en Teología y en Teodicea, aun sin contar con que por ese *camino* subimos también al *acto puro*, base de todos los atributos divinos.

La prueba del movimiento pasaba de antiguo por faro siempre encendido y de base inconvencible en el mundo intelectual: porque al mismo tiempo que enviaba haces de luz a los que buscaban a Dios en la naturaleza, resistía con perenne triunfo cuantos embates le dirigían el escepticismo, la crítica y la duda.

Divergencias notables.

Sin embargo, la manera de sentir que tuvieron los Escolásticos

(1) *Le nouveau Spiritualisme*, p. 288.

(2) *LA CIENCIA TOMISTA*, n. marzo-abril, 1916, págs. 97-122.

en este punto no es tan uniforme, como ordinariamente nos figuramos, y como parecía exigir la *claridad* y la sólida construcción de su suelo. Esta divergencia de opiniones en un asunto tan *claro*, se presta a grandes enseñanzas, muy útiles para nosotros los que vivimos en el ambiente escolástico, respirando sus aires. Los grandes Maestros de la Escuela Tomista han defendido aquí las tesis más opuestas, como la historia y la crítica nos lo irán diciendo claramente. Veremos que el Ferrariense da un valor relativo, muy condicional, a esta prueba del movimiento; el Cardenal Cayetano le pone trabas y cortapisas, tan criticadas por Báñez, Javelli y otros muchos que siguen las huellas de Capreolo; Suárez desmenuza sus principios y destroza su magnífico artefacto, como si fuera un castillo de naipes... Cuando uno ve todo esto, como nosotros lo veremos al pasar por allí, se pone a considerar si realmente la Escolástica amordazaba a sus amantes con tanta ferocidad como dicen sus émulos; si cortaba las alas al ingenio tan ignominiosamente, o si quien no voló a las cumbres fué porque... no tenía alas suficientemente poderosas ni ojos de águila para no deslumbrarse con el sol cercano.

Además, esta cuestión es teológica, filosófica y científica. Hubo Santos Padres y todos los Teólogos posteriores al siglo XIII, que de una manera u otra la estudiaron; los filósofos la explanaron en sus Teodiceas, como siglos antes lo habían hecho primorosamente Platón y Aristóteles, guiados sin otra luz que la de su entendimiento; y, por fin, los conceptos que integran su desarrollo han adquirido en estos últimos tiempos una amplificación tan grande y tan hermosa que subyuga las inteligencias de los sabios y las seduce haciéndolos creer que esos conceptos, explanados según las ciencias físico-matemáticas y las apreciaciones de las nuevas filosofías, son contrarios a los que recibimos de los maestros medio-evaes.

Desde el siglo XVII, época de los grandes descubrimientos, experimentales y analíticos sobre todo, al ver los sabios que se iban explicando muchos fenómenos atribuidos antes a intervenciones extracósmicas, generalizaron el raciocinio; y explicando el mundo por las leyes de la atracción y las de Képler, y con teorías cosmogónicas, más o menos fantásticas, creyeron que se podía retirar del Universo restaurado esa rueda inútil de Dios, que sacó de tantos apuros (decían) a la ignorancia de nuestros abuelos ⁽¹⁾.

(1) Cf. SERTILLANGES: *Les sources de la croyance en Dieu*, ch. II, p. 52-59.

Ataques de los contemporáneos.

Hoy mismo en que ya dejaron de proferirse frases que pudiéramos llamar de *fanfarronería científica*, no se han abierto camino las pruebas de la existencia de Dios y singularmente la del movimiento, entre los sabios amantes de la Astronomía y de la Mecánica racional. Lo cual puede ser efecto de no conocerlas bien por no alcanzar la virtualidad, la fuerza interna del tecnicismo escolástico. Todavía quedan sabios creyentes y filósofos, investigadores de las doctrinas medioevales, por cuya defensa luchan sin descanso. Pero aun éstos no se atreven a ensayar reconciliaciones que creen imposibles; y si lo hacen, como el ilustre Duhem, lo hacen parcialmente, sin el plan orgánico, sin la trabazón férrea, que es el alma de la Escolástica.

Otros hay, en mayor número, los cuales atacan furiosamente las doctrinas escolásticas referentes a la existencia y naturaleza de Dios; libros, revistas, folletos, hasta columnas de la Prensa diaria se ven llenos de diatribas mordaces, de ataques irónicos y burlescos, de juicios cortantes, absolutos, sin apelación posible, contra dichas pruebas y el espíritu que las informa. Son hombres formados en laboratorios de ciencias fisico-químicas, o tal vez son médicos; llevan su cabeza llena de abstracciones analíticas, de gráficos funcionales y de casos clínicos; y se lanzan, sin más preparación, al campo de la filosofía escolástica, destrozando o menospreciando cuantas ideas no pueden ser representadas por curvas ⁽¹⁾. Bértauld, Béraud, Le Roy, Le Dantec, etc., han querido socavar el cimiento de esas pruebas: unos, con la sorda piqueta de la crítica solapada; otros, con la dinamita del ateísmo brusco.

Y concretándonos al movimiento, véase cómo se explican, por ejemplo, Bértauld y Le Roy, porque Béraud y Le Dantec producen repugnancia invencible por su lenguaje impropio de la ciencia.

La prueba del primer motor inmóvil, dice Bértauld, «presenta un carácter extracientífico que la hace completamente inaceptable. El objeto constante de la ciencia, de que no puede prescindir si no quiere matarse a sí misma, es la explicación de la naturaleza

(1) Era el argumento de Tyndall contra el Dr. Martineau. En la R. Academia de Londres, decía el sabio físico al doctor que «exigía de él que se diese una representación precisa y clara de la actividad divina. Si no le es posible—añadía—, perdió el pleito; porque nada hay que no pueda ser representado...» ¿Qué sistema de coordenadas escogería el gran físico para trazar la gráfica de la actividad divina?

por medio de agentes también naturales; le está prohibido todo empleo de lo sobrenatural, y admitirlo en sus concepciones equivaldría a una abdicación completa, a una negación suicida» ⁽¹⁾.

Le Roy (Ed.) quiso poner el dedo más en la llaga, y después de exponer el argumento de Santo Tomás con sus mismas palabras en latín, añadió las reflexiones siguientes, que copio por ser muy notables, aunque parezcan algo largas:

«Me he sujetado — escribe — a citar este pasaje por extenso porque es admirablemente significativo y revelador. Por mucho que lo meditásemos, nunca sería demasiado, supuesto que descubre y condensa en fórmulas, casi todas ellas sorprendentes, los diversos postulados en que se basan las pruebas cosmológicas. El método y la actitud de espíritu que en él dominan por completo, son precisamente los mismos que nos prohíben aceptar estos viejos argumentos.

»Por esto, quien se ha educado según la cultura y formación modernas, sobre todo en materias científicas, recibe una viva impresión al leer por primera vez ese pasaje, aun sin examinar sus detalles. Los progresos de la crítica y el cambio en la manera de ver las cosas han hecho que, lo que tal vez parecía obvio a los contemporáneos de Santo Tomás, no nos parezca hoy sencillo, ni claro, ni aun verdadero. Los principios de esa demostración son para nosotros más oscuros que la conclusión misma; y todos—creyentes e incrédulos—estamos más lejos de admitir aquéllos que de aceptar ésta. Nada hay más contrario a las tendencias del pensamiento contemporáneo, y a sus mejores tendencias, quiero decir, a las más fecundas y fructuosas, que ese juego de entes de razón que nos deslumbra fugazmente. Inspirase este argumento en una filosofía arruinada, caída ya para siempre en desuso, a la cual no podría volver ninguno de nosotros aunque quisiera. Es un hecho irrevocable. Y además, ¿no salta a la vista que en nuestros días no satisface ni convence a nadie ese argumento? Los mismos que creen en Dios, no se acuerdan de esta prueba para fundar su fe ⁽²⁾.»

Guiados por distinto impulso, los pragmatistas se han mostrado enemigos del Dios infinito y personal, y consideran sin valor ninguno las pruebas que se dan para demostrar su existencia. No ne-

(1) BERTAULD. *Étude critique des preuves de l'existence de Dieu*, t. II, p. 275.

(2) Cf. E. LE ROY. *Comment se pose le problème de Dieu*.—«Rev. de Met. et de Mor.», t. XV, núm. 2, p. 131-132. Volveremos a mencionar esta crítica.

cesitamos penetrar en el enmarañado bosque de sus doctrinas ⁽¹⁾, derivadas del Kantismo, del Evolucionismo y del Utilitarismo. Bástenos saber lo que ha escrito Dessoulavy, el defensor de Schiller, en la *Revue de Philosophie*: «las pruebas *ex motu*, *ex causis* no tienen cabida sino en una hipótesis mecanicista del mundo; en una filosofía dinamista, la prueba *ex motu* no tiene ningún valor» ⁽²⁾.

Por todo esto se ve que la demostración de la existencia de Dios, tan clara en el siglo XIII, se ha nublado hoy de tal manera, que no da un rayo de luz; se desconfía mucho de los raciocinios especulativos, y si se admite a Dios es obedeciendo a los impulsos del corazón, a esos instintos sordos que creen sentir y palpar en las entrañas de la naturaleza.

Muy pocos habrá hoy que levanten los ojos al cielo estrellado para cantar con Fray Luis de León:

¡Ay, orbes celestiales!
Cuán bien me da a entender vuestra figura
Los rayos divinales
La gloria y hermosura
Que tiene el gran Pintor de esta pintura.

Por desgracia, esta manera hermosa de considerar el mundo como un reloj de engranajes complicados, sutilísimos, que obedecen todos al impulso del primer *Movedor inmóvil* (como nuestro Fray Luis de Granada le llamó en el *Símbolo de la Fe*); esta visión poética y grandiosa del Universo desapareció ya de la ciencia. Pocos de sus amadores ven más allá de las paredes de sus laboratorios. Los astrónomos se acercan a los linderos de la esfera celeste y a los orígenes de los mundos; pero al llegar a descubrir la sombra de la Divinidad se les acerca el agnosticismo y les niebla los ojos. Da pena reconocerlo, pero así es por regla general.

Nuestra posición.

Nosotros nos movemos en un plano filosófico, alumbrado con luz sobrenatural; y por esto se convierte en plano teológico. Queremos

(1) Para otras objeciones puede consultarse la magnífica obra del P. GARRIGOU-LAGRANGE, *Dieu, son existence et sa nature, solution thomiste des Antimonies Agnostiques*.—(Paris, 1915.)

(2) Cf. GARRIGOU-LAGRANGE, O. P. *Le Dieu fini du Pragmatisme*. En la «*Rev. des Sciences Phil. et Theol.*».—Abril, 1907.

también proyectar sobre este plano haces de luz natural según nos la dé la ciencia verdadera; pero esta luz es oscura, mortecina, comparada con la luz de la revelación; ambas se unen, como nacidas al fin de un mismo foco que en el Infinito reverbera, para esclarecer las ideas humanas y dar apoyo racional a las verdades que son ya ciertas *quoad se* en el orden sobrenatural. Cúmplase aquí el gran principio de Santo Tomás, que nos sirve de criterio: «Como la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona, está bien que la razón natural preste sus servicios a la fe, así como la inclinación natural de la voluntad los presta a la caridad; conforme a lo cual dijo San Pablo: *Cautivando a todo entendimiento en obsequio de Cristo*. De ahí nace que la Ciencia Sagrada emplee como argumentos aun las autoridades de los filósofos, en aquellos casos cuya verdad pudieron conocer por razón natural... aunque usa de ellos como de argumentos *extraños* y solamente probables ⁽¹⁾.» Por consiguiente, sigue escribiendo: «la ciencia teológica puede recibir alguna ayuda de las disciplinas filosóficas, no porque absolutamente necesite de ellas, sino para poner más claras y manifiestas las verdades que enseña» ⁽²⁾.

Para nosotros, la luz sobrenatural es la de mayor potencia. Tratándose de las ciencias humanas, ya sean físico-químicas, ya sean matemático-filosóficas, solamente cederemos al peso del raciocinio. Pero en la Teología, la voz más augusta, la más potente, la que decide las cuestiones más intrincadas es la voz de la Revelación.

Digo esto, porque las decisiones de la Iglesia son contrarias al espíritu devastador de los críticos mencionados y otros de su misma laya. Si a ellos no, a nosotros deben hacernos fuerza las palabras del Concilio Vaticano, que dicen así: «La Santa Madre Iglesia sostiene y enseña que Dios, Principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido *con certeza* guiándose por la luz natural de la razón mediante las cosas creadas ⁽³⁾»; y Bautain tuvo que suscribir la proposición siguiente: «El raciocinio (*ratiocinatio*) puede probar *con certeza* la existencia de Dios, y lo infinito de sus perfecciones ⁽⁴⁾.» Visto lo cual y recordando que la prueba del movimiento

(1) *Summa Theol.*, p. I, q. I, a. VIII ad 2^m. Nótese que aquí habla Santo Tomás no de aclarar, sino de probar las cosas de la Fe.

(2) *Idem*, *ibid*, p. I, q. I, a. 5, ad 2^m.

(3) *CONC. VATIC.*, Sess. III, c. 2.—Cf. *Can. «De Fide Cathol.»*, 2, 1.—Denzinger, p. 474-80.

(4) Cf. *Epist. Gravissimas inter.*, 11 dic. 1862.—DENZINGER, p. 433.

es la más clara, y tan decisiva *que nadie puede resistir a su empuje* sin convencerse, nos preguntamos: si a esa prueba tan fuerte así la consideran los sabios de flaca, insuficiente y perjudicial, como dejamos dicho, ¿cuán mal paradas quedarán las otras que ofrecen lados más vulnerables?

Hay otra consideración que no podemos perder de vista; y es que estamos nosotros obligados, por voluntad expresa del Soberano Pontífice, tanto de Pío X como de Benedicto XV, a fundar nuestros estudios, no ya en la Teología, sino en la *Metafísica*, de Santo Tomás, a la cual pertenece de lleno este problema.

Desde la Encíclica *Pascendi* (3.^a pars, REMEDIA) se han multiplicado las recomendaciones y los mandatos, como recuerdan seguramente los lectores de LA CIENCIA TOMISTA.

Dejo por mencionar los compromisos ineludibles que tenemos como hijos de Santo Domingo. ¿Quiere esto decir que desvirtuaremos los raciocinios cediendo a estas ideas preconcebidas? No. Lo que quiere decir es que hemos de tener varios puntos de mira para orientarnos, y que la inteligencia maestra lleva en su interior ese lastre benéfico para mantenerse en equilibrio entre tantos vaivenes y sacudidas formidables de opiniones encontradas.

Naturaleza y división.

Este trabajo es de armonía, según se desprende de lo dicho. Gran simpatía lo inspira hacia las conquistas de la Ciencia, hacia la doctrina de Santo Tomás y hacia los fueros de la Sagrada Teología. Es trabajo de adaptación y de moldeamiento de las doctrinas antiguas a los moldes modernos: algo de lo que hemos de hacer con todas las doctrinas escolásticas, si queremos que vivan fuera de conventos y de Seminarios, y que ejerzan influencia en los razonamientos y en las hipótesis de los sabios. Debemos adaptarlas a su lenguaje, a su ideología, ya que es imposible que ellos quieran penetrar el sentido de su técnica. Para entendernos, hemos de manejar un solo diccionario. Y para eso hemos de conocer de veras, sin aparatos de oropel, cuál es el estado de las ciencias, el espíritu que las informa y las tesis que ofrecen mayor solidez.

Si esto lo hiciéramos con tesón, hallaríamos ciertamente armonías profundas entre lo que enseñaron nuestros antepasados y lo que ahora afirman la experiencia y el cálculo.

Por lo menos así sucede en la prueba del movimiento referente

a la existencia de Dios, que es objeto del presente estudio, el cual constará, naturalmente, de dos partes:

En la primera, que tendrá carácter *crítico*, veremos el nacimiento de esa prueba en el fértil suelo de la Grecia; iremos siguiendo su desarrollo en las escuelas árabes y cristianas; veremos su perfeccionamiento en Alberto Magno y Santo Tomás, en cuya escuela pasó por varias alternativas, hasta que sopló el vendaval deshecho de Königsberg, a consecuencia del cual, y divorciada la Física de la Metafísica, perdió esta prueba su eficacia en los entendimientos contemporáneos. Esta parte es absolutamente necesaria para ver lo que hay de *permanente* en la serie de estos razonamientos y poderlo conservar y aplicar en la adaptación que intentaremos hacer en la *segunda parte*.

En ésta aprovecharemos los datos nuevos que da la Física, con la Energética, y la Mecánica racional, con la Relatividad; y veremos de dar una interpretación de las ideas tomistas, sustituyendo (si se permite la metáfora) el marco antiguo por el marco moderno. Daremos una traducción al lenguaje de hoy de aquellas palabras medioevales; discutiremos el grado de certeza que corresponde a la demostración, y contestaremos a las objeciones que se nos vayan presentando. Tal es el plan.

Y dejando estos aspectos generales, empecemos a estudiar el génesis de esta prueba, volviendo atrás unos veinticinco siglos.

PRIMERA PARTE

II. — En las escuelas de Grecia.

Lejanos vislumbres.

Cada día se ve más claro que entre las ideas helénicas y las orientales no hay un abismo vacío, sino una corriente tal vez oculta, pero real, que explica el parecido de las doctrinas, y quita mucha fuerza a los argumentos de Zeller para demostrar la originalidad de los griegos. Por eso me pareció conveniente seguir el curso de esas aguas hasta dar con las fuentes más lejanas de la prueba del movimiento. Quería hallar gérmenes, por lo menos, de las ideas que forman su trabazón, en las Teogonías de Orfeo y Hesíodo.

do, en las tradiciones sagradas (ἱερόι λόγοι) y en los ritos cosmogónicos relativos al origen del mundo. Deseaba buscar analogías en los ritos y leyendas cosmogónicas de los pueblos orientales, en las concepciones burdas de los salvajes, en los misterios del totemismo, en el culto de la Naturaleza. Pero al hojear las obras de Max Müller, Lang, Lagrange, etc., me convencí de que vagaba por selva impenetrable, donde la orientación era imposible. Es más difícil hallar las fuentes de esta prueba que las fuentes del Nilo, pues ni los mismos especialistas se entienden cuando se ponen a interpretar los mitos más célebres y conocidos, como sucede con el de χρονος ⁽¹⁾.

Se ha dicho que el politeísmo amordazaba a la ciencia, y que la religión de los griegos, con poblar el mundo de dioses, ataba las manos de los sabios que, investigando las causas inmediatas de los fenómenos, temían malquistarse con ellos y, sobre todo, con el pueblo. Así lo han defendido, por razones distintas, Augusto Comte y Du Bois-Reymond ⁽²⁾. Realmente, costó muchísimos esfuerzos a los filósofos griegos irse deshaciendo de las envolturas y velos que echaban por todas partes el entusiasmo sacerdotal y el delirio religioso. Durante largo tiempo su única tendencia fué profundizar y espiritualizar un poco la mitología tradicional en vez de lanzarse francamente por las vías de la especulación filosófica propiamente dicha ⁽³⁾.

Anaxágoras fué el primero que, prescindiendo ⁽⁴⁾ de las preocupaciones populares, aun a costa de su sangre o, al menos, del destierro, levantó la investigación filosófica a gran altura, desatándola de manejos sacerdotales y de leyendas del vulgo ⁽⁵⁾.

Por esto vi que mi tarea sería infructuosa en casi todo el primer período de la filosofía griega. Los ratiocinios de Anaxágoras, conocidos por fragmentos, tienen gran mérito, por su novedad en

(1) Cf. LANG, *Mythes, Culte et Religion* (trad. Masillier et Dirr, c. X). No es fácil, ni realmente hace falta, dar idea de lo asombrosa que es la bibliografía moderna respecto de esta materia. Lang mismo, o cualquiera de los autores que cito, muestra la riqueza enorme de su erudición. Sólo la *Religión de los griegos* ha sido estudiada por infinidad de autores extranjeros.

(2) A. COMTE, *Cours de philosophie*, leç. 53 et 54. DU BOIS-REYMOND, *Revue scientifique, L'histoire de la civilisation et la science*, 19 janvier 1878. Cf. MILHAUD, *Études sur la pensée scient. chez les Grecs et chez les modernes*, ch. IX.

(3) Cf. BURNER (J.), *Greek Philosophy*, part. I. *Thales to Plato*. (London, 1914.)

(4) Cf. MÜLLER, *Hist. de la litt-grecq.* (trad. Seillebrand), t. II, ch. XVI, p. 226.

(5) Id., págs. 254-56.

aquellas circunstancias; pero no pasaron de balbuceos. La prueba del movimiento aparece en ellos con la misma confusión con que aparecen las facciones del sér humano en un embrión de pocas semanas.

Razonamientos de Anaxágoras.

Anaxágoras no llegó a Dios razonando *explicitamente* sobre ningún fenómeno natural. Acudió a Él, porque no le era posible explicar de otra manera el origen del mundo, dada su teoría sobre los cuerpos.

Cómo llegó a convencerse de esto no es fácil averiguarlo con certeza. Tal vez sería porque, examinando las explicaciones de los filósofos que le habían precedido, las creyera necias e insuficientes y las querría purificar ⁽¹⁾. Tal vez, según afirma Tenneman ⁽²⁾, su conocimiento de la naturaleza fué más perfecto que el de los otros filósofos, y eso le llevaría a formular sus conclusiones.

Veamos de reconstruir sus raciocinios, según los *Fragments* reunidos por Schaubach y según las sentencias que Aristóteles recoge profusamente en todas sus obras.

Anaxágoras concebía todas las cosas como conjuntos de partes pequeñísimas, muchas en número, dotadas de una cualidad *especial*. A estas partes las llamó *homeomerías* (ὁμοιότητες).

En cada cosa había algo de las otras, dependiendo la forma particular de los distintos cuerpos del elemento que en ellos predominaba. Por eso fué el primer filósofo que consideró los cuerpos como formados por materia inanimada, desprovista de movimiento espontáneo e incapaz de transformarse por sí misma ⁽³⁾.

Remontándose a los tiempos primitivos y aplicando a ellos esas ideas del mundo, razonaba así: Todas las cosas estaban juntas (ὅμοῦ πάντα κρήματα ἦν); eran infinitas en número e infinitamente pequeñas, de una rareza incomprensible. De todas las cosas que estaban juntas, ninguna aparecía con distinción por la pequeñez de sus partes.

(1) Cf. ARIST., *Metaphys.*, l. 1, c. 3. Cf. SANTO TOMÁS, *Comm. in hunc loc.*, lect. 3.^a

(2) *V. Manuel*, t. 1, § 107. Sin embargo, Aristóteles indica en varios lugares lo contrario. Véase *Met.*, l. 1, c. IV, text. 4 y 5. *De anima*, l. 1, c. 2, t. 13, etc.

(3) Cf. MULLER, *Ob. cit.*, loc. cit., p. 257-58. Cf. *fragm.* 12, de SCHAUBACH, que es el 17 de la edición Didot.

Todo lo contenían el aire y el éter, esos dos infinitos que lo dominan todo en virtualidad y extensión⁽¹⁾.

Todas las cosas estaban juntamente, o en masa⁽²⁾.

Permanecieron juntas durante un tiempo infinito, así, en tropel confuso. La inteligencia (νοῦς), que durante esa infinidad había descansado, imprimió el movimiento en aquella masa y marcó las separaciones convenientes⁽³⁾.

Por eso de cosas inmóviles se principió a formar el mundo⁽⁴⁾.

No se halla más recurso para hacer que se mueva el Universo y aparezca el bien que la Inteligencia. Como para menear un artefacto se necesita de engranaje, de una máquina, así sucede con el Universo: la inteligencia es la escondida máquina que lo mueve, aunque en su orden las otras causas vayan efectuando sus acciones propias⁽⁵⁾.

La inteligencia es señaladamente el principio de todas las cosas; ella, conocedora, lo movió a todo⁽⁶⁾. Pues así como en los animales hay una alma que los mueve, así en la naturaleza debe haber un entendimiento que dé movimiento y orden al mundo⁽⁷⁾. No sabemos cómo lo efectúa⁽⁸⁾; pero lo cierto es que cuanto hay y será y ha sido la Inteligencia lo ordenó cuidadosamente⁽⁹⁾.

(1) *Anax. frag.* (Didot), frag. 1.

(2) S. ARIST., *Metaph.*, l. III, c. IV, t. 16, y añade: ὥστε μὴθὲν ἀλεθῶς ὁπάρχειν.

(3) Is enim (Anax.) sit quum simul omnia essent ac quievissent infinito tempore, mentem illam produxisse motum et sesevisse (πλὴν ἡσιν ἐμποιῆσαι τὸν νοῦν καὶ διακρίναί.) ARIST., *Phys.*, l. VIII, c. 1, t. 1 (Didot, t. II, p. 342.) Cf. *Phys.* VIII, 1, t. 15-20, donde prueba Aristóteles que es una hipótesis antinatural la de los descansos infinitos, etcétera Cf. SANTO TOMÁS, *Comm. in hunc loc.*, l. 3.^a

(4) *De Coelo*, l. III, c. II, t. 8. (Didot, II, p. 414.)

(5) «Nam et Anaxagoras tanquam machina utitur Intellectu ad mundi generationem et quum dubitat propter quam causam necessario sit tunc eum attrahit: in caeteris vero, magis caetera omnia quam intellectum, causam eorum quae fiunt ponit.» ARIST., *Met.* l. I, c. IV, t. 4-5 (Did., II, p. 474.) En la interpretación de ese texto, truncado como lo cita, no estuvo afortunado el P. ZEFERINO (*Historia de la Filosofía*, 2.^a edic., t. 1, p. 123); y FARGIS (*L'idée de Dieu*, 5.^e edit., 1908, p. 551) lleva la equivocación a lo sumo, poniendo *gubernationem* por *generationem* (κοσμοποιαν). Todo fué por quererlo hacer padre del ocasionalismo. Leyendo el texto de Aristóteles y los comentarios de Santo Tomás, la interpretación que doy es manifiesta.

(6) *De anima*, l. I, c. III, t. 13 (Didot, III-435) νοῦν κινῆσθαι τὸ πᾶν.

(7) ARIST., *Met.*, l. I, c. III, t. 13 (Did., II-473). Cf., ib. text. 14.

(8) Cf. *Met.*, l. I, c. VII, t. IV (Did., II-479). *Met.*, l. I, c. IV, t. 4 (II-474). Por eso dice Aristóteles que habló Anaxágoras de la Inteligencia «minus dilucide». *De anima*, l. I, c. II, t. d.

(9) ὁ δὲ νοῦς ὅσα ἐσται τε καὶ νῦν ἐστί καὶ ἦν καὶ τὰ ἄλλα πάντα ἐν τῇ πολλῇ περιέχοντι καὶ ἐν τοῖσι προσκρίθεσι καὶ ἐν τοῖσι ἀποκεκριμένοισι κάρτα διεκόσμησεν. — *Anax. fragm.* (Did.) frag. 12.

No quiero hablar de la naturaleza y atributos con que dota Anaxágoras a la Inteligencia, porque cae fuera de mi propósito.

Vemos, pues, por los razonamientos anteriores, que Anaxágoras llegó a la inteligencia suprema entre las brumas de la sospecha, sostenido por una hipótesis artificial (*artificialiter* decía la antigua *translatio*, que usó Santo Tomás); y si admitió el Νῶς motor y al parecer inmóvil, fué como a la desesperada, para hacer andar aquel caos tenebroso aéreo y sutil, que formaban las criaturas, hechas una masa informe.

Enamorado del círculo, explicaba cuantos movimientos podía por el de rotación, dejando lo menos posible para el Νῶς, que era para él como el *Deus ex machina* para los trágicos, que únicamente lo usaban en casos apurados ⁽¹⁾.

La aserción del descanso infinito, preliminar al movimiento infinito, rebajó al nivel de una ficción (πλάσματι) todo su raciocinio, según dice Aristóteles.

Pero claramente se nota que el nervio de su argumentación está en la idea del movimiento, no metafisiqueada, sino brotando espontáneamente de la consideración de los animales, y de una necesidad lógica que reclamaba satisfacción cumplida.

Hasta ahora sólo se había sentido la posibilidad de construir esa *vía* del movimiento que de las criaturas nos llevase a Dios; pero como no se habían hecho los estudios de campo, los planos quedaban por levantar.

III. — El divino Platón.

Concepto que tenía^{se} del mundo.

Encauzada por Sócrates la investigación filosófica, llegó, como se sabe, en hombros de Platón y Aristóteles a la cumbre de la gloria. Espíritus diferentes los dos, rivales según la tradición los pinta, proyectan luz de colores distintos sobre los campos y los mares de la filosofía. Pero siempre hay que volver los ojos a esos faros que en la lejanía se levantan, cuando se quiere penetrar en el misterio de las cosas, cuando se desean explicaciones sencillas y pro-

(1) Cf. MÜLLER: Ob. y l. cit., p. 260.

fundas de los problemas que suscita el hombre al pensar en sí mismo y en el Universo de que forma parte.

Limitándonos a nuestro caso, el divino Platón, como le llamaron los Santos Padres y escritores ascéticos, trazó de Dios los cuadros más sublimes. Su prosa, caldeada por el entusiasmo teísta, leída a través de los Santos Padres, hizo vibrar las fibras más sensibles del corazón cristiano, sobre todo al cantar el gozo que experimenta el alma juntándose a su Dios. Platón fué más simpático que Aristóteles a los amantes del sentimentalismo religioso; mientras los intelectualistas prefirieron siempre las líneas rectas del Estagirita y el rigor inflexible de sus doctrinas, menos *humanas* que las de Platón.

Suelen decir los autores que expuso Platón la prueba del movimiento en el *Timeo* y en el libro décimo de *Las Leyes*. Leyendo ambos diálogos se saca la idea de que propiamente en el X de *Las Leyes* es donde se expone esta prueba: porque en el *Timeo* se presupone la existencia del *demiurgo*, del generador de todo (ὁ τοῦδε τὸ πᾶν γεννῶντας) y se explican las relaciones de él con la Naturaleza por medio de dioscecillos y demonios. Por tanto, el método más propio será exponer aquí la demostración que nos da en *Las Leyes*, aclarando luego los puntos dudosos con el recuerdo de las doctrinas, que dominan en el *Timeo* y en otros diálogos parecidos.

Pero como Platón razonaba mirando al cielo, tenemos que reconstruir la escena, imaginándonos lo que veía cuando alzaba sus ojos a la bóveda celeste. Esto parece un detalle de poca importancia, y está muy lejos de serlo.

Ante todo nos conviene recordar la saludable advertencia de Aristóteles, que hablando de Platón, de los errores que a veces se le escapan, dice que se le deben disimular, porque «nunca se dió a estudios de la Naturaleza, y así puede fácilmente presuponer principios que no tienen coherencia», sobre todo en lo relativo a la constitución y al origen del mundo ⁽¹⁾.

Defendió, por ejemplo, y Aristóteles le echa en cara lo absurdo del caso ⁽²⁾ que la tierra, aun siendo centro del mundo y no teniendo movimiento de traslación, lo tenía, sin embargo, de rotación alrededor de su eje ⁽³⁾.

Entre los astros, hay unos (que deben ser las estrellas fijas) los

(1) Cf. *De Gen. et corrup.*, l. I, c. 11, text. 10 (Edic. Didot, II, p. 435).

(2) Cf. ARISTÓTELES: *De coelo*, l. II, c. XIII, t. 5; c. XIV, t. 1 (Did., II, 404-7).

(3) *Timæus* (*Omnia Platonis opera*, trad. MARCILIO FICINO, Venitiis 1571), p. 408 col. 1.^a Para el texto latino usaremos esta edición.

cuales, como *animales divinos*, se mueven sin cesar, majestuosamente, en una misma circunferencia; otros hay que se mueven con *velocidades distintas*, variando de posición unos respecto de otros. Son los otros cinco astros, además de la luna y el sol, y se llaman erráticos (*planetas*: ἐπικλην ἔχοντα πλανητα). En la segunda circunferencia, contando a partir de la tierra, está el sol para alumbrar el curso de los astros (fig. 1.) Las distancias de los astros-planetas, están en proporción *armónica*, según exige la filosofía celeste. Los demás detalles del sistema cosmográfico de Platón coinciden con los del sistema aristotélico, que después describiremos con todos sus detalles.



Fig. 1.- Gráfico de las esferas platónicas, según M. Ficino.

Otra advertencia conviene no olvidar en el desarrollo de la prueba; y es el objeto que se proponía conseguir el filósofo divino cuando la expuso.

Influencia del alma universal en los cuerpos.

Prosiguiendo Platón el estudio de las leyes que debe promulgar un buen legislador para reprimir los desafueros de los ciudadanos y encauzar la República por los senderos de la paz y de la justicia, quiso hablar de las penas con que se deben castigar los sacrilegios y blasfemias que son las injurias más atroces que se hacen contra la persona de otro; y, sin duda, para justificar los crueles castigos ⁽¹⁾ que exige contra los mofadores de Dios y enemigos de la religión social, dedica una disertación muy larga a probar dos cosas: que existen los dioses y que tienen providencia de las cosas humanas, así de las grandes como de las pequeñas. Por ahí se explica que su argumento se pare en cuanto prueba que hay dioses,

(1) Véanse algunos para muestra: «... alios mortis supplicio, alios flagellis et vinculis, alios dedecore, alios exilio, egestateque puniendos.» *De leg. vel de leg. lat.* Ob. cit., p. 502, col. 1.^a En otras partes del diálogo repite estas frases rigurosísimas; y eso que Platón era tan dulce.

sin llegar a discutir sin son muchos o si es uno, el cual sobrepuja y domina a los restantes.

Para sacar el nervio del raciocinio es preciso suspender el diálogo y pasar de una proposición, cuyo sentido queda pendiente, a otras que se hallan más abajo, separadas por los incisivos con que el ingenio de Platón amenizó los más áridos discursos. En este asunto no debe anteponerse la brevedad a la claridad ⁽¹⁾. Si hablando tanto de poesía y música y hasta de la embriaguez no nos cansamos, ¿cómo no hemos de oír a los que nos hablan muchas cosas ⁽²⁾ de los dioses con largos y profundos discursos?

Con estas sentencias tan hermosas comienza Platón el razonamiento, que vamos a sintetizar lo posible.

Muy difícil es, dice, enseñar con mansedumbre las pruebas de que hay Dios a quienes se mofan de su existencia o la desdennan con sonrisa burlona sin tener razón que oponer en contra suya ⁽³⁾.

Intentémoslo, sin embargo, usando esta razón nueva y casi desconocida hasta ahora ⁽⁴⁾.

No olvidemos que somos hombres, y que las cosas de que vamos a disertar traspasan nuestras fuerzas. Por tanto, contentémonos con las conclusiones probables que podamos deducir, si no logramos alcanzar las razones más altas y evidentes de estas cosas ⁽⁵⁾.

Amigo, dime: ¿se están quietas todas las cosas y nada se mueve, o, por el contrario, todas las cosas se mueven y nada está quieto? De todo eso hay en la naturaleza. Además de los movimientos que se ven de rotación y traslación, de aumento y disminución, de condensación y encarecimiento, de generación y corrupción, hay otros dos todavía más notables: uno por el cual un agente puede mover a otros sin moverse a sí mismo; y el segundo, que consiste en que

(1) «Quare ridiculum simul et pravum esse, si breviora melioribus praeferremus.» Id. id., p. 501, c. 1.^a.

(2) «Cum tam multa de ebrietate et musica dicerentur eam prolixitatem aequo animo tulimus; de diis vero talibusque rebus plura dicentem non auscultabimus?» (Ib., p. 502).

(3) Ib. id., p. 501, c. 1.^a fin. En la exposición seguimos a Platón paso a paso.

(4) Ib.—«At videbor rationibus uti non consuētis... Dicam jam novam hanc pene inauditamque rationem...» (p. 502, col. 1.^a)

(5) «...Æquum est meminisse et me qui dixero et vos qui judicatis, homines esse; ut si probabilia dicentur, nihil ulterius requiratis...» (Timæus, v. 405) «...μνησθέντες, ὥς ὁ λέγων ἐγὼ ὑμεῖς τε οἱ κριταὶ φύσιν ἀνθρωπίνην ἔχομεν, ὥστε περὶ τούτων τὸν εἰκότα μῦθον ἀποδεχομένους πρέτει τούτον μηδὲν εἶναι πέρα ζητεῖν.» Platonis dialogi, t. IV, p. 333 29, C-D. Para el texto griego citaremos la edición crítica de Hermann, impresa últimamente por Teubner, de Leipzig.

uno se mueva a sí mismo y a los demás. Estas dos clases de movimientos son los más importantes de todos los que existen ⁽¹⁾.

Supongamos ahora, como hicieron muchos, que en un momento dado se paralizan todas las cosas: ¿qué movimiento aseguraremos principalmente que debe existir o producirse en ellas para que anden?—Indudablemente, el que hace que una cosa se mueva a sí misma; pues todos los demás movimientos dependen de ese—. Y si en los primeros tiempos todos los elementos se movían desordenadamente antes de hacerse el mundo ⁽²⁾, es porque no existía aún ese primer movimiento.

En todo instante debemos afirmar lo mismo: que esa debe ser la mutación fundamental de todas las que forman una serie eslabonada, como es el Universo. Ahora bien; sobre todas las cosas se pueden hacer dos preguntas: ¿cómo se llaman y cuál es el carácter que constituye su manera de ser? ⁽³⁾.—De lo que llamamos alma, ¿cuál es su carácter fundamental?—Respondemos: pues que ella se puede mover a sí misma.

Siendo esto así, ¿a qué queremos más pruebas de que el alma del mundo es la que primero engendró las cosas y originó los movimientos que fueron, son y serán? ⁽⁴⁾

El alma, pues, es la más antigua de todas las cosas, por cuanto es principio del movimiento. Es anterior al cuerpo, y lo mismo sus acciones ⁽⁵⁾.

El alma que gobierna todas las cosas y se halla en todo lo que se mueve, necesariamente habrá también de gobernar los cielos, aunque se distribuyan ese trabajo unas cuantas almas ⁽⁶⁾. Luego, cuanto hay en el cielo y en la tierra lo gobierna el alma con sus movimien-

(1) *De Leg.*, p. 502, 2.^a, 503, 1.^a

(2) Pongo esto, porque Aristóteles dice que Platón defiende esta proposición: «elementa inordinate movebantur antea quam mundus ortus esset.»—*De Coelo*, l. III, text. 3 (Didot, II-413).

(3) *De Leg.*, p. 503, col. 1.^a

(4) «Quod si ita est an adhuc desideramus sufficientius demonstrari idem esse animam et primam generationem motuum rerum quae sunt, quae fuerunt, quaeque futurae sunt...» p. 503, col. 1.^a fin.

(5) «... sufficientissime monstratum est animam omnibus antiquiorem esse, cum motus principium sit», p. 503, columna 2.^a Por este texto y los anteriores hay que explicar el de Aristóteles: Posterior enim et pariter coelo est anima, ut ait (ὅσπερ οὐρανὸς ἡ ψυχὴ, ὥς φησιν) *Met.*, l. XI, c. VII, text. 8 (Did., II, p. 604).

(6) «*Ath.* Animam cuncta gubernantem et in omnibus quae moventur habitantem nonne et coelum gubernare necessario confitebimur?—*Clinia.* Omnino. *Ath.* Unam an Plures? Plures certe ut ego pro vobis respondeam...», p. 503, col. 2.^a

tos que se llaman querer, considerar, procurar, consultar, opinar con rectitud o sin ella, alegrarse, entristecerse, tener atrevimiento o temor, aborrecer y amar; al recibirse en los cuerpos estos movimientos, aunque no se sepa cómo se verifica esa comunicación ⁽¹⁾, pronto se traducen en aumentos, disminuciones, condensaciones, enrarecimientos, etc., y en otras cualidades que son consecuencia de esos fenómenos, tales como calor y frialdad, gravedad y ligereza, dureza y blandura, negrura y nitidez, amargor y dulzura... ⁽²⁾.

En cada astro hay una alma porque se les pueden aplicar esas razones; y esa alma influye sobre él de estas maneras: o *por dentro* formando con él un animal, como sucede con nuestra alma; o *por fuera*, con el intermedio de otro cuerpo sutil, como de fuego, de aire, etc.; o, finalmente, porque tiene otras fuerzas superiores y admirabilísimas con las que obra. De todos modos ⁽³⁾ tenemos que confesar que el alma es Dios.

De aquí se infiere un politeísmo desconsolador, al parecer.

Los dioses forman, según advierte Cicerón al concluir la exposición platónica, estas tres categorías: A) el mismo mundo—*Sapiens est igitur mundus et propterea Deus*; B) Los astros, por un razonamiento análogo—*tribuenda est sideribus eadem divinitas*; C) Otros genios o divinidades que se distinguían por los beneficios que prestaban a los hombres ⁽⁴⁾.

Para argüir *ad hominem* contra los atenienses que negaban la existencia de los dioses, no tenía Platón que esforzarse más. Mas para que concluya el argumento y demuestre la existencia de un solo Dios, hay que añadirle esta reflexión de Marsilio Ficino. Siendo el Universo *uno* y no pudiendo imprimir unidad a muchas cosas sino *un* solo sér, síguese que el alma suprema del mundo es *única*, y que las otras están contenidas bajo ella; como en el Universo, donde reina tanto orden, a pesar de los mundos innumerables que hay en él, todos se mueven como contenidos en una esfera amplísima que los cobija ⁽⁵⁾. Y así puede decirse con toda verdad que el

(1) Intercalo ese paréntesis por lo que dice después, v. gr.: «*Quam igitur mentis malum naturam habet? Sed ad hanc quaestionem, o amici, prudenter respondere difficile est...*», p. 504, c. 1.^a

(2) «*Universo ergo...*», p. 503, c. 2.^a

(3) P. 504, c. 1.^a: «*Præstat autem... deum esse ipsam omnes arbitremur.*» Ib.

(4) De *natura deorum*, l. II, n. 36-38, 60 y siguientes.—Hace un buen resumen de los argumentos platónicos, aunque siguiendo un camino distinto que el nuestro.

(5) Conclusión: «*Itaque, similiter, multi mundorum quasi angustiorum rectores deinceps dispositi, sub uno amplissimi mundi rectore comprehenduntur.*» (Ob. cit., p. 498.)

mundo es un *animal* dotado de entendimiento, formado por la Providencia divina ⁽¹⁾.

Pasar de ahí a investigar y encontrar al Creador y Padre del mundo, lo cree Platón muy difícil; y dado que se encuentre, imposible de comunicar al vulgo tan hermoso descubrimiento.

Nos daremos cabal idea de todo lo indicado reproduciendo algunas escenas que cuenta Platón en el *Timeo* como sucedidas en el origen del mundo.

Parece que desde toda la eternidad existían tres algos: *Dios*, el autor de todo Bien; la *materia*, el principio del mal y las *ideas arquetipos*, a cuya semejanza se produjo el mundo ⁽²⁾; el tiempo comenzó al hacerse el cielo ⁽³⁾. Y ¿cómo fué eso? Pues fué así:

—Habiendo escogido el *demiurgo*, Dios supremo creador y gobernador de todo ⁽⁴⁾, el ejemplar eterno que había de imitar, empezó a formar el alma universal, que orientaría y unificaría los movimientos desordenados del caos que andaba desde la eternidad en confusos remolinos. Mezcló Dios la substancia indivisible, y que siempre es, con la substancia corporal, divisible y transitoria. Del todo tomó una parte; después otra doble de la primera; después una tercera, vez y media mayor que la segunda y tres veces mayor que la primera; después una cuarta, doble de la segunda; y una quinta, triple de la tercera; y una sexta ocho veces mayor que la primera, y una octava veintiséis veces mayor, también, que la primera ⁽⁵⁾.

Llenó después los intervalos o huecos-*διαστήματα*-de uno más un tercio con otros de uno más un octavo de su dimensión respectiva,

(1) Quocirca sicut ratio nobis haec probabilius persuadet, dicendum est hunc mundum animal esse idque intelligens, revera divina providentia constitutum...» (p. 406), «... τονδε τόν κόσμον ἔθων ἔμψυχον ἔννοον...», etc.

(2) Cf. PLUT. *De placitis philos.*, l. 1, c. II.—P. ZEPHERINO, *ob. cit.*, t. 1, p. 244.—PLATÓN, *De Legibus*, p. 503, col. 2.^a; *Timoeus*, p. 405, etc.

(3) «Ipsum (temporem) enim simul cum coelo genitum esse asserit (Plato): ἀπαρ μὲν γάρ αὐτόν τῃ οὐρανῷ γεγονέναι, τὸν δ' οὐρανὸν γεγονέναι φησιν. Arist., l. VIII, c. 1, t. 10.

(4) Cf. *Dieu d'après Platon*, por PIAT (*Revue Nev.-Scol.*, t. 12, p. 194).

(5) Creo que no es fácil comprender el significado de este logogrifo, aun con el esquema de Manilio Ficino. Se ve que la preocupación de Pitágoras sobre los números renació en el alma de Platón. Es curioso que la graduación entre esas partes del alma corresponde a las series divergentes

$$S = 1 + 2^1 + 2^2 + \dots + 2^n + \dots$$

$$S' = 1 + 3^1 + 3^2 + \dots + 3^n + \dots$$

cuya suma total, en ambos casos constituiría un infinitamente grande. Claro que este no pasa de una curiosidad que se me ocurre.

famosa arenga, cuyo principio es: «¡Oh dioses de dioses, cuyo criador y padre soy Yo mismo!...» ⁽²⁾, en la cual les exhorta a formar almas inferiores en el mismo molde que le había servido a Él para formar el alma universal. Y volvieron las mezclas y las proporciones armónicas y, hechas las almas, vinieron a informar los animales y plantas y cuanto en los mundos se mueve; pero antes de enviarlas les enseñó todo el Universo como un panorama y les dictó las leyes inflexibles que habían de cumplir (*ac leges fatales edixit*) ⁽¹⁾. Y cumpliéndolas, hacen ellas felices a los cuerpos y a sí mismas y al Dios Universo.

Así se hizo esta imagen sensible del Dios inteligible, el gran Universo, indefinido, hermosísimo, perfectísimo, este cielo único y unigénito ⁽²⁾.

Dios y la idea de bien.

Sería tarea interminable seguir entresacando y describiendo las escenas sublimes que Platón nos pinta en sus diálogos hablando del origen de los mundos.

Unas veces simbólicamente, otras por medio de charadas y siempre con su fantasía genial, aprovecha las cosmogonías orientales, sobredora y pulimenta sus leyendas, engarzándolas en raciocinios que su razón se formaba, mientras miraban sus ojos el cielo pintado con estrellas. Pero no debemos prolongar más estas consideraciones, sino pasar a otras que las completan.

Muchos han creído que en el pensamiento de Platón la idea de Dios se confundía con la idea del Bien, sol hermoso que alumbra en el cielo invisible del amor como el otro sol nos alumbra en pleno mediodía cuando no hay nubes ni eclipses ⁽³⁾.

Esta apreciación no es exacta y conviene que la rectifiquemos. Además de no decir nunca Platón palabras que autoricen esta interpretación, está más en armonía con su pensamiento general suponer que Dios es esa fuerza oculta y altísima que, movida indefectiblemente por la idea del Bien, ha criado la Naturaleza o, al menos,

(1) *Tím.*, p. 408. Esta última exposición está fielmente tomada del *Timeo*, el famoso diálogo, tan plagado de mitos, como confiesan todos los críticos.

(2) Así termina el hermoso *Diálogo*, p. 422.—Texto griego, p. 406, t. IV, 92, B.

(3) Cf. ZELLER, *La filosofía de los griegos* (*Die philosophie der griechen*, Leipzig, 1889), t. II, p. 712. — P. ZEPHERINO, *Ob cit.*, p. 235, d. — Cf. PLATÓN, *Repúb.* (VII, circ. finem.)

ha ordenado la confusión caótica en que se agitaba desde la eternidad. Y habiéndola hermoseedo, le conserva a través de los siglos su existencia inmortal ⁽¹⁾. Platón ha formado, como sabemos, una escuela pujantísima aun dentro del cristianismo. Pero en esto de la existencia de Dios, si bien ha conservado la primacía como expositor de la prueba de la perfección relativa de los seres, de su belleza finita escalonada, que reclaman un prototipo de toda perfección y hermosura (Dios), no ha conservado esa primacía en la prueba del movimiento. Aquí no ha pasado de ser un afluyente de Aristóteles, cuyas aguas tranquilas, como de río profundo y caudaloso, han ido fertilizando las inteligencias posteriores.

(Continuará.)

FR. LUIS URBANO, O. P.

Valencia, enero de 1917.

(1) Cf. PIAT, l. cit.; ID. PLATÓN (*Coll. des grands Philos.*) ch. V. — BARRE (A.), *Los grandes filósofos: Platón* (trad. Docteur), Paris, Michaud. — J. BURNET, *Greek Philosophy*, book III: *Plato; en especial*, § 255, *God and Good*.



BOLETIN DE CUESTIONES SOCIALES

El problema agrario

En medio de esta gran calamidad de la guerra europea, de la que, por fortuna, parece que nos vamos librando, gracias a Dios y al buen sentido del pueblo español, así como a la energía de algunos de sus hombres públicos, es grato consignar el resurgimiento de todas las dormidas energías nacionales hacia una vida más intensa, más propia, más positiva, que se ve alborar por todas partes.

Si algunos problemas de la vida social se han agudizado, si aún sigue en pie la crisis de las subsistencias y la carestía de la vida y el paro forzoso de algunas industrias, y es muchedumbre la de *los sin trabajo*, también es cierto que se han creado algunas nuevas industrias, que otras han adquirido notable desarrollo, que ha aumentado la exportación, que en algunas regiones entran verdaderos ríos de oro y que la *migración* y *emigración*, inevitables, se van normalizando. Tronchados y desvanecidos muchos idealismos, a que tan propensos somos los españoles, por el vendaval de inesperados cataclismos, nunca hemos visto al Parlamento y a la opinión tan interesados en el estudio y discusión de los áridos proyectos económicos, en que las cifras y los cálculos juegan más que las frases de relumbrón e importan más que las quisicosas de partido y los duelos a muerte entre los jefes de grupos, o las llamadas patéticas a los defensores de la *libertad* y de los *derechos inaguantables*. En la Prensa diaria, responsable de tantos pecados sociales y entregada de ordinario a la frivolidad, a las mezquinas exigencias de la banderfa política, a las narraciones de crímenes truculentos y a los comentarios escandalosos, se nota ya la presencia de gente nueva, de propio pensar y sentir, más atenta a escuchar las palpitaciones de la vida nacional y a percibir sus problemas, que a seguir las indicaciones caprichosas de un político o de un empresario periodístico, o a reproducir lo que se escribe y perora allende los Pirineos. Al lado de los redactores militares que impone la guerra, aparecen, como exigencia del día, los redactores financieros y sociales, y a fe que algunos lo hacen divinamente, creando entre nosotros un género de literatura hasta ahora poco cultivado, y que, bien dirigido, puede ser de mucho provecho.

En grandes obras de carácter económico social no ha sido fecunda la temporada. La agitación en que se vive, la especie de *interinidad* en que están los problemas de índole social, mientras Europa no retorne a la normalidad, impiden esa labor libresca, en la que cada cual desea decir algo permanente.

Vamos a detenernos, en primer término, en un libro de los más importantes que tenemos a la vista, y que con algunos otros, hace algún tiempo esperaban la reseña: *El problema agrario en España*, por el VIZCONDE DE EZA⁽¹⁾.

El Vizconde de Eza no es un desconocido, ni mucho menos; pertenece a la escuela de los católicos sociales y ha dado a la estampa trabajos notables, distinguiéndose en todos ellos, en las Cortes, en los congresos o asambleas de carácter social y en otra multitud de iniciativas, como especialista en materias agrícolas y ganaderas. El tema tampoco es una novedad entre nosotros desde que, sin ir más lejos, el gran Jovellanos redactó su hermoso *Informe sobre la ley Agraria*, hace poco más de un siglo; pero es verdaderamente inagotable y será poco todo cuanto se escriba sobre esta base de la riqueza y de la vida nacional para orientar a la opinión y estimularla a la industrialización cada vez más intensa de la tierra.

En 1887 escribía D. Joaquín Sánchez de Toca, en su notable libro *La Crisis Agraria Europea y sus Remedios en España*: «Ayer no tenía nuestro labrador otros competidores que los de su inmediata vecindad y los de la Europa oriental, que no le infundían grandes recelos. Hoy se ve amenazado, de pronto, por la producción del mundo entero. América, la Australia y las Indias orientales, que sobre tierras fecundísimas y sin valor, con gastos insignificantes de cultivo, recogen espléndidas cosechas, mediante la cuarta parte del coste de producción que grava a la agricultura europea, y nos las envían con fletes cada día más módicos, nos han colocado en tal condición de inferioridad, que nuestros agricultores tienen que declararse vencidos, reconociendo que en tierra europea trae más cuenta sembrar sal que cultivar granos» (pág. 16). Y es que, como dice más adelante (pág. 21): «en las competencias de la vida económica, los fines que instintivamente arrastran a toda nación, consisten: en bastarse primero a sí misma y sustraerse en lo posible a la imposición de los demás; en dominar luego a sus rivales en los mercados que los economistas llaman neutrales, y en imponer, por último, su superioridad en el propio mercado natural de sus contrarios». ¡Cuánto tiene que ver la actual guerra europea con el contenido de las anteriores palabras!

Pero no solamente sufre la moderna Agricultura las consecuencias de la competencia extranjera al llevar a otros países menos prósperos lo que, tal vez, se escatima y usurpa a los propios braceros y pequeños agricultores, sino que éstos, en casi todos los países, y formando la mayoría de la clase agrícola, se encuentran en una situación tristísima, no apreciada lo suficiente para evitar sus repercusiones en toda la economía nacional y en el mismo desarrollo de la Agricultura. La población campesina, desparramada de ordinario y clavada al terreno y a la vida de familia, ocupada en faenas continuas y sanas, aunque pesadas, no puede nunca, a no ser en casos rarísimos, presentar un espectáculo visual de miserias y rebeldías tan impresionante y terrible como la población fabril, sin arraigo, acumulada en los grandes centros urbanos y tocada de todos los vicios inherentes a todas las aglomeraciones humanas. Aquí, el trabajo y los rendimientos no son tan permanentes y seguros como en la agricultura (aunque el numerario abunde más en algunos ca-

(1) *El problema agrario en España*, por el VIZCONDE DE EZA, Diputado a Cortes. Madrid, 1915.—En 4.º, 303 págs.

sos), razón por la cual las muchedumbres obreras de la industria pueden verse en un estado tal de miseria, de desmoralización y perversión, y, al mismo tiempo, tan propensas a las rebeliones y al conflicto, como difícilmente puede ocurrir a los campesinos. Estos siempre tienen algo que perder y algo seguro que ganar; pero eso mismo, que es un bien relativo imponderable, les obliga a ser eternas y prolongadas víctimas de explotaciones más sutiles por parte de los más hábiles, de los callados traficantes de las miserias humanas, que también se ocultan por los campos y reciben el nombre genérico de *usureros*. El dinero no abunda entre los labradores, porque no produce en la agricultura tan rápidamente como en el comercio y la industria, en donde de ordinario se acumula. Sin embargo, el labrador necesita, no pocas veces, hacer desembolsos, mayores o menores, para reparar los daños de una tormenta o de una plaga o de una mala cosecha, para pagar deudas contraídas que le oprimen, para mejorar sus tierras exhaustas o medio agotadas, o comprar una parcela más, que le conviene según sus cálculos.

El agricultor acude al préstamo, y los prestamistas, sean particulares o empresas bancarias, exigen un tanto por ciento elevado, con hipoteca... Los rendimientos de la agricultura, aunque seguros, son lentos; los años de sequías, de plagas o inundaciones o pestes en los ganados se suceden; el capital prestado y aplicado a la tierra no produce todos los resultados apetecidos, al menos por de pronto, y, vencidos los plazos fijos e inexorables de los préstamos, los prestatarios caen en las garras de los prestamistas, para siempre...

Esta es, en substancia, la cuestión agraria, no sólo en España, sino en todos los Estados de Europa y América, por ricos y prósperos que aparezcan.

Y con ser la Agricultura la base primordial de la vida económica de los pueblos, por suministrar los elementos directos de nuestra alimentación y las primeras materias de tantas industrias, y gravitar sobre ella el mayor peso de los impuestos, tal vez sea la función social, política y técnica más abandonada hasta el presente, acaso porque la población campesina, esquilada, sujeta a tantas pesadumbres fiscales y obligada a sostener a su costa los lujos, prodigalidades y derroches de los grandes terratenientes, empieza a sentirse impaciente y revolucionaria como la fabril.

El Vizconde de Eza divide su obra en tres partes: *Fisonomía agraria de España*.—*Supuestos del problema a dilucidar*;—*Reformas legislativas y sociales propulsoras del adelanto agrario*;—*La Acción social*; *Apéndices*.

Por substancioso, merece reproducirse el párrafo en que el gran maestro define el problema: «Entiendo por problema agrario la determinación de las circunstancias agronómicas que concurren en nuestro territorio, así como de los elementos indispensables para la conveniente utilización productora de aquéllas mediante la coordinación de los segundos en sus tres órdenes de mejora técnica, de interdependencia social y de norma jurídica que los someta y adapte a la estructura orgánica que responde al cometido de rendimiento máximo de las energías económicas y educadoras.

»El término *circunstancias agronómicas* quiere decir que nos encontramos entre un problema de reconstitución de un territorio que hemos asolado con nuestra devastadora codicia e ignorancia, y que hay que rehacer por la ordenada aplicación de la ciencia agrícola y forestal. La extensión del vocablo *elementos indispensables* significa que, a la vez que la mejora cultural, hay que

despertar en el labrador el ser de relación mediante la creación del sentido social, que le capacite para instruirse y le asigne el cometido que le corresponda dentro de un engranaje que para educar al individuo exige la entrea-yuda, la reciprocidad y la compenetración colectiva de los esfuerzos personales, dando nacimiento a una nueva esfera de acción jurídica por el destino benéfico encomendado a la propiedad privada, que la convierta en útil o herramienta del trabajo y en el taller del capital de explotación, y por el genuino carácter que se reconozca a la contratación como coadyuvante a la modernización del cultivo y a su conversión hacia la vida de intercambio prolífico y comercializador. Quiero indicar con lo expuesto que no cabe solución al problema sin restaurar la fertilidad de una tierra hoy estéril, sin poner sobre ella un hombre que la utilice, en vez del ente débil que hasta ahora la esquilmara y sin elaborar para uno y otra el marco de acción y las instituciones de derecho que, al capacitar al instrumento tierra y a la inteligencia que ha de emplearlo para una productibilidad creadora, les faciliten su tarea por el debido emplazamiento de la misma a sitio, ocasión y condiciones de fomento congéneres a las de índole material.»

La estructura agrícola de España (cap. I.), hermosa y concienzudamente descrita por el Sr. Vizconde de Eza, ofrece aspecto verdaderamente desconsolador, pero no hasta el punto de cerrar el horizonte a toda esperanza de vigorosa y pujante restauración.

Tomándolas de la *Reseña Geográfica y Estadística de España* (1912), cita estas exactísimas palabras: «Sólo muy contadas y pequeñas zonas presentan un aspecto fértil, que puede hacernos creer que España es país rico por su agricultura. Ciertamente, hay zonas que son verdaderos vergeles; pero el resto del país es hoy (seguramente no lo ha sido antes) muy pobre. Es completamente seco; no tiene casi vegetación; la población que en él vive es muy escasa. Los ríos pasan por comarcas abrasadas, que no fertilizan, pero arrasan con sus inundaciones. Días enteros puede marcharse por nuestros campos sin tropezar con ser viviente ni oír el canto de un pájaro.

»Los bosques, que en edades pasadas cubrieron las cimas de nuestras sierras han sido completamente arrasados, y los mezquinos montes que quedan desaparecerán dentro de muy pocos años, si no cesa pronto el odio encarnizado que tienen al árbol todos los campesinos españoles, y si las clases directoras no cuidan de poner remedio a este mal... Estas zonas desiertas son debidas unas veces a condiciones naturales del suelo, que nadie procura mejorar, y más frecuentemente a la despoblación de nuestros montes. En España hay terrenos que por su situación, por su sequedad y por la composición de su suelo son naturalmente áridos, aunque susceptibles de mejora y de ser aprovechados después para el cultivo.»

Concretando: de los cincuenta millones y medio de hectáreas que tiene, aproximadamente, la superficie total de España, sólo se dedican a la agricultura, propiamente dicha, 20.628.000 hectáreas; 24.056.000 son prados naturales (700.000 hectáreas), baldíos o eriales y montes, y quedan de terreno improductivo totalmente para la agricultura nada menos que 5.837.000 hectáreas. Pero no es esto solo: la productividad media de este terreno, ya en productos agrícolas o pecuarios, es sumamente exigua. En cuanto a lo primero, se calcula que el 31 por 100 del terreno dedicado al cultivo da un rendimiento bruto de

cinco hectolitros de grano por hectárea y año; y en cuanto a lo segundo, se calcula que el 41 por 100 del suelo español da un rendimiento anual equivalente al valor del pasto necesario para la alimentación de una oveja o poco más en cada hectárea.

Para hacer resaltar más y más la triste situación de nuestra agricultura, el señor Vizconde de Eza nos ofrece un cuadro bastante acabado, confortante y estimulador de la agricultura italiana, tan similar de la nuestra, pero mucho más adelantada y rica por el trabajo y las reformas.

La estructura social de la propiedad agraria (cap. II) es otro dato no menos importante que hay que tener en cuenta para la solución del problema. Tanto o más que la sequedad y aspereza de la tierra pueden oponerse al desarrollo e incremento de la agricultura los errores, las preocupaciones y las leyes o costumbres no adaptadas a la realidad y a las exigencias de la época. Ya D. Gaspar Melchor de Jovellanos hablaba, en su inapreciable *Informe sobre la ley agraria*, de los «estorbos morales o derivados de la opinión» que se oponían al progreso de la agricultura. El señor Vizconde de Eza justifica una vez más la necesidad que hay de seguir batallando, de seguir escribiendo desde todos los puntos de vista, aun los más abstractos, y para cuestiones tan concretas como éstas, para ver de limpiar y fertilizar tantos cerebros que, sin pensar o encomendando a otros su pensamiento, paralizan toda acción en estos menesteres en nombre de ideas y principios los más abstractos y peregrinos. Calificando de *socialismo* o *socialista* toda innovación o todo intento de reforma, ya está todo arreglado y ya no hay que pensar ni obrar, más que seguir a todo trance por el camino trillado, que es el más seguro, y así siempre. ¡Qué polvareda tan grande se levantó entre nosotros cuando Canalejas habló en el Parlamento contra los *latifundios*, y, no obstante, la frase lapidaria de Plinio, *Latifundia perdidere Italiam, jam vero et provincias...*, flota en el ambiente, transportada de edad en edad por el genio del agro como un sabio requerimiento o una terrible amenaza!

El señor Vizconde de Eza, rico propietario y agricultor, no vacila en acometer el indiscutible, el intangible problema de la propiedad. Combate con la misma razonada energía el *latifundio* y el *minimifundio*. «¡Cuántas hermosas tierras de fondo y de substancia, dice (pág. 28), estarán dedicadas no más que a recibir la cabaña del lugar durante el invierno y fin de verano, con un breve acotamiento en primavera para proporcionar un corte de hierba, sin que a nadie se le ocurra sanearlas para limpiarlas de juncos y plantas dañosas, cuanto menos roturarlas para fortalecer el pasto envejecido y debilitado!» «Examinemos, agrega, la propiedad pequeña, fraccionada hasta la pulverización: el *minimifundio*, según expresión feliz. Su primera exigencia es la de la concentración parcelaria. Sin ésta no es posible pretender progreso alguno. El dilema es fatal: o se constituye la propiedad media y pequeña agrupada en cotos acaserados, o, cuando menos, en corto número de parcelas, cada una de capacidad suficiente para permitir utilizar la maquinaria moderna y obtener las ventajas que le son inherentes, a la par que las de fácil acceso y de independencia en las alternativas, que las convierta en anuales y ponderadas, conforme a sistema racional, o la lealtad impone la declaración a voz en cuello de que engaña a sabiendas al país quien le inste a ensayar método alguno sin demandar previamente la constitución del apropia-

do taller o fábrica que la industria agrícola, al igual que cualquiera otra, reclama.» «Yo reduzo, dice más adelante (pág. 30), el problema agrario a los siguientes escuetos términos: doblar la producción agrícola y la población de España. Pues bien; es pie forzado de tan colosal empresa *la subdivisión* (subrayamos nosotros, *de la propiedad exageradamente unificada*. Y como en materias de tanta monta la claridad proporciona la mitad de la solución, diré lo que para mí constituye esa exageración, sin reparar en el dictado de ardid que pueda aplicárseme, bien convencido de que el atrevimiento va siendo lo contrario, o sea, vivir sin enterarse de que cada día engendra un problema que tiende a resolverse, bien contando con los que debieran dirigir la sociedad, bien sin su concurso, bien contra ellos.»

No puede uno disimular el placer espiritual que se experimenta desflorando pensamientos tan atinados y propulsores de energías adormiladas por el arrullo de los siglos. He aquí cómo germina en el señor Vizconde de Eza la idea de la *propiedad social*: «Tiempo llevo, dice (pág. 31), acariciando la idea de estudiar detenidamente lo que podríamos llamar *función social de la propiedad privada*, con cuya enunciación doy a entender que, sin el señorío del hombre sobre la tierra, ésta pasará de fecunda a estéril, siendo «irreparable la propiedad de la naturaleza humana»; pero que tan explícita proclamación lleva aparejada como su correlativa la de que aquel dominio individual tanto más se legitima cuanto mayor utilidad social reporta a la colectividad que condiciona su ejercicio, por haber en la propiedad un elemento social al lado del elemento individual.» Y dice terminantemente que se deduce «del análisis puramente económico del problema agrario el corolario de *la subdivisión territorial*, como diseño o planta obligada de la nueva figura que han de formar en su arranque básico las pilastras del edificio social restaurado, conviene a saber: la unidad del cultivo, la instalación de la familia y la permanencia del vínculo rural».

En el vasto plan financiero del actual ministro de Hacienda, Sr. Alba, hay algo tendente a estos propósitos, desde el punto de vista de la tributación. En la exposición de motivos del *Proyecto de ley modificando varios tributos*⁽¹⁾ se leen estas palabras: «Las demás reformas que se proponen, respecto de la contribución territorial, se reducen a establecer un pequeño recargo sobre las fincas que, siendo susceptibles de un mejor cultivo, están destinadas a pasto de reses bravas, hecho muy generalizado en nuestro país, con evidente perjuicio para el desarrollo de la agricultura nacional y con especial lucro para sus propietarios.» Y es lamentable que un diario católico de esta corte ponga paño al púlpito para defender el sagrado derecho de propiedad y combatir estas reformas económicas del Ministro (equivocadas o censurables algunas de ellas desde otros puntos de vista) con textos de la Sagrada Escritura, de teólogos y de nuestros bellos escritores clásicos o tradicionalistas.

El Sr. Vizconde de Eza, de cuya ortodoxia nadie dudará, piensa muy de otra manera y piensa bien: nada menos que rememora el plan de Romero del Alamo, quien proponía que el Estado debía comprar por su cuenta las tierras sobrantes a cada propietario, si con sus fuerzas y facultades no podía labrarlas,

(1) *Diario de las Sesiones de Cortes*, apéndice 4.º al núm. 55, pág. 2.

y darlas después a otros que las cultivasen en calidad de colonos de la Corona, y nos habla de la «rectificación a aportar sobre la carta posesoria de España. En cuanto al justo título con que haya de acometerse, dice, bastará con aducir el ejemplo de todos los pueblos modernos, que no inserto en retahíla enojosa, pero que constituirían en todo instante, por su comparación con España, la materia primera de la investigación que nos conduzca a asignar al dominio individual su deber social, derivándose de la acción emprendida en Rusia por el reparto del *mir*, en Alemania por la constitución del *Rettengüter*, en Irlanda por la supresión del *landlordismo*, en Inglaterra por la erección de la propiedad familiar propietaria, *small holding*, y en todas las demás naciones por la legislación iniciadora del fomento de la clase rústica, que política eminentemente progresiva y sostenedora de los sanos principios de orden y de estabilidad aquella enderezada a arraigar en la tierra a quien la vivifica con su trabajo.»

Decíamos antes que si el espectáculo que ofrece actualmente nuestra agricultura es bastante desconsolador, no lo era hasta el punto de ver como un imposible su potente resurgimiento. Esto lo abona el Sr. Vizconde de Eza al hablar del *aumento posible de la riqueza agrícola* (cap. III), uno de los más interesantes y enjundiosos de todo el libro. El valor del capital agrario español se calcula en unos *cuarenta mil millones* de pesetas (se da por descontado que hay mucha riqueza oculta o no catastrada), y su renta o producción anual, en *cuatro mil millones* de pesetas. Partiendo de la base indis-utible, o postulado, de que el principal factor de nuestro progreso agrícola es el *riego*, y teniendo en cuenta los estudios y conclusiones matemáticas de nuestros ingenieros y técnicos agrícolas, se llega a la afirmación de que es posible alcanzar la cifra de 2.500.000 hectáreas de regadío, con un aumento de renta de *mil doscientos millones* de pesetas. El Sr. Vizconde de Eza cita varios casos de parcelas propias, cuyo cultivo ha sido dirigido por él mismo, con esas enormes ventajas proporcionales.

Así como del terreno susceptible de riego, afirma y prueba nuestro autor los mayores beneficios que pueden obtenerse del secano y del monte sabiamente atendidos, es decir, aplicando la maquinaria, los abonos químicos y la científica adaptación de las siembras, respecto al secano, y con nuevas plantaciones en los baldíos y eriales, incapaces de ser roturados para el cultivo, respecto a la riqueza forestal.

Añádase a esto la cuantía de brazos que exigiría esta industrialización de nuestro suelo, con lo que se contribuiría notablemente a la resolución o alivio de la *cuestión social*, descongestionando las grandes ciudades, en donde el obrero, parado forzosa mente gran parte del año, se consume física y moralmente, si es que no emigra a extrañas tierras. Por eso concluye el Sr. Vizconde de Eza la primera parte de su obra con estas palabras (pág. 55): «Yo quería convencerme de una de dos cosas: o de que aquí no hay más solución que la de emigrar el pobre a América en busca de un jornal, y el rico a la nación europea que mejor oferta le haga para sus capitales, o de que en España hay medio de que todo rinda algún provecho, por ser susceptible de utilización. Y la experiencia adquirida me obliga a pronunciarme por la respuesta favorable a una continuidad de acción fructífera en esas Castillas sobre las bases que indicadas quedan...»

En cuanto a las *reformas legislativas y sociales propulsoras del adelanto agrario* (Parte segunda), dice el Sr. Vizconde de Eza (pág. 62) que «los ferrocarriles y carreteras, los puertos y demás medios de comunicación marítima, terrestre y fluvial son, por naturaleza, dependientes de la órbita oficial», así como «la constitución o el mantenimiento de un patrimonio forestal» y las «obras hidráulicas».

Sabido es que, desde hace mucho tiempo, existe el proyecto de construir una extensa red de ferrocarriles complementarios y secundarios o estratégicos. El autor estudia el proyecto de ley pendiente de aprobación en las Cortes, y, huyendo de la crítica meramente negativa que se suele hacer infructuosamente en el Parlamento, señala los defectos, y con observaciones juiciosas y ejemplos, como el del ferrocarril de Tánger a Fez en la sección española (página 72), trata de subsanarlos.

Para las obras hidráulicas, afirma el Sr. Vizconde de Eza la necesidad de la creación de una *Dirección General de Hidráulica Agrícola*, remedio que parecerá muy extraño a los que ven un mal gravísimo en la multiplicación de las funciones del Estado, y, por lo tanto, de los *empleados*. En un país como el nuestro, de tan poca iniciativa particular y de tan poco espíritu colectivo, se hace imprescindible la acción propulsora y tutelar de los Gobiernos, con todos sus defectos. Los grandes capitales que se necesitan para apoderarse del caudal agua en toda la Península, dominarlo y distribuirlo convenientemente, y que (ya está probado fragmentariamente centenares de veces) nuestro primer Banco de España no facilita, al parecer, por la naturaleza de sus Estatutos, reclaman el empréstito (500 a 700 millones), y la respectiva emisión de Deuda del Estado (pág. 80). El Sr. Vizconde de Eza, remitiéndose a la labor paciente que van desarrollando muchos de nuestros ingenieros agrónomos, cita varias cifras de estos posibles aprovechamientos de aguas (página 76).

Insiste de nuevo en la *concentración parcelaria* y la *subdivisión de la propiedad* (capítulos VI y VII), definiendo la primera con Bruno Schlitte, «la reunión de las parcelas entremezcladas de todo o parte de un término municipal en una o varias masas tan extensas como sea posible, atribuyendo a cada interesado la parte proporcional que le corresponda, después de medidas y valoradas, con deducción de la porción necesaria para obras de utilidad común, debiendo cada propietario recibir piezas de tierras colocadas en las condiciones más favorables para el cultivo desde el punto de vista de la configuración, del acceso y del desagüe, liberadas de servidumbres, y de parcelas que poseyera anteriormente» (pág. 84).

A este propósito, cita el Sr. Vizconde de Eza un proyecto de ley redactado por él mismo, en 1907, por comisión del Sr. González Besada, y en el que se afrontaba el problema de la concentración hasta el punto de, una vez ensayada, hacerla obligatoria (pág. 87). La concentración parcelaria viene a resolver las dificultades que pudiera traer consigo la *subdivisión de la propiedad agraria* (defendida calurosamente por el autor), sin caer en el comunismo. Es más, creo que por este camino se puede llegar al hallazgo de la fórmula definitiva de la propiedad que resuelva la antinomia existente entre el *Individualismo* y el *Colectivismo*; por eso espero con verdadera ansiedad el libro que promete el Sr. Vizconde de Eza en este capítulo (pág. 91) acerca de la propiedad indi-

vidual, su origen, su fundamento filosófico, sus formas históricas, sus modalidades positivas, su utilidad privada y social, su función de progreso y de sujeción al bienestar público, etc, etc. Por de pronto, afirma (pág. 97), haciéndose eco de respetabilísimas opiniones nacionales y extranjeras, que «no es de hoy, aun cuando adquiriera cada día mayor incremento, la opinión favorable al establecimiento de una clase rural numerosa que se apoye en la *posesión y el disfrute de la propiedad rústica suficiente a alimentar a una familia campesina*».

Y la causa de que se conceda tamaña influencia en el orden y en el progreso social a la existencia de la pequeña propiedad, ampliamente diseminada, radica en las enseñanzas que la ciencia social nos da hoy, consistentes en el convencimiento universal de que todas las iniquas y rencores contra la propiedad se engendran únicamente en el deseo del hombre de ser propietario, protestando cuando no lo es y queriendo que deje de serlo aquel que de tal beneficio goza, por entender que esa igualdad niveladora podrá beneficiarle en alguna medida, si bien no alcance más allá, y no pueda, por tanto, darse cuenta (sin que nadie que honradamente escriba pueda hoy anticipárselo) de cuál podría ser el régimen nuevo que sustituyera al de las iniciativas individuales puestas en tensión por el interés personal, que las agujonea y es causa de las maravillas que en todos los órdenes de la vida presenciarnos, y de las que, en mayor o menor escala, nadie deja de aprovecharse por la repercusión de todo progreso y de cualquier adelanto.»

La ley de Colonización interior de 30 de agosto de 1907, con las modificaciones pendientes de aprobación en las Cortes, cree el Sr. Vizconde de Eza que responde bien a este propósito, abonándolo los tres ejemplos de colonización interior que hay en tramitación (pág. 100). También aboga el autor por *reformas en el régimen contractual y en el sucesorio* (cap. VIII), mostrándose «opuesto a la continuación de tanto sistema de arriendo, y ninguno inspirado en la consideración del mismo como una industria basada en la cooperación del propietario y del colono, rentero o arrendatario, que todos estos nombres tiene, según el grado de emancipación en que la región se encuentre de las tradiciones señoriales, que lentamente van apagándose...» (pág. 104), y afirmando partidario (ponencia del noveno Congreso de la Federación Agrícola de Castilla la Vieja, 1913) «de los contratos vitalicios o temporales, pero de duración mínima de veinte años; de la extensión a las plagas del campo, grano y sequí, del carácter de causas de condonación o rebaja de renta de que habla el artículo 1.575; y del nombramiento de Tribunales arbitrales locales para fijar el máximo de renta que puede pagar cada uno de los predios rurales, según el valor de éstos, cuando se verifique el arriendo, reservándosele a aquél la aprobación, para su validez, de los contratos que se estipulan, y la resolución de los casos de desahucio y los de indemnización de rentas a los colonos por pérdida parcial o total de cosechas», y, por último, «la indemnización al colono por parte del propietario, al finalizar el arriendo, del aumento de valor adquirido por la finca merced a mejoras hechas por aquél en la misma.»

«Alguien tildará, agrega, de radicales esas conclusiones. Yo las estimo justas ante la equidad y posibles en la práctica de la vida cultural.»

Por último, dice (pág. 108): «Personalmente, comparto la opinión de los que

quieren asentar sobre bases distintas de las actuales las de derecho privado en que el cultivo y la posesión yacen melancólicamente...»

Al menos avisado se le ocurrirá cómo las tendencias de los tratadistas de cuestiones agrarias corren paralelas a las que siguen los que se preocupan del problema obrero en el terreno propiamente industrial. De ello debemos felicitarlos, porque, al menos entre nosotros, «la primogenitura del arte agrícola» es incuestionable, y es un bien que la iniciativa de las reformas agrarias parta de las derechas y no de las izquierdas revolucionarias.

«Mi criterio, dice a propósito de la *política arancelaria* (cap. IX), es firme; se integra de dos proposiciones, a saber: el desarrollo de la agricultura es capital; nación que no se baste a sí propia en tres o cuatro artículos de consumo, albergará siempre dentro de su cuerpo un germen de debilidad, que, en el momento menos esperado, la acarreará alguna crisis vital. Además, nosotros hemos de recordar que, por naturaleza, por condición, por estructura físico-orgánica, deberemos capacitarnos como nación esencialmente agrícola, a menos de no ser nunca nada. De suerte que sobre el fomento de la producción agraria ha de fundarse todo en España. A la vez, y de igual modo, proclamamos que el progreso radica en la transformación de las primeras materias que el suelo y el subsuelo proporcionan, siendo suicida reducir la aspiración nacional a que otros se enriquezcan con lo que de nuestras entrañas extraen. Nación sin agricultura, puede morir; sin industria, no conseguirá el perfeccionamiento ni el adelanto que a la civilización dan nombre» (pág. 115).

Iguales indicaciones hace con respecto a la *minería*, a la exportación de *mineral en bruto* y a las industrias textiles de Cataluña. Las reformas arancelarias con tendencia a suprimir o evitar nuestra subordinación económica al Extranjero, preludio de la total sumisión, ante la cual se exaltaría el menos patriota, no han de implicar el cierre absoluto de las fronteras, porque necesitamos forzosamente importar y exportar muchos artículos, y las relaciones económicas entre los pueblos están también sujetas a la fórmula del *do ut des*. La cuestión está toda en saber y *querer* extraer o producir todo cuanto hay en nuestro territorio y necesitamos para el consumo, dejando para la *importación*, a cambio de lo que nos sobre, lo que absolutamente necesitamos y no podemos producir. Así, por ejemplo, es vergonzoso pensar que pagamos al Extranjero «64 millones de francos por el carbón que nos vende, 11 millones por el cok que nos envían, 1.400 millones de pesetas por los dos millones de toneladas de objetos manufacturados que nuestra pereza y negligencia nos obligan a comprarle; del mismo modo que, respecto a la agricultura, «...importamos 1.610.000 quintales de trigo (promedio normal), que nos cuestan 34 millones; dos millones de quintales de maíz y otros cereales, que suman, en junto, 29 millones, etc.» (pág. 119), siendo así que «existen más de 24.000 minas paradas», y «en la metalurgia, de *nueve millones* de toneladas de mineral de hierro que ahora se producen, sólo se benefician en el país 800.000, exportándose el resto a otras naciones» (pág. 116).

Con gran juicio, señala el Sr. Vizeconde de Eza uno de los defectos más perniciosos en que incurrían con frecuencia los productores españoles: «La industria, dice (pág. 121), ambiciona en alguno de sus tallos expansionarse en el exterior, saliendo a la palestra de la competencia mundial *confiada* en el margen de defensa de la venta interior y en ciertos auxilios que responden al

nombre de admisiones temporales, bonos o primas de exportación y demás sutilezas del interés despierto. De suerte que industrias que no pueden luchar libremente en el mercado de España con sus similares del exterior, pretenden lanzarse a la pelea con *tramas y ficciones*, que no encubren, bajo nombres distintos, otra cosa que ayuda pecuniaria del Estado», resultando «que de aquí sólo se obtiene *carestía dentro* y *baratura fuera*, o sea *lucro particular*, mas no *utilidad general*, y, sobre todo, creaciones artificiosas que se quiebran por lo endeble y cenceñas, arrastrando a los pueblos, en su derrumbamiento, a catástrofes de las que se reponen tarde o nunca» (pág. 122).

¡Cuánto de esto está ocurriendo ahora con motivo de la guerra! Gracias que la nueva *Ley de Subsistencias*, aparecida en la *Gaceta* el 12 de Noviembre, viene a remediar o prevenir algunos de estos abusos, particularmente con lo preceptuado en el art. 4.º respecto a las *tasas*, y en el 5.º acerca de la *exportación*.

He aquí el sensato consejo que les da a los productores, apuntando principalmente a Cataluña: «El porvenir de esa riqueza no se halla sometido a la confección de tratados, sino que encierra en su propio seno la mayor parte de su posibilidad de desarrollo. En segundo término, se impondrá a los ilusionados la realidad económica que proclama como la primera política la de desarrollo del mercado interior. Cataluña, demasiado inclinada a imitar lo extranjero, siendo así que debería bastarle con su personalidad, bien original y destacada, lucha por adquirir colocación a sus géneros en América, Africa, Oriente... Y yo entiendo, con cuantos han estudiado la industria española, y dentro de ella la catalana, que su porvenir está en España misma. Haced agricultura, desdoblad Castilla, Andalucía, Extremadura, y ahí tenéis campo virgen que inundar con vuestros artículos...» (Pág. 123.)

Respecto al problema del *Crédito agrícola* (cap. X), el Sr. Vizconde de Eza se remite a trabajos anteriores suyos, reproduciendo algunas ideas y el proyecto de ley que redactó en 1909, sobre creación de un Banco o *Caja central de Crédito agrícola*, cuya necesidad apremiante es sentida por todos, dado que ni el *Banco de España*, ni el *Hipotecario*, ni los *Pósitos* satisfacen cumplidamente las exigencias de la agricultura moderna. Sabido es que, entre los proyectos económicos presentados a las Cortes por el Sr. Alba, figura uno de creación de un *Banco agrícola nacional de España*, que, en general, ha sido bien recibido.

La *Enseñanza agrícola* (cap. XI) es otro de los puntos mejor tratados en el libro, ya que, como es fácil comprender, si esa enseñanza se llegara a organizar debidamente, sería el principal estímulo y sostén de la riqueza agraria, capacitando a los labradores para secundar las iniciativas de los Gobiernos y de los técnicos, y arrancar a la Naturaleza nuevos secretos y valores. La clasifica en tres grados: elemental, media y superior. «Pudiera resumirse, dice, (pág. 155), la función social de estos tres grados de enseñanza diciendo que la superior tiende al descubrimiento de la verdad científica; la media, a la adaptación práctica de esos descubrimientos, a la explicación de sus causas y a la aportación de nuevos elementos en que se basen las ulteriores investigaciones del grado superior; y que a la elemental compete vulgarizar esas investigaciones ya comprobadas, reduciéndolas a las formas más sencillas de inmediato uso por parte del agricultor, cuya función consiste tan sólo en producir en la forma y en las condiciones que esa ciencia le recomiende como más positiva y práctica.» En orden a la enseñanza superior, aboga por la crea-

ción de un *Instituto Nacional de Agricultura* «con mira muy distinta de la que hoy imprime carácter a la Escuela de Alfonso XII, de la Moncloa» (pág. 156), y que consiste, como sucede en casi todos los Centros de cultura y carreras oficiales, en crear *funcionarios* que aspiran sólo a la consecución del *título* y a ganar sueldos del Estado con poco trabajo. La enseñanza que pregona el señor Vizconde de Eza es la que tiende principalmente a «hacer *capacidades*, y no funcionarios, lo cual quiere decir que esas capacidades se harán en la vida el lugar y se labrarán la posición que sus talentos y actividades les proporcionen, evitando hacer un funcionario, es decir, un sér parásito que desde el primer momento que concluya su carrera sepa que tiene garantizado el sustento por el Estado, siquiera sea en forma tan mezquina que tan sólo vegetar puede permitirle, y que, en virtud de la seguridad, no tiene ya otro cometido en la vida que olvidar lo poco que en la escuela aprendió.»

Para la enseñanza agrícola elemental o popular, propone como modelos las escuelas de Irlanda (pág. 164), así como para la *escuela de invierno* las de Suiza y para la *cátedra ambulante* el ejemplo de Italia.

Entramos en la *tercera parte* del libro, o sea, en la *Acción social*, afirmando, como base (cap. XII), que el factor o actividad social debe substituir al elemento administrativo, no hasta el punto de divorciarlos, prescindiendo en absoluto de la acción impulsora, instructiva y tutelar del Estado, sino reduciéndolos a sus propios límites y dando mayor importancia y autonomía reestructuradora a las categorías sociales y fuerzas colectivas de iniciativa privada. A este propósito cita, elogiándolos, los Reales decretos de 17 de mayo de 1907 sobre *Consejos provinciales de Fomento* y el de 25 de octubre del mismo año sobre *Organización de los servicios de Agricultura y Ganadería*, a condición de que se *desadministraricen* lo más posible (pág. 179).

El Sr. Vizconde de Eza, en su afán de descubrir las raíces de nuestros males económicos, para remediarlos, llega a veces hasta las profundidades de nuestra psicología y ética nacionales, admirando su talento y sagacidad. Y si por un lado aterra y desconcierta la profundidad del mal y la lejanía de la completa curación, por otro queda la mente satisfecha al ver la firmeza y seguridad de la ruta que nos traza para modificar y levantar nuestro espíritu colectivo. No podemos menos de reproducir los siguientes párrafos, cuyas indicaciones no sólo son aplicables a la agricultura sino a todas las manifestaciones de nuestra vida social. «El agricultor, dice (pág. 180), ignora la existencia de la mayoría de los servicios. Estos, por su parte, nada hacen, en general, para atraérselo. Miran los funcionarios el cargo como *un medio de vida*, muy honrado, pero nada útil para el contribuyente que lo abona. Este, a su vez, considera al funcionario como una persona que ha seguido una carrera para que el Estado le retribuya. Porque, no lo dudemos, la psicología del país es esa: *la mitad de los españoles creen tener derecho a que el Estado los sustente*. La otra mitad se resigna a dotar el Presupuesto que sirva a aquellos la lista de manjares que contienen la nómina, el ascenso y la gratificación. Nadie piensa en la función. ¿Para qué? ¿No la paga el Estado? Y no se me diga que exagero, porque en cierta ocasión, discutiendo la adquisición de maquinaria para un Cen-

tro agrícola, se extrañaba algún empleado, con tan buena fe como inconsciente, de que me empeñara en economizar unos pocos miles de pesetas que el Estado había de pagar, y cuya cantidad constaba en Presupuestos. Entre el servidor y el servido media el abismo de la indiferencia por desconocimiento mutuo. Mejor fuera el odio o el rencor. Siquiera engendraría discusión, controversia, y ello es al fin vida. Lo demás significa silencio, revelador de quietud, que es muerte.»

Por eso entiendo que uno de los mayores beneficios que nos puede reportar, que nos está reportando ya el *Programa económico y financiero* del Sr. Alba, es el haber despertado de su letargo a una buena parte de las fuerzas vivas del país al sentir removerse el terreno en el que vegetan, bien por considerar lesionados sus intereses o abiertos nuevos horizontes. Alcohólicos, navieros, metalúrgicos, textiles, militares, ingenieros, magistrados, profesores, etcétera, etc.,⁽¹⁾ todos se agrupan, celebran asambleas, estudian, protestan, aplauden, acuden a las Cortes o a la Prensa; en una palabra: tratan de moverse. Con razón, una publicación profesional se dirige a los agricultores en estos términos: «¿No hará nada la agricultura? ¿No tiene organizaciones para hacer obra colectiva? ¿No se reunirán las representaciones de las Federaciones para cambiar impresiones, para trazar su plan de campaña, para ponerse al habla con organizaciones agrarias, igualmente amenazadas o halagadas? En el caso presente no basta la acción individual, por excelsa y prudente que sea: se requiere una acción colectiva que sea reflejo no sólo de una opinión razonada, sino también de una gran fuerza, consciente de sí misma» (2).

Resumiendo: el señor Vizconde de Eza entiende que deben desaparecer los Cuerpos facultativos; verbigracia: el Cuerpo de Ingenieros agrónomos como funcionarios del Estado, y reemplazarlo con verdaderas *capacidades*, libremente contratadas por las entidades provinciales o locales, y remuneradas con un impuesto especial sobre el aumento de la producción agrícola. La acción del Estado debe reducirse «a la vigilancia, repartiéndose las funciones económicas y sociales entre las diferentes clases que adquieran una estructura jurídica definida, dando impulso y dirección a la parte del trabajo social que les incumbe. La Administración perderá así su carácter de potencia superior que impone su voluntad» (pág. 195).

Claro es que en el orden agrícola, como en el político y el social, nada se adelantará mermando al Estado sus facultades, *descentralizando*, en una palabra, si no se crea o vigoriza el espíritu *societario* y una vida local intensa, capaz de dirigirse por sí misma. El espíritu *societario*, por ejemplo, tanto en la población campesina como en la fabril, es escasísimo entre nosotros. La indolencia y el individualismo casi feroz de la raza, los errores y preocupaciones mil que existen contra las ideas y tendencias *socializadoras*, calificadas con frecuencia y a ojos cerrados de peligrosas y revolucionarias, son obstáculos casi insuperables para estas nuevas formas de la vida, aunque las recla-

(1) Hasta las Ordenes Religiosas han acudido al Ministro por medio de sus representantes. ¿Por qué, se nos ocurre, las Ordenes Religiosas no habrían de constituir una especie de alianza o unión permanente para estudiar tantos problemas como les afectan y unificar su acción?

(2) *Boletín del Secretariado Nacional Católico Agrario*, noviembre 1916 pág. 245.

men la Religión cristiana o el Catolicismo integral, la Patria y la Humanidad. Libros como este del señor Vizconde de Eza, serenamente pensados, sentidos y reciamente documentados; propagandas continuas, orales y escritas, en que todo se vaya explicando y desmenuzando, son la preparación indispensable para que estas ideas prácticas se an recibidas sin prevenciones y arraiguen y fructifiquen en la masa directora y dirigida.

«Las reformas técnicas y las jurídicas, concluye, de las que nos hemos ocupado tan espaciosamente, se transportarán al mundo de los hechos por la *asociación* de las clases rurales:

a) Para defenderse y resistir económicamente, por la ayuda recíproca que la mutualidad proporciona.

b) Para progresar, por la unión de esfuerzos, de elementos y de responsabilidades que en la cooperación encuentran los que ejercen una misma profesión.

c) Para perseguir en común la mejora de la condición productora y social de cada uno.

d) Para alcanzar la comprensión del progreso de todos por la labor íntima de la enseñanza y de la educación, que la haga sentir y apetecer.

»La anterior clasificación nos coloca frente a las dos palabras mágicas de nuestra época: *mutualidad* y *cooperación*.» «¡Qué horizonte tan dilatado (página 198), qué atmósfera tan limpia, qué planicie tan extensa se domina desde la cima a que nos remonta la perspectiva de la organización social preparada para desenvolver e implantar todas esas obras de complemento, de perfección de la personalidad del labrador!» «La propiedad de la tierra y la conciencia de la propia independencia son grandes estimulantes de prudencia y de energía, y tal es la fuerza de un sistema de pequeños propietarios terratenientes, como el que en Irlanda se va estableciendo.» «Me doy cuenta, agrega (pág. 200), de las dificultades que en España surgirán para atacar súbitamente todas las reformas preinsertas... El día en que cada provincia cuente con un núcleo de los o tres docenas de *directores sociales*, distribuidos por pueblos, masadas o alquerías... podremos entonar el himno de la victoria. Para preparar la vía se exige terraplenar los huecos de nuestra *ignorancia* y horadar las rocas de la *contumacia* que la pereza e inercia oponen a cualquiera innovación.»

Según esto, ¿no debieran ser considerados como reos de lesa Patria y hasta de lesa Religión los que tan neciamente se oponen y resisten al apostolado social que desarrollan en España hombres capacitados para remover tanta inercia y atraerse a las masas como el P. Gerard, Arboleya y otros varios? La experiencia viene enseñando esta terrible verdad: si la revolución o reforma conveniente no se hace por la derecha, viene, desencadenada y furibunda, por la izquierda. Medítelo quien debe.

Los *Apéndices* (páginas 211 a 295) contienen numerosos datos, que vienen a confirmar la doctrina del texto como puede colegirse por sus títulos: «Proyecto de ley de auxilios para el establecimiento de riegos de carácter local» (*Apéndice I*); «Concentración parcelaria» (*Ap. II*); «Preámbulo del proyecto de ley presentado a las Cortes en junio de 1911 por el Gobierno de S. M.

sobre colonización y repoblación interior» (Ap. III); «Relación de las superficies cultivables e incultas en cada provincia, y avance sobre su posible modificación en función del aumento de riqueza agraria» (Ap. IV); «Comparación de las exportaciones e importaciones, por clases y partidas, del Arancel» (Ap. V); «Reales decretos de 17 de mayo y 20 de diciembre de 1907» (Apendice VI); «Memoria presentada al IX Congreso agrícola regional de Castilla la Vieja» (Soria, septiembre de 1913) (Ap. VII).

*
*
*

Aquí debemos hacer mención del hermoso librito de Luis Chaves Arias, titulado *De Acción Social*⁽¹⁾, que, si pequeño en volumen, es muy estimable por su rico y sazonado contenido.

El bondadoso y cultísimo D. Luis Chaves Arias es una de esas *capacidades* no adornadas con pomposo título académico de que nos hablaba poco ha el señor Vizconde de Eza. Todo el mundo sabe que el Sr. Chaves Arias ha sido el más ilustre expositor y propagandista de las «Cajas rurales de crédito del sistema Raiffeisen»; su mucho saber teórico y práctico lo adquirió en la lectura de libros libremente escogidos, y, más que todo, en el gran libro de la Naturaleza, domeñada por los agricultores castellanos.

En el primero de los trabajos que contiene este volumen, «Valor social de algunas nuevas formas de explotación agrícola», Memoria escrita para el Congreso celebrado en Valencia en 1910 por la Asociación Española para el progreso de las Ciencias, dice nuestro autor con simpática ingenuidad: «En ese programa se me atribuye el título de *doctor en derecho*; y como no tengo ese título ni ningún otro académico, he temido que acaso me habéis invitado a tomar parte en estas tareas, suponiéndome, equivocadamente, una autoridad de que carezco.»

De los cuatro trabajos que forman el volumen, el citado y el que titula *La acción social agraria y el proyecto de ley de Asociaciones*, discurso pronunciado ante la Comisión parlamentaria encargada de dar dictamen, pertenecen al tema que nos hemos propuesto desflorar en estas páginas.

Decíamos anteriormente que se notaba en los tratadistas de cuestiones agrarias una tendencia a llevar al campo soluciones análogas a las que preconizan los organizadores sociales para los obreros de las industrias. Y así como entre éstos se aspira, con harta justicia, al *contrato colectivo del trabajo* y al *cooperativismo*, así en la agricultura hay muchos, y entre ellos el Sr. Chaves Arias, que defienden la conveniencia de los *arrendamientos colectivos*, existentes en varios países, y singularmente en Italia y Rumania, como medio práctico para llegar a la organización más equitativa de la *propiedad territorial*, haciendo que todos los habitantes del campo sean *copropietarios* y no simples *braceros*, a merced de los jornales y de las explotaciones de los intermediarios o de los grandes terratenientes.

«Son, dice, los *arrendamientos colectivos* Sociedades cooperativas de obreros agrícolas para el arriendo y la explotación en común de los predios rústicos.

(1) LUIS CHAVES ARIAS: *De Acción Social. Memorias, Conferencias y Discursos*. Primera serie. Madrid, 1916. En 8.º, 142 páginas.

»Constituyen estas Cooperativas una nueva especie de cooperación agrícola, asociando a los cultivadores desde el acto inicial de la producción, y han introducido una nueva forma de contrato agrario, cuyo efecto ha sido poner en inmediata relación a los propietarios de la tierra con los trabajadores que por sí mismos la labran.

»Las Asociaciones de producción agrícola, como observa Hitier, se habían limitado casi siempre a una rama especialmente determinada, no hacían otra cosa sino reunir empresas ya constituidas bajo la forma de empresas individuales, y solamente agrupaban a los jefes de esas empresas, que no perdían tal cualidad al asociarse.

»En los *arrendamientos colectivos* encontramos caracteres completamente opuestos, pues estas Sociedades se forman para la *explotación en común* de una finca rústica, y están constituidas por los *obreros* propiamente dichos. Estas Sociedades, diversas en su forma, en su organización jurídica, en sus tendencias y en su sistema económico, tienen como nota común y carácter peculiar la *supresión del intermediario* entre el propietario y el jornalero. En los *arrendamientos colectivos*, el arrendatario lo es una persona moral, una Asociación de trabajadores formada precisamente para ese fin: para arrendar los fundos que los miembros de la Asociación han de cultivar por sí mismos directamente.»

Causará extrañeza que ideas tan claras, tan sencillas, y, sobre todo, tan benéficas y justas no se hayan llevado antes a la práctica o no se lleven hoy con aquella celeridad que demanda la muchedumbre de los desheredados que trabajan y padecen hambre de justicia; pero aunque la ingrata y egoísta realidad esté tan distante de estos ideales justicieros, pensemos que hoy son campos ubérrimos y deleitosos jardines, lo que antes fué erial o herbazal vicioso... Amemos y divulguemos estas ideas, que algún día fructificarán copiosamente.

En los *arrendamientos colectivos* distingue el Sr. Chaves Arias los de *conducción unida* y *conducción dividida*, describiendo la organización y funcionamiento de cada uno de ellos, la forma de aportar los capitales, las ventajas respectivas y otra porción de detalles, con lo que, sin perder la sobriedad y la concisión, hay lo bastante para formarse idea clara del asunto y llevarlo a la práctica en cualquier lugar y ocasión. Haciendo referencia a Italia, hace notar que «la mayor parte de estas Asociaciones son católicas, algunas tienen carácter socialista y muy pocas son neutras. Algunas Asociaciones católicas, agrega, además del carácter religioso, tienen otro que pudieramos llamar patriarcal» (pág. 11). Aunque Luzzatti considera esta forma de arrendamiento, que tanto favorece y ayuda a los labradores pobres, librándolos de la miseria, como originaria y peculiar de Italia, no obstante, como observa muy bien el autor (pág. 13), «no ha sido Italia la única ni la primera nación en que se han constituido Sociedades para el arriendo colectivo de tierras», y cita casos de Inglaterra (1830) y de Rumania, nación esta última en la que había ya en 1908 unas 146 Sociedades cooperativas de arrendamiento.

«La mitad casi del terreno laborable de Rumania (dice el Sr. Chaves Arias, extractando el informe presentado al VII Congreso de la alianza cooperativa internacional, en septiembre de 1907, por el diputado rumano Duec) pertenece a grandes propietarios, que no cultivan directamente sus fincas y las arriendan

a especuladores, en su mayor parte extranjeros y, generalmente, israelitas. Estos especuladores subarriendan las tierras y explotan inhumanamente a los infelices labriegos, obligados a aceptar las más duras condiciones, pues para sacrificar a mansalva a los míseros aldeanos, esos desalmados israelitas se conciertan y convienen entre sí, formando *truts* de subarriendo» (pág. 14). En otros países que no son Rumania, no hay necesidad de especuladores intermediarios: los propios dueños de tierras, que no las cultivan directamente, o sus administradores se encargan de poner el dogal al cuello a los pobres agricultores y colonos. La vecina república de Francia también cuenta con algunas de estas Cooperativas agrarias.

«¿Se ha intentado ya en España, se pregunta el Sr. Chaves Arias (pág. 25), la adaptación de esta obra? ¿Existen en nuestra patria condiciones para que la institución arraigue y se extienda?» Remitiéndose a la *Historia y situación actual de la cooperación en España*, por Díaz de Rábago, a la *Cooperación en la Agricultura*, del Sr. Castroviejo, a la *Estadística de las instituciones de ahorro, cooperación y previsión*, formada en 1904 por el *Instituto Nacional de Previsión*, y a otros informes, el Sr. Chaves Arias afirma que «ya hay en España algunos antecedentes de la obra; que *se ha sentido su necesidad*; que ha surgido por natural y espontáneo movimiento bajo la presión de esa necesidad; que no han faltado hombres de buena voluntad que han encauzado y dirigido el movimiento, dándole la conveniente organización, y que hay, a Dios gracias, en nuestra patria personas, tan ricas de fortuna como de nobles sentimientos, dispuestas a remediar la triste situación del proletariado agrícola (página 33).

Pero no basta la invocación adormecedora de los precedentes históricos y de las antiguas y análogas organizaciones, a que muchos acuden, cuando se ven aplastados por la evidencia de los males y la necesidad de las reformas sociales, para seguir no haciendo nada y tronar contra las novedades. De las instituciones antiguas a las nuevas, en casi todos los órdenes, y por grande que sea su parecido exterior, hay un abismo, que es el que señalan las ideas generatrices, la finalidad que acarician y el nexo con los demás problemas de la vida. «Pero adviértase, ante todo, dice el Sr. Chaves (pág. 43), que las nuevas obras sociales no son, en su mayor parte, sino continuación *progresiva* de ciertas instituciones tradicionales y formas reflexivamente ordenadas y *perfeccionadas* de aquellas organizaciones, que natural y espontáneamente brotan de la misma realidad», siempre en evolución, añadimos nosotros. «Téngase en cuenta, dice (para confirmar estas nuevas exigencias de la realidad), que esas prácticas consuetudinarias tienen el grave inconveniente de la esterilización paulatina del terreno por el mal cultivo. Y téngase en cuenta, por último, que se ha perdido en muchos pueblos aquella fraternal solidaridad que mantenía las prácticas consuetudinarias de común aprovechamiento, con lo cual los bienes comunales no son ya en muchos pueblos auxilio de menesterosos, sino granjería de holgados y manzana de la discordia entre pobres y ricos.»

Y prueba de que estas nuevas instituciones sociales llevan en su seno germinador otras ideas y finalidades más amplias y transformadoras que las antiguas, de donde, en parte, proceden, son las discretísimas palabras que vamos a extraer: «Yo no sé, escribe (pág. 46), si, como dice el Sr. Azéarate ci-

tando al profesor Jaweett, se podrá anticipar que en lo porvenir la tierra pertenecerá en propiedad a Asociaciones de obreros y será cultivada por ellos; pero bien puede asegurarse que esta propiedad social no podrá subsistir sin la conveniente educación moral y económica de los asociados, y bien se comprende el valor de las Sociedades de *arrendamientos colectivos* como medio educador. Son también estas Sociedades medio de interesante experimentación sociológica dentro del régimen actual. Aumentan la oferta de trabajo y, previniendo las agitaciones violentas y evitando la concesión de obras públicas improductivas, dirigen más provechosamente el trabajo a la intensidad del cultivo... Pueden resolver el grave problema de los latifundios y convertir a los jornaleros en propietarios o en colonos, *transformando la organización de la propiedad rural* sin mengua de los derechos dominicales, ni expropiaciones más o menos forzosas... Y, en fin, como dice Hitier, si estas Sociedades llegaran a extenderse, se lograría nada menos que *la desaparición del proletariado rural*. Se instauraría un *régimen nuevo*, rompiendo los antiguos moldes a que una práctica secular ha habituado al mundo agrícola.»

Sí; respetamos y amamos la propiedad; es un desatino y una herejía calificarla de *robo*, como hacen los socialistas, y proclamar su abolición a todo trance; pero debemos cuidar muy mucho de que el derecho *de* propiedad no se torne contra el derecho *a la* propiedad que tienen *todos* los hombres, y singularmente los que *trabajan*. Hay que tener muy en cuenta que la población y las necesidades se multiplican; que todo hombre nace con *derecho a la vida* y que ese derecho natural está por encima de todo otro derecho adjetivo, y que, en fin, la superficie de la Tierra no aumenta un palmo. Dentro, pues, de ella es indispensable indagar combinaciones y sistemas que pongan a salvo el derecho de todos a vivir con el mayor decoro posible y a que nadie se muera de hambre o viva con estrecheces durísimas por falta de lo que sobra en el mundo.

«¡Quiera el Cielo, termina el Sr. Chaves Arias (pág. 48), que el proletariado agrícola de nuestra patria aproveche, como en Italia, las dolorosas enseñanzas de las agitaciones agrarias, que tanto han agravado su triste situación, y se persuada de que las nuevas obras sociales no sólo no retrasan, sino que adelantan sus justas reivindicaciones, dándoles un carácter noble y digno!

»¡Quiera el Cielo, en fin, que los católicos no abandonemos la acción para el bien, al vernos combatidos por algunos de aquellos mismos a quienes queremos favorecer, y que a su ingratitud respondamos con esa acción para el bien, puestos siempre los ojos en el Redentor eterno de toda aflicción y de toda miseria.»

El estudio del proyecto de ley de Asociaciones presentado por el Sr. Canalejas en 1911, siendo presidente del Consejo de Ministros, y que el Sr. Chaves Arias combatió por creerlo perjudicial para la *acción social agraria*, contiene profundas y atinadísimas reflexiones que debemos consignar con elogio.

De mano maestra hace resaltar nuestro autor la contradicción enorme que pudo notarse siempre en la escuela o el partido liberal, y principalmente en el Sr. Canalejas, entre sus predicaciones y tendencias ultrarradicales, y los actos de Gobierno con referencia a las reformas sociales.

Esos radicalismos y esos avances han tenido casi siempre, desde la misma

Revolución francesa, por único objetivo la persecución de la Iglesia, pero los liberales han sido muy mansos para reprimir los desmanes de la *burguesía*, enriquecida, en gran parte, con la *desamortización*, y muy conservadores y tradicionalistas para no hacer nada en favor de las clases necesitadas, a las que la Iglesia ampara más con sus doctrinas sociales y con sus obras de asistencia. La inconsistencia de las doctrinas liberales o el egoísmo sórdido de sus hombres quedan patentizados ante la esterilidad de su política social, ante las trabas que han puesto constantemente al espíritu de *Asociación*, en su afán de igualar a todo el mundo ante la ley, para aplastar a las Ordenes religiosas.

«Amparándome, dice el Sr. Chaves Arias (pág. 56), en la ley de Asociaciones pude constituir las primeras Cajas de Raiffeisen fundadas en España, pero, tan pronto como quedaron establecidas, advertí que su funcionamiento era en *absoluto imposible*, de no considerarlas comprendidas en las exenciones con que las leyes fiscales favorecían a ciertas Sociedades.» La propia ley de Sindicatos quedó muerta al dejar su eficacia al arbitrio del ministro de Hacienda. «Pero ahora, si el proyecto de ley presentado llegara a ser ley, ¿dónde podrían encontrar un medio de salvación las Sociedades agrarias que no gozan de las exenciones forales? Y las Sociedades agrarias que gozan de estas exenciones forales, ¿cómo podrían vivir de ahora en adelante? ¿Qué sería del hermoso movimiento social agrario desarrollado en nuestra patria, y especialmente en la región navarra, ejemplo gloriosísimo no igualado por Francia, ni Alemania, ni Italia, ni siquiera por la misma Bélgica?»

Por coincidir con ideas anteriormente expuestas acerca de las nuevas orientaciones sobre la reorganización de la propiedad, merecen reproducirse las siguientes líneas, en las que se refleja opinión tan respetable para los católicos como la del Sr. Chaves Arias y la autoridad de un Congreso internacional:

«Tuve, dice (pág. 65), la satisfacción de asistir constantemente a las sesiones de la Sección 1.^a del Congreso (se refiere al IX Congreso internacional de Agricultura celebrado en Madrid en 1911), la de las cuestiones sociales agrarias, y puedo atestiguar que una de las conclusiones en que *más concordés se manifestaron las opiniones de todos los congresistas* fué en la conclusión de «fomentar la *propiedad colectiva*.» ¿Quién había de pensar en aquellos momentos que en el proyecto de ley de Asociaciones que en España se preparaba no sólo no se había de fomentar la propiedad colectiva, sino que se había de anular con el art. 14 la capacidad que a las Asociaciones, como personas jurídicas, conceden preceptos substanciales de nuestra legislación para adquirir y poseer sin limitación alguna! Tal vez se diga acerca de este punto lo que en el preámbulo se dice respecto al criterio expansivo en que se inspiró nuestra vigente ley de Asociaciones; tal vez se diga que esa capacidad concedida a las Asociaciones para adquirir y poseer sin limitación no ha sido aún aceptada por la legislación de naciones muy cultas y progresivas. Pero ¿habrá quien no vea que también en este punto nos habíamos adelantado a otras naciones?»

«Yo creo, dice más adelante (pág. 68), que en pocas cuestiones como en ésta pudiera señalarse mayor coincidencia de los sociólogos de las más diversas y aún opuestas escuelas. La propiedad colectiva—dice Lanery—es medio de reforzar la propiedad individual y complemento de los medios encaminados a

facilitar el acceso a la propiedad, ya que por mucho que se trate de difundir la propiedad no ha de llegarse a hacer a todos propietarios, y para los que no tengan propiedad, esa propiedad colectiva será la única accesible. En la reconstitución de una de las reformas de la propiedad colectiva veía Costa el medio de realizar su programa social agrario, resumido en aquella frase: suministro de tierra cultivable a los que trabajan y no la tienen propia. En esa propiedad colectiva cifran algunos reformadores el ideal para mejorar el presente de la sociedad, y algunos sociólogos confían en que en lo porvenir la tierra pertenecerá a Asociaciones de obreros y será por ellos cultivada.»

«Pero (pág. 72) el art. 14 viene a impedir que los que están arriba den la mano a los que están abajo; viene a oponer un obstáculo insuperable a los sentimientos generosos, aún no extinguidos, por fortuna, en nuestra patria; viene a prohibir lo que pudiera llamarse *expropiación voluntaria por causa de utilidad social.*»

¡Qué hermosas palabras las siguientes y qué bien reflejan la independencia y libérrima amplitud de pensamiento de que es capaz un católico social que lo es de veras!: «Tal vez, dice (pág. 74), el Sr. Canalejas recuerde aquellos días, ya algo lejanos, tan amargos para él, en que sus generosos anhelos de reforma social tanto alarmaron a sus correligionarios, algunos de los cuales consideraban esos anhelos como demagógicos, o poco menos. Tal vez el Sr. Canalejas se acuerde de un humilde ciudadano, de un obrero propagandista social, que en aquellos días, para él tan amargos, procuraba, desde vieja ciudad castellana, consolarle y alentarle y tributarle su modesto aplauso. Pues ese oscuro propagandista viene aquí ahora desde vieja ciudad castellana a renovar el tributo de su modesto aplauso, y no encuentra, en esta ocasión, forma tan calurosa de aplauso para aquellos generosos anhelos de reforma social como la impugnación del proyecto de ley de Asociación.»

Algunos comentarios merecía la Memoria sobre *Una aplicación de la ley de 12 de junio de 1911 para la construcción de casas baratas* (páginas 79-127); pero aunque el tema es interesantísimo y está admirablemente desarrollado, se sale fuera del asunto y de los límites que nos hemos impuesto al escribir estas páginas.

*
* *

Decíamos más atrás que la cuestión del *crédito* tenía para la agricultura una importancia extraordinaria, precisamente porque aún no ha llegado a organizarse seriamente en casi ningún país; no digamos en el nuestro. Sobre este asunto se ha publicado hace poco, traducida al castellano, una obra de no pequeña importancia, en la que debemos detenernos unos instantes.

Tal es la titulada *El Crédito Hipotecario Rural*, por E. Vliebergh (1). Tiene esta obra el mérito extraordinario de ser descriptiva, sin dejar de contener abundante y sólida doctrina; es decir, que al presentarnos el cuadro vivo de las

(1) EL CRÉDITO HIPOTECARIO RURAL: *Alemania.—Bélgica.—Francia.—Italia*, por E. Vliebergh, Profesor de la Universidad católica de Lovaina. Versión española de la segunda edición francesa notablemente modificada. Traducción y Apéndice de JUAN DE HINOJOSA. Dos volúmenes CIENCIA Y ACCIÓN. Calleja, Madrid.

diferentes instituciones de crédito hipotecario agrícola en las naciones más adelantadas, y señalar las ventajas obtenidas y los defectos experimentados en su funcionamiento, suele el autor señalar las reformas que deben ser introducidas para acrecentar las primeras y subsanar los segundos.

El agricultor, sea grande o pequeño propietario, necesita con frecuencia respetables sumas de dinero para remediar una crisis, reparar los daños de una inundación, de una plaga o para mejorar sus fincas, a fin de que produzcan más, etc. No estando debidamente organizado el *crédito* para la especialidad agrícola, el agricultor acudirá al capitalista; en condiciones tales, que difícilmente le librarán de caer en la expropiación y en la ruina. La deuda que actualmente pesa sobre la agricultura es, según las estadísticas, sencillamente enorme. «En Alemania dice el autor (tomo I, pág. 9), donde la cuestión de las *deudas del suelo* y del crédito territorial preocupa los espíritus, se ha considerado este fenómeno como el último aspecto de la crisis agraria actual. El crédito territorial rural se encuentra allí mejor organizado que en los demás países europeos; pero empiezan a darse cuenta de que esa organización por sí sola no resuelve la cuestión, y por eso se tiende a una *reforma radical del Derecho agrario*.»

El capital no tiene entrañas, es impaciente y naturalmente avaro de beneficios; prestado a la industria y al comercio suele satisfacer sus ansias; la agricultura no puede satisfacer esos afanes, y de ahí que huya de ella o que si le tiende sus brazos sea para ahogarla. Por eso dice Vliebergh que hace falta una institución financiera intermediaria entre el deudor y el acreedor, que se encargue de inspirar confianza al capital, para que éste reduzca sus exigencias y suavice sus rigores, asegurándole una garantía hipotecaria seria que le descargue de las relaciones poco agradables con deudores poco puntuales, que le pague regularmente los intereses del capital aun cuando le faltara el deudor y que le ponga al capitalista en condiciones de reembolsar en todo momento sus fondos sin necesidad de esperar el término y sin tener que recurrir a la expropiación forzosa (pág. 18.)

El autor pone como lema del libro consagrado a estudiar *el crédito territorial en Alemania* las siguientes palabras del Profesor G. Johanz: «No hay tal vez ningún país que haya resuelto tan bien como Alemania la cuestión del crédito territorial.»

Los principios en que se inspiran las leyes y costumbres territoriales de Alemania difieren profundamente de aquellos en que se inspira el grupo de naciones latinas. «Discípulos de Rodbertus, dice Vliebergh (pág. 45), muchos agricultores alemanes sostienen que la ley no puede reconocer otra forma de afectar el suelo al pago de deudas que la renta territorial. Ni la hipoteca ni la deuda territorial, dicen, convienen a la naturaleza de la tierra, que no es más que un *Rentenhuds*, un fondo que produce periódicamente cierta renta; por lo tanto, sólo se le puede gravar con una renta periódica, no con hipotecas o deudas territoriales exigibles a cada instante. Si se debe dejar al propietario libre para rescatar la renta, no cabe en modo alguno que el acreedor exija el capital de la renta, lo que sería obligar al deudor a producir un capital que su tierra no le dió, puesto que sólo percibe su renta anual.» Además, en Bélgica, Francia, Italia y otros países, todo acreedor, aun cuando sea el último inscrito, tiene derecho a dirigirse contra los bienes de un deudor mo-

roso, sin preocuparse para nada de los acreedores que tienen preferencia. En Alemania, dice Vliebergh (pág. 47), el derecho civil protege el derecho de los acreedores primeros. Siendo este principio tan favorable para las hipotecas primeras, el propietario encontrará dinero en condiciones menos onerosas, y dificulta notablemente las ventas simuladas de que los usureros se aprovechan para adquirir los bienes de sus deudores.

Vliebergh hace historia y se detiene primeramente en las *Landschaften*, instituciones cuyo origen se remonta al siglo XVIII, «organizadas para satisfacer económicamente las necesidades de la mediana y pequeña propiedad». En términos más claros: «Son mutualidades de propietarios territoriales que ofrecen a los capitalistas su garantía colectiva para adquirir lo más barato posible, y por la emisión de obligaciones territoriales, el dinero que les es necesario» (pág. 59).

Los agricultores alemanes pueden obtener de las *Landschaften* empréstitos, a partir de 100 marcos, hasta los dos tercios del valor de la finca. Las nuevas *Landschaften* están sometidas a la inspección de un comisario real, y existen una veintena de ellas, la mayoría de las cuales están domiciliadas en Prusia (pág. 65). Las nuevas no son obligatorias como las antiguas, pero, «en general, son accesibles a todo propietario de una finca rural o de un valor mínimo fijado en los estatutos», y sólo prestan sobre la primera hipoteca, a no ser que los acreedores inscritos accedan a que el dinero prestado sirva para reembolsarles (pág. 72).

Una de las grandes ventajas de estas Sociedades de crédito territorial es la de que, por regla general, la amortización es obligatoria. La imprevisión humana es muy grande; la agricultura devuelve, muy lentamente, el fruto de los capitales invertidos en las mejoras; las devoluciones en pequeñas cantidades anuales no suelen admitirlas los prestamistas particulares, y de ahí los apuros del agricultor. Las *Landschaften* resuelven esta dificultad aceptando y aun prescribiendo en los estatutos esa amortización obligatoria, por la que, el agricultor, «comprendiendo en cada anualidad algunos céntimos para la amortización, sucederá que, pasado cierto número de años, de un modo casi imperceptible, el préstamo será totalmente reintegrado», y el prestatario se verá libre de la expropiación forzosa y de la ruina (pág. 86).

La anualidad de amortización suele ser de $\frac{1}{2}$ ó $\frac{1}{3}$ por 100; pero el prestatario queda siempre libre para amortizar más de prisa en todo o en parte. «En la mayoría de las *Landschaften* el deudor puede conseguir un plazo de seis meses si demuestra que la imposibilidad de pagar no le es imputable; que es debido, por ejemplo, a un incendio, a una inundación, al granizo, a una cosecha excepcionalmente mala. En este caso, debe solicitar el plazo quince días, por lo menos, antes del vencimiento de la anualidad» (pág. 92).

Los crecientes éxitos de estas instituciones provinciales de crédito rural, la necesidad de asegurar más y más los derechos de los portadores de obligaciones y dar más amplitud al mercado de éstas, atrayendo así el capital al cultivo del campo, hizo necesaria, por decirlo así, la creación de una *Landschaft* Central, cuya dirección se compone de un delegado de cada *Landschaft* afiliada, vigilando sus operaciones el ministro de Agricultura, en calidad de comisario real. No obstante, «la Central, dice Vliebergh (pág. 114), no ha correspondido a las esperanzas que había hecho concebir. En la actualidad se com-

pone de ocho *Landschaften*; pero sólo en cuatro ha habido peticiones importantes de obligaciones de la Central». «El motivo principal de que la Central no haya dado los resultados que se esperaban estriba en la diversidad que hay entre las *Landschaften* que la han constituido.»

Vliebergh dedica un capítulo a la apreciación de la obra de las *Landschaften*. Baste decir que «las *Landschaften* de Prusia tienen obligaciones territoriales en circulación por valor de dos mil millones y medio de marcos» (pág. 116). Sin embargo, afirma el autor que estas instituciones no han prestado más que una escasa parte de la deuda hipotecaria rural en Alemania. Las causas de este fenómeno las estudia detenidamente Vliebergh en páginas llenas de saber y de discreción, terminando su juicio sereno con estas palabras: «En resumen: podemos concluir que las *Landschaften* han ofrecido a los capitalistas una colocación segura de sus fondos y que los propietarios han encontrado en ellos el dinero en condiciones muy ventajosas. Si no han impedido las deudas excesivas de la propiedad rural es porque eso no estaba a su alcance. Hay algo de extraño en la pretensión de los que quisieron suprimirlas por la fundación de instituciones de crédito. Subsistiendo las causas de la deuda, ésta no puede desaparecer. Contentémonos con hacer notar que si todas estas instituciones de crédito territorial no hubieran existido, verosíblemente la propiedad rural estaría más gravada de lo que actualmente está, y que en todo caso su deuda le sería más difícil de soportar» (pág. 130).

A continuación analiza el autor los *Bancos hipotecarios*, su historia, organización y funcionamiento, así como la apreciación de sus resultados (páginas 131-147); los *Bancos del Estado* y los *Retenbanken*, o sea instituciones garantizadas por el Estado para facilitar a los paisanos la redención de las prestaciones y cargas feudales que gravitaban aún sobre muchas tierras, las cuales instituciones dejaron de existir en 1883, época en que terminó esa redención de esas cargas feudales (páginas 148-158). Además, existen los *Landeskulturrentenbanken* y los *Provinzialhilfskassen*, instituciones beneméritas que sólo prestan para trabajos de mejora en las propiedades rurales, con la garantía de la valoración de las mismas mejoras y la mayor aún del Estado, que las vigila y estimula (páginas 159-165).

Por último, Vliebergh pasa revista a aquellas otras instituciones que sin tener el crédito territorial por principal objetivo, tienen, sin embargo, gran importancia para la propiedad rural por sus colocaciones hipotecarias; tales son las *Sociedades de Seguros* y las *Cajas de Ahorros*. Estas no suelen ser en Alemania lo que en otros países: instituciones privadas, más o menos inspeccionadas por el Estado. En Alemania son, generalmente, creadas por el Municipio o el distrito y «no tienen (pág. 166) por encima de ellas una Caja central destinada a centralizar los ahorros locales; gozan de absoluta libertad en el empleo de sus depósitos y de su patrimonio, bajo la sola responsabilidad de sus administradores». Aunque prestan a interés más elevado que las *Landschaften* y los *Bancos hipotecarios*, son, sin embargo, las más preferidas por los propietarios, por la razón sencilla de que las encuentran en su vecindad.

Después de este concienzudo estudio del crédito territorial en Alemania, termina el autor ratificando aquellas palabras de G. Johanz que le han servido de lema, y añade (pág. 173): «El estudio del crédito territorial en Francia, en Italia y en Bélgica confirmará esta conclusión.»

El examen del crédito territorial en Francia ocupa lo restante del tomo primero y buena parte del segundo; y eso que, como dice el autor (pág. 177), «por lo que toca a Francia tan sólo tendremos que hablar del *Crédito territorial de Francia*, sociedad de capitalistas organizada como los Bancos hipotecarios de Alemania, que han encontrado en ella su modelo». Y desde luego adelanta Vliebergh que sobre este tema se han escrito una serie casi interminable de libros y de artículos, de revistas y periódicos, en que esa institución ha sido atacada con apasionada vehemencia y adulada igualmente hasta el exceso. «Varias de estas operaciones del Crédito territorial, dice el autor, citando palabras de Courcelle-Seneuil (pág. 178), están envueltas en un notable misterio.»

Pasando por alto la historia minuciosa que Vliebergh nos hace del crédito territorial francés y teniendo presentes las últimas palabras citadas, reproduciremos algo que viene a confirmarlas, y que puede ayudar a formar una idea general de este aspecto financiero de la vecina república, siendo a la vez una lección provechosa para nosotros: «En 1890, dice el autor (pág. 202), M. Leveque, subgobernador del *Crédito territorial*, denunció al ministro de Hacienda, M. Ronvier, una serie de hechos que consideraba como evidentemente antiestatutarios y dimitió sus funciones de subgobernador «por no querer aceptar la responsabilidad, moral por lo menos, de actos realizados o de gastos hechos por el gobernador Christophle, con violación formal de los estatutos o contrarios a los intereses del Crédito territorial».

La cuestión se llevó a la tribuna de la Cámara de los Diputados y se nombró una Comisión, presidida por M. Machart, inspector general de Hacienda, encargado de hacer una información administrativa sobre la gestión del crédito territorial. La Memoria de Machart se publicó sólo en parte, y esta parte contiene acusaciones bastante graves: las subvenciones a la Prensa pagadas mensualmente a los periódicos exceden, por término medio, de 1.600.000 francos al año; aumentan continuamente, y han llegado a dos millones durante cada uno de los tres últimos años; dichos gastos de publicidad, que no son gastos generales, no se imputan a la cuenta de provechos y pérdidas; hay operaciones «cuyo carácter antiestatutario es visible», sobre todo las hechas con los fondos del capital social y las reservas; las valoraciones de inmuebles dados en garantía de los préstamos no se hacen siempre con el suficiente cuidado».

El autor reconoce (pág. 204) que en los últimos años el *Crédito territorial* ha tomado, en detrimento de sus dividendos, las medidas necesarias para asegurar la estricta observancia de las conclusiones de la información de 1890.

La mencionada institución es una sociedad anónima con un capital social de 200 millones de francos, dividido en 400.000 francos, si bien dice Vliebergh (pág. 206) «que no es, como suponen algunos autores, una sociedad de prestamistas en oposición a las sociedades de Crédito territorial mutuas de prestamistas, como las *Landschaften* alemanas».

No es posible (ni entra ello en el criterio que nos hemos impuesto de extractar las ideas más culminantes y características de la bibliografía social) acompañar al autor en todos los pormenores de la organización del *Crédito territorial de Francia*; muchos de ellos son comunes a toda esta clase de instituciones y no hay para qué mencionarlos (páginas 206-249).

Algo más nos interesa lo relativo a las obligaciones y cargas que pesan sobre los prestatarios, como resultas de esa organización, así como la apreciación sintética que hace Vliebergh de toda ella, fijándose en los datos estadísticos.

El Crédito territorial francés hace dos clases de préstamos hipotecarios unos, reembolsables a largo plazo, por anualidades calculadas para amortizar la deuda en diez años lo menos, y en setenta y cinco lo más; otros, reembolsables a corto plazo, con amortización o sin ella, y sólo presta sobre primera hipoteca. El interés no puede exceder del 5 por 100; actualmente presta al 4 por 100 (tomo II, pág. 9). Cuando el prestatario deja de pagar un semestre, el Crédito territorial puede inmediatamente requerirle, y un mes más tarde proseguir la expropiación del inmueble hipotecado (pág. 26). No obstante, la práctica seguida por el Crédito territorial no suele emplear esos rigores contra los prestatarios que sólo deben dos semestres, a no ser en casos excepcionales.

En 31 de diciembre de 1907 el total de los semestres atrasados era de 27,2 millones; dos semestres vencidos en 1908 ascendían a 115,2 millones; el total de las anualidades por cobrar era en 1908 de 142,5 millones. De esta cantidad se cobraron 115,6 millones; de modo que en 31 de diciembre de 1908 quedaban pendientes de pago 26,8 millones. En 28 de febrero de 1909 esos semestres se elevaban a 20,7 millones. En esa cantidad, los semestres vencidos con anterioridad al ejercicio de 1908, que por sí solos constituían un verdadero atraso, figuraban por 3,7 millones. En 1908 el Crédito territorial ha adquirido, por expropiación, 89 propiedades, por el precio de 621.617 francos (pág. 27).

Respecto a los servicios prestados por el *Crédito territorial*, dice Vliebergh que durante el año de 1908 ha hecho 4.078 préstamos hipotecarios: 4.012 a largo plazo, y 45 a corto término, por valor de 120,2 millones de francos. Los préstamos realizados en dicho año se elevaban a 152.622 en número y los préstamos hipotecarios hechos por el Crédito territorial desde su fundación hasta 31 de diciembre de 1908 alcanzan la cifra de 5.697 millones. De este total hay 108.438 préstamos sobre propiedades urbanas por una suma de 4.479 millones; 43.843 préstamos sobre propiedades rurales por 1.118 millones, y 341 sobre propiedades mixtas por valor de 20 millones (pág. 29).

En suma: «El suelo, dice Vliebergh (pág. 40), no está desgravado (1), y si es totalmente exagerado decir que el *Crédito territorial* «ha llegado a ser un instrumento de ruina y de muerte para la propiedad rural», las estadísticas demuestran, sin embargo, que ésta ha encontrado en el *Crédito territorial* muy débil apoyo.» «¿Por qué el *Crédito territorial*, se pregunta Vliebergh (pág. 44), no ha realizado su programa?» «¿Por qué el Crédito territorial no ha prestado más a la agricultura?» «El Crédito territorial, dice, citando a Neymark, a pesar de su gran deseo de auxiliarle, no ha prestado a la pequeña propiedad los servicios que necesita; la culpa está en los defectos de nuestro régimen hipotecario, en los derechos fiscales, en los honorarios y gastos de intermediarios, en las justificaciones, largas, costosas e inciertas del título de propie-

(1) En 1852 ascendía ya la deuda hipotecaria francesa a unos 14 millares de millones, y en 1892 se calculaba por Alfredo Neymark en 15.000 millones, gravando el 80 por 100 sobre la mediana y pequeña propiedad.

dad, etc.» «¿No hay que reconocer, además, agrega, que el régimen hipotecario de Francia, con sus hipotecas generales y sus hipotecas ocultas, es el derroche del Crédito? Y los gastos de constitución de hipoteca y los gastos de expropiación forzosa, ¿no son especialmente onerosos para la pequeña propiedad, de modo que constituyen, como se ha dicho muy bien, un impuesto progresivo al revés? Esos gastos, ¿no alejan a la pequeña y mediana propiedad rural del Crédito territorial? Es lo que deefá el abate Lemire en la sesión de la Sociedad de Economía social de París del 9 de noviembre de 1908: En Francia nos quejamos de no poder realizar la garantía más que por el embargo inmobiliario, que es tan oneroso, que cuando se quiere embargar, todo se va en gastos. Esto es lo que explica que el Crédito territorial, que tendría interés en democratizarse haciendo pequeños préstamos hipotecarios, no lo ha hecho hasta ahora, porque la garantía se escapa y no puede realizarla útilmente, fructuosamente.»

En una palabra: «Las dos principales causas son: por una parte, la demasiada centralización, y por otra, el poco interés que el Crédito territorial ha mostrado en hacer préstamos a la agricultura porque no le producían tantos beneficios como sus demás operaciones» (pág. 47). «El Crédito territorial, sociedad de capitalistas, se ha preocupado, ante todo, de los intereses de sus accionistas, cuyos capitales había que hacer fructificar» (pág. 51).

Por doloroso que sea el confesarlo, hay que decir que el capital de suyo no se sacrifica ni dará tregua jamás a sus exigencias. En la vida agraria, como en la industrial, las clases humildes tendrán, a la postre, que hacerlo todo por sí mismas, ya reclamando de los Gobiernos una política tributaria más justa, ya organizándose corporativamente a base de la mutualidad y de cooperativismo, pero a condición de que todo ello vaya calcado en la ética y en los principios desinteresados del Catolicismo social.

Prueba de ello es lo que Vliebergh nos dice al empezar su estudio del *Crédito hipotecario de Italia* (tomo II, páginas 61-141). Picinelli le compara al enfermo del Dante, «... que no puede encontrar reposo en su cama y que trata de apagar su dolor cambiando de actitud». Y Luis Luzzati dice que «Italia y Francia son los dos países en que la organización del Crédito territorial y del Crédito agrícola deja más que desear». No obstante, dice Vliebergh (pág. 62), «en los últimos años, los Bancos populares y las Cajas agrícolas del sistema Raiffeisen han adquirido en Italia un verdadero desarrollo». «El sistema italiano aparece como un término medio entre las mutualidades alemanas de propietarios rurales y las Sociedades de capitalistas como el Crédito territorial de Francia y los Bancos hipotecarios alemanes. Si se exceptúa al Instituto italiano de Crédito territorial de Roma, que tiene mucha semejanza con el Crédito territorial de Francia, las instituciones italianas que practican el crédito son fundaciones, obras que trabajan fuera de todo espíritu de especulación.»

Sería empalagoso reseñar los cambios de actitud que ha sufrido el Crédito rural italiano hasta su constitución y estado actuales (páginas 64-107). Señalaremos algunas de sus características. Las operaciones consisten en préstamos territoriales y anticipos sobre apertura de créditos con cuentas corrientes garantizadas con hipoteca. Sólo los inmuebles que dan una renta cierta y duradera pueden ser aceptados como garantía. Los préstamos reembolsables

por anualidades se hacen por término que no exceda de cincuenta años ni sea inferior a diez. Las sociedades prestan hasta el 50 por 100 del valor del inmueble afecto a la garantía del préstamo. Respecto a las obligaciones del prestatario, la principal, como es obvio, consiste en el pago regular de la anualidad, comprensiva del interés, la amortización, el abono por derechos fiscales y una bonificación por gastos de administración (pág. 117). Los retrasos en el pago de la anualidad hacen exigible la totalidad de la deuda, y las sociedades tienen en cuenta las razones porque aquélla no se paga (pág. 117).

Con relación a la apreciación de la obra de las sociedades de crédito hipotecario en Italia, dice Vliebergh, citando a L. Badio, director general de estadística, que el valor de la propiedad rural de Italia se estima en *42 millones de millones*, y la deuda hipotecaria en *5 millones de millones de liras* (pág. 124), si bien dice el autor (pág. 133) que la deuda total que pesa sobre la propiedad italiana asciende a *8 millones de millones*, próximamente.

¿A qué causas se debe, pregunta Vliebergh, el corto éxito de las instituciones de crédito hipotecario, siendo así que éstas prestan al 4,64 por 100, como el Instituto de Roma, mientras los prestamistas particulares al 8 y al 10? Débese esto, afirma, á que esas sociedades son poco conocidas por los interesados; á que su organización está poco descentralizada; á que los pequeños y medianos propietarios tropiezan con no pequeñas dificultades para inscribir en el Registro su derecho de propiedad y que son considerables los gastos que ocasionan los documentos para la demostración de ese derecho. Los prestamistas particulares no exigen tantas formalidades y garantías.

«Si tuviésemos en Italia, escribe Vliebergh (pág. 135), el sistema alemán del libro territorial, nos decía el abogado de una sociedad de Crédito territorial, haríamos seguramente más préstamos.» Otra de las causas, acaso la principal, de la poca importancia de los préstamos verificados por las sociedades de crédito hipotecario, la halla el autor en el cambio continuo de la legislación que regula las operaciones de dichas sociedades. «Las sociedades italianas, agrega (pág. 137), no tienen el estímulo del interés personal como las sociedades de capitalistas, y, por otro lado, no las anima el espíritu de las *mutualidades*; los beneficios realizados ingresan en parte en el fondo de reserva; el resto, y a veces la mayor parte, va a aumentar el patrimonio social de la sociedad o se emplea en buenas obras. De cinco sociedades que ejercen en Italia el crédito hipotecario, sólo hay una de capitalistas; las otras cuatro son obras, fundaciones, con capital propio. Esta es una de las características del crédito hipotecario italiano.» Contra las sociedades de capitalistas existe la prevención de que son especuladoras y de que no van más que a explotar a los agricultores, y contra las *mutualidades* a estilo de las *Landschaften* alemanas alegan algunos que la propiedad en Italia está demasiado dividida y sobrecargada de deudas. No obstante, dice Vliebergh (pág. 138), «las mutualidades tienen las preferencias de varios economistas italianos, de L. Luzzati, de Merenda, de Aronne Rabbeno y otros. Sin embargo, no se ha fundado ninguna. Toniolo cree que las Cajas de Ahorros son en Italia las instituciones más a propósito para ejercer el crédito hipotecario rural».

Del *Crédito hipotecario rural en Bélgica* se ocupa más sucintamente el autor (páginas 143-167). La deuda hipotecaria de la propiedad belga se calcula en

unos 950 millones de francos. Existen en este infortunado país algunos Bancos hipotecarios, el *Crédito territorial de Bélgica*, la *Caja hipotecaria de Amberes*, la *Caja de los Propietarios* y el *Crédito general hipotecario*. Los grandes propietarios se dirigen a menudo a estas instituciones; los pequeños y medianos toman prestado, generalmente, por diez años al notario o a algún particular de la aldea. «Es común que al vencimiento no tengan con qué pagar íntegramente su deuda, y se renueva la inscripción. Es el principio del fin, el camino para la venta».

Sin embargo de esto, el vigor extraordinario con que el Catolicismo social había arraigado en Bélgica, creando multitud de organizaciones profesionales en la industria y en la agricultura, venía a suplir todas esas deficiencias mediante las Cajas locales de ahorro y de crédito, sistema Raiffeisen. Cuando Vliebergh escribía su obra existían en Bélgica más de 500 y hacía sólo diez y siete años que se había fundado la primera (pág. 150). A partir de 1903, tanto las Cajas Raiffeisen como la *Caja central de Crédito del Boerenbond belga*, a la que aquéllas suelen estar afiliadas, sufrieron una provechosa reorganización. Desde entonces, la *Caja central del Boerenbond* (una sección), practica exclusivamente el crédito hipotecario rural, ya directamente o ya por mediación de las Cajas Raiffeisen que estén afiliadas. Cuando a éstas acuden muchos depósitos y no pueden colocarlos en préstamos, los llevan a la Central del Boerenbond; y, por el contrario, cuando no disponen de suficiente dinero para los préstamos solicitados acuden a la Central. La gran ventaja de esta organización consiste en lo siguiente: las Cajas locales Raiffeisen nunca pueden disponer de muchos fondos para atender a todas las solicitudes de préstamos; generalmente se surten de depósitos; cuya entrega se puede reclamar en cualquier momento, siendo peligroso el distraerlos. Pero con esa filiación o solidaridad con la Central del Boerenbond, las Cajas Raiffeisen pueden hacer préstamos hipotecarios a largo plazo, reembolsables por amortización, y la Caja central puede hacer directamente préstamos hipotecarios, en condiciones menos ventajosas que las Cajas Raiffeisen, a propietarios que habitan Municipios donde éstas no existen.

El juicio que a Vliebergh le merece este sistema es, en general, favorable y optimista.

«No fué, dice (pág. 160), acogida (la organización) en todas partes con entusiasmo. En el Congreso de la Sociedad central de Agricultura de Bélgica, de 5 de diciembre de 1903, los delegados de la provincia de Luxemburgo encontraban el sistema poco práctico para su región, encontraban obstáculos a los préstamos directos que puede hacer la Caja central y creían peligroso fundarse en valoraciones hechas por las Cajas locales. Los organizadores del Crédito territorial de la Liga de campesinos de Bélgica no se dejaron intimidar por esas objeciones.» «En cuanto a la objeción, que consiste en decir que es peligroso fundarse sobre valoraciones hechas por las Cajas rurales, creemos, al contrario, que hay con esto una garantía muy seria en la valoración hecha por personas del lugar interesadas en el buen éxito de la operación. Sea lo que quiera, en la Caja central de Crédito del Boerenbond se ha querido probar el movimiento andando, pero se ha querido esta prueba sin ruido.»

El resultado se puede sintetizar en los datos siguientes: desde 1903 a 1908 se habían hecho por la Caja central y locales 369 préstamos por valor de fran-

cos 1.823.950. Y «la prueba de que, efectivamente, en muchos casos los prestatarios pagan más que las anualidades estipuladas, procurando redimirse lo antes posible, es la siguiente: En 30 de junio de 1909 se habían hecho 406 préstamos por valor de 1.961.900 francos. De esos 406 préstamos, 17 estaban completamente pagados, y otros 44 prestatarios habían hecho pagos extraordinarios superiores a las anualidades estipuladas. Es de notar que varios de ellos habían hecho más de uno de estos pagos anticipados» (pág. 163).

La conclusión que saca el autor de su estudio es bastante triste; la misma que se saca de todos los problemas sociales cuando se pretende ayudar a los pobres y menesterosos a que se levanten de su estado; el dinero no se vence ni se humilla sino con dinero, y el dinero que se precisa para crear fuertes organizaciones populares lo necesita el Pueblo para comer, para cubrir sus primeras necesidades.

Prueba de la impotencia de las instituciones de crédito agrario para favorecer a los campesinos es que «lo que las sociedades de crédito hipotecario han prestado en Alemania, en Francia, en Bélgica y en Italia, es una pequeña parte de la deuda hipotecaria que grava en esos países la propiedad territorial». «Es la condenación de la ilusión de algunos economistas que abrigaron la esperanza de que desapareciese la deuda que gravaba la propiedad territorial, dejando subsistentes las causas de esa deuda y multiplicando las facilidades para entraparse.» «Las sociedades de Crédito territorial han hecho lo que podían: han mejorado las condiciones del crédito y facilitado a los prestatarios su liberación.»

La solución, pues, agregamos nosotros, tiene que existir, y no debemos renunciar a indagarla porque su hallazgo no se vea inmediato.

El traductor de la obra de Vliebergh ha añadido, con buen acuerdo y por vía de apéndice, unas *indicaciones complementarias sobre el crédito territorial agrario en España* (páginas 169-218).

La institución más importante que tenemos en España bajo este respecto es el *Banco Hipotecario*, creado por ley de 2 de diciembre de 1872, el cual estaba autorizado para abrir crédito a las Sociedades autorizadas por el Gobierno, Corporaciones o Sindicatos constituidos legalmente, sobre hipoteca, prenda u otra garantía «de segura realización».

«No dió, dice el Sr. Hinojosa (pág. 188), el Banco los resultados esperados para la solución del problema del Crédito agrario, y por ello se abrió la información de 1881, donde más aún que la variedad de proposiciones para poner remedio al mal puede verse en qué grado la usura devoradora se había enseñoreado del agricultor. Sólo citaremos dos datos: en Albacete, cuando es probable tener buenas cosechas, el interés se elevaba del 14 al 40 por 100, pagando en metálico, y del 100 por 100, en especie. En Soria, el interés se eleva algunas veces al 200 y 250 por 100.»

El Sr. Hinojosa cita también *El Hogar Español* como una de las instituciones de Crédito hipotecario más dignas de elogio, y cuyos préstamos en vigor en 1912 (pág. 221) ascendían a 25.976.613.

El desarrollo extraordinario de la acción social católico agraria en nuestra Patria ha logrado que al lado de los innumerables Sindicatos agrícolas y de las Federaciones correspondientes se hayan creado muchas Cajas rurales de

Crédito, que, en general, llevan una vida próspera. Entre ellas merece especial mención el *Banco de León XIII*, que presta cantidades respetables y en buenas condiciones a los Sindicatos o Sociedades de labradores ⁽¹⁾.

La acción oficial de nuestros Gobiernos ha sido fecunda en tentativas para resolver este problema; pero nada eficaz se ha logrado aún. Ya hemos indicado que existe actualmente en las Cortes un proyecto de ley creando un *Banco Nacional Agrario*, del que los técnicos esperan mucho. ¡Ojalá sea así!

FR. JOSÉ D. GAFO, O. P.

(1) Las cantidades prestadas por este Banco durante el año 1916 a Sindicatos y Cajas rurales, accedió a la respetable suma de 1.300.000 pesetas. También llega a nuestra noticia, que últimamente el *Banco de España*, en virtud de un ruego formulado en la Alta Cámara por el senador Sr. Elías de Molins, ha transmitido órdenes a sus sucursales para que faciliten la inscripción en sus registros a los Sindicatos Agrícolas para los efectos de crédito. Ya era tiempo.

CRONICAS CIENTÍFICO-SOCIALES

ESPAÑA

Movimiento social. — Estamos en plena movilización de ideas, de costumbres y de valores económico-sociales. No ya salpicaduras, sino fuerte y arrollador oleaje es lo que venimos experimentando en España, desde hace muchos meses, como consecuencia de la gran tempestad que sigue furiosamente desencadenada en el centro de Europa. En esa gran vorágine o sumidero de vidas humanas y de valores económicos han caído millares y millones de hombres, antes consagrados a la producción y al incremento de la vida económica. Esos enormes ejércitos gastan cantidades fabulosas sin producir nada, y, por añadidura, exigen imperiosamente una sobreproducción de artículos bélicos, no aptos, como es natural, para el consumo público; labor, además, cuyos brazos se roban a la producción verdaderamente útil.

En resumidas cuentas: la guerra europea ha provocado, y sigue acentuando en todos los países, un gran desequilibrio entre la *producción* y el *consumo* de la riqueza mundial; desequilibrio que, automáticamente, tienden a restablecer las naciones colindantes, en primer término, como las aguas tienden a buscar el nivel, salvando obstáculos y llenando oquedades. ¡Ironías del destino o, mejor dicho, leyes sapientísimas de la Providencia!: la guerra actual, que fué la derrota más espantosa del Socialismo y de la llamada política avanzada, con sus dos notas características de naturalista y anticristiana, está renovando totalmente la vida en sentido profundamente *socializador*, al que van dando carácter eminentemente espiritualista y cristiano el dolor, los desencantos y los resplandores de la justicia social, al mostrar a la faz del mundo su origen y sus primeros destellos en el Evangelio de Jesucristo. ¡Ah si las naciones, lejos de apartarse del Cristianismo, se hubiesen asimilado más y más el espíritu del Evangelio!

Por encima de todos los obstáculos, tradicionales o no tradicionales, grita el mundo entero: *salus populi, suprema lex*. Y en nombre de la salud del pueblo, tan seriamente comprometida, las naciones beligerantes decretan las *movilizaciones civiles* para hacer más productivo y armónico el trabajo, y casi todos los Gobiernos acuden al sistema de las *tasas* de los artículos y hasta se llega a las *incautaciones* o nacionalización de las Empresas o se amenaza con ellas a los recalcitrantes. Esto modifica profundamente el concepto individualista de la propiedad y de las funciones gubernativas, y sienta precedentes de una gravedad extraordinaria, que no olvidarán tan fácilmente ni los Gobiernos ni los pueblos.

La crisis en España empezó con la repatriación de muchos miles de obremos que trabajaban en Francia y con la paralización momentánea de algunas industrias tributarias del Extranjero. Pero todo esto hubiera sido conjurado fácilmente si hubiéramos tenido gobernantes de altura, y, sobre todo, si no se hubiera despertado con tanta furia la *avaricia* de los que en sus manos tienen las fuentes de la riqueza y los canales por donde ésta se comunica a los consumidores, sin que hasta el presente se haya encontrado y aplicado una ley eficaz que impida o modere el manejo de los grifos o compuertas, a capricho de los propietarios.

Ante el clamor público reclamando contra la carestía de artículos de primera necesidad o el encarecimiento de los mismos; ante los tanteos o conatos de reformas económicas por parte del Sr. Alba, mejores o peores, hemos visto cómo se mueven y se agitan todos los organismos de la riqueza nacional; pero ¡qué repugnante gusanera, qué egoísmo, qué ausencia total de espíritu colectivo y hasta patriótico demuestran, en general, esas grandes Compañías y pequeños agiotistas, esos grandes Consejos de Administración, muchos de los cuales tienen su domicilio en capitales extranjeras, pero que cuentan con representantes asalariados entre nuestros políticos y gobernantes para que sea más completa la servidumbre de España! No, no serán olvidados estos momentos.

Al contemplar, de un lado, este espectáculo de egoísmos, de debilidades y cobardías en gran escala, y ver, por otro, la potencialidad económica que encierra nuestra patria, principalmente en lo que se refiere a la minería y aun a la agricultura, si a ella se aplicasen los métodos industriales, hay muchos que abogan por una vigorosa *socialización* o *movilización* de todas nuestras fuerzas productoras, hecha a estilo alemán y «manu militari», para que no tenga escape. Tal vez sea ésta una de tantas exageraciones nuestras; pero es indudable que algo puede y debe hacerse con todo vigor.

En el *Fomento del Trabajo Nacional*, de Barcelona, ha dado el eminente economista Sr. Graell una serie de conferencias con este espíritu y bajo el epígrafe *Enseñanzas de la guerra para la formación individual*. En una de ellas dijo: «Hay ahora tal vez, a causa de la guerra, una fuerte reacción hacia el resurgimiento del espíritu nacional. El hecho de que hasta en estos momentos los extranjeros están desplegando gran actividad para apoderarse de las minas y saltos de agua que todavía no están en su poder, ha producido ya vivas alarmas, en vez de la satisfacción que antes esto producía. Hemos estado laborando durante un siglo para entregarles las industrias mineras y metalúrgicas, como las de ferrocarriles y tranvías, las de electricidad, el abastecimiento de aguas, incluso la Banca. A esto hemos contribuido todos: los banqueros, los partidos políticos, los Gobiernos. ¡Qué divorcio en las cátedras de Economía política de las Universidades del gran movimiento social y, con él, el nacional de todo el siglo XIX! Nos hemos encastillado en un *individualismo* que no ha producido individuos, y si sólo una apología charlatanesca de todo lo exótico. El democratismo, el economismo y el politismo han marchado del brazo en todas partes hacia las grandes contracciones: aquí, hacia la disolución... Quiero sólo la formación del hombre al tenor de la pedagogía moderna, y, en consecuencia, aquella disciplina voluntaria, hija de la cultura, para fines sociales; disciplina necesaria desde el Rey y el Presidente del Consejo de Minis-

tros a los Diputados y Senadores. Sólo así será la nación lo que debe ser: *una inmensa Cooperativa*, resumida en esta fórmula: «Cada uno para todos, y todos para cada uno.» «Hace años que insisto en que el gran mal de España es la *insubordinación*.»

Por ella estamos en donde estamos.

Las organizaciones obreras, católicas y socialistas, esos grupos de proletarios y de luchadores que encarnan todas las amarguras del pasado y representan la ciudad del porvenir, también se han movido y agitado; pero unos por demasiado cobardes y tímidos en sus afirmaciones, y otros por demasiado atrevidos y apegados a la doctrina materialista de la vida, aún no dan la impresión de una actuación eficaz y verdaderamente reconstructiva de la sociedad actual. Ética y cultura es lo que aún les hace falta a todos.

La Riqueza Nacional y la Crisis de las Subsistencias.—Hay varios índices que revelan el aumento de la riqueza nacional en cantidades respetables; y no obstante la crisis de las subsistencias, la carestía enorme de los artículos de primera necesidad se ha presentado entre nosotros con caracteres alarmantes (experimentaron todos un alza del 20 al 30 por 100), afectando principalmente a las clases pobres, es decir, a las que teniendo que consumir estos artículos indispensables, y no teniendo más fuentes de ingreso que sus sueldos y jornales, no han visto aumentados, en general, ni los unos ni los otros en la misma proporción. De esa desproporción, que ha perjudicado a la mayoría, ello es evidente, se han formado las enormes ganancias localizadas en pocas manos. ¡Injustísima organización económico-social, que sólo permite el acceso de algunas gotas de esa riqueza a las multitudes hambrientas y depauperadas, cuando los incommensurables depósitos plutócratas se ven llenos y desbordantes!

«La crisis de las subsistencias se ha presentado principalmente en los productos de la agricultura y de la minería (o sea, por lo que se refiere a esta última, en el carbón) y en los transportes.

Por lo que hace a la agricultura en el último año, podemos aducir los siguientes datos: las hectáreas sembradas de trigo han sido, en total, 4.106.952, perteneciendo de éstas, 3.382.352 al secano y 254.600 al regadío. El rendimiento ha sido de 41.457.516 quintales métricos de grano. Comparando estas cifras con las del año 1915, resulta que en el último se sembraron 82.530 hectáreas más de trigo, con una producción de más sobre el año anterior de 3.546.488 quintales. Las hectáreas sembradas de cebada aumentaron también en 40.314; las de centeno, en 10.347, y las de avena, en 2.005.

El valor de la producción triguera fué de 1.425 millones de pesetas en 1916; de 1.391 en 1915; de 827 en 1914, y de 778 en 1913.

—Los últimos datos que tenemos a la vista respecto a la producción minera se refieren al año 1915; pero, así y todo, son bastante significativos. Los ha hecho públicos el propio *Consejo de Minería de España*. Valor de la producción del ramo de labores, calculado a bocamina: año 1915, 254.010.162 pesetas; año 1914, 207.433.336; diferencia a favor de 1915, 36.556.832 pesetas.

Valor de la producción del ramo de beneficios, calculado a pie de fábrica: año 1915, 371.597.406 pesetas; año 1914, 244.749.799; diferencia a favor de 1915, 126.847.607 pesetas.

Hace notar el Consejo que los anteriores aumentos no obedecen sólo a una

mayor producción en 1915, sino al mayor precio que han alcanzado en general los minerales y metales. Con relación al ramo de laboreo, aparecen en 1915: Concesiones productivas: minas, 1.497; demasías, 344. Número de obreros, 106.206. Máquinas: hidráulicas, 31; fuerza en caballos, 2.962; de vapor, 843; fuerza en caballos, 54.262. El ramo de beneficio contaba con 352 fábricas en actividad, y con 30.515 obreros.

—Vengamos al tráfico mercantil, que es otra de las grandes fuentes de riqueza. Sólo tenemos datos en estos momentos del comercio exterior, de enero a septiembre de 1916. La exportación en estos meses fué de 1.014 millones de pesetas, y la importación, de 683, resultando un exceso de salidas y, por lo tanto, de ganancias de 331 millones de pesetas, contra 171 en iguales meses de 1915, y 207 en 1914. Ha disminuído la exportación de artículos fabricados de 463 millones en 1915 a 409 en 1916; en cambio aumentó la exportación de substancias alimenticias de 278 millones en 1915 a 396 en el que acaba de transcurrir. La exportación de animales vivos aumentó por valor de ocho millones de pesetas sobre lo que se exportaba en años anteriores. Los periódicos han hecho públicos los datos aportados en una conferencia dada en «La Sociéte des Savants», de París, en honor del conde de Romanones, sobre las cantidades exportadas a Francia el año 1916. Estas han sido: «Cinco millones de kilos de harina de trigo; treinta de patatas; veinte de cereales; cuatro de judías secas; catorce millones cuatrocientos sesenta y ocho mil seiscientos dos kilogramos de aceite; tres millones de kilos de conservas; dos millones trescientos noventa y cuatro mil seiscientos cincuenta y dos hectolitros de vino; siete millones doscientos cincuenta mil ciento ochenta y siete kilogramos de algarrobas; quince millones seiscientos cuarenta y cuatro mil ciento treinta y cuatro de forrajes, y, «oficialmente», quince mil mulos.»

—La situación monetaria de nuestro primer establecimiento de crédito, el *Banco de España*, también debe enorgullecernos, porque es otro índice importantísimo de riqueza. Sólo en oro posee la cantidad de 1.351 millones de pesetas, acusando el año 1916 un aumento de 371 millones, más de un millón diario sobre el año 1915. De esos millones en oro, 90 están en poder de sus corresponsales en el Extranjero. En francos posee 192.700.000 monedas, opinando muchos que esa cantidad debe fundirse cuanto antes en moneda española, para que, al terminar la guerra, no vaya al Extranjero tan fácilmente.

—¿Cómo explicarse ahora la crisis general de subsistencias con este aumento tan notable de la riqueza nacional? No se encuentra una explicación simplista y satisfactoria para este hecho formidable. Quién la halla en ese mismo *exceso de exportación* que hemos notado, muy legítimo, mientras el derecho de propiedad individual confiera a cada uno la facultad de disponer de sus bienes como le venga en gana; quién supone que existen en España artículos suficientes para el consumo nacional, aun dada esa exportación, pero que no salen a los mercados por culpa de los *acaparadores* y agiotistas y de los que, en uso legítimo de su derecho, ocultan sus productos; quién culpa de esta escasez a los dueños de transportes marítimos y terrestres, aquéllos por preferir dedicarse al contrabando y al servicio exterior de los beligerantes, abandonando el servicio nacional del cabotaje, y las Compañías ferroviarias por diversos motivos, y quién, finalmente, atribuye la crisis a la alza libre y caprichosa de los precios, sin aumentar proporcionalmente los sueldos o los sa-

larios a todos los que concurren a la *producción y circulación* o distribución material de esa riqueza, que son la generalidad del pueblo.

Para todas estas explicaciones hay hechos que parecen confirmarlas.

La primera de estas explicaciones, respecto a la *exportación excesiva*, de la que se culpa al Gobierno, y no digamos a la codicia particular, parece comprobarla el hecho de que el mismo Gobierno se haya comprometido a comprar al Extranjero, Argentina y Estados Unidos, por su cuenta algunos de los artículos que parecen escasear, y las frecuentes disposiciones de la *Gaceta*, prohibiendo determinadas exportaciones. Pero, ante el temor de la competencia extranjera, principalmente americana, vienen los agricultores y mineros diciendo que, o producen lo suficiente, o que en breve pueden llegar a ese extremo y sobrepasarlo, si se les ayuda, si no se les grava tanto por las reformas del ministro de Hacienda, y si se les facilitan *transportes* suficientes.

En 24 de octubre, la *Sociedad del Puerto de Pasajes* publicó un anuncio, diciendo que, hallándose abarrotados de mercancías los almacenes de tránsito que posee, no puede admitir nuevos envíos; pues es total la carencia de vagones para su transporte. Los mineros de Asturias, León y Puertollano han declarado que tienen grandes cantidades de carbón almacenadas en las bocas de los pozos minas, y que se verán obligados a paralizar los trabajos de extracción por falta de transportes, produciendo esto gran indignación entre los obreros mineros y sendas manifestaciones de éstos y sus patronos en León, Puertollano, etcétera. Las Compañías azucareras y alcoholeras de Aragón y Navarra culpan también a las Compañías ferroviarias, especialmente a la del Norte, de que no se recibe en las fábricas la remolacha que tienen los labradores en el campo... Las órdenes terminantes cursadas a los Alcaldes para que envíen a las *Juntas de Subsistencias* inventarios y relaciones juradas de todas las existencias de artículos de primera necesidad, han dado por resultado, en general, *el doble* de las existencias que se suponían. Citaremos tres casos, ocurridos en Salamanca, Pamplona y San Sebastián, que pueden servir de modelo. Respecto a Salamanca, se ha hecho público que, según las relaciones juradas que enviaron al Gobierno civil varios alcaldes de pueblo de la provincia, hay en ellos 39.615.442 kilos de trigo; 446.519 de harinas, y 5.129.330 de centeno, con cuyas existencias se asegura el consumo hasta agosto de 1917. Y como la mayoría de los Ayuntamientos no han contestado, se supone que la *ocultación* es de un 50 por 100. Con muy buen acuerdo, el Gobernador impuso fuertes multas a los alcaldes y secretarios de los Municipios, por resistirse a enviar esas relaciones juradas. Además, el alcalde de Salamanca, con el aplauso unánime de la población, ha realizado una operación de crédito con una entidad bancaria y destinó las 300.000 pesetas, importe de la misma, a la compra de trigos cedidos por los labradores a precios baratísimos, con lo que queda asegurada la fabricación de pan durante el invierno.

La Junta de Subsistencias de Pamplona comprobó, con datos fehacientes, que existían en Navarra materias alimenticias en abundancia hasta la próxima cosecha. La de San Sebastián ha recibido igualmente las relaciones juradas de las existencias de cereales en la provincia, las cuales ascienden a 19.556.686 kilos de trigo y 2.001.838 de harinas. Como el consumo anual de Guipúzcoa es de dos millones de kilos, se considera asegurado excesivamente el consumo hasta la cosecha próxima, si no se exportan.

¿De dónde procede, pues, la carestía? del alza enteramente arbitraria y caprichosa de los productores y comerciantes, o simplemente de los transportes?

Parece verdaderamente escandaloso, injusto y abusivo lo que ocurre con la libertad omnímoda en que se dejan los precios de las cosas, mientras, por otro lado, se ponen (los ponen los productores y comerciantes) límites broncofneos a los sueldos y salarios. Los harineros, por ejemplo, hicieron presente ya en el mes de octubre, al Director de Comercio, la imposibilidad de importar trigo de América por el alto precio que allí tiene; y que, en vista del alza en Castilla (¿por qué esa alza?), se verán obligados a elevar el precio de las harinas. Por su parte, los trigueros hicieron saber al Ministro de Hacienda, por la misma época, que se opondrían a toda rebaja en el precio del trigo mientras continúe la carestía de abonos, piensos, cáñamo, hierro, ganado, etc., etc., como si las demás clases y en otros países no experimentasen igual carestía de los mismos artículos. Es decir, nadie quiere perder; mejor dicho, nadie quiere dejar de ganar por algún tiempo ni en aras del bien público. En lo referente a los carbones, es cierto que nos faltan 2.500.000 toneladas para satisfacer las necesidades del consumo nacional; pero también es incuestionable que las necesidades de ese combustible no se han multiplicado gran cosa (de seis a siete millones de toneladas), que también hemos aumentado la producción ordinaria (cinco millones y medio) y que, a pesar de los submarinos, hemos importado de seis a siete millones de toneladas. ¿Por qué, pues, ese aumento de precio?

Hemos oído decir a algún propietario de minas que les sería relativamente fácil a los mineros españoles duplicar en poco tiempo la producción. No hay que olvidar que existen en nuestra patria 3.530 minas registradas con una superficie carbonífera de 245.000 hectáreas, y de ellas sólo 767 están explotadas con 3.000 hectáreas de extensión. Pero es evidente que los propietarios de minas sólo quieren producir cuando les viene bien y a condición de producir sin tasa en las ganancias.

Esto ha hecho decir a Cirici Ventalló, a este gran satírico de nuestros vicios políticos y sociales, en *El Debate* de 17 de enero: «Las minas, don de Dios, pertenecen a sus legítimos usufructuarios; pero también son patrimonio de la Patria, que no debe consentir que se malbaraten o no se aprovechen aquellos bienes con que favoreció a España la Providencia, que sean esenciales para la vida y la prosperidad de la Nación. El propietario de una mina que no se explota es forzoso que se resigne a la expropiación, a que otros hombres más activos, más inteligentes y más emprendedores, o el Estado por cuenta propia, lleven a cabo lo que él no ha sabido hacer.

Un país no puede someterse a tener su existencia comprometida porque a unos cuantos caballeros particulares les place vegetar cruzados de brazos. La propiedad minera debe ser expropiada cuando sus tenedores no la exploten o la exploten mal.»

He aquí cómo los abusos de la propiedad particular, en casos como los presentes, justifican la invocación de ideas y principios que, hace algún tiempo, hubieran escandalizado.

Los hulleros españoles alegan sus razones para protestar contra las tasas, y nosotros seríamos injustos si no las recogiéramos. Dicen que han invertido, en poco tiempo, muchos millones, que deben recuperar. Justo; pero esos mi-

liones no están perdidos y tienen que producir. Sólo se trata de que no quieran ganar tan aprisa, sino poco a poco, sacrificando algo en aras del bien público.

En el Manifiesto por ellos publicado el 10 de diciembre decían que habían gastado de un golpe, «sólo en la cuenca asturiana, más de 12 millones de pesetas en beneficio de su personal, en mejorar sus instalaciones, en la apertura de pozos, adquisición de perforadoras y martillos picadores, construcción de barrios obreros, escuelas y hospitales, establecimiento de cooperativas de consumo, administradas por los propios obreros, y pagando las Empresas los gastos de alquiler y personal, lo que permite vender todos los artículos al mismo precio que antes de la guerra y el pan diez céntimos más barato que el precio de costo». Y añaden: «España consume unos siete millones y medio de toneladas de carbón, y sólo producía antes de la guerra de tres y medio a cuatro millones, lo que significaba un déficit de cerca de cuatro millones de toneladas. Pues bien; en lo que va de guerra, el esfuerzo de las Empresas ha hecho subir la producción a 5.200.000 toneladas, y es indudable que sin esto hubiéramos necesitado traer de fuera cuatro millones de toneladas, que, al precio mínimo de noventa pesetas, en que, según dicen, puede obtenerse el carbón americano, representa nada menos que 360 millones de pesetas en oro enviado al Extranjero. ¿Es que no se quiere que este dinero quede en España, que sigamos en esto como en tantas cosas siendo tributarios del Extranjero?»

Está bien que los hulleros tengan esas aspiraciones y las realicen, pero sin perjuicios inmediatos para el país.

— ¿Dependerá la crisis actual de la escasez o encarecimiento excesivo de los transportes, así de cabotaje como ferroviarios? Oigamos también al Sr. Cirici Ventalló, en lo relativo a los ferrocarriles del Norte de España. Dijo este crítico en *El Debate* del 5 de enero: «La Compañía del Norte, francesa por esencia y por potencia, con la mayor parte de su personal francés, ha contribuido no poco a empeorar la mala situación económica que nos creó la guerra europea. Nuestro problema de transportes hoy estaría en vísperas de gran alivio si la Compañía del Norte no hubiera sacrificado sus necesidades de nuevo material y de aumento de vapores al deseo de que primero fuesen atendidas las demandas del Gobierno francés. — «Nosotros podemos esperar; en cambio, Francia necesita material ferroviario con urgencia; primero, el Gobierno francés, porque la guerra está por encima de todo» — contestó la Compañía del Norte a la Sociedad constructora de Beasáin que le ofreció vagones, y en Beasáin se han construido, en efecto, *tres mil vagones* para Francia, mientras en España perecemos por falta de material móvil.»

Esa penuria del material y el no rebajar las tarifas de transporte ferroviario, no podrá atribuirlo la mencionada Compañía a la falta de ingresos, pues en el año de 1916 ha tenido *un exceso de ganancias, sobre las del año anterior, de 18.105.141 pesetas.*

El Gobierno, como no podía menos, ha tomado cartas en el asunto y parece ser que se están entregando a la Compañía del Norte 1.040 vagones, estando encargados a los Estados Unidos unos 1.500 y a las fábricas de Beasáin otros 2.000.

Últimamente, en la *Asamblea* celebrada en Bilbao el 17 por la *Cámara de Co-*

mercio, a la que concurrieron representantes de todas las fuerzas económicas bilbaínas, se han tomado, entre otros acuerdos importantísimos, el de adquirir, en cuanto sea posible, las acciones de la Compañía del Norte para arrancárselas de manos extranjeras, a fin de que sirvan con más fidelidad y eficacia a los intereses nacionales.

Por los pocos datos que hemos aportado puede columbrarse la situación y ver en dónde están las raíces del mal y en dónde debe aplicarse el remedio.

Los proyectos económicos del Ministro de Hacienda.—No podemos entrar en el análisis y crítica minuciosa del vastísimo plan de reformas económicas presentadas al Parlamento el 30 de septiembre por el actual Ministro de Hacienda, D. Santiago Alba. Bástenos decir que no tienen sólo carácter financiero, sino eminentemente social. Tales son, por ejemplo, el proyecto relativo al aumento de valor de la propiedad inmueble y régimen fiscal, la constitución de un Banco Agrícola Nacional, el de auxilios a las industrias nuevas y al desarrollo de las ya existentes, el de creación de un Banco Español de Comercio Exterior, etc., etc. Sea cualquiera el juicio definitivo que se forme sobre el conjunto de la obra, como meros cronistas debemos consignar en estas páginas, que han sido numerosas las entidades económicas y administrativas, como Cámaras de Comercio y de la Industria, Sindicatos Agrícolas, Municipios, etc., etc., que han manifestado a las Cortes y a los respectivos ministerios sus notas a favor de la pronta aprobación de tales proyectos económicos.

Pero el talento y acometividad innegables del Sr. Alba debían seguir otro camino. En vez de castigar de buenas a primeras al capital con tantos gravámenes (por qué no *le obliga* primero a dar de sí todo lo que puede y debe dar invirtiéndose en las industrias nacionales que necesitamos?

Movimiento patronal: Asamblea de los propietarios urbanos.—Los representantes de las *Cámaras de la Propiedad*, en número de 22 (de las 26 que hay en España), y los de 14 *Asociaciones de propietarios de España*, celebraron en Madrid, el 29 de octubre, una Asamblea para ocuparse de los proyectos del Sr. Alba en la parte que a la propiedad urbana afectan. Presidida por el ex Ministro Sr. Rodríguez San Pedro, los asambleístas examinaron los aludidos proyectos, estimando que las cargas que pesan sobre la propiedad urbana no consienten las agravaciones que sobre ella caerían, de aprobarse las reformas del Ministro, y acordando oponerse a ellas por todos los medios legales.

Asamblea de los alcoholeros.—El 30 de octubre celebraron Asamblea Nacional, en Madrid, los representantes de la fabricación de alcoholes vínicos e industriales, industrias derivadas y demás interesados en esta materia, para oponerse al proyecto de monopolio que figura en el plan económico del Ministro de Hacienda y constituir el *Sindicato Nacional* como medio de defensa de sus intereses.

Las conclusiones votadas fueron dos: Primera, de protestar contra el *monopolio*; segunda, de pedir el *statu quo* de la legislación vigente. También se habló de concertar con el Estado el que los alcoholeros se encargasen ellos mismos de la cobranza de los impuestos, con todas las facultades que tiene la Administración en el régimen vigente.

— Los viticultores de la comarca de Cariñena se reunieron el mismo día, en Zaragoza, para estudiar los proyectos económicos y tomar acuerdos sobre

ellos. Enviaron informes los viticultores de Navarra, Cataluña y otras regiones, aprobándose las siguientes conclusiones: 1.^a, la viticultura aragonesa necesita para su defensa que entre los alcoholes vínicos y los demás haya una margen diferencial de 50 pesetas por hectolitro; 2.^a, partiendo de ese principio, y necesitada además la viticultura de la posible elevación sobre el impuesto de los alcoholes, debe éste consistir, por lo menos, en 80 pesetas por hectolitro, en cuanto a los alcoholes vínicos, y 130 en lo que respecta a los demás; también es preciso que se grave la introducción en España del maíz, sorgo y demás sustancias que hayan de emplearse en la fabricación del alcohol; 3.^a, es inaceptable el monopolio del alcohol; el Estado debe percibir en la forma ordinaria el impuesto con que aquel producto resulta gravado; 4.^a, importa que se cumplan por las Autoridades de todo género, con celo y energía, las disposiciones penales de la fabricación de vinos, y 5.^a, en los locales donde se elabore, manipule o venda vino debe prohibirse la introducción y posesión de alcohol, de cualquier clase, y de sustancias o soluciones que puedan producirse por fermentación o destilación.

Hay que tener en cuenta que la cuestión de los alcoholes no sólo tiene aspecto económico o fiscal, sino que tiene un aspecto de moral social interesantísimo, y es plausible toda medida que tienda, primero, a regularizar, y luego, a restringir y suprimir su consumo, como no sea para fines industriales o medicinales.

Sépanlo, pues, los alcoholeros: su pleito está expuesto a muchas quiebras.

Asamblea de Agricultores.—La *Asociación de Agricultores de España*, que preside el Sr. Vizconde de Eza, celebró el 25 de noviembre en Madrid una importante Asamblea, con el objeto de solicitar que se supriman del Arancel los derechos impuestos a la importación de la gasolina y del petróleo bruto, y poner de manifiesto la importancia del empleo de la maquinaria agrícola en nuestros campos. En la Asamblea estaban representadas y adheridas todas las Cámaras agrícolas, Comunidades y Asociaciones de Agricultores de España.

El director de la *Estación de ensayos de maquinaria agrícola* y profesor de la *Escuela de Ingenieros Agrónomos*, Sr. Fernández Cortés, leyó un notable informe, enumerando las ventajas que ofrece la motocultura en sus diversos sistemas de tractores, con motores fijos o de tambor, mixtos y auto-arados; utilidad de los tractores ligeros en la agricultura, y, en suma, del cultivo mecánico en el campo de las realizaciones prácticas.

De las conclusiones aprobadas, mencionamos las siguientes: realizar ensayos y concursos prácticos de motocultivo, al objeto de solicitar, en tiempo oportuno, las correspondientes subvenciones del Estado; nombrar una comisión para realizar lo expuesto y proclamar la unión de los agricultores para perseverar enérgicamente en la consecución de sus fines.

También se acordó celebrar otra nueva Asamblea para examinar los nuevos proyectos de Hacienda, relacionados con la agricultura, y la influencia que sobre ella puede ejercer la guerra y la crisis de subsistencias.

Es decir que, tanto en los Estados Unidos como en España, se están construyendo por cuenta del Gobierno, y se seguirán construyendo en adelante, esta clase de unidades.

Movimiento obrero: la ley de Subsistencias.—Desde mediados de octubre, el Partido socialista emprendió una vigorosa campaña de mítines y mani-

festaciones en las principales poblaciones del Reino, pidiendo trabajo y abaratamiento de las subsistencias. Como remate, hemos tenido la huelga general de veinticuatro horas del día 18 de diciembre, que, como manifestación, no como acto de resistencia o de lucha, hay que confesar que fué un enorme éxito. Con la huelga simpatizaron muchísimos obreros católicos o no socialistas, otras clases sociales y algunos periódicos derechistas, como *La Nación*. ¿Qué pensar de todos estos fenómenos? Desde luego, que hay un abismo entre las leyes vigentes y las ideas populares, entre los fenómenos económicos y los derechos a la vida de las multitudes obreras. Casi todos convienen en lo razonable del motivo para todas estas protestas; pero los inmediatamente perjudicados por el paro y los que, por estética o comodidad... nunca ven con gusto las huelgas, claman contra esta manera de exteriorizarse las ansias proletarias. Y nosotros decimos: ¿qué otro medio tienen los obreros para hacerse oír? Los obreros, aislados, pasan inadvertidos; sólo llaman la atención cuando se presentan en masa y más bien amenazando que suplicando; los problemas que sugieren o cuya solución reclaman, a no ser cuando lo hacen en colectividad o manifestación, quedan arrinconados por los problemas que afectan directamente a los grandes intereses del Estado o de las Empresas y capitales particulares, en cuyas manos están los negocios económicos... ¿Qué es esto, sino estimular a la agitación y a la revuelta?

Otro aspecto de la cuestión. Los socialistas han dirigido todos esos movimientos, logrando para su causa muchas simpatías populares. Hay que confesar que los directores socialistas, sea con unos fines o sea con otros, saben ponerse del lado del Pueblo cuando llega el caso, saben aprovecharse de las circunstancias y acudir en los conflictos. No tendrán toda la masa obrera organizada a su lado; pero, organizados o no, los obreros obedecen sus órdenes y los siguen. ¿Cómo es que los católicos sociales no inician o no secundan nunca un movimiento así, ya que tantos motivos y ocasiones hay para ello, ya que nuestras ideas éticas y sociales nos llevan al lado de los que padecen hambre y sed de justicia? ¿No son sinceras esas ideas, o es que no tenemos la valentía de confesarlas practicándolas?

El que todo movimiento obrero iniciado por socialistas sea revolucionario, es ya un tópico demasiado gastado, y como no es siempre verdadero, jamás justificará nuestro sistemático retraimiento. La intervención de los obreros católicos en las huelgas haría que éstas se declarasen y dirigiese con más tino, con más prudencia y con tanta o mayor energía, siendo justas. Además, llevarían alguna solución práctica más aceptable y no se limitarían a ser como tantas veces ocurre *protestas negativas* o alardes de fuerza ¿Es que las muchedumbres pobres no tienen nunca razón? Si las clases poderosas no se quejan no será, seguramente, porque les vaya mal; pues ya saben moverse y protestar con vigor como hemos visto cuando ven amenazados sus intereses por el Ministerio de Hacienda.

Ante el de Gobernación elevaron las colectividades obreras las siguientes conclusiones:

Primera. Emisión de un empréstito de 1.000 millones de pesetas para destinar 500 millones a expropiación de terrenos baldíos y sin cultivar y a obras de irrigación; 300 a construcción de carreteras y ferrocarriles, y 200 a construir todas las Escuelas y Casas de Correos necesarias en España.

Segunda. Convenio con los navieros españoles para que transporten los artículos indispensables a la economía nacional y a la industria a precios sumamente económicos. Si para ello hubiera inconveniente, el Gobierno puede y debe apoderarse de la flota española. Si esto fuese insuficiente para las necesidades del tráfico español, el Gobierno debe también apoderarse de los barcos alemanes y austriacos depositados en nuestros puertos.

Tercera. Obligar a la superproducción de las minas de carbón españolas, apoderándose de ellas si las Compañías explotadoras pusieran obstáculos a este deseo, sin perjuicio de celebrar contratos especiales con el Gobierno inglés para la exportación de ese producto.

Cuarta. Obligar a las Compañías ferroviarias al establecimiento del material necesario para la conducción del carbón desde los puntos de origen y a que establezcan el mínimo de tarifas que rigen en otros países.

Quinta. Que el Gobierno obligue al Banco de España a la creación de una institución filial (análoga a la establecida en Suiza), que preste el 50 o el 60 por 100 sobre materias primas y manufacturadas.

Sexta. Que inmediatamente se apruebe en Cortes la ley de latifundios, para que no haya terrenos comunales baldíos, ni propiedades particulares sin cultivar. Todo terreno no laborable debe concederse en usufructo a quien quiera trabajarlo, mediante un canon igual a la cantidad que el terreno producía. El Gobierno adelantará para ello los aperos de labranza y las semillas necesarias.

Séptima. No permitirá la exportación de ningún producto agrícola ni industrial, mientras no se demuestre de una manera clara que la producción es superior al consumo nacional.

Octava. El Gobierno hará compras por su cuenta en España y en el Extranjero de todos los artículos de primera necesidad, como trigo, patatas, alubias, arroz, lentejas, carbón, etcétera, y desarrollará en forma nueva la institución de los Pósitos, vendiendo directamente al consumidor, si ello fuera preciso, y apoderándose de las fábricas de harinas.

Novena. Debe establecerse la franquicia arancelaria de todos los productos alimenticios, produzcanse o no en el país.

Décima. Limitación a un mínimo tributo de Aduanas de todo artefacto o materia aplicable a las industrias de alimentación, vestido, edificación o cultura, aunque originariamente constituyan un producto industrial.

Undécima. Establecimiento inmediato del impuesto sobre el valor del suelo, especialmente el urbano.

Duodécima. Recargo de ese impuesto sobre el valor del suelo en la parte de terreno que está destinada a vía pública por ensanche o apertura de calle o plaza, y sobre aquel en que se asienten edificios de más de cincuenta años de existencia.

Décimotercera. Municipalización inmediata de la venta de pan, carne y carbón.

Décimocuarta. Comienzo inmediato de las obras del extrarradio, de los Ministerios de Marina e Instrucción Pública; impulsar las obras de la Almudena, Basílica de Atocha y cementerio de la Almudena; construcción de un nuevo Congreso de los Diputados y de un edificio para la Casa de la Moneda, y ejecución de un plan completo de alcantarillas y saneamiento del subsuelo; y

Décimoquinta. Completa amnistía para los presos y procesados por delitos político-sociales y para los considerados como autores de delitos comunes ocasionados con motivo de huelgas.

La nueva promulgación de la *Ley de Subsistencias* y su Reglamento, aparecido el 24 de noviembre, respondieron a algunas de esas, en general razonables peticiones; pues se faculta al Gobierno para la incautación, expropiación o explotación de minas, fábricas de gas, comunicaciones terrestres y marítimas, si fuere necesario; para limitar o reglamentar el consumo e imponer *tasas* a los artículos; para adquirir por cuenta propia substancias alimenticias y primeras materias; prohibir las exportaciones, etcétera. Lo malo es que esta ley, como tantas otras que tenemos, no se cumplen como es debido. El excelente régimen de *tasas* (¡pobre liberalismo económico!), que debía quedar permanente, ha demostrado, en la medida de su aplicación, varias cosas: 1.º, que es indispensable un catastro perfecto y una labor constante de estadística económica, en lo que no han pensado los Gobiernos y sin lo que no es posible una política verdaderamente social; 2.º, que es excesivo el número de *intermediarios*, de almacenistas, de comerciantes, etcétera. Con un pequeño sobreprecio en los artículos ganarían bastante los comerciantes, siendo pocos; porque entonces cada uno vendería más. De este modo, con tantísimo intermediario, los artículos tienen que encarecerse extraordinariamente, para que todos los comerciantes puedan vivir con lo relativamente poco que han de vender, dada la concurrencia, y 3.º, que como, aún con las *tasas*, hay ganancias en el comercio, parece que las gentes se orientan hacia el *cooperativismo*, prefiriendo las pocas, pero seguras, ganancias en sociedad, sin los riesgos de las empresas puramente particulares.

La emigración a Francia: acción mancomunada de los socialistas españoles y franceses.—Durante los últimos días de octubre se han celebrado en San Sebastián algunas reuniones por los delegados de la *Unión general de Trabajadores*, de España, y de la *Confederación general del Trabajo*, de Francia, con el objeto de regularizar y garantizar la emigración de obreros españoles a la vecina República. Por virtud de los acuerdos allí estipulados, la *Unión general de Trabajadores* se encarga de servir de intermediaria para el reclutamiento de los obreros españoles que deseen ir a Francia, garantizando al mismo tiempo la capacidad profesional y la moralidad de los trabajadores que envíe.

Por su parte, la *Confederación general del Trabajo* se compromete a que los obreros españoles sean equiparados a los franceses en las profesiones respectivas, otorgándoles la misma libertad sindical y las mismas condiciones de salarios y horas en las regiones a que sean destinados. Todas estas condiciones y datos respecto a la vida de los trabajadores en Francia y en cada uno de sus departamentos serán comunicadas de antemano a los obreros españoles que hayan de emigrar. Estos llevarán, además, las señas de los Sindicatos franceses de la región adonde vayan, y en ellos recibirán la tarjeta de asociado en el Sindicato de su oficio, con el sello de la *Confederación*, con lo que el emigrado será recibido y amparado por los camaradas franceses como uno de ellos.

Desde el punto de vista puramente profesional, esto es laudable, y nosotros lo aplaudimos sin reservas, holgándonos de que los socialistas españo-

les hagan algo práctico. Muchas veces hemos dicho, y lo repetimos siempre, que si no fuese por el matiz político y anticatólico que tienen las organizaciones socialistas en España, sería bastante fácil una aproximación entre éstas y los nacientes Sindicatos católicos de orientación francamente libre.

Pero entretanto que esto no suceda, ¿qué hacen las entidades católicas, así españolas como francesas? ¿Qué hace la *Asociación de San Rafael para la protección del emigrante*? ¿Cómo no se apercibe el mundo católico para la solución de ese problema económico-espiritual, que ha de presentarse, forzosamente, más agravado después de la paz? Así las cosas, todos los obreros españoles que emigren a Francia se verán obligados a ser socialistas.

El Ateneo de Madrid y los problemas obreros.—La Sección de Ciencias Morales y Políticas de este Centro abre el curso de 1916 1917 con una información pública sobre el tema: «Situación, aspiraciones y porvenir del proletariado español.»—Cuestionario: A.—Programa máximo.

Principios ideales en que debe fundar sus aspiraciones el proletariado español.

B.—Programa mínimo.

1) REFORMAS ECONOMICAS URGENTES.

2) REFORMAS POLITICAS NECESARIAS.

Actuación política y parlamentaria de las organizaciones obreras.

3) REFORMAS RELIGIOSAS, MORALES Y CULTURALES.

La lucha de clases, la enseñanza técnica y profesional, etcétera.

4) REFORMAS TRIBUTARIAS PRECISAS.

Los impuestos indirectos, especialmente el de consumos. La contribución territorial y la «plus valía».

5) REFORMAS DE CARACTER SOCIAL INAPLAZABLES.

a) En materia de sindicación: ¿sindicación libre, u obligatoria?

b) En materia de huelga: la huelga de funcionarios públicos y de obreros de servicios públicos (ferrocarriles, etcétera).

c) En materia de salario y de jornada del trabajo.

Salario mínimo, familiar y participación en los beneficios. El valor real del salario y el problema de las subsistencias.

d) Instituciones de Previsión y de Asistencia. ¿Seguro obligatorio?

6) REFORMAS EN EL DERECHO CIVIL.

Régimen de propiedad, herencia, contratos, organización de la familia.

7) SITUACION JURIDICA, ECONOMICA Y POLITICA DE LA MUJER Y LOS NIÑOS.

El feminismo; la función educativa del menor, ¿a quién corresponde?

8) PACIFISMO. ¿ORGANIZACION INTERNACIONAL DEL PROLETARIADO?

C.—Procedimiento para las reformas. ¿Transformación evolutiva, o transformación revolucionaria?

La Sección, cuyo Secretario primero es nuestro querido y joven amigo don José Calvo Sotelo, ruega a todas las entidades que acudan a la información se sirvan consignar minuciosamente: número de afiliados, obras sociales con que cuenta, vida económica, publicaciones que edita y demás detalles demostrativos de su actuación.

Podrán concurrir a la información todas las personas y colectividades invitadas por la Sección. Las colectividades obreras deberán tenerse por invitadas aunque no recibiesen especial requerimiento.

La información podrá ser oral y escrita. Las orales tendrán lugar en el salón de actos del Ateneo de Madrid, los días y horas que la Sección señale. Las escritas deberán redactarse en forma clara, abarcando todos o alguno tan sólo de los problemas comprendidos en el Cuestionario; no se fija extensión máxima, pero sí se exigirá que todos los escritos concreten en conclusiones las afirmaciones razonadas en el mismo.

Caso de abrirse discusión sobre las afirmaciones de algún informante, éste tendrá derecho a intervenir en ella, por sí o por medio de representante suyo, en la forma que la Sección señale.

Se suplica a todas las Corporaciones y organizaciones directamente invitadas hagan llegar la noticia de esta información, y la invitación para intervenir en ella, a aquellas otras colectividades que con ella guarden vínculos federativos o de cualquier otro género.

Movimiento social católico.—La mucha extensión que adquirió ya esta crónica, nos obliga a poner aquí punto final, dejando para la próxima lo referente al movimiento social católico que tiene capítulos tan interesantes como: La disolución de la *Acción Social Popular*, de Barcelona, y su nueva reorganización en *Acción Popular* bajo los auspicios del Sr. Obispo de la diócesis, Sr. Reig, uno de nuestros eminentes Prelados sociales; la nueva actuación del P. Gerard y la constitución de la CONFEDERACIÓN NACIONAL DE LOS SINDICATOS LIBRES CATÓLICOS.

FR. JOSÉ D. GAFO, O. P.

Madrid, 20 enero de 1917.

ITALIA

La Internacionale cristiana.—En nuestra penúltima crónica hablamos de las negociaciones y acuerdos llevados a cabo entre el Gobierno francés y el italiano para fomentar y dirigir la emigración italiana hacia Francia. Estos acuerdos, aunque hayan sido realizados con el propósito de que comiencen, desde luego, a aplicarse, es bien fácil comprender que el actual estado de cosas no consiente una aplicación amplia y que será preciso aguardar la conclusión del conflicto europeo y el restablecimiento de la vida normal. Será este de la emigración en Francia uno de los problemas del *dopo guerra*, como aquí dicen. Pero es el caso que para la actuación de esos convenios gubernativos se han instituido Comisiones mixtas, compuestas de empleados oficiales y delegados de las Confederaciones generales obreras de Italia y Francia. Pero estas Confederaciones en Italia son dos: la «Umanitaria», de carácter netamente masonico, y la «Confederación general del Trabajo», socialista; lo que significa que la dirección de los emigrantes italianos quedará toda en poder de las Asociaciones anticristianas, con el daño religioso que se puede suponer. De aquí ha nacido la idea de una Internacional cristiana para los asuntos de la emigración primero; pero que luego podría extenderse a más: a tomar parte en el proyectado Parlamento internacional proletario, encaminado a estudiar los pro-

blemas sociales que suscita la vida internacional obrera y a pedir a los Gobiernos las medidas concordadas que sean necesarias. Algunos escritores de la *Settimana Sociale*, órgano de la «Unión Popular Católica», y de la *Azione Sociale*, órgano de la «Unión Económico-Social», han discutido este problema y considerado las varias soluciones prácticas que podría tener en la actualidad. El proyecto de esta Internacional no es posible sin la unión de las Asociaciones obreras católicas en un solo Centro representativo, lo cual presupone para bien ser la organización profesional de cada ramo en Federaciones nacionales, cosa que en Italia está apenas comenzada, pues no existen sino pocas Confederaciones nacionales obreras. Pero esto pudiera remediarse tomando la misma «Unión Económico-Social» la representación de las clases obreras, ya que, según la nueva constitución de ésta, todas las Asociaciones obreras *deben* adherirse a ella. Otro inconveniente mayor vendría de la falta de Confederaciones profesionales católicas en Francia y aun de materia para formarlas, pues el movimiento sindical apenas existe en Francia. La solución posible que queda será pedir para la «Unión Económico-Social» el reconocimiento oficial para entenderse con el *Oficio de Emigración*, de Roma, y con los otros órganos correspondientes de Francia.

Por el Derecho internacional cristiano.—La Junta directiva de la «Acción Católica», a propuesta de su presidente honorario, D. José Toniolo, resolvió la constitución de la *Comisión italiana* «para promover el estudio del Derecho internacional según las tradiciones y principios de la cultura cristiana, poniéndose en relación con los demás estudiosos del Extranjero». La Comisión se compone del profesor Toniolo, Pisa; profesor Alejandro Corsi, Turín; profesor Antonio Boggiano, Génova; av. Vicente Mangano, Palermo; conde Carlos Santucci, Roma; Mons. Salvador Talamo, Roma; profesor Antonio Bettanini, Padua; profesor Tredeci, Milán; profesor Olgiati, Milán; profesor Carmelo Caristia, Roma.

Los obispos lombardos, por la acción católica.—En su última conferencia, los prelados de la Lombardía han dirigido una pastoral colectiva a sus fieles, en la que se concluye recomendando la acción social. Creo útil traducir lo sustancial de este importante documento:

«En fin, debemos recordaros a todos la urgente y gravísima necesidad, y, de consiguiente, el estricto deber, de unir nuestras fuerzas en concorde disciplina para todas aquellas obras de acción religiosa, civil y social que suelen comprenderse bajo la común denominación de *Acción Católica*. Considerado bien que hoy, dadas las condiciones de la vida social, y la parte que cada ciudadano puede tener en la dirección de la vida y de las costumbres públicas, la caridad para con Dios y para con el prójimo, el amor de la familia y de la patria, la misma tutela de la libertad religiosa y civil, como la tutela de los intereses materiales privados y de clase, requieren e imponen la constitución de organizaciones bien dirigidas y disciplinadas y animadas de espíritu sinceramente cristiano. Por donde ninguno puede hoy pretender el nombre de perfecto cristiano, como individuo y como ciudadano, sin adherirse a las organizaciones católicas aprobadas y vigiladas por la Iglesia, y sin prestarles la propia cooperación de medios y de obras.

»Bien es verdad que las dolorosas condiciones del actual momento hacen más difícil la reorganización de la acción católica; pero también es cierto que en

esta sangrienta crisis que atravesamos se maduran nuevas direcciones políticas y sociales, en las que la eficacia saludable de la idea cristiana no se hará sentir, sino en proporción del influjo que los católicos hubiesen sabido ejercitar con la fuerza de sus organizaciones. Es difícil, pero urgente y sumamente necesario, que las Asociaciones católicas se reorganicen y emprendan nueva vida.

.....
 »Y porque las grandes fuerzas que dominarán la vida social serán la Escuela, la Prensa y el Trabajo, recomendamos instantemente a todos los católicos de prestar todo su apoyo y actividad a la organización de las escuelas católicas y a la reivindicación de la verdadera libertad de la escuela, a la organización y difusión de la Prensa católica y, por lo mismo, a la *Asociación Nacional de la Buena Prensa*; en fin, a la organización de las clases obreras según los principios cristianos para la verdadera y armónica elevación de las mismas, no sólo económica y jurídica, sino también, y sobre todo, moral y religiosa.

»La tutela de los derechos de Dios y de las almas, el ejercicio y la defensa de la propia libertad religiosa, los intereses supremos de la familia y de la patria, el verdadero y sólido progreso de la cultura humana en la plena armonía de sus elementos; todo esto requiere el esfuerzo concorde y generoso de todos; que nadie vacile; que nadie, por falsos temores, o por bajos egoísmos o por innoble pereza, se retire. Es supremo interés de todos y es para todos un solemne deber.»

La Prensa semanal.—Conocen ya nuestros lectores la *Junta de la Buena Prensa*, instituida el año pasado por el Sumo Pontífice. Plácenos ahora referir los trabajos que se realizan para el perfeccionamiento de la Prensa semanal. La Junta ha querido basar sólidamente su actuación, para lo cual se propuso hacer una estadística de toda la Prensa católica. El lento progreso con que llegaban las respuestas, las repetidas instancias que fueron necesarias para obtener de muchos una confesión explícita de catolicismo y una respuesta a las preguntas del cuestionario propuesto, no abogan en nada por la disciplina y el celo de la Prensa. Concretada a la Prensa semanal, de cuya organización y mejora ahora se discute, será bien referir aquí sumariamente el resultado de la estadística: la Italia septentrional cuenta con 52 publicaciones, de las que 42 son semanales, y las otras 10 salen con mayores o menores intervalos; la tirada total alcanza a 180.000 ejemplares, habiendo entre ellos un semanario que alcanza 26.000 ejemplares, otros que pasan de 10.000, otros de 9.000. La Italia central cuenta sólo 36 publicaciones, de las que 32 son semanales, con un total de 35.000 ejemplares; la Italia meridional tiene sólo 13, de las que siete son semanales, y bimensuales las restantes, con una tirada de 11.000 ejemplares; finalmente, la Italia insular posee ocho publicaciones, con 7.300 ejemplares. La suma total es de 109 publicaciones, de las que 88 son semanales, con 235.000 ejemplares. Para mejorar todas esas publicaciones hay quien propone la fusión de muchos semanarios que fuesen sustituidos por otros interdiocesanos, que constarían de una parte común a todas las diócesis y otra local redactada en cada localidad. Pero la idea que parece más práctica a la mayoría de los semanarios, y que parece ser también la de la Junta de la Buena Prensa, es la de una Confederación general con una agencia en Roma, la cual suministre artículos varios, noticias, normas directivas, etc., con lo que los semanarios, sin

perder su valor local y su personalidad, adquirirían mayor solidez y unidad de dirección doctrinal.

Las Federaciones nacionales.—Si el movimiento se demuestra andando, la fuerza de los Sindicatos y Federaciones católicos nacionales se demuestra por sus frutos. En el pasado julio, el Sindicato ferroviario ha obtenido un verdadero triunfo, logrando condensar los deseos de toda la clase en el memorial que presentó al ministro de Transportes, que se resume en las tres peticiones siguientes: 1.^a Procedimientos para extender a toda la clase ferroviaria la indemnidad por el encarecimiento de la vida, que al presente se concede sólo a los ferroviarios en ciertas zonas de guerra. 2.^a Mejoras en las deliberaciones de la Comisión investigadora sobre el personal. 3.^a Amnistía general para los licenciados por las huelgas de 1907 y 1914. Análogas ventajas han podido lograr para sus asociados, y para la clase toda, Unión Nacional de los Postelegráficos, de las Cajas rurales y el Sindicato textil. Pero tiene singular importancia el congreso celebrado el mes pasado en Milán por la Federación de los obreros del campo, cuya organización había sido encomendada de un modo especial en la carta del Card. secretario de Estado el año pasado. Los representantes que al congreso asistieron pertenecen todos a la Alta Italia, donde los obreros del campo cuentan con serias organizaciones católicas. Quedó por el momento nombrada una especial Comisión para redactar el reglamento sobre las bases ya aprobadas, el cual será luego sometido a la aprobación definitiva del próximo congreso. Las bases son las siguientes: 1.^a Organización nacional especializada para los asalariados agrícolas, fijos o adventicios, sobre el principio federal con secciones provinciales cuanto sea posible. 2.^a Organos especiales y disciplinados con normas propias: a) de colocación en el interior; b) de tutela y representación sindical de nuestra emigración agrícola en el Extranjero. 3.^a Base financiera de la Federación: cuota anual establecida por la Federación misma, con facultad de recogerla por parte de las secciones locales. 4.^a Competencia exclusiva de la Federación para la acción general, técnico-profesional y político-legislativa que interesa toda la clase. 5.^a Congreso general de los asociados cada bienio; un Consejo general nombrado por las secciones en proporción del número de sus representados. 6.^a Constitución inmediata de la Federación con un Consejo provisorio que cuide de su constitución definitiva, promueva la organización y represente la nueva organización ante el país, agitando la opinión y tomando posición de frente a los muchos problemas urgentes que interesan en este momento el trabajo agrícola.

En la misma junta se formularon las siguientes conclusiones: «El Congreso, lamentando que las maestranzas agrícolas hayan quedado, por lo común, excluidas de las mejoras conseguidas sobre los contratos del trabajo por las maestranzas industriales, para hacer frente a las exigencias agravadas de la vida, se propone agitar el grave problema ante la opinión y ante los Poderes públicos para obtener oportunas provisiones. Ante el creciente empleo de la mano de obra femenina en las labores agrícolas, el Congreso sostiene que tal hecho debe ser objeto de normas ordenadas a asegurar la salud física y la dignidad de la mujer, además de impedir que esto produzca una ilícita concurrencia en perjuicio de la mano de obra del hombre; afirma, por lo mismo, el principio que aun en agricultura por igual labor debe concederse igual salario a la mujer que al hombre, y pertenece también a los Poderes públicos intervenir en

el asunto. Semejantes conclusiones, que estamos seguros no quedarán letra muerta, demuestran la actividad de los católicos en el campo profesional.

La Federación Italiana de pequeños rentistas, privada al presente de la mayor parte de los socios, que se encuentran sobre las armas, ha elaborado un programa para la renovación de la acción y la reorganización de las fuerzas federales de la guerra y para tener entretanto vivo el fuego del entusiasmo. El programa abarca los diez puntos que siguen: 1.º Investigación nacional sobre las condiciones de la pequeña propiedad rural. 2.º Representación pública y permanente, nacional y local de los pequeños propietarios, con funciones consultiva y reguladora. 3.º Exención tributaria de las cuotas mínimas, reclamada por razones de humanidad a la vez que de equidad social y de conveniencia administrativa y técnica. 4.º Desgravación y perecuación de los cargos fiscales que gravan los traspasos y sucesiones para las menores propiedades inmuebles. 5.º Insequestrabilidad de las pequeñas propiedades fondiarias. 6.º Incremento del pequeño crédito agrícola. 7.º Desgravación y ayuda a la Institución libre de previsión, mutualidad y cooperación. 8.º Extensión de las pensiones de invalidez y vejez. 9.º Reforma de la ley Forestal en armonía con las necesidades de los menos habientes y reforma de la ley sobre las derivaciones y usos de las aguas públicas en conformidad con los derechos de las poblaciones montañosas y de los trabajadores rurales. 10.º Desarrollo de la instrucción agraria.»

La expropiación de las tierras incultas.—La abundancia de los latifundios, la grande extensión de tierras afectas de la molasa y otras muchas causas que constituyen un atraso para la agricultura y un malestar para la población agrícola, que se ve así obligada a emigrar, han causado en Italia graves trastornos a comenzar desde los años 1904 y 1905, en que éstos fueron, sobre todo, graves en la campiña romana. La guerra europea vino a agravar la situación, obligando a repatriarse muchos miles de emigrados, privando de sus medios de subsistencia a muchos otros que vivían de las industrias, las cuales con la guerra están decaídas y no se levantarán tan pronto. Este conjunto de causas ha venido a poner de nuevo sobre el tapete el problema agrario y la necesidad de una amplia solución adaptable a las varias regiones de Italia. El punto principal, que se ha debatido en la Prensa y en las reuniones obreras, es el de la expropiación forzosa de los latifundios y la distribución de éstos a colectividades o individuos que tomen a su cargo el cultivo intensivo de los mismos. El problema, como se ve, es complicado, porque no puede adoptarse la simple solución radicalista de obligar a los propietarios negligentes en cumplir los deberes sociales que lleva consigo la propiedad terrera destinada al mantenimiento de la población. Además, la bonificación de las tierras requiere primero el saneamiento de las mismas, la construcción de vías, canales, pantanos, industrias que no pueden realizarse sin grandes medios financieros. Aquí se encuentra enfrente la doctrina socialista, que tiende al colectivismo, y la católica, que mira, en último término, a constituir la propiedad de familia. La cuestión sigue sobre el tapete esperando una providencia gubernamental, que, según dicen, no tardará en llegar.

Los huérfanos de la guerra.—El Sr. Salandra había anunciado el proyecto de una ley sobre los huérfanos de la guerra, que suscitó graves y fundadas alarmas de los católicos. Suponía la ley en cuestión que el socorrer a los huérfanos era para el Estado no un deber de justicia, sino un acto de beneficencia;

esta beneficencia pretendía ejercitarla dedicando a ella los bienes dotales u otros que la generosidad de los antiguos testadores había dejado para fines señalados y de los que el Estado se constituyó administrador; luego consideraba las viudas como incapaces de desempeñar su oficio de madres y tutoras de sus propios hijos y constituía todos los huérfanos pupilos del Estado, el cual encargaba de ellos a una Comisión de nueve individuos políticos y otros subalternos nombrados por ésta.

La Prensa católica, siguiendo las inspiraciones de la «Unión Popular», combatió enérgicamente el proyecto de ley, logrando que fuese, con honor o sin él, sepultado, pues eso significa el decreto provisorio publicado recientemente por el Sr. Boselli. En él, efectivamente, se establece (art. 11) que «la asistencia debe ejercitarse dejando, a ser posible, el huérfano en su familia y socorriéndole en casa de quien ejercite sobre él la patria-potestad o la tutoría». Y sobre el consejo de familia o de tutela del huérfano, dice, puede ser compuesto de sólo dos miembros, pudiendo las mujeres formar parte de él y ejercer libremente sus funciones (art. 9.º). La alta vigilancia sobre la asistencia es confiada, en cada provincia, a un Comité, compuesto del prefecto, presidente; del juez, para la tutela; del médico provincial y de los miembros designados por la Comisión provincial de Beneficencia pública. A este Comité toca hacer al Gobierno las peticiones de subvención. En los Municipios pequeños puede este Comité provincial constituir una Comisión local encargada de velar sobre los huérfanos. Esta la compondrá el juez, el oficial sanitario, el maestro elemental y el párroco. Todas estas disposiciones tienden a descentralizar la asistencia de los huérfanos, cosa muy importante, ya que la burocracia centralizadora es el vicio de la Administración del Estado. Pero todavía es más importante el artículo 6.º, que dice: «La Congregación de caridad y las otras entidades públicas, las Asociaciones, Comités, Institutos en favor de la infancia abandonada, las escuelas, colonias agrícolas, patronatos, etc., reconocidos por decreto gubernativo o prefecticio, pueden ser encargados por el Comité provincial de ejercitar la vigilancia sobre los huérfanos de guerra y, donde sea necesario, asumir temporalmente la tutela.» Y el art. 13 dice: «Los Institutos nacionales reconocidos por el Gobierno como destinados a proveer y promover Asociaciones o entidades de asistencia y educación profesional en favor de todas o de algunas categorías de los huérfanos de guerra, v. gr.: los hijos de los maestros elementales, de los labradores, de la gente de mar, etc., serán regulados por las normas contenidas en los propios estatutos aprobados con decreto real. En los estatutos se deberán establecer también las normas tocantes a las relaciones con los Comités y entidades locales y cuanto se refiere a la vigilancia y asistencia de los huérfanos.»

La «Unión Popular» ha formado en Roma la *Obra Nacional de los huérfanos de la guerra*, cuyo presidente es el príncipe Luis Buoncompagni. Esta Obra está para ser reconocida por el Gobierno. Bajo su impulso se constituyen en casi todas las diócesis Comités diocesanos, subordinados a éste. Es fácil comprender las ventajas que, mediante este decreto y con los innumerables Institutos de caridad que existen, se pueden hacer en favor de la educación cristiana de los huérfanos de la guerra, que el anterior proyecto de Salandra tendía a convertir en pupilos del Estado laico.

Otro decreto de gran importancia social es el que se refiere a la reeducación

de los inválidos de la guerra, a los cuales se trata de proveer de un nuevo y honrado modo de atender a su subsistencia, según las condiciones de cada uno.

De todo esto resulta que, entre los muchos males que la guerra trae consigo, dos bienes se van consiguiendo: *un examen de conciencia nacional* sobre el estado de la vida toda y *una conciencia viva de solidaridad nacional* para remediar los males que la guerra causa a los individuos.

FR. A. CUETO, O. P.

Roma, enero de 1917.

BRASIL

Aspecto nacional.—En la capital de nuestro país hay algunos espíritus inquietos que hace ya tiempo se dedican a la propaganda de nuevas formas republicanas de Gobierno; al frente de esos agitadores se cuenta el parlamentario Mauricio de la Cerda y el periodista inquieto Agripino Nazareth.

La Policía ha descubierto verdaderos complots, tramas de una red extensa, en cuya urdimbre entraban oficiales inferiores del Ejército. Con frecuencia se repiten los abortos de conspiraciones, aunque a veces los abulta la Policía, quedando en ridículo y haciendo más terrorífica esa campaña alarmista.

—Otro asunto hay más grave, y es la intromisión de los consulados ingleses en los asuntos brasileños, llegando a impedir la realización de transacciones ajustadas y el embarque de productos de nuestras industrias, como en el caso del Combustible a la Compañía de Pesca «Santos» y el embarque de caucho en el puerto de Manaus. Estos hechos han provocado la censura más justificada de parte de todos los ciudadanos que sienten amor al mantenimiento de nuestra neutralidad e independencia, por considerarlos como atentatorios a la Soberanía Nacional. No se comprende de ninguna manera esa actitud antipática, tomada repentinamente por los representantes de Jorge V, que quieren dar leyes en casa ajena. El Brasil se ha mantenido neutral desde el principio de la guerra, que hace más de dos años está reduciendo a escombros el Viejo Mundo. No se inclinó (muycuerdamente hecho) a ninguno de los países beligerantes, y por eso debía sólo de merecer respeto y consideración de todos ellos. Es, pues, injustificable la actitud británica, que llega a tomar las proporciones de una provocación...

Celando sus intereses...—No obstante faltar siete años para que termine el plazo de concesión que desde hace tiempo viene disfrutando la Compañía de Ferrocarriles «São Paulo Railway», está ya preocupándose seriamente por la ampliación del plazo, prolongando los años de concesión. La Dirección general interpone cerca del Gobierno sus mejores influencias, aprovechando los más hábiles abogados administrativos y los políticos de más prestigio.

Ya ofreció TRES MILLONES DE LIBRAS ESTERLINAS para obtener dicha prórroga; cantidad que en los tiempos que corremos, de graves crisis financieras, es capaz de avivar al más torpe y mover a un muerto. El Gobierno ha encontrado excesivamente bajo ese precio para prorrogar la concesión. Si le ofrecen CINCO millones en lugar de TRES, hay todas las probabilidades de que se rinde y otorga el favor.

En la liquidación de este negocio hay promesa de grandes comisiones a los

intermediarios, que por ellas se mueven más que por defender el interés público en torno del Dr. Braz.

Renovada la concesión, habrá que resarcirse del dinero que costó renovarla; lo cual debe hacerse de forma que no sufran merma los dividendos de los accionistas.

Y si es tan grave la crisis que atormenta a todas las clases sociales de este país, preguntará ingenuamente el lector, ¿de qué medios se valdrá la «São Paulo Railway» para aumentar su renta líquida? Pues, muy sencillamente, se le puede contestar: simplemente con elevar la tarifa de transportes. Claro que la Agricultura, el Comercio, la Industria y el Trabajo del país sufrirán mucho... Pero en cambio irá en auge la afortunada Empresa británica.

Exposiciones Agro-pecuarias.—Dos se han celebrado recientemente: una en São Carlos y la otra en São José do Rio Pardo; y las dos han ofrecido una idea magnífica del florecimiento en que se hallan las industrias pecuarias en este Estado de São Paulo. El público miraba con ojos de admiración aquellos hermosos ejemplares, cuya existencia ignoraba; se ha sorprendido de tenerlos casi a las puertas de casa, e indudablemente contribuirán las dos a fomentar conocimientos y aunar los esfuerzos para mejorar cada vez más nuestras razas. Hay aquí grandes anhelos por todo lo que significa adelanto, progreso y prosperidad. Ahora la industria debe mirar muy alto, ampliando más el horizonte de su actividad e influencia en la competencia comercial iniciada por la guerra europea.

Disponiendo de un suelo privilegiado como es São Paulo, que se extiende en anchas planicies de esmeralda, donde los ganados hallan pastos abundosos, cometería este Estado brasileño un desatino imperdonable no sacando el partido posible de su situación ventajosa. Estas Exposiciones, cuyo éxito sobrepasó los más lisonjeros optimismos, fueron la prueba irrefragable, por el número y calidad de los productos que a ella concurrieron, de la potencia de nuestros campos, de la inteligencia de nuestros hombres y del excelente criterio que los guía.

Prensa católica.—A pesar de las numerosas tentativas que se han hecho aquí para la organización de la Prensa católica de forma que esté en condiciones de poder desempeñar airoosamente la ardua misión que le compete en esta sociedad tan erizada de prejuicios y arbitrariedades; a pesar de todas esas tentativas, hemos de confesar, tristemente, que no hay en el Brasil un diario genuinamente católico que satisfaga plenamente las aspiraciones y necesidades de los católicos.

Hay en el Estado de Ceará un diario (*O Correio do Ceará*) que se presentó como católico, francamente; mas, poco tiempo después de su aparición, meses apenas, viendo que le faltaban los medios indispensables de subsistencia, se ha transformado en diario de información simplemente, aunque en el fondo persevera como católico. Es el único periódico brasileño en cuyas columnas no permite jamás que se injurie ni vitupere la Religión de la mayoría del país.

Hay en las diócesis y parroquias semanarios, hojas, revistas mensuales, en los cuales se gastan muchos *contos de reis*. Pero no corresponden ni pueden corresponder a lo que se necesita hoy, al papel evangelizador importantísimo que debe desempeñar la Prensa de nuestros días. Una revista tan artística y

hermosa como *Rosas y Espinas* que nos viene de España, ni la podemos soñar.

La *Gazeta do Povo*, cuya suspensión ha sido una pérdida dolorosísima, un desastre para la Prensa católica del Brasil. Bien puedo hablar yo de ella, porque era el Administrador Gerente. En todo el grande Estado de São Paulo, que cuenta más de millón y medio de habitantes, no hay actualmente ni un diario católico (como antes advierto), siendo muchos los acatólicos.

Era dicha *Gazeta* órgano oficial de la Archidiócesis de São Paulo, y no pocos buenos servicios ha prestado a la causa de la Religión. Después de algunos años de vida accidentada, en que los déficits se sucedían sin cesar, a pesar de la posible economía con que vivía, viendo las pérdidas que acarreaaba, agrandadas por la crisis económica provocada por la guerra, hubo de interrumpir su publicación.

Fué una de tantas tentativas fracasadas.

No es todo debido (como algunas veces se cree) a la apatía de los católicos que no favorecen su Prensa. Si los católicos abandonan frecuentemente sus periódicos, es porque éstos no corresponden a sus necesidades y aspiraciones, ni tampoco a las de la Santa Religión.

Organícese aquí una gran Empresa periodística con el capital necesario para montar su buen diario, completo en todos los sentidos, con amplio servicio telegráfico, con hermosas informaciones del país y del Extranjero; que ese diario esté bien escrito y mejor administrado; que al lado del artículo doctrinal tenga el comentario breve a los hechos del día; que intervenga noblemente, valientemente, en la política y que tenga las demás secciones que integran a un diario moderno; y veremos después que los católicos dejan los periódicos menos afines y prefieren los suyos, los genuinamente suyos. Mientras no se haga esto, todo el dinero que se gaste será perdido.

Y ahora nos ocurre preguntar: después del fracaso de *Gazeta do Povo*, ¿cuál será el órgano oficial de la Archidiócesis? Porque si, a pesar de esta circunstancia, que debía darle tanto prestigio, fracasó el diario, ¿quién se atreverá a fundar otro? No lo sabemos. Lo que sabemos es que la desaparición de la *Gazeta* de la arena de la publicidad debe considerarse como un gran desastre en el campo católico.

AMÉRICO JOSÉ RODRÍGUEZ.

Sao Paulo, diciembre de 1916.

ESTADOS UNIDOS

La Semana Católica de Nueva-York.—Con esta denominación se ha celebrado en la gran metrópoli norteamericana, durante la semana que comenzó el día 20 de agosto del presente año, una numerosa asamblea de católicos, reunidos con el objeto de tratar acerca de los principales problemas de actualidad que más afectan a los intereses de la Iglesia Católica y a los de la República. De la importancia de dicha asamblea podrá formarse idea por el número de 20.000 (veinte mil) católicos que formaron parte de la misma, y, sobre todo, por la asistencia personal, cosa que sucede muy raras veces, de los tres eminentísimos Cardenales norteamericanos Gibbons, de Baltimore; Farley, de Nueva-York, y O'Connell, de Boston.

La «Federación Americana de las Sociedades Católicas».—El principal núcleo de la asamblea, de la que acabo de hacer mención, lo constituyen los miembros de la *Federación Americana de las Sociedades Católicas*, acerca de la cual me parece ser de gran interés decir algunas palabras.

Es una Federación que se compone en la actualidad de 2.000.000 (dos millones) de católicos, y su objeto, en conformidad con el nombre con que se la designa, es servir de lazo de comunicación entre todas las demás organizaciones católicas que existen aquí en tan grande número con distintas finalidades subordinadas a una común a todas ellas, que es el progreso del catolicismo y a la vez el mayor bien de la Nación bajo la influencia saludable de la vida católica. Por medio de esta Federación se establece una estrecha unión de relaciones entre las parroquias, clero, católicos en general, y vienen a ser comunes las ideas, iniciativas, proyectos, deseos o indicaciones de cada uno, y a ser llevadas a la práctica por la mutua ayuda que, en cada caso, se prestan unos individuos y organismos, a otros. El gran lema de la Federación es aquello de que la *unión es fuerza*, y los católicos que forma parten de ella están íntimamente persuadidos, y á esta persuasión ajustan su conducta, de que en la unión de todas las fuerzas católicas, en una sabia organización de las mismas y en su bien regulada y constante actividad, se halla, supuesta la gracia de Dios, el secreto del progreso de la Iglesia Católica y de la gloria de la Nación.

A fin de mejor conseguir el objeto mencionado, se celebran cada año asambleas en las diferentes ciudades de más importancia, en las cuales asambleas se trata acerca de los problemas de más actualidad, de los asuntos del día relacionados con los intereses de la Iglesia, moral pública y privada, patriotismo, reformas sociales, propagación de la fe dentro y fuera de los Estados Unidos, saneamiento del teatro, mejoras de la Prensa y literatura católica, etc., etc.

Además de lo dicho, la Federación extiende también su grande influencia fuera del campo católico, utilizando cuanto puede todo lo que en los no católicos pueda servir al triunfo de la verdad y de la buena causa. Para esto entra en relación y se entiende con ellos en todas aquellas cosas que, sin ser contrarias al dogma, a la moral y al espíritu de la Iglesia, y siempre bajo la dirección de la Autoridad eclesiástica, pueden conducir al bien general, en una forma o en otra, y que para ponerse de acuerdo respecto de las mismas bastan la razón natural, el sentido común, la buena fe y el interés por el bien de la Humanidad y, en particular, de la misma Nación. A este orden de cosas pertenecen, por ejemplo, los asuntos de moralidad pública, cuestiones de justicia, medios de educación cívica, etc., etc., respecto de las cuales los no católicos fácilmente se ponen de acuerdo con los católicos sobre la base, por lo menos, del bien nacional y humano.

Con el objeto de atraer a los mismos no católicos al gremio de nuestra Santa Madre Iglesia, atiende igualmente con particular interés la Federación a una cosa, entre otras, que da excelentes resultados y es: poner de manifiesto que las enseñanzas, preceptos, instituciones, etc., de la Iglesia Católica no temen la luz, ni la discusión, sino al contrario, que lo que desea la Iglesia y lo que busca es la mayor publicidad y que se la estudie con el mayor cuidado y espíritu de imparcialidad, rectitud y buena fe. A este fin se ordenan muy principalmente las grandes asambleas y las amplias y públicas discusiones de

todos los años en las ciudades más importantes de la nación. Así se van disipando prevenciones y falsos juicios acerca de las cosas referentes a la Religión Católica, y nuestra santa fe se va propagando de un modo grandemente consolador, al paso que el protestantismo va cayendo en el desprestigio a medida que la luz de las discusiones y la verdadera instrucción ponen de manifiesto su falsedad.

La Federación lleva de existencia desde el año 1899 y se ha desarrollado hasta llegar a la extraordinaria vitalidad e inmensa esfera de acción que hoy abarca bajo los auspicios y con la valiosa ayuda del Excmo. Sr. Mc. Faul, Obispo de Treuton, el cual, por dicho motivo, es llamado *Padre de la Federación*, y, en realidad, a él se debe, después de Dios, la principal parte de los incalculables bienes que a la Iglesia Católica en los Estados Unidos y a esta gran República ha reportado ya hasta el presente y ha de reportar en lo venidero la *Federación Americana de las Sociedades Católicas*.

Sexto Curso de verano en la Universidad Católica de Washington.—Una de las iniciativas más felices y de mayor transcendencia para la mejora de la enseñanza católica en los Estados Unidos ha sido la idea, que hoy es realidad, de hacer llegar la influencia, en el mayor grado posible, de la Universidad Católica de Washington a todos los centros docentes católicos del país, para lo cual era indispensable, ante todo, excoigitar un medio de que las maestras católicas, ya monjas, que son la inmensa mayoría, ya seglares, pudiesen recibir todos los años la instrucción universitaria, siguiendo de cerca el movimiento científico y literario, y poniéndose, por decirlo así, en contacto inmediato con el centro principal, asistiendo a las clases en la misma Universidad. Pero como esto no es posible durante el Curso anual ordinario, ya porque en ese tiempo se hallan en la Universidad los jóvenes varones, ya también porque las maestras hacen falta en los colegios y escuelas en donde están encargadas de la enseñanza, se ha establecido lo que se llama *Curso de verano* que tiene lugar en la misma Universidad y al cual pueden asistir las maestras católicas de toda la nación, por ser en un tiempo en que ellas quedan libres de sus clases ordinarias y los jóvenes estudiantes se hallan pasando las vacaciones en sus casas, y, por lo tanto, la Universidad en condiciones de residencia para mujeres.

Este Curso de verano hace seis años que se inauguró por primera vez y ha ido siempre progresando hasta el presente. Al último Curso han asistido a las clases, sin contar las maestras seglares, solamente las monjas en número de *cuatrocientos*. Las asignaturas cursadas son las siguientes: Educación, Filosofía, Psicología, Matemáticas, Física, Química, Biología, Inglés, Latín, Griego, Francés, Alemán, Español, Historia, Arte y Música. Los encargados de dar todas estas asignaturas han sido cincuenta y cuatro profesores de la misma Universidad Católica y otros varios del Colegio de Dubuque y de otros colegios de la Nación.

Otra de las medidas adoptadas y realizadas para la mejora de la enseñanza católica ha sido la incorporación de todos los demás centros, colegios y escuelas a la Universidad, a fin de conseguir la más perfecta unidad de acción y que el principal Centro pueda ejercer toda la influencia posible en todos los demás.

FR. PASCUAL BROCH O. P.

New-Orleans, enero de 1917.

FILIPINAS

Lo del «bill» Jones.—Tenemos, por fin, *bill* Jones, más o menos averiado y maltrecho. El periódico *Free Press*, en la caricatura de su primera hoja, representa al *bill* Jones bajo la forma de un gallo que ha tenido que atravesar por entre dos largas filas de senadores americanos, armados todos con palos, navajas y cuchillos. El pobre gallo sale por fin; pero después de haber perdido mucha sangre y haber dejado en la demanda una buena porción de plumas.

Así es, en efecto; porque el tal *bill* o proyecto de ley ha sufrido la mar de enmiendas, aunque también concede a Filipinas cosas de grave importancia.

En el punto principal, que es el relativo a la independencia de Filipinas, nos hemos quedado casi lo mismo, porque el *bill* se limita a decir en el preámbulo que los Estados Unidos garantizan la concesión de la independencia a Filipinas cuando este país ofrezca seguridades de un Gobierno estable y pacífico.

Los puntos principales del *bill*, en lo que pueden interesar a los lectores de *LA CIENCIA TOMISTA*, se pueden compendiar en esta forma:

Además del Congreso ya existente para la confección de las leyes, se crea un Senado electivo, que se compondrá de 22 senadores.

El gobernador general, el vicegobernador, los magistrados de la Corte Suprema, el auditor y el auditor auxiliar serán nombrados por el Presidente.

No se celebrará nueva elección para diputados.

Quedan prohibidos la poligamia y la pluralidad de matrimonios.

Eliminado el derecho de la legislatura a legislar sobre asuntos de inmigración sin la aprobación final del Presidente.

Se amplía el plazo, dentro del cual puede el gobernador general interponer su veto a cualquiera medida legislativa, a treinta días después del cierre de la legislatura.

Los comisionados residentes ejercerán su cargo por el término de tres años.

El vicegobernador será secretario de Instrucción pública y tendrá jurisdicción sobre los asuntos sanitarios.

Se fijan los siguientes sueldos:

Gobernador general, 36.000 pesos.

Vicegobernador, 20.000.

Presidente de la Corte Suprema, 16.000; magistrados, a 15.000.

Auditor, 12.000; auditor auxiliar, 8.000.

Contra lo que se podría suponer, no todos los filipinos han recibido con igual gesto este *bill*. Mientras los periódicos filipinos *El Ideal* y *La Vanguardia* lo aplauden a rabiar y entonan himnos de triunfo a todas las personas y a todas las cosas relativas al *bill*, *La Democracia*, y sobre todo *Consolidación Nacional*, periódicos también filipinos, hasta llegan a decir que el tal *bill* es un fracaso y que, en buena lógica, debían rechazarlo los mismos que tanto habían ilusionado al pueblo filipino con él.

Hablando desde el campo neutral, creo que el tal *bill* es un grave paso y un adelanto hacia la independencia. Prescindo ahora de si la independencia absoluta traerá bendiciones u... otras cosas a Filipinas. Aquí viene bien aquello

de *in diversis diversa legi*; pero no se puede negar que el *bill* Jones es un buen paso hacia la independendencia.

La Universidad de Santo Tomás.—Tenemos este año un buen número de alumnos. Pasan de 700, a pesar de la escasez que *abunda* en todas partes. La Facultad de Teología, que casi siempre era la más desmedrada, este año cuenta con muy buen número de alumnos en sus aulas. La más numerosa es la Facultad de Medicina. Ella sola tiene más de 400 alumnos, y los 300 restantes están distribuidos entre las Facultades de Teología, Cánones, Derecho civil, Ingeniería, Farmacia, Filosofía y Letras y Cirujanos dentistas. En la Facultad de Derecho civil se nota este año bastante descenso, debido, sin duda, a los exámenes del Gobierno, en que caen la mayoría de los candidatos.

La Universidad ha comenzado ya las obras para un edificio, presupuestado en unos quinientos mil pesos, donde poder tener cómodamente las clases de Medicina y Farmacia, que hasta ahora se tenían en edificios alquilados y no muy cómodos. En el mismo edificio nuevo entra el proyecto de un paraninfo para 1.000 personas, porque el que actualmente tenemos resulta escaso para las reuniones públicas.

Estamos también en esta Universidad preparando muy solemnes fiestas, para mediados de diciembre, en conmemoración del centenario de la Orden. Se anuncian veladas solemnísimas y de altos vuelos, en que tomarán parte también varios ilustres profesores. Están propuestos temas de mucha actualidad, con premios hasta de 800 pesos. Lo que más llamará la atención, creo yo, es la numerosa rondalla, de más de 80 miembros, que se está organizando con alumnos de esta Universidad, que tocan admirablemente la guitarra, el laúd, la vihuela, mandolina, violines, flautas, etc. La dirige un profesor de esta Universidad, que, aunque es catedrático de Medicina, es muy conocedor de la instrumentación y maneja con autoridad verdaderamente paternal a todos los alumnos. Es increíble el entusiasmo que despierta esta rondalla dondequiera que se presenta. Para tocar en público usan todos el uniforme antiguo, medioeval, de los estudiantes.

De «re» eclesiástica.—Hay aquí dos diócesis ya vacantes; y como el señor Arzobispo de Manila también se marcha, trasladado por la Santa Sede a Omaha (Estados Unidos), son tres las diócesis que quedarán sin Prelado. Esto suscita entre los periódicos filipinos comentarios muy variados, y algunos, muy tendenciosos y de muy mal género, sobre quiénes serán los probables sucesores de los Obispos dimisionarios. Afortunadamente, el Clero filipino, al menos en su mayoría, no se deja engañar por estos halagos falsos de cualquier escritorzuelo, que, bajo el pretexto de salir, como dicen, por los fueros del Clero filipino, lo que hacen muchas veces es empeorar la situación del mismo Clero, y con respecto a los incautos, presentarlo quizás como rebelde o poco disciplinado. Nadie como la Santa Sede desea nombrar Prelados filipinos, y bien lo demuestra en los esfuerzos que está haciendo por la buena formación del Clero; pero también es cierto que nadie conoce mejor y más imparcialmente quiénes deben ser nombrados en las circunstancias difíciles por las que atraviesa la Iglesia en Filipinas.

Mortalidad infantil.—Desde hace mucho tiempo se viene lamentando la Prensa de la terrible cifra necrológica que ofrecen los niños en Filipinas. En los países civilizados mueren la cuarta o la quinta parte de los niños que

nacen. Aquí se acerca a la tercera parte, y hay lugares en que pasa. La Asamblea legislativa ha querido poner coto a la terrible Parca: ha votado créditos extraordinarios para proteger esa primera infancia; pero el hecho es que se gastan los millones y siguen muriendo los niños. Causa miedo leer las cifras de las últimas estadísticas publicadas. Siendo la mortalidad de todas edades 155.029, corresponden a los niños 51.228 para los que mueren sin cumplir un año, y 13.680 para los que no han cumplido dos años. En total, 64.908; es decir, casi la MITAD de muertes ocurren en la infancia. La que ofrece mayor mortalidad es la provincia de Pangasinán, con 4.056 y 1.528, respectivamente; la que menos es la provincia de Palawan, con 66 y 21.

Si prescindimos de China, que es el país verdugo de los niños, no hay otra nación en el mundo donde leamos tan tremendas cifras. La miseria, la superstición y las transgresiones de la Higiene son las causas principales del estrago.

Necrología.—La Universidad de Santo Tomás, la Orden de Santo Domingo y el pueblo filipino están de luto. Dos hijos y amantes suyos acaban de perder en las personas del P. Lámez y del P. Payá.

Era el P. Marcos Lámez natural de Calamocha (Teruel), donde nació el 25 de abril de 1851. El 1866 profesó en la Orden de Predicadores, y aun antes de terminar su carrera eclesiástica en España fué destinado a Filipinas, en cuya Universidad se doctoró en Filosofía y Letras. Fué profesor en Avila y Ocaña, en el Colegio de Letrán y en la Universidad de Santo Tomás. Fué Rector de varios Colegios en España, Filipinas y los Estados Unidos, y publicó varias obras muy estimadas de los hombres estudiosos.

— El muy R. P. Fr. Santiago Payá murió como un santo. Era de Alcoy y sentía un amor grande a las glorias valencianas. Fué casi toda su vida Superior y dió mucho impulso a las misiones, logrando recuperar las famosas del Japón y ampliarlas en Isla Trinidad, Umbamba y antigua California.

Descansen en paz nuestros beneméritos Padres.

FR. FRANCISCO CUBEÑAS,
de la Universidad de Santo Tomás.

Manila, diciembre de 1916.

CUBA

Un pensamiento patriótico.—Lo es, sin duda, el que ha surgido entre muchos españoles que ahora viven en esta isla hermosa al amparo de sus nobles hijos. Vista la necesidad que tienen las naciones marítimas de extenso litoral de que esos navíos pequeños, temibles, los submarinos, protejan sus costas, se ocurrió la idea de abrir una suscripción popular en La Habana para regalar a la Madre Patria un submarino, que se llamará *Cuba*, cuyo nombre irá testimoniando siempre por los mares, el amor que le tiene su hija. Esta idea, iniciada por los Sres. Pintado y De la Fuente (D. Fermín), es complemento de la expuesta por el coronel español Sr. Reynoso, de construir por suscripción pública, abierta en cada una de las regiones españolas, un submarino que lleve el nombre de cada región, la cual hará ese regalo valiosísimo a la Madre Patria. La suscripción de Cuba sigue aumentando, y hace presagiar un éxito feliz.

Sanatorio de niños.—El día 1.º de septiembre se inauguró un Sanatorio en La Habana. Parece que es una noticia sin importancia. Y a mi ver la tiene por el fin a que se destina y por la manera espléndida con que se realiza el pensamiento. Titúlase *Preventorio Martí*, se levanta en Cojimar, junto a la playa, en uno de los parajes más deliciosos, donde hace poco estaba instalado el hotel *Campoamor*. Está destinado a los niños pretuberculosos, especialmente si son huérfanos. Los azotes del terrible mal se dejan sentir en estas latitudes de manera alarmante. Es lástima ver niños condenados prematuramente, apenas salidos de la cuna, al sepulcro, por abandono, por miseria, por pobreza tal vez. Allí, con el aire purísimo, se dilatarán los pulmones enfermos, y los ojos se llenarán de luz y de alegría al contemplar los niños aquel hermoso panorama y correr por los jardines. Este edificio fué comprado y acondicionado por la Nación.

Asistió al acto de inauguración el presidente de la República, general Menocal, y una concurrencia extraordinaria y espléndida. El Director de Sanidad, Dr. Núñez, organizó muy bien todos los detalles de la inauguración. Admiramos la hermosura y confort de las instalaciones. Hay verdadero lujo, esmeradísima higiene, gusto en todo. Se dará enseñanza competente, gradual, a los niños, sin fatigarles ni desgastar su organismo. Principalmente se atiende a la salud, pero no se olvida la inteligencia ni el corazón. La Srta. Martina Guevara, jefe del servicio de enfermeras, ha puesto su empeño especial en que se diga misa a los niños todos los domingos y fiestas. Para ello se habilita un salón amplio y hermoso con un altar, donde se venera la imagen tan española de Ntra. Sra. de las Mercedes.

La parálisis infantil.—Con motivo de saberse que hay en New-York una epidemia muy notable de poliomiélitis aguda, o sea parálisis infantil, que ataca a los niños y los mata en proporciones aterradoras, se ha esparcido la alarma entre los padres de familia y directores de escuelas y colegios. Esta alarma está justificada porque ya el doctor Lebreto, en 1913, descubrió y atacó su *brote* epidémico en Santa Clara, y en 1914, otro pequeño en la Melena. La Dirección de Sanidad trabaja activamente por disipar recelos, recibiendo cablegramas de New-York directos, que frecuentemente dicen el curso de la epidemia. Ha publicado folletos y hojas dando consejos a las madres para limpieza, alimentación e higiene de los niños. La parálisis infantil reviste varias formas, desde las «abortivas» y benignas hasta las más rápidas. Entre esas modalidades de la infección, deben citarse la meníngea y la cerebral, confundibles con meningitis. Debe acudir a los Laboratorios para ver si existe la infección. La parálisis infantil no produce gran mortalidad, pero sí serias lesiones y trastornos, que duran largo tiempo, y casi siempre degeneran en permanentes. Por lo general, mueren del 5 al 15 por 100 de los atacados. Pero con higiene, se vence ese enemigo terrible de la infancia.

Se ha reconocido otro pequeño *brote* en Hoyo Colorado. La Dirección de Sanidad acaba de abrir un Concurso de trabajos científicos, que finirá en 24 de febrero de 1917, sobre las causas de la parálisis infantil y medios de reducir sus estragos, especialmente la mortalidad que produce.

Con motivo de la guerra.—Aunque estamos lejos y únicamente oímos los cañonazos a través de los cables submarinos, influye mucho la guerra en el florecimiento de las industrias y en el aumento del dinero en Cuba. Una de

las empresas que más se han desarrollado ha sido la Marina mercante nacional, cuya necesidad se venía sintiendo por aumento del Comercio y escasear el tonelaje extranjero. El servicio de cabotaje se verifica con anomalías por esta causa, la cual, en desapareciendo, se irán aprovechando y utilizando más las fuentes de la riqueza nacional. Los técnicos y hacendistas señalan con buen augurio la colocación de capitales en Compañías navieras; porque así se hace servir doblemente el dinero, porque se aprovecha en el desarrollo de la Industria y en el fomento de otros capitales. Respecto a lo cual dice un escritor ilustre: «Ese es el secreto de los negocios en los tiempos modernos: hacer del capital un instrumento de producción con múltiples aplicaciones. En Cuba hay dinero para atender a muchas más empresas de las hoy existentes, y por ahí, por donde se ha comenzado, hay que seguir. La flota mercante hoy, los ferrocarriles mañana; así iremos nacionalizando servicios y regulándolos según convenga a los intereses del país productor, y no a otros intereses, que no son los que más afectan al progreso de Cuba». Lo que hay que tener cuidado es con los pesos falsos, que nos ha caído una lluvia de ellos que nos hace temer que los buenos sean malos, ya que al revés no es posible.

Embajada excepcional.—Nos ha sorprendido sobremanera la visita que nos hace el Sr. D. Nicanor A. Obarrio, gran personaje político de Panamá. Me dirán los lectores que qué tiene que ver Panamá con Cuba. La causa de mencionar este asunto en micrónica es que pude ver a esa personalidad *panameña* en el vapor *Calamares*, anclado en nuestro puerto el 13 de julio. Se dirigía a vapor y el Sr. Obarrio a New-York. Fué este señor, ministro de la Guerra de su país, embajador en el Perú, presidente del Directorio del Partido conservador de Panamá... Y fué a los Estados Unidos con la pretensión de que el hon. Wilson *anule* las últimas elecciones presidenciales de Panamá, las cuales, según pruebas que dicho señor manifiesta, fueron escandalosas y nulas por los fraudes y engaños. Temía que se levante una revolución si no son anuladas. Pero nos ocurre preguntar si puede ningún Estado, por reclamación de un individuo, por honorable que sea, intervenir en la política *interior* de otro; si es posible que se *anulen* elecciones que se proclaman por *nulas*; si en el país no las dan por *nulas* (de lo contrario, no había que ir a los Estados Unidos), dado que Wilson las dé, si no se levantarán sangrientos sucesos en contra de la resolución yanqui... Todo esto lo estaba yo pensando mientras cruzaba las aguas azules el *Calamares*. Es un caso nuevo en la Jurisprudencia de los pueblos.

—Casi un mes más tarde llegó el Dr. Valdés, en el mismo vapor *Calamares*. Este señor ha sido el elegido para Presidente de la República de Panamá, y viene a Cuba a pasar un mes tomando fuerzas para regir la tumultuosa república. No es que haya allí revolución, como aseguraba el Sr. Obarrio. Lo que allí existe es malestar por tantas agitaciones políticas. Nos han dicho que no ha tenido éxito la gestión del Ministro panameño Obarrio cerca del presidente norteamericano Mr. Wilson; y es natural que así fuera, según entonces mismo presentíamos. Wilson se ha negado a intervenir en la política interior de esa República centro-americana, y, por tanto, no ha querido anular la elección presidencial, ni era quién para hacerlo. Menos mal que así lo ha reconocido.

Los periodistas norteamericanos.—Un grupo de distinguidos escritores financieros del Reino Unido ha visitado nuestra ciudad, en cuyo puerto desembarcó el 12 de julio. Eran representantes de periódicos y agencias que tienen

por fin la información financiera; estas Empresas pagaban todos los gastos, que verdaderamente los tendrían, pues llevaban vida de príncipes. La misión que les trajo a este país, donde afluye el oro como un río, donde se va despertando la Industria de una manera notable a los golpes de la guerra europea; la misión, pues, que trajeron dichos periodistas fué informarse de los recursos naturales, que respecto a Agricultura, Industria y Comercio ofrece Cuba; su riqueza, su vitalidad y orientaciones económicas., es decir, todo lo que constituye la fuerza material de un pueblo.

Realizaron el viaje bajo la inspección del «Bankers Soan and Security Co., de New Orleans.

Fueron agasajadísimos. Saludados por las autoridades todas, acompañados a las fábricas, centros de producción y de comercio, granjas agrícolas, entre ellas la famosa de Santiago de las Vegas; establecimientos públicos y particulares, etc., etc. Banquetes, almuerzos, excursiones, veladas, todo ha parecido poco para obsequiar a los norteamericanos. Los periodistas cubanos se han esforzado por agasajar a sus colegas. Todos han convenido, en brindis y en discursos pronunciados en inglés o en español, que se espera un brillante porvenir para las relaciones financieras, y comerciales entre Cuba y los Estados Unidos.

Hay quien ve cierto peligro de monopolio por parte de los norteamericanos. Muchas Empresas colocan sus capitales aquí, compran grandes terrenos, granjas e ingenios y se aperciben a emprender negocios. Dicen que hoy por hoy es la nación de la América latina que ofrece mayores garantías al capital. Pero, si ellos se lo llevan todo o se llevan lo mejor, ¿qué quedará para los intereses cubanos?

Al ver el entusiasmo que reina y el porvenir risueño que toda iniciativa puede encontrar aquí, yo me pregunto con pena por qué no vendrán también periodistas españoles, oradores, literatos, hombres de negocios, en comisiones de estudio y de propaganda, para estrechar los lazos que nos unen a España. Ganaría Cuba porque, al fin, su madre es España; y no hay amor ni cariño como el de una madre; y España tampoco perdería, porque es Cuba la hija más rica, más joven y más hermosa de las que nacieron de su fecundo seno.

Por la cultura.—El día 12 de agosto quedó constituida en Cuba una Sociedad científica que ha de contribuir poderosamente, si se encauzan bien sus fecundas energías, al esplendor y gloria de la Cuba del mañana. La iniciativa es del Dr. Aguayo, y el título, «Asociación cubana de estudios pedagógicos». Por ahora este será el campo de su acción: la Pedagogía. Pero como en la Pedagogía cabe todo, la acción de este organismo llegará a muchos de los que ya están científicamente organizados en esta República. Los profesores de las Normales son los que más se han interesado en la constitución y desarrollo de esta Sociedad.

Ahora se trabaja con ahinco en la mejora de métodos de enseñanza. Las Normales se van instalando en cómodos y amplios edificios, como la del Oriente, instalada en Santiago.

Hay también ansias de reforma en lo relativo a las escuelas, deseando hermanar la educación con la higiene. Hace ya tiempo presentóse a las Cámaras un proyecto, que aprobó el Congreso, pero que duerme en la Comisión de Instrucción pública del Senado. Estas Escuelas Nuevas, de las que se instalarán dos por ahora, en «El Dique», finca del Estado, y «Belinda», propiedad del ge-

neral Loinaz, estarán dirigidas por profesores extranjeros, ya que están calçadas las construcciones y los Reglamentos en las Escuelas similares de Suiza, Inglaterra, Bélgica y Estados Unidos. La primera Escuela, abierta ya, lleva por título «Preparatoria para Varones Luz Caballero»; han sido admitidos 40 alumnos de las clases pobres, porque es condición indispensable que sean los alumnos hijos del proletariado. El apóstol de este movimiento es el Dr. Xiquel, al cual se le advierte que no debe fundar esas escuelas en la base aérea del deber democrático, sino en la fe cristiana y en la moral del Evangelio. Prescindir de Dios en la formación de la juventud es grave yerro que pagan muy caro las naciones. Vosotros, lectores amigos que estáis en España, lo sabéis bien por las escuelas de Barcelona. Eso tememos aquí: que estas Escuelas Nuevas, cosa buena en sí, se conviertan en tan funestas como la Escuela Moderna del desgraciado Ferrer.

Apertura de los Tribunales.—El discurso pronunciado por el presidente del Tribunal Supremo, Sr. Pichardo, en la solemnisima apertura de los Tribunales de Justicia, debía repercutir en Cuba entera, en el mundo entero. Es magnífico, robusto, viril, valiente. El alma religiosa del jurisconsulto, avalorada con el comentario de sus cincuenta años de amargas y sinsabores paladeados en las tareas del Foro, vibran en cada línea de ese discurso magistral con la fuerza del convencimiento más absoluto. Las ciencias y las leyes humanas, según decía el Sr. Pichardo, son un caos, abismo sin fondo, si se prescinde del Cielo. La fe alumbrá las lobregueces del crimen y la suerte del jurista.

No hay justicia completa, añadía, sino se remonta sobre la tierra. Toda la erudición de preceptos, instituciones y leyes, todo el conocimiento de códigos, de partidas y de fueros juzgos es estéril, árido y vacío si no lo vivifica y dirige el espíritu de la Justicia. Y ese espíritu de la Justicia descende de las alturas. «Yo no acierto a comprender, dice el Sr. Pichardo, que se hable de moral, de justicia, de derecho, prescindiendo de Dios y de la inmortalidad del alma.»

El escepticismo religioso pervierte las almas; el ateísmo las corrompe y las mata. La duda necia, si penetra en los corazones de los hijos de Cuba, los llevará al escepticismo y al ateísmo. La única fuente de Derecho es la idea de Dios; si esa idea se borra, se ciega la fuente de Derecho, como cegada hoy en Europa, la llena de escombros. Lo mismo debe decirse de la autoridad; las raíces de ella deben estar en los cielos. Y claro es que, corrompido el Derecho y destruída la autoridad, cae por sus cimientos el edificio majestuoso de la justicia humana, que nada es sino refleja los destellos de la Justicia divina.

Estas ideas fueron expuestas en un lenguaje vibrante y seductor, leal y franco, revelando las cualidades del corazón que las dictaba. Y como es tan alto el puesto que ocupa, no solamente en la jurisprudencia nacional, sino en el aprecio y en la admiración de todos, el efecto de sus palabras ha sido más profundo; y quiera Dios que sea muy duradero.

Necrología.—No pude en mi crónica anterior, escrita en noviembre de 1915, hablar de un triste acontecimiento. Aunque es tarde, no puedo menos de dejar caer la flor de mi admiración sobre la tumba del sabio doctor Jover, fallecido en febrero último. Era hijo de Santa Clara, donde le halló la muerte, redactando telegramas meteorológicos, atacándole con una parálisis fulminante al cerebro. El último escrito suyo fué una hermosa carta de despedida al P. Tu-

durí, que fué precisamente quien le administró los Santos Sacramentos. Desempeñó en su vida, corta (pues había nacido el 14 de julio de 1870), multitud de comisiones difíciles, de carácter científico, dirigiendo el Observatorio meteorológico de Santa Clara, como delegado del Gobierno en las Exposiciones de París y Buffalo, como miembro suplente en la Convención constituyente y dos veces compromisario presidencial. Era socio corresponsal de varias sociedades científicas y colaborador de muchas revistas del mismo carácter, tanto nacionales como extranjeras, que se honraban con sus escritos. Su intensidad en la propaganda científica y patriótica puede calcularse por sólo este dato: en una sola provincia, la suya natal, pronunció más de *quientos* discursos, y conferencias. Actualmente era el mago que presagiaba el tiempo, las borrascas, todas las alteraciones atmosféricas, por lo cual era consultado por todos, en especial marinos.

En su principio fué masón y atacó las verdades religiosas. Después se apartó de la masonería; convencido de sus errores, se reconcilió con la Iglesia, y en el último octubre pronunció un discurso magistral en defensa del Catolicismo, demostrando la absoluta necesidad de que se enseñe el Catecismo en las escuelas. Dios le hay premiado, como los hombres premiaron sus méritos con espléndidas y grandiosas manifestaciones de duelo.

J. M. FERNÁNDEZ

La Habana, diciembre de 1916.

SERBIA

Organización de la Iglesia.—Ora como causa eficiente e inmediata de la tragedia que presenciarnos, mundial más que europea; ora como mera causa ocasional, pretextada por una política de expansión austro-hungárica, Serbia, con el crimen de Sarajevo, quedará perpetuamente immortalizada en la Historia. Inmortalidad épica para unos; inmortalidad de sangriento estigma para otros, y para todos, principio de la mayor conflagración que vieron los siglos hasta el presente.

Por eso creemos oportuno hablar en esta crónica de ese pueblo ya histórico, especialmente en lo referente a su constitución religiosa, y demás cuestiones similares, tomando los datos más exactos y precisos de la excelente revista *Échos d'Orient*, que puede ser considerada y con razón como una especialidad en la materia.

Pueblo de raza eslava, el pueblo serbio, originariamente habitó en la región comprendida entre los macizos enormes de los Cárpatos y las explanadas del Danubio. Pueblo guerrero y luchador, había de ser utilizado a través de la Historia para fines bélicos por caudillos propios y extraños. Así es que, a principios del siglo VII (610-641), el emperador bizantino Heraclio los invitó a entrar a formar parte del imperio de Constantinopla, con el interesado fin de oponerlos a las incursiones de los ávaros. Con esto fueron extendiéndose más y más, hasta llegar a establecerse en las regiones que actualmente ocupa Serbia, Montenegro, Herzegovina y la Dalmacia meridional. A fin de que la unión con Bizancio fuera estable, y a ser posible definitiva, Heraclio creyó ser un medio conveniente el de la predicación evangélica, y por ello

pidió y obtuvo del Papa algunos misioneros para que evangelizaran aquellas comarcas; pero los resultados no fueron muy satisfactorios.

Restauración evangélica.—Esta obra de evangelización de los serbios fué reanudada en la segunda mitad del siglo IX (867-886), en tiempo de Basilio de Macedonia, precisamente cuando el cisma entre la iglesia latina y griega se había ya consumado. Los nuevos convertidos al cisma griego admitieron la liturgia bizantina, gravitando, desde entonces, en la órbita de Constantinopla. Divididos en pequeños estados (joupanias), no llegaron a formar un solo reino hasta el siglo XII, en tiempo de Esteban Nemanja, quien procuró también entablar y sostener amistosas relaciones con la Corte de Roma. Sus dos hijos que le sucedieron continuaron la misma política de su padre. Uno de ellos, Esteban II, aprovechándose de las circunstancias especiales creadas por la conquista de Constantinopla realizada por los cruzados (1204), rompió los lazos que unían la iglesia serbia a la iglesia griega, consiguiendo que su hermano Sabas, monje del monasterio de Athos, llegara a ser Metropolitano de Serbia, con diez Obispos sufragáneos. Efímeras habían de ser estas glorias, como efímera fué la dominación latina en Constantinopla; así es que al terminar el siglo XIII, el cisma separó nuevamente a la iglesia serbia de la romana.

La época del verdadero engrandecimiento y apogeo nacional llevóla a cabo el célebre Douchan en el siglo XIV. Tipo del verdadero oriental, luchador, ambicioso y artero, decidió levantar a su país y elevarse a sí mismo. Trabajó y obtuvo la creación de un Patriarcado en Serbia, más que por fines religiosos por el fin político de ser coronado por él, como Zar serbio, su sueño dorado hacía largo tiempo. En efecto: venciendo dificultades que parecían insuperables, consiguió su intento, siendo consagrado Patriarca de Serbia Joannicio, y fijando la Sede Patriarcal en la célebre ciudad de Ipek. Su jurisdicción comprendía la Serbia actual, Bosnia-Herzegovina, Montenegro, Dalmacia meridional, y algunos otros Obispados desmembrados al Patriarcado búlgaro de Tirnovo, y al Arzobispado griego-búlgaro de Ochrida. Como era de suponer, esta usurpación exasperó al Patriarca griego de Constantinopla, que lanzó la excomunión sobre Douchan, Joannicio, y puso en entredicho a toda la región serbia (1352); mas viendo que no era empresa fácil el reducir a los disidentes, amainó en sus iras y furores, resignándose a admitir el nuevo estado de cosas.

Con una política muy oriental, Douchan, mientras por un lado perseguía con tesón todo lo que tenía algún carácter latino, seguía protestando ante la Santa Sede de su catolicismo, y pretendía sostener relaciones cordiales con el Papa.

La desastrosa batalla de Rossovo, fatal para los serbios, dió al traste con todos esos engrandecimientos de Serbia (1389), quedando sólo como una ruina de aquella catástrofe el Patriarcado de Ipek. Ni esta gloria debía durar largo tiempo, ya que tomada la ciudad de Imederevo por Mahomet II en 1459, y reducida Serbia a provincia otomana, quedó suprimido dicho Patriarcado, volviendo su dignidad y jurisdicción al Arzobispo de Ochrida. Ruda fué la prueba, pero la nación serbia, en su inmensa mayoría, permaneció fiel al cristianismo, a pesar de las persecuciones violentas y atroces que tuvo que sufrir. No sucedió así en la Bosnia-Herzegovina, en donde la nobleza, en su

mayor parte, y un número considerable de sus habitantes apostataron de la fe cristiana, pasando al islamismo. Sólo Montenegro, retirado en sus montañas abruptas, pudo escapar de aquella desolación, conservando su independencia.

Un siglo duró la sujeción de Serbia al Arzobispado de Ochrida (1459-1557), y en esta fecha, un renegado, Mehmed Sokolovitch, llegado a Gran Visir, restauró el Patriarcado de Ipek, para darlo a un su hermano Macario, que había permanecido cristiano y abrazado la vida monástica. Esta situación se prolongó hasta 1766, época en que el célebre Phanar, valido del Sultán, obtuvo la supresión del tan debatido Patriarcado de Ipek.

Las guerras casi continuas que durante los siglos XVII y XVIII sostuvieron imperiales y turcos repercutieron de una manera lamentable y funesta en la iglesia serbia, y en 1690 comenzó aquel tristísimo éxodo en que 36.000 familias serbias, conducidas por el Patriarca Arsenio III, Tchernoievitch, dejaban el suelo patrio, escapando de las iras del general turco Kenprulu, y, pasando el Lave y el Danubio, se establecieron en la baja Hungría, fundando la iglesia serbia de Carlovitz. En 1727 se aumentó de una manera considerable el número de emigrantes, huyendo de las persecuciones turcas.

Durante las dos guerras de la independencia en 1804 y 1829, los Obispos griegos intentaron desbaratar los planes de Kora-Georges y de Miloch, y conseguida la autonomía civil, pudo la iglesia serbia reconquistar la autonomía religiosa. Desde entonces acá, ha seguido la iglesia serbia los vaivenes y oscilaciones propios de un pueblo agitado por terribles convulsiones revolucionarias y sangrientas guerras, hasta terminar en el momento histórico presente, que no puede ser más precario, ni más desconsolador.

El ideal serbio.—Diríase que el sino de los serbios es el de la desunión; hasta que suene la hora de la aparición de algún Douchan, cuyas armas victoriosas los reuna a todos bajo un mismo cetro. Sueño grandioso acariciado desde largo tiempo por esa desventurada nación, hoy errante y destrozada. ¿Resurgirá de nuevo esta nación?

Organización político-religiosa de Serbia.—Cuando después de más de veinte años de lucha contra los turcos, para reconquistar su libertad política, llegó Serbia a conseguir su intento, la iglesia griego-serbia reconquistó también su libertad religiosa, ambas confirmadas por los tratados de Akkermón en 1826, y de Andrinópolis en 1829. El sultán Mahmond estableció que el Metropolitano y los Obispos, elegidos por la nación misma, administrarían libremente la iglesia de Serbia, pero a condición de recibir la investidura de manos del Patriarca griego de Constantinopla. Como caso típico se cita que el primer Metropolitano de esta época fué un *soldado-tambor* de los ejércitos de la Independencia, llamado Melecio Paolovitch, que fué consagrado en Constantinopla en 1831.

De 1832 a 1879, la iglesia serbia rigióse por una Convención estatuida entre el Gobierno de Belgrado y el Patriarca *Euménico* Constanlio I. Allí se establece que Serbia debía pagar la suma de 300 *sequines* por cada elección de Metropolitano, y con un tributo anual de 6.000 *piastras*. En cambio, la *grande Iglesia de Cristo* no podía exigir algún tributo ni por la remisión de los pecados.

Habiendo los Congresos de Berlín de 1878 asegurado la independencia completa de Serbia, obtuvo el Gobierno de Belgrado, para la iglesia nacio-

nal, una plena autonomía, con exención de todas las obligaciones onerosas anteriores.

Las conquistas obtenidas en las guerras balcánicas de 1912-13 aumentaron notablemente el territorio sujeto a la jurisdicción del Santo Sínodo, y casi al estallar la guerra actual, se hablaba de restaurar el Patriarcado de Ipek en el caso de que Montenegro viniera a unirse a Serbia.

Al estallar la guerra. — Cuenta Serbia, o contaba al estallar el actual conflicto, con seis millones de *fieles ortodoxos*, o cismáticos, pertenecientes a cinco agrupaciones distintas: 1) Iglesia Sinodal de Belgrado; 2) Iglesia Metropolitana de Cetin; 3) Iglesia Patriarcal de Carlovitz; 4) Los dos Obispos de Dalmacia dependientes de la Metrópoli Romana de Tchernovitz en Bukovina, y 5) Las cuatro Diócesis de Bosnia-Herzegovina, que dependen del Patriarca de Constantinopla.

Organización eclesiástica. — La iglesia Sèrbia, como acontece con todas las iglesias *ortodoxas* está regida por el Santo Sínodo. Este se compone de todos los Obispos del reino, presididos por el Metropolitano de Belgrado. En caso de vacancia, o ausencia, preside el Obispo más antiguo. Reúñese este Supremo Tribunal una vez al año, en la primavera, o en otoño, y siempre en la capital. Su competencia se extiende a la vigilancia sobre todas las iglesias del reino, a hacer respetar y cumplir las leyes eclesiásticas, a la enseñanza de la religión, nombramiento de Obispos, elección de dignidades, a saber: Archimandritas, Protosyncelos, Higoumenos y Arciprestes. En materia judicial, entiende en los procesos contra los Obispos y Prelados, así como en las causas matrimoniales de la Familia real.

El Arzobispo de Belgrado, que lleva al mismo tiempo el título de Metropolitán de Serbia, es elegido entre los Obispos de Serbia; siendo digno de notarse el Colegio electoral que lo nombra. Este se compone de todos los miembros del Santo Sínodo, Archimandritas todos, y los Arciprestes de las ciudades más importantes, Presidente del Consejo de Ministros, Ministro de Cultos, Presidente y Vicepresidente de la *Skoupchtina*, o Cámara de los Diputados, Presidentes del Consejo de Estado y Corte de Casación, Rector de la Universidad y Director de la Escuela Teológica. La elección debe ser confirmada por el Rey.

Los Obispos sufragáneos son los de Ouchitze, Nich, Timok, Chabatz, Vskub, Prizrend, Dibra, Ochridra y Monastir. En cada *eparquia* hay una especie de consistorio, que constituye el Consejo y Tribunal del Obispo. Consta de un Presidente, dos o tres Consejeros y Secretario. Su competencia disciplinar y judicial se extiende a velar por la observancia de las leyes eclesiásticas, conocer los procesos matrimoniales y causas de divorcio. Las *eparquias* constan de cierto número de decanatos, y éstos se subdividen en parroquias.

Clero secular y regular.

Por desgracia, ni el número de sacerdotes es proporcionado a las necesidades de la Iglesia, ni el nivel moral del bajo clero está a la altura necesaria para poder gozar de un prestigio real y eficaz en el pueblo. Se le inculpa de indisciplinado y de afecto a las discusiones y disensiones políticas. Tal vez la causa de tamaño mal se encuentra en la defectuosa formación del mismo. Has-

ta el año 1900, no había un Seminario propiamente dicho, así es que los aspirantes al estado clerical, una vez terminados los estudios en un gimnasio, se les hacía estudiar Teología durante dos, o a lo más cuatro años, y así se los ordenaba. En dicha época, y precisamente por causa de esos males que se veían, fundóse el Seminario de San Sabas, en Belgrado. En estos últimos años había en él unos 200 alumnos, pero eran pocos los que llegaban a perseverar.

De ahí es que, para una población de dos millones y medio de *ortodoxos*, el reino contaba en el año 1903 con 64 Arciprestes, 917 Sacerdotes, 3 Archidiaconos y 33 Diáconos, razón por la cual la mayoría de parroquias necesariamente habían de carecer de pastor.

El monaquismo serbio está en plena decadencia, y al presente había ya casi más conventos que religiosos. En 1903 existían en todo el reino 54 conventos con 113 monjes; en 1905 bajó el número a 107, y en el año 1910 se contaban solamente 74 monjes en toda la nación. No existe hoy ni un monasterio de religiosas, habiendo muerto la última monja de Serbia el año 1860.

En el orden económico, las posesiones que los conventos poseían, aún antes de las recientes adquisiciones territoriales con motivo de las guerras balcánicas, eran pingües, puesto que comprendían una extensión de 18.716 hectáreas de terreno, valuadas en 3 millones de francos, y el total de bienes muebles e inmuebles conventuales no bajaba de 310 millones de francos. Allí como acá, esta acumulación de riqueza en *manos muertas* ha excitado la codicia de los Gobiernos, que en diversas ocasiones manifestó sus propósitos de confiscación y desamortización.

Fuera del reino, poseen los monjes serbios en la «santa montaña» de Athos, el celeberrimo monasterio de Kilandar, cuyas posesiones ocupan casi la mitad del citado monte, con una comunidad de 90 religiosos.

Fieles ortodoxos.

Con razón, las publicaciones religiosas de Serbia deploran la gradual y creciente desaparición del espíritu cristiano y la relajación moral, cada día mayor, en la conciencia del pueblo serbio. La instrucción religiosa es obligatoria en todas las escuelas primarias y secundarias, ejerciendo la Iglesia una vigilancia especial sobre ello, eligiendo los catecismos y manuales de religión; pero al llegar a mayor edad, el pueblo descuida esa instrucción, siendo más solícitos en edificar iglesias que en acudir a ellas.

Consérvase aún la práctica de confesarse antes de recibir la Comunión; pero es corto el número de los que lo practican. Por otra parte, el divorcio hace estragos terribles en las familias serbias. Cúlpase, y no sin razón, al clero serbio de esta decadencia religiosa en la fe y en la moral, por su inercia y apatía en el cumplimiento de sus deberes. ¿Cómo puede ser instruido el pueblo, si en estos últimos tiempos no se predicaba sino *dos veces* al año, a saber, Natividad del Señor y Pascua de Resurrección? Hay que reconocer que el Metropolitano actual, Monseñor Dimitri Pavlovitch, animado de buen celo, inició una reforma útil y saludable, pero tales deseos encuentran una tenaz resistencia.

A mayor desgracia, el Gobierno no se mostraba muy favorable hacia la

Iglesia, a quien pretendía esclavizar, y los Prelados que han demostrado una cierta energía han sido obligados a renunciar, para no ser depuestos.

Estadísticas.

El número de fieles sujetos a la Iglesia Sinodal de Belgrado se calculaba, al comenzar la guerra, en 4 millones, uno de ellos propio de los territorios últimamente conquistados.

El reino, antes de las guerras balcánicas, contaba 19 arciprestazgos o decanatos, 52 vicariatos, 901 parroquias, 59 capellanías, 750 iglesias o capillas. Los bienes de la Iglesia (aparte de los monasterios) estaban valuados en 426 millones de francos. El presupuesto del culto, en 1906, era de 368.087 francos, cuya mitad estaba destinada al Seminario de San Sabas.

Existen algunas revistas eclesiásticas: *El Glasnik pro voslavne trskve* (Heraldo de la Iglesia ortodoxa), órgano del Santo Sínodo; *El Vesnik Srpske trskve* (Mensajero de la Iglesia serbia), destinado a mantener la unión entre el alto y bajo clero, y *El Pastriska Retch* (Palabra pastoral), periódico semanal de moral y religión, fundado en 1906 para las necesidades del clero y del pueblo.

Los lectores de estas notas habrán sentido el frío glacial, casi cadavérico que azota a la iglesia ortodoxa de Serbia. No lo extrañamos: es el frío del cisma, y sólo en la Iglesia Católica vivificada por los ardores del Espíritu Santo, Espíritu de Vida y de Amor, es donde existe la verdadera vida de las almas.

¿Tendrá un *mañana* el pueblo serbio, o habrá que decir que pasó ya para siempre, desaparecido del mapa de Europa? Son los inescrutables secretos de la Providencia.

FR. JOSÉ POMER, O. P.

Valencia y enero 1917.

JAPON

Carácter religioso del shintoísmo.—A falta de otras materias dignas de nuestra Revista, debemos ocuparnos hoy de un tema que, aunque carece de importancia fuera de este Imperio, si exceptuamos a los amantes del estudio e investigaciones sobre las religiones comparadas, puede, sin embargo, y creo que llegará a atraer la atención de los lectores, por el modo singular con que nos le presenta el doctor en literatura Kakei Katsuhiko. El tema en cuestión es el de si el shintoísmo es religión o no, y es en la actualidad, sin duda alguna, el que más entretiene a un gran número de polemistas y sabios en Japón. Reviste actualidad por el empeño y decisión que pone el Gobierno en excitar la veneración y culto a los antepasados de la dinastía y dioses tutelares del Imperio, actuación que, como es natural, se ve combatida y encuentra viva oposición en las huestes cristianas de quien, aunque se quiera, ya es imposible prescindir.

El doctor Kakei, en su entusiasmo patriótico, sostiene, claro está, que el shintoísmo reúne todos los requisitos de verdadera religión y que ésta es la religión del Estado, sin la cual el Japón no existiría y su pueblo dejaría de ser uno.

«Si se examina su naturaleza y doctrina, dice, se verá inmediatamente que el asentimiento a ella es de todo punto necesario y que sus enseñanzas vienen a ser la vida y el constitutivo del Imperio. En virtud de estas creencias y debido a ellas solamente, el Imperio subsiste, el Estado se sostiene, y nuestro glorioso pueblo viene a ser como un solo cuerpo y constituye una unidad perfecta.» Esto no debe llamarnos la atención por ser lo natural y expresar el verdadero concepto que todo japonés tiene formado de la religión, sea esta cualquiera que sea, la que ha de ser por el Japón y para el Imperio como fin último y principal.

Lo que ciertamente es propio y un invento a que no estábamos acostumbrados aún, es lo siguiente con que nos obsequió el doctor Kakei: «Sus creencias y campo de enseñanzas son tan amplias y extenso, que, sea el budismo, sea el cristianismo, puede asegurarse que quedan completamente encerrados en su recinto y no exceden de ser una explicación de nuestro shintoísmo, por cuya razón no sólo nosotros los japoneses, mas también los extranjeros y habitantes de otras regiones, deben, en mi concepto, adherirse a esta doctrina y creer a nuestro antiguo shintoísmo.»

En verdad que se necesita ser japonés para llegar a decir esto. Una religión que exige verdadero esfuerzo intelectual para hallar en ella elementos que la hagan entrar en el cuadro estadístico religioso, hasta es presentado por nuestro doctor de modelo más acabado y hasta de fuente y origen de toda otra religión, tanto nacional como extranjero, sin excluir, como se ha visto, al mismo cristianismo.

Un poco más acertado está el doctor de la misma rama Inone Tehujiró al decir que: «el shintoísmo, a diferencia del budismo y el cristianismo que son religiones del Universo y que corresponden a la Humanidad como tal, es una religión nacional que como tal no puede pasar los límites del territorio que la da el ser.»

«Sin embargo (y aquí está el punto de contacto con el anterior y que nosotros queremos hacer notar por ser la idea característica que todo japonés tiene formada de la religión, sin embargo, dice, si se atiende a la idea dominante y al alma, como si dijéramos, del shintoísmo, debe confesarse que de su florecimiento y según que él prosigue en ascenso o descenso, así la nación y el pueblo progresa o decae en su decurso histórico, en cuyo sentido bien puede decirse que la idea dominante y característica del shintoísmo puede servir de modelo y se sobrepone a la misma de otras religiones.»

Basta leer lo que nos dicen estos doctores para convencerse de que, según estas gentes, la religión es por el reino y sólo se ordena a la prosperidad de éste, teniendo su finalidad dependiente de los vaivenes y modalidades del reino Imperio o pueblo. Lo que se oyó decir hace algún tiempo de los americanos, y hoy dicen los franceses de sus vecinos los boches o teutones, que primero americanos o alemanes y después católicos, puede aplicarse, y con menos temor de errar, a estas gentes, primero patriotas y después religiosos, o religioso para ser patriota.

En mis anteriores di cuenta de la gran crisis por que atravesaba la secta shintoísta Tenrikijó (religión de la razón del cielo) con ocasión de sus escandalosos desfalcos, y dije que sus principales jefes andaban por los Tribunales, y el principal, en la cárcel. Parece ser que hay mucho mar de fondo y, según

se dice, se sobreseerá en los puntos principales, continuándola en los que no tocan tan de cerca y en lo vivo de altos personajes de la política y gobierno.

Hoy nos toca apuntar otro análogo en su consímil Kuruzumikyó, secta también shintoísta en que, habiendo sus directores agotado todo el fondo y acervo común, pidieron prestado trescientos mil yens (300.000), hipotecando al efecto los templos y escuelas de la secta. Los acreedores urgen el dinero, amenazando apoderarse de todo lo hipotecado, dándoles por término lo que falta de este mes si durante él no les entregan siquiera la mitad del dinero prestado. Andan al contado los viajes de idas y venidas de los principales jefes y el urgir a los adictos o afiliados con que saquen a fin de salvar la existencia misma de la secta. Mucho es lo que piden, y claro está que no se ve medio de que de la plebe de sus adictos salga tan subida cantidad. He aquí a lo que se reduce todo aquello que no lleva el sello de Dios, siquiera se le vista con el hermoso nombre de Religión.

FR. TOMÁS DE LA HOZ, O. P.

Kochi, noviembre de 1916.



REVISTA DE REVISTAS (1)

Atlántida. — *Mensario artístico literario e social para Portugal e Brazil.* — Ano I., numero 6. — Por el mismo título se comprende la finalidad de esta nueva Revista, publicada en Lisboa. Trata de establecer nuevos lazos entre Portugal y el Brasil. De los lazos artísticos y literarios se originarán los sociales, y éstos traerán los de la Industria y Comercio. Se publica bajo el patronato oficial del excelentísimo señor ministro de Estado del Brasil y de Estado y Fomento de Portugal. — J. DE BARROS: *Portugal e a Guerra.* En estos momentos ya está comprobada la actitud que se revela en el artículo-interview con el Dr. Soares acerca de la intervención armada de la nación vecina. Va contra Alemania, porque se quejó de que hubieran vendido los portugueses material de guerra a los ingleses; es decir, quería Alemania oprimirlos, debilitarlos, a los lusitanos, y eso no lo podían tolerar ellos. Con la guerra, con la intervención de las armas, habrá de venir la glorificación del nombre portugués. En esa hora excepcional para la historia de Europa «a Republica dignificara a Patria, erguendo-a no conceito dos povos cultos, enobrecendo-a pela força dum ideal civilizador, consolidando-a pela certeza dum futuro longo e próspero!» — J. L. O RIO: *O estadista brasileiro Rodriguez Alves.* Una conversación interesante con el político brasileño, donde se revelan los grandes conocimientos que posee y la preocupación que le embarga, como a toda la nación, de buscar mercados nuevos, crear industrias, ampliar el comercio nacional, aprovechando la escasez de la guerra europea. — A. BRÁNCAMP FREIRE: *Maria Brandoa a do Crisfal.* Estudio histórico-crítico, diáfano y bien razonado, sobre doña Maria Brandoa y la heroína de la égloga *Crisfal*. — A. LOPES VIEIRA: *Camões em Coimbra.* Conferencia dada en la Universidad acerca de la influencia que ejerció ésta en el gran poeta lusitano durante los años que allí estudió. Completan el número una serie de documentos y discursos de gran interés.

Ciudad de Dios (La), 20 de septiembre de 1916. — J. MONTES: *La imputabilidad criminal.* Siendo la libertad y la conciencia condiciones esenciales de la imputabilidad, ésta será más o menos grave o nula, según aumenten o disminuyan aquéllas. Atenuación, por consiguiente, de la imputabilidad puede existir en los casos de embriaguez, sugestión hipnótica anormal, desarrollo incompleto de las facultades mentales (edad y sordidez), las pasiones o emociones fuertes, provocación o amenaza injusta, proporcionada e inmediata. Sin embargo, si estas causas son voluntarias de algún modo *in causa*, no atenúan o no atenuarán tanto la imputabilidad. — M. ARRAÍZ: *La crisis del intelectualismo* (continuación). Tres siglos de apoteosis de la razón han terminado al alborar el siglo XX, no ya por el reconocimiento de los límites que imponen la sobriedad y la prudencia, sino por negar todo valor representativo a sus construcciones. La frase de Berthelot, «para la ciencia no hay misterios en el mundo», viene a ser substituí-

(1) Esta sección ha sido redactada por los PP. F. Barbado, A. Santamaría y S. R. Dulanto (Roma); J. Corbató (Santa María de Nieva); A. Peláez y J. Graín (Corias); J. D. Gafó, E. Vigil y P. Bueno (Madrid).

da por esta otra más prudente y sensata de Grasset: «La ciencia no comprende toda la esfera del conocimiento, y no puede ni debe explicar el todo de nada.» — *Cartas del Maestro Fr. J. de Jesús Muñoz Capilla.* — T. RODRÍGUEZ: *Salto en el vacío del sindicalismo* (continuación). El sindicalismo «tiene por doctrina fundamental la destrucción de la actual organización social, sin preocuparse para nada de la verdadera, de lo que ha de sustituirla, dejando el porvenir de la Humanidad a lo imprevisto, a lo que salga, a la inconsciencia y locura de masas revolucionarias sin jefes ni directores, que con su responsabilidad, talento y cultura puedan encauzar la ola desbordada.» Esto, además de ser utópico, lleva derechamente al anarquismo a las clases obreras, a quienes el sindicalismo procura halagar. = *Idem*, 5 de octubre de 1916. — A. R. DE PRADA: *Aprovechamiento económico de la fuerza del viento*. Las energías que el viento puede desarrollar, a la vez que grandes, son variadísimas, viniendo a ser ese elemento, si se le aprovecha convenientemente, un manantial de abundantes fuerzas mecánicas en la vida industrial y agrícola, tanto mayor cuanto más reguladas o depositadas se consigan tener esas corrientes aéreas. Y que ese fluido cinético puede almacenarse más o menos, lo intenta probar el A. en una serie de artículos, estudiando tan sólo en el presente la cantidad de fuerza que puede robarse al aire en movimiento, suponiendo como evidente que el viento sopla en la superficie terrestre con tanta mayor fuerza cuanto más considerable sea la diferencia de presión entre los mínimos y máximos barométricos y cuanto menor sea la distancia que separa a éstos de aquéllos. — B. GARNELLO: *Estética y filosofía* (continuación). «A partir de Kant, la estética, antes olvidada en un rincón del organismo filosófico, insensiblemente crece y se expansiona hasta convertirse en dueña del pensamiento. El rudo golpe, asestado por la *Crítica de la razón pura* a las fuentes del conocimiento, es el que origina la revolución filosófica del pensamiento contemporáneo, de la cual brotan infinitud de sistemas que por algún aspecto se relacionan con la manera estética. El de Fichte, entre otros, en su fondo y en su forma, contiene mucho menos de filosofía que de estética. — *Cartas del Maestro Muñoz Capilla.* — *El himno de Covadonga.* — M. SANCHO: *La inspiración en la música religiosa*. Entre las torcidas interpretaciones que se han hecho del *motu proprio* acerca de la música sagrada, una es la de componer sin sentir el sacro fuego de la inspiración. No basta componer según las reglas; es necesario además, y sobre todo, que sea inspirada. La inspiración es un don de la Naturaleza y se aviva con la oración y con el ejercicio en el canto gregoriano. = *Idem*, 20 de octubre de 1916. — T. RODRÍGUEZ: *Salto en el vacío del sindicalismo* (continuación). El sindicalismo socialista se contenta con negaciones, sin emitir apenas afirmaciones sobre el estado de la sociedad por él soñada y deseada. Niega lo existente de la sociedad actual, y lo hace con palabras y frases que sugestionan y enardecen a las clases obreras ignorantes; pero cuando se trata de decirnos cuál y cómo ha de ser la sociedad futura por el socialismo utopizada, es parco en afirmaciones, desentendiéndose de ellas por decir que los sindicalistas no son profetas ni hijos de profetas. Aun las pocas aseveraciones hechas por el padre del socialismo, Carlos Marx, son falsas, según el tiempo y sus mismos discípulos se han encargado de probarlo; porque no se ha realizado que sobrevendrían cada diez años grandes crisis económicas en la producción capitalista por lo difícil de regularla, ni que ésta llevase al aumento constante de la miseria a las clases medias y proletarias, cuando todos sabemos que éstas han mejorado indudablemente y las crisis pronunciadas aún están por realizarse. — A. R. DE PRADA: *Variaciones de los climas en la superficie terrestre*. La creencia de que los climas y los tiempos se mudan, que los tiempos se invierten, que los años climatológicos son ahora más fríos o más cálidos, más secos o más lluviosos que cuando éramos jóvenes, no es probable, pudiéndose afirmar que ni la experiencia directa de los individuos ni los datos meteorológicos hasta hoy acopiados autorizan para afirmar que el carácter general de la climatología terrestre haya cambiado sensiblemente en las zonas geográficas desde hace dos o tres siglos. Los cambios que se notan son locales. Hay, sin embargo, que admitir también que los climas de las zonas terrestres cambian, y de he-

cho han cambiado en la antigüedad y cambiarán con el correr de los siglos, siendo la causa inicial y la principal el calor solar. — *Olor de santidad*. — *Documentos para la historia del Monasterio de El Escorial*. — A. GARRIDO: *Por tierras de Castilla* (continuación). La ignorancia de nuestros labradores castellanos en materias agrícolas es muy grande. No saben ni quieren cultivar sus campos de otro modo que lo hicieron sus padres, sintiendo cierta prevención contra los métodos modernos. El Estado debe interesarse en hacer desaparecer esta ignorancia, estableciendo escuelas de agricultura. No bastan las de segunda enseñanza ni las llamadas granjas-escuelas de experimentación, porque los pobres colonos carecen de los recursos necesarios para llevar a sus hijos a estos centros de enseñanza. Para que los labradores, propietarios y colonos, adquieran la instrucción agrícola suficiente y necesaria, es preciso crear escuelas de agricultura, allí donde el más mísero colono pueda aprender aquellos conocimientos prácticos. De este modo la Agricultura ganará y con ella ganará el Estado, porque sabido es que la Agricultura es la primera y principal riqueza de una nación. — S. GUTIÉRREZ: *Pedro Antonio de Alarcón*. = *Idem*, 5 de noviembre 1916. — T. RODRÍGUEZ: *Salto en el vacío del sindicalismo* (conclusión)—X: *La despoblación de Francia*. — A. R. DE PRADA: *Aprovechamiento económico de la fuerza del viento*. — B. FERNÁNDEZ: *La mujer piadosa de la guerra de África*. Trata de explicar cierto pasaje del *Diario de un testigo de la guerra de África*, en el que Alarcón describe primorosamente, aunque dejándolo envuelto en el misterio, uno de los más hermosos episodios que pudieron presenciarse en aquella memorable campaña. — CUEVAS: *Los historiadores de San Lorenzo de El Escorial*. — NÚÑEZ: *Los foros de León*.

Civiltá Cattolica (La), 19 de agosto de 1916. — N. N.: *Volontá* (Declaración de las tesis tomistas.) La voluntad es, formalmente, inclinación intelectual. Sólo así puede explicarse su necesidad ante el bien universal y su indiferencia ante el concreto. Cómo influye el conocimiento en la elección; cómo subsiste el libre albedrío; cómo se realiza el juicio práctico y cómo éste determina la voluntad, todo viene expuesto con limpieza en el artículo. Un poco oscuro queda, sin embargo, el tránsito de la potencia al acto y bastante restrictiva aquella proposición que «del autor de su naturaleza depende la inclinación que le lleva (a la naturaleza) al bien, y la otra, con cuya ayuda, ante la necesidad de elegir entre dos bienes particulares, necesariamente a deliberar y a querer que el entendimiento entable la inquisición del consejo». Pero es, de cierto, un molinista quien escribe, y con esto el misterio y la cortedad se explican suficientemente. = *Idem*, 2 de septiembre de 1916. — L. MÉCHINEAU: *L'Epistola agli Ebrei secondo le risposte della Commissione Biblica. Periodo di luce. II. Chiese d'Africa*. Desde últimos del siglo IV abundan en África los testimonios de la atribución a San Pablo de la Epístola a los hebreos. Son los principales el Concilio de Hipona del 393, que en su Canon de los Libros Sagrados, copiado y confirmado en el Concilio cartaginense del 397, dice: *Pauli apostoli epistolae tredecim. Ejusdem ad Hebraeos una* (algunos manuscritos contienen simplemente: *Pauli apostoli epistolae quatuordecim*.) Es digno de observación la nota que ponen al fin del Canon: «Ita ut de confirmando isto canone transmarina Ecclesia (sin duda la Iglesia Romana) consulatur.» El Canon del Concilio cartaginense del 419 contiene: *Epistolarum Pauli apostoli numero quatuordecim*. Nótese también la conclusión de este Canon: «Hos etiam fratri et consacerdoti nostro Bonifacio (I, que fué Papa desde el año 418 al 422) vel aliis earum partium episcopis pro confirmando isto canone innotescat, quia a patribus ista accepimus in ecclesia legenda.» San Agustín, que en el 393, siendo simple sacerdote, intervino en el Concilio hiponense como teólogo y más tarde tomó parte en los de Cartagena del 397 y 419, como juez, redactó también un Canon de los Libros Sagrados en el libro II *De Doctrina christiana*, escrito hacia el 396, en el cual dice: *Quatuordecim epistolis Pauli apostoli*, que luego enumera, colocando al último la Epístola a los hebreos. En sus obras posteriores advierte que no todos dan por cierta la autenticidad de la Epístola; sin embargo, «él, por su parte, se

adhiera a la autoridad de las Iglesias orientales, que la ponen en el número de los escritos canónicos» (cf. *De peccatorum meritis*, l. I, n. 50), y en otra parte dice de ella: «Qua texte usi sunt illustres catholicae regulae defensores» (*De Civitate Dei*, l. XVI, c. 22). = **Idem**, 16 de septiembre de 1916. — N. N.: *Dio*. Como aberraciones del humano entendimiento pudieron arrastrarle a negar la existencia de Dios, le llevaron también a confundirle con la Naturaleza y con el *feri* perpetuo. Cuando no se obcecó, hasta ese punto estuvo firme en sostenerla. Pero a veces afirmó imposible su demostración, ora por la demasiada evidencia, ora por la distancia que media entre Él y nuestros principios de raciocinio. Otras se dió exagerado valor a ciertas pruebas. Contra el ateísmo y panteísmo, contra el apriorismo y el agnosticismo, contra Kant y los tradicionalistas, está la definición del Vaticano. Y para levantar a tan sublimes regiones el raudó vuelo de la razón, ahí están las vías del Angélico que justifica la tesis XXII y se expondrán en el siguiente número. = **Idem**, 7 de octubre de 1916. — L. MÉCHINEAU: *L'Epistola agli Ebrei secondo le risorte della Commissione Biblica. Periodo di luce. III. La Chiesa di Roma*. En la Iglesia romana, hasta mediados del siglo IV, no se conservan más testimonios en favor de la autenticidad de la Epístola a los hebreos que la del hebreje Teodoto, que escribió hacia el año 200. Pero desde mediados del siglo IV los testimonios abundan. Además del *Ambrosiaster* está en su favor el célebre retórico Victorino, que, aunque nacido en África, vivió mucho tiempo y se convirtió en Roma. (Cf. *Adversus Arium*, l. I, n. 59; l. II, n. 3.) Cuanto a San Jerónimo, inicia el articulista un detallado examen de los lugares en que habla de la Epístola a los hebreos. En el próximo artículo nos dará las conclusiones de su interesante estudio.

Ecclesiastical Review (The), agosto de 1916. — Rev. Paul J. SANDALGI: *The roman liturgy in slavic*. El rito romano usado en la Croacia y Dalmacia (la Iliria de los antiguos) tiene el privilegio de usar la lengua eslava, desde los más remotos tiempos, en caracteres *glagolíticos* (atribúyese a San Jerónimo el alfabeto antiguo usado por los eslavos del Sur). Con la moderna resurrección del nacionalismo en esos países, ha habido abusos y luchas, a veces de carácter político, por esta causa. León XIII y Pío X reglamentaron el uso de este rito y de la lengua usada en él, restringiéndole a algunas localidades, permaneciendo firme en los demás la ley del Concilio tridentino sobre el uso de la lengua latina en la liturgia romana. — James LOOMIS: *Anglican attempts at the regions life in relations to Catholic Unity*. Hechos históricos referentes al establecimiento de comunidades religiosas en el anglicanismo y desarrollo efímero de su vida religiosa; en algunos casos, como en el de la comunidad benedictina de Caldey, después de dudas y luchas y discusiones, abrazaron el Catolicismo, realizando así la *unidad* con la Iglesia de Cristo. — E. COLBY: *Clerical characters in Shakespeare*. En el examen de los personajes eclesiásticos, especialmente monjes, que Shakespeare introduce en sus dramas, resalta el carácter noble y benéfico de que los adorna. — Austin O'MALLEY: *Sarbiewski, poet and priest*. Biografía del poeta polaco del siglo XVII: sus poesías escritas en latín, lengua entonces común en Polonia, han tenido muchas ediciones y han sido traducidas varias veces al inglés. Urbano VIII le coronó en el Capitolio, y vivió en el corte de Ladislao IV. A la par que las observaciones críticas, puede gustarse en el artículo el arte clásico del autor en varias poesías transcritas. Citemos un verso: «Omnibus omnis eris, si tibi nullus eris.» — L. E. DOBÉE: *Curious church uses*. Entre las muchas curiosidades que sobre el uso que a veces ha tenido la Iglesia y sus adherencias, donde se han establecido escuelas y hasta en la antigüedad hubo algunas en que se vendió vino y cerveza, lo que se sabe por la prohibición que de ello hicieron antiguos concilios, cita los bailes delante del Santísimo Sacramento de los Seises, de Sevilla. = **Idem**, septiembre 1916. — L. VAN ISEHEM: *Towards Social art. The Gregorian plain-chant*. El canto gregoriano es el canto de la oración pública de la Iglesia; sus armonías conmueven a la multitud y excitan sentimientos de dulce piedad, de evidente influencia social. — E. RUEFFIS: *The canonical formation of parishes and missions*. Doc-

trina canónica sobre la creación y reunión de parroquias y de misiones y determinaciones de los concilios de Baltimore y de la Santa Sede sobre estas materias de aplicación en los Estados Unidos. — Rev. F. O'CONNOR: *The Passionists in Ireland*. Biografía del P. Carlos Houban (1821-1893), pasionista, apóstol de Dublin, cuya causa de beatificación trata de introducirse en el apostólico Tribunal de Roma. — Rev. Stanislaus Woxwob, O. F. M.: *Crucifixes of the way of the cross*. Condiciones para ganar las indulgencias del *Via Crucis*, haciendo esta devoción en casa con los Crucifijos benditos para este propósito por los Padres Franciscanos. — VIATOR: *Father Matheu, apostle of Temperance*. Al describir la vida del irlandés P. Matheu y su gran apostolado acerca de la templanza, sobre todo en la clase obrera, en la que hace estragos el abuso del alcohol, señala los principios católicos que deben informar esta cuestión: 1.º, que es lícito el uso moderado del alcohol; 2.º, que la prohibición absoluta es de consilio, pero no de precepto. La prohibición absoluta de los alcoholes es idea americana.

España y América, 1.º de septiembre. — P. Bruno IBEAS: *Teoría del conocimiento según San Agustín*. Es una serie ordenada de textos entresacados de las obras de San Agustín, en los cuales dejó el santo Doctor reflejada su mente sobre la magna cuestión del conocimiento. — Marqués de SABUZ: *El año terrible de los patriotas colombianos*. Se justifica la conducta del general español Morillo. Si Morillo procedió brutalmente en muchos casos, fué porque Bolívar le dió pie para ello. — P. G. CASTRILLO: *El comercio en el extremo Oriente*. Se describe el origen del comercio de las naciones europeas con China. — **Idem**, 15 de septiembre. — P. E. NEGRETE: *Una joya que vuelve a su dueño: Fr. Miguel de Guevara y el célebre soneto castellano «No me mueve mi Dios para quererte...»* Es un artículo donde se demuestra que el autor del famoso soneto no es ni Santa Teresa, ni San Francisco Javier, sino el argentino Fr. Miguel de Guevara. — P. Bruno IBEAS: *Teoría del conocimiento, según San Agustín*. — Marqués de SABUZ: *Psicopatología de Bolívar, según el Dr. Diego Carbonell*. — **Idem**, 1.º de octubre. — P. G. MARTÍNEZ: *Por entre la psicología nacional: Por vía de prólogo*. — L. ÁLVAREZ: *¡Pobre elocuencia sagrada! La fe se va apagando*; muchos que se llaman católicos rehuyen oír la palabra de Dios. Causa muy principal de estos males son muchos llamados ministros del Señor, los cuales, en vez de predicar la verdad evangélica, se predicán a sí mismos, entreteniendo a los oyentes con cuadros poéticos y diciendo cosas y anécdotas nada conducentes a la salvación de las almas. — P. G. OROSO: *El problema de las subsistencias*. El autor sintetiza su pensamiento en estas palabras, que se leen a la entrada del Vivero central forestal de Valladolid: «Es amante de tierra de Castilla quien, recubriendo sus arideces de productivos pinos, la enriquece y engalana con manto perenne de esmeraldas, símbolo de vida y esperanza.» — **Idem**, 15 de octubre. — P. G. MARTÍNEZ: *Conferencias culturales: El valor de los ataques a la Iglesia*. La Iglesia no puede vivir sin persecuciones. Las persecuciones han evolucionado: matanzas, herejías, revoluciones teológicas, escarnios... «hoy son imputaciones de doctrinas que nunca defendimos ni defender podemos.» Hace una elocuente y hermosa reseña de todas ellas, seguidas siempre de la victoria de la Iglesia. «La aproximación del mundo intelectual hacia el religioso es un hecho incontrovertible. Todavía no confiesan Dios a Jesucristo; pero ya le reputan el más bueno y el más sabio de todos los hombres. Fuerza ignata e incontrastable los empuja hacia nosotros. Se nos busca, se nos observa, se nos interroga. Y esta situación psicológica contemporánea ha de facilitar sobremanera nuestro triunfo.» — P. E. NEGRETE: *Asia, cuna del primer hombre: Unidad del género humano* (continuación). — P. G. CASTRILLO: *El comercio en el extremo Oriente* (continuación). — P. G. DE OLASO: *El problema de las subsistencias* (continuación). Hace algunas atinadas reflexiones sobre el problema agrario y censura el afán de nuestros agricultores en adquirir grandes extensiones de terreno, no procurando intensificar el cultivo. — **Idem**, 1.º de noviembre. — P. Bruno IBEAS: *La acción católico-social española: La dirección de la acción social y la confesionalidad de las Asociaciones*. El P. Bruno Ibeas continúa la serie ma-

gital de sus artículos, contundentes y decisivos, sobre este importantísimo tema, estudiando y resolviendo en este último, de modo clarísimo, el punto tan delicado y debatido de la *confesionalidad*. Lo recomendamos vivamente a tantos indocumentados como se han metido últimamente a discurrir sobre él, a propósito del *Sindicalismo libre*, para que formen criterio propio y seguro y no perturben, acaso con buena intención, la nueva tendencia sindicalista católica. El P. Ibeas afirma la necesidad incontrovertible de que toda obra social sea católica, que viva la vida y la doctrina de Cristo y de su Iglesia. Sin religión no puede haber moral ni economía justa ni relaciones dignas y equitativas entre patronos y obreros. «Pero una cosa es que sin la religión sea imposible la marcha progresiva de la sociedad humana, el provechoso desarrollo de las particulares, especialmente las obreras, y la acción de *reconquista* económica o cristiana de las multitudes, y otra, muy distinta, que el fin exclusivo, ni aun siquiera el principal, de aquellas sociedades y de esta acción sean el desenvolvimiento y defensa de los intereses o principios religiosos. Quiero decir, particularizando más mi pensamiento, que no deben confundirse la acción y la asociación católico-obreras con la acción y asociación en pro del catolicismo.» Es esta, principalmente, cuestión de *táctica*. Para llevar los hombres a Dios hay «dos maneras: proponiéndose el cristiano *directamente* la sobrenaturalización de la conducta del prójimo infundiéndole ardiente fe y caridad intensa, o haciendo que en forma *indirecta* vaya adquiriendo estas virtudes por la depuración paulatina de la vida ordinaria. Más claro: le es dable obrar sobre el prójimo tratando de hacerle *bueno* para hacerle *feliz* y, viceversa, procurando hacerle *feliz temporalmente* para que sea *bueno* desde el punto de vista moral». Este es el criterio que sigue el *Sindicalismo libre* católico. Nos haríamos muy largos si siguiéramos resumiendo tan sólo los pensamientos centrales de tan decisivo trabajo. — P. G. DE OLASO: *El problema de las subistencias* (continuación). — P. N. DE MEDIO: *Consideraciones acerca del tiempo* (continuación).

Estudios.—Revista mensual, redactada por la Academia Literaria del Río de la Plata.—Tomo X, núm. 6.—J. PUJOLA: *El apéndice vermiforme del ciego*.—A. VIDAL: *Las Órdenes religiosas y Congregaciones religiosas en la República Argentina*. Relata lo que hacen las Congregaciones religiosas de hombres en el ministerio penitenciario, de la predicación y de la enseñanza. Ocupan atención especial los trabajos de las Misiones.—S. O. LEGUIZAMÓN: *Discurso de recepción en la Academia Literaria del Plata*.—C. E. RICO: *Sobre el positivismo contemporáneo*. Examina, sin profundizar, las causas del positivismo, su esencia, sus relaciones con el agnosticismo, con la Ciencia y con la Filosofía, las escuelas pragmatista y sociológica, la energética y la inmanencia, la evolución y el fracaso del positivismo. — *Homenaje de los Círculos de obreros a los doctores Bas y Cafferata*. En Buenos Aires, del 14 al 19 de junio, se celebró el VI Congreso nacional de los Círculos de obreros. Uno de los acuerdos fué enviar un mensaje de adhesión y gratitud a dichos doctores, valientes adalides de la causa católica, que han contribuido poderosamente a la promulgación de leyes en favor de los trabajadores.

Journal of Philosophy, Psychology and sc. Methods, agosto 1916. — H. G. HARTMAN: *A revised Conception of causation and its implications*. Examen de la idea de causa, no sólo la sucesión del efecto, sino de su conexión con la causa y con la repetición del mismo fenómeno al repetirse la misma acción; definición de la causalidad, según Kant, y análisis de la misma. La relación entre causa y efecto y el valor lógico de esta relación. — L. H. MILLER: *A Layman's question about the «Freudian Wish» as interpreted by E. B. Holt*. Una crítica muy curiosa en forma de diálogo entre el texto del libro *Freudian Wish* y un lector, en el cual, al querer establecer una moral o regularización de una conducta, suprime el *yo subjetivo*, «la superstición de las categorías subjetivas», y basa el nuevo sistema sobre «una actitud motora» que determina un proceso de «integración». El lector, hablando con el texto, viene a probar que la tal «integración» es una cosa incomprensible o es una nueva «superstición subjetiva».

Lectura (La), septiembre de 1916.—Francos Rodríguez: *La vida de Canalejas*. En su hiperbólica y apologética narración, llegó Francos a aquel instante de la vida de su biografiado en que ascendió a la Presidencia del Congreso por obra y gracia de Moret, a la sazón amo de España. Canalejas saludó el puesto honorífico que se le dispensaba por medio de un discurso cuyo tema no puede definirse bien, y únicamente se puede decir que en él se habla de Parlamentos largos y de Parlamentos cortos y que los primeros son más útiles al País que los segundos, y que, en consecuencia, todos deberían hacer votos por que aquel Parlamento se señalase por su larga y próspera vida. Tremebundo estuvo Canalejas al arrojar del Salón de Sesiones a los diputados republicanos por estorbar la discusión de la ley de Jurisdicciones, pero, cómo buen democrata, por debajo cuerda alentaba a Francos, su fiel servidor, para que desde las columnas del *Heraldo* declamase contra dicha ley. Así es la sinceridad política de los que llegan a presidir algo. Inserta, por último, el articulista una nota de Canalejas sobre el problema clerical, donde, después de afirmar muchas cosas, establece esta hermosa distinción entre el clero regular y secular: «El clero secular está intervenido por el Estado desde el nombramiento de obispos hasta la regulación de ecónomos, por una serie de prerrogativas del poder civil..., que si se ejercieran poniendo todos nosotros en eso tanto cuidado como en la disciplina militar, serviría de mucho. En cambio, el clero regular, que suplanta al secular, no está intervenido...» — Julián JUDERÍAS: *Siluetas políticas de antaño*. A lo que ya conoce la Historia de la inmoralidad administrativa de los ministros de Felipe III, añade el articulista otros detalles y particularidades, o más bien, promete hacer revelaciones que no dejen lugar a duda del triste papel que en la decadencia de España representaron, en primer término, el duque de Lerma y el duque de Uceda, Rodrigo Calderón y Pedro Franqueza, y, en segundo lugar, otros personajes de menos cuenta, como el marqués de Villafranca, el conde de Fuentes, el marqués de Spínola, el duque de Osuna, el marqués de Bedmar, el conde de Lemos, el cardenal Sandoval, Rodrigo Vázquez de Arce, Fr. Luis de Aliaga, Fr. Juan de Santa María y la santa Monja de Carbajal. — Juan Antonio POSSE: *Documentos de historia española moderna*. Sigue narrando sus aventuras este indomable clérigo gallego. Por su amenidad se destaca el encuentro habido con el secretario del arzobispo de Santiago, quien le remite a los lacayos para evacuar sus asuntos, por lo cual, mortificado nuestro héroe, le replica. «Sé muy bien lo que es esta Secretaría y este Arzobispado, todo lleno de hombres venales, bajos y engreídos por la vanidad y la insolencia. Está usted tratando con un cura que tiene honor y quiere conservarlo.»

Month (The), septiembre 1916.—Rev. H. Lucas: *Of «character» in catholic fiction*. En las novelas católicas — especialmente en las de Mrs. Wilfrid Ward, John Ayscough y Benson — se da una importancia mayor a la formación del carácter que en otras obras de autores no católicos, que no pasan del temperamento y algún aspecto del carácter. El temperamento es el conjunto de aptitudes e inclinaciones de que el hombre está dotado, y el carácter es el temperamento modificado pasivamente por agentes externos de educación, vida de colegio o de Universidad, el ejemplo de los compañeros, las ideas predominantes a su alrededor, etc., etc., y activamente por la voluntad propia, ya de un modo positivo, ya negativo: y modificado todavía por la acción íntima de la gracia. — M. A. CURTOIS: *The heroine of The Persians*. En la tragedia de Esquilo «Los Persas», hay un personaje — una heroína — Atosa, que, hija de Ciro, prometida del loco Cambises, del impostor Smerdis y del valiente Darío, reina-madre de Jerjes y regente de Persia en su ausencia, recorrió todo el teatro de la vida humana, viendo la grandeza y ruina de su imperio. Sobre esta heroína de la tragedia griega teje el autor un magnífico artículo de crítica literaria. — W. RANDOLPH: *A belgian architect and reformer*. Juan Bautista, barón de Bethune, el artista belga que supo unir los adelantos modernos en el arte arquitectónico con los ideales cristianos, místicos, de los tiempos medios, es estudiado en dos de sus más características obras suyas, una de carácter religioso — una

iglesia con todas sus pertenencias, escuelas y casa parroquial—, y otra de carácter civil y doméstico, el castillo de Lophem. — Rev. E. BELLANTI: *The date of the gospels in the light of textual history*. El estudio del origen, fecha, carácter y valor probatorio de los varios antiquísimos manuscritos, más o menos accesibles del Nuevo Testamento, al que han dedicado sus vidas generaciones de escriturarios, hacen posible disquisiciones como la presente, que tiene por objeto averiguar y restaurar el texto del Nuevo Testamento en el más sólido terreno científico, obteniéndolo así en la forma que lo dejaron escrito los evangelistas. La historia del texto evangélico está ampliamente discutida y con gran copia de datos expuesta. — Rev. H. THURSTON: *Notes on familiars prayers. VIII. The Salve Regina*. La Salve, su texto primitivo, casi el mismo de hoy, sólo hay dos palabras interpoladas; su fecha, aunque ignorada, se remonta a la segunda mitad del siglo XI; su autor, aunque atribuido a muchos, entre otros a un español, Pedro Martínez, obispo de Compostela, es también ignorado; aunque la leyenda dice que San Bernardo la oyó de los ángeles, tampoco hay pruebas históricas de que sea el autor; su uso en las órdenes religiosas, sobre lo cual reúne muy curiosas noticias, sin olvidar que el beato Jordán de Sajonia, sucesor de Santo Domingo, estableció que en la Orden dominicana se cantase procesionalmente todos los días después de Completas, costumbre que se conserva desde entonces, primera mitad del siglo XIII, hasta nuestros días. = *Idem*, octubre 1916. — E. M. WALLER: *Ernest Psichari*. Nieto del escéptico Renán, convirtiéndose al catolicismo en 1913, después de las campañas que, como militar, hizo en África. Poco después de su conversión publicó *L'Appel des Armes*, y poco antes de la guerra terminó *Le voyage du Centurion*, que se ha publicado con un prólogo de Paul Bourget y ha alcanzado ocho ediciones. Murió el 17 de agosto de 1914 en la retirada de Charleroi. El primer libro es una apología, una glorificación del soldado; el segundo lleva en su primera página las palabras del centurión del Evangelio *verdaderamente era Dios*, que parecen responder a la *Vida* que escribió su abuelo. En él se describe el doble viaje— el de un teniente al frente de su columna por tierras africanas— y el de un alma que busca a Dios en medio de la majestad y silencio de la Naturaleza. Por su sencillez, su aire de seriedad, por su apasionada sinceridad, el libro es de interés absorbente. — Rev. H. THURSTON: *Notes on familiars prayers. VIII. The Salve Regina. II*. Continúa el estudio de la Salve para probar con interesantes datos cuán íntimamente ha sido asociada esta oración en la opinión popular con la Orden del Cister.—Rev. H. LUCAS: *Of the element of tragedy in catholic fiction*. El elemento trágico—la desgracia, el dolor, la muerte— que en el teatro griego reconocía por causa el hado— reconoce en los novelistas católicos la Providencia, y siempre a las desgracias y dolores humanos va unida la purificación, el mejoramiento moral, en lo cual sobrepujan en interés y belleza a otros autores. — James BRITTEN: *New curiosities of Literature. III. Biographical and geographical poets*. Da a conocer varios poetas modernos que, en sus intentos de poetizar la biografía y la geografía, no han conseguido otra cosa más que figurar en esta galería de «poetas imposibles».

Nuestro Tiempo, septiembre de 1916. — Federico BAS: *La difusión del crédito*. Los proyectos de Alba sobre reformas tributarias parece que alarman a los capitalistas. Lejos de seguir esa dirección, lo que debía hacer el ministro de Hacienda era favorecer la circulación del capital español estimulando la creación no sólo de grandes empresas, sino también de empresas pequeñas que se agrupasen en torno de aquéllas, sostenidas por establecimientos bancarios que hiciesen préstamos a largos plazos, sin perder jamás de vista la buena administración de los negocios y explotaciones de dichas empresas industriales. Es así como la Banca se compenetra con los máximos intereses de la producción industrial; es así como se obtiene una solidaridad en la difusión del crédito que no pueden deshacer los reveses parciales de un negocio, y es así, finalmente, como Alemania organizó su industria y su comercio, que apenas parecen resentirse de los vaivenes de la guerra actual. — Antonio DUBOIS: *Algunas indicaciones sobre el*

problema agrario en España. Entiende el autor que en nuestra patria se ofrece este problema en una forma muy aguda, que está demandando solución con toda urgencia. Muchos publicistas proponen soluciones diversas, pero todas de exclusivistas y unilaterales. Así, verbigracia, Linares Rivas señala, para la regeneración agrícola de España, un arancel protector de Aduanas. Pero lo que actualmente estamos palpando es que, a pesar de tener el Arancel más elevado y protector de Europa, casi prohibicionista, la crisis agraria no se remedia. Otros, y entre ellos Prado Palacio, estiman suficiente remedio la renovación de sistemas de cultivo implantando los más beneficiosos. Esto, sin negar que produjese alguna mejora, dejaría intacto el problema fundamental; pues este problema ha causado luchas sangrientas en Inglaterra y en Dinamarca, países en que las tierras dan el máximo rendimiento. A los que defiendan esta solución puede agregarse la política hidráulica de Gasset, que tampoco suprimiría la cuestión planteada porque la constitución orográfica y geográfica de la Península no ofrece excepcionales ventajas a este sistema agrícola. Tampoco resuelve el problema agrario la construcción de una red de ferrocarriles secundarios, ni la rebaja de tarifas de productos agrícolas, ni la policía de los campos, ni las granjas de experimentación, etc., porque este problema aún es posible que subsista con los mayores adelantos de cultivo y las mayores ventajas de rendimiento. Por tanto, piensa el autor hay que atacar al régimen individualista en la propiedad; hay que intervenir, por parte del Estado, en las relaciones entre propietarios y colonos haciendo que la condición de éstos no sea tan precaria y que desaparezcan, en cuanto sea posible, los terratenientes ociosos e inhábiles.

Razón y Fe, agosto. — J. ABADAL: *Una acusación singular contra la vida religiosa.* Los votos perpetuos son una violación del derecho natural, porque despojan al individuo de la libertad, lo cual constituye un mal enorme. Esta es la acusación de los impíos. A los cuales contesta el autor del artículo estableciendo el verdadero concepto de la libertad y haciendo ver, por medio de ejemplos y de hechos, cómo es lícito y altamente meritorio para el hombre el renunciar a ciertos derechos naturales con el fin de conseguir un bien mayor. — P. J. BLANCO TRIAS: *Los papiros griegos de Egipto y sus relaciones con el texto original del Nuevo Testamento.* — A. PÉREZ GOYANA: *Las publicaciones de los jesuitas.* Es una lista de los periódicos y revistas de la Compañía de Jesús en 1914. Se señalan títulos, materias, lenguas y tiradas de cada publicación. — P. VILLADA: *Por la definición dogmática de la mediación universal de la Santísima Virgen.* La Virgen María nos obtiene con su intercesión todas las gracias y bienes que Dios hace a los hombres. El fundamento inmediato de esa intervención es la maternidad espiritual de María. María es Madre nuestra porque es Madre de Jesucrito; siendo Madre de Jesucrito es también Madre de todos los que formamos un sólo cuerpo místico con el Salvador del mundo. = **Idem**, octubre. — M. SAINZ: *La Sagrada Escritura y la Teología.* Comienza con una enumeración de los estudios que son necesarios para penetrar el sentido de la Sagrada Escritura; y luego hace una comparación de la verdadera Teología con las falsas teologías de los modernistas, de los protestantes y de los gentiles. — J. GARCÍA VILLADA: *Reorganización de la Biblioteca y Archivo catedral de León.* — N. NOGUER: *Los Circulos católicos de obreros en Alemania.* Es una interesante reseña de los orígenes y desarrollos de los Sindicatos católicos en Alemania. — E. UGARTE DE ERICLLA: *El racionalismo moderno ante el orden sobrenatural.* Define la revelación sobrenatural; demuestra que es posible porque no repugna ni por parte de Dios ni por parte de los hombres, ni por parte de las verdades reveladas. Demuestra la necesidad moral de la revelación supuesto el fin sobrenatural del hombre, y concluye resolviendo algunas objeciones de los racionalistas. — J. ABADAL: *Una acusación singular contra la vida religiosa.* Pone de manifiesto el error de los que dicen que el voto de obediencia es un modo solapado de restablecer en la sociedad la antigua esclavitud, por la sencilla razón de que la obediencia del esclavo se ordena exclusivamente a la utilidad de su amo mientras que la obediencia del religioso se ordena, ante todo, a su bien particular. =

Idem, noviembre.—J. GARCÍA VILLADA: *Reorganización de la Biblioteca y Archivo catedral de León*. Da a conocer las riquezas manuscritas de la Biblioteca y Archivo.—N. NOGUER: *Los Circulos católicos de obreros de la dirección de Colonia*. Es continuación del artículo de octubre.—P. VILLADA: *Nota a «Una observación sobre el objeto secundario de la infalibilidad»*. La infalibilidad de la Iglesia se extiende no solamente a verdades reveladas formal y virtualmente con virtualidad inclusiva, sino también a verdades que, aunque no fueron reveladas, son necesarias para la custodia del depósito revelado.—A. P. GONZÁLEZ: *La Teología dogmática entre los Benedictinos españoles de la Obiservancia*. A los Benedictinos del siglo XVII cabe la gloria de haber enseñado la licitud y conveniencia de la Comunión diaria. También los Benedictinos se distinguieron en la defensa de la Inmaculada Concepción de la Virgen.

Revista de la Facultad de Letras y Ciencias.—Volumen XXII, núm. 2.—S. M. DIRIGO: *La Universidad de la Habana*. En varios números ha expuesto el autor las vicisitudes por que pasó esta benemérita institución, fundada por los dominicos españoles. Documentalmente, expone los hechos. Casi el autor no habla; es un coleccionador de papeles hallados en archivos, de listas de rectores y profesores, reales cédulas, artículos de periódicos. Es muy breve, debe ampliarse considerablemente, porque, sin duda, fué la institución más célebre de las Antillas.—S. SALAZAR: *Milanes, Luaces y la Avellaneda*. Estudia la tragedia *Conde Alarcos*, de Milanes, y el carácter de Luaces como escritor.—DR. R. FERNÁNDEZ: *Exposición crítica de los métodos actuales en práctica en la enseñanza de la Geografía*. Después de estudiar los métodos empíricos de los egipcios, fenicios y cartagineses, analiza el periodo de la *Geografía científica* de los griegos, exponiendo las ideas dispersas de los filósofos, en especial de Eratóstenes. Entre los romanos sobresalió Estrabón y Pomponio Mela, Plinio y Ptolomeo. Menciona la Edad Media y se detiene un poco más en la Moderna. Pero todo ello es ligero, apuntes que piden desarrollo y profundidad.—SRta. E. FERNÁNDEZ: *La asociación de ideas*. Es una tesis presentada por esta señorita para el doctorado de Pedagogía. Después de una introducción sobre la importancia del tema y sobre los filósofos, en cuyas fuentes bebió la autora, comprobando sus doctrinas con el estudio personal que ha hecho de la *Asociación* de los niños, traza la historia de esta *Asociación* (de ideas), su base fisiológica, sus leyes: «Unos reducen estas leyes a la de semejanza y contigüidad, otros, a la de semejanza solamente, y los más, reconocen la contigüidad como la única que puede considerarse como tal.»

Revista di Filosofia Neo-Scholastica, aprile.—GIOVANI PEPE: *La filosofía cristiana e la guerra*. Aunque beligerante, merece especial consideración este artículo, como puede verse por sólo algunos epígrafes: «Actitud positiva de los filósofos católicos en la guerra», «Los factores del gran conflicto», «Ni pacifistas ni guerreros», «El evangelio, la filosofía panteísta, Santo Tomás y la guerra», «Nuestro deber».—AMATO MASNOVO: *La política interna e la política estera di S. Tomaso d'Aquino*. Tres fueron las ideas fundamentales del siglo XII: Sacerdocio, Imperio y Ciencia. La sede del Sacerdocio era Italia; del Imperio, Alemania, y París, de la Ciencia. A la célebre *Lutetia* acudían los más nombrados maestros del mundo civilizado. Es, sobre todo, en orden a la filosofía escolástica donde más se siente el benéfico influjo de aquel centro. De las dos grandes tendencias filosóficas (*tradicionalista o antiaristotélica* y *averroísta-aristotélica*) que se disputaban entonces la hegemonía de aquella escuela, hizo surgir Santo Tomás su sistema filosófico teológico, con admiración y aplauso de todos. Esto es lo que puede llamarse política externa de Santo Tomás. Su política interna no fué menos feliz. Su filosofía toda está comprendida en aquellos dos grandes problemas: interpretación del mundo real e ideal. Todos los escolásticos convienen en señalar la causa del mundo real en algo exterior, trascendente, Dios, Acto purísimo. Todas las otras cosas están compuestas de potencia y acto. ¿Cómo? Aquí comienza la disconformidad. Aviebrón

sostuvo que aun las substancias espirituales constaban de materia y forma. La *escuela franciscana* admitía también materia y forma en los ángeles, aunque no *subjecta motui, nec contrarietati*. Mas Santo Tomás, partiendo de la distinción real en las criaturas de la *esencia* y *existencia*, libertó la filosofía escolástica de la «*inútil* materia *soprasensible*», de las «*rationes seminales*» y pluralidad de formas substanciales, etc. En orden al mundo ideal, la explicación de Santo Tomás no puede ser más sencilla y racional. En las relaciones entre el *sujeto* y *objeto* encontró Santo Tomás lo que hasta entonces no había podido encontrar la *escuela franciscana* en los *principios innatos* e *iluminaciones divinas*.—Luigi BORRIELLO: *Immanenza o trascendenza?*

Revue de Métaphysique et de Morale; 23 année, n.º 1 bis. — G. LANSON: *Le déterminisme historique et l'idéalisme social dans «l'Esprit des Lois»*. Está fuera de toda duda que en este libro célebre de Montesquieu se advierte una *voluntad idealista* y una *concepción determinista de la Historia*. Ambas ideas se ven palpar parcialmente en las obras anteriores del filósofo. El objeto de Montesquieu fué instruir a los jefes de Estado para que sepan las leyes que deben dar a sus pueblos. Hay algo de determinismo en la Historia, pero no es incompatible con el idealismo social. Hay que distinguir el determinismo físico del moral. En el mundo físico, la necesidad implica la existencia; en el mundo moral, no. Hay que contar con el factor *libertad*, que no se ve en el físico. Esta libertad debe ir alumbrada por la inteligencia, la cual se rige por la tradición y el estudio. Por eso debe instruirse a los hombres para que puedan formar *opinión* consciente, en la cual deben tomar su espíritu los legisladores. Por eso el liberalismo de Montesquieu, aunque en el fondo es democrático, es aristocrático en sus fórmulas constitucionales. Montesquieu supone dos condiciones: que el pueblo esté instruido, y que los hombres de Estado pierdan el contacto con él. El verdadero espíritu del filósofo une la tradición y el progreso, el pueblo y sus jefes, y pone el espíritu conservador y el científico al servicio de la reforma idealista. — E. MEYERSON: *La Science et les Systèmes philosophiques*. El positivismo viene a resumirse en esta frase: *abstinencia completa de la metafísica*. Si esta afirmación se toma literalmente, es errónea; es decir, imposible de realizar, absurda en la práctica. En cierto sentido dice bien: nosotros no podremos conocer las cosas en sí mismas; pero conocemos las relaciones esenciales entre sí que nos señalan las leyes precisas, que, no solamente conocemos, sino que formulamos. De lo contrario, las ciencias positivas no serían ciencias. El estudio de estas relaciones, de estas leyes, es forzosamente metafísico. Prescindir, pues, de la metafísica, es apagar la luz del raciocinio. — E. GILSON: *Art et Métaphysique*. Los filósofos estudian más las relaciones entre la Metafísica y las Ciencias que entre la Metafísica y el Arte, diferencia que se explica, porque los artistas y los metafísicos llevan direcciones divergentes. Pero siempre hubo filósofos *artistas*, cuyo pensamiento ha venido a cristalizar en belleza. El uso de las metáforas es el camino para ir de lo metafísico a lo artístico. A su vez el artista, si quiere *interpretar* el lenguaje de la naturaleza y no copiar fríamente sus escenas, ha de participar del sentido filosófico. En este sentido no influye solamente la *sensibilidad* del artista, sino el razonamiento, el estudio y la intuición. Debe verificar sobre la realidad un trabajo analítico y sintético para dar vida al conjunto y a los detalles. No ha de ser solamente lo que el artista sueña, sino lo que en realidad se desprende de las cosas. Sino, sería el del Arte un lenguaje espiritual y una emoción falsa. Una verdadera obra de arte tiene, por esto mismo, el valor del descubrimiento de una ley de la naturaleza; el artista es creador. Por eso tenía razón Aristóteles cuando decía que el arte no es una disciplina teórica meramente y contemplativa, ni una disciplina puramente práctica y experimental, sino que es una *poética*; es decir, una realidad productora de realidades nuevas. — *Note de critique scientifique*. M. WINTER: *Le Temps et la mécanique héréditaire*. Hay en la Física una serie de fenómenos, cuyas circunstancias dependen de las anteriores, que pueden llamarse *hereditarios*. La mecánica novísima ha modificado la explicación de estos fenómenos. Es útil al filósofo conocer sus

conclusiones, y eso pretende el autor, dando una idea preliminar de lo que son y de la expresión matemática que les dió Volterra. — *Questions pratiques*. D. PARODI: *La Force et le Droit*. Recuerda las conclusiones de Ruysen. = *Idem*, n.º 2. — MAINE DE BRAN: *Quatre nouveaux manuscrits inédits publiés par P. Tisserand*. Estos manuscritos están sacados de la colección donada al Instituto de Francia por los herederos de Ernesto Nouville. Son los siguientes: «Reflexiones sobre las fuerzas generales que animan a la Naturaleza», «Notas psicológicas», «Magnetismo y somnambulismo», «Sobre el método analítico». El más notable es el segundo estudio sobre Psicología. — L. BAUNTSCHVICS: *L'Arithmétique et la théorie de la connaissance*. Para hallar las relaciones entre la Aritmética y la teoría del conocimiento pueden seguirse dos métodos: ir de la Filosofía a la Ciencia, o al revés. Este segundo es el mejor, y deben olvidarse las lecciones apriorísticas aprendidas en los manuales de Lógica. Nosotros, en la Aritmética, empezamos por intuición y acabamos por raciocinio, que debe estar comprobándose de continuo en contacto con la experiencia. Esta comprobación es racional y el único medio para eliminar errores. De la Aritmética se pasa a la Geometría, y de aquí al grupo de Ciencias físicas y naturales, sin romper la homogeneidad de los conocimientos humanos. No debe pedirse a cada ciencia más de lo que ella puede dar. Unas se ayudan a las otras. La Geometría, decía Bertrand, no debe ser para el físico más que un potente auxiliar; cuando haya deducido de sus principios las últimas consecuencias, ya no puede hacer más; y la incertidumbre del punto de partida se acrecienta por la ciega lógica del análisis, si no viene la experiencia en cada caso a servir de brújula y de regla. Todos los sabios deben aplicarse estas máximas, y desaparecerá la crisis de la filosofía matemática, que nos ha originado la crisis de la Filosofía entera. — MASSON OURSEL: *La sophistique. Etude de Philosophie comparée*. Es curioso: no solamente Anatomía comparada, sino también *Filosofía comparada*; y un problema tan notable como *la sofística*, el arte de hacer sofismas. ¿Qué dice el autor? Lo siguiente: La sofística no es solamente un fenómeno de la filosofía helénica. Existió en Grecia, en la India, en la China: es un fenómeno general; pero lleva el sello de la época de Protágoras. El verbalismo fué siempre gran ayudador de la sofística. Los pueblos más habladores y anfibolíticos han sido siempre los más sofistas. Una teoría de nombres y del lenguaje, hábilmente descubierta y sostenida por ellos, mantuvo a los sofistas en la posesión de sus secretos. Esto se advierte de una manera singular en los chinos. Todo sofista es un dialéctico; y así como la sofística tiene caracteres distintos en los tres pueblos mencionados, igual sucede con la dialéctica. No es que los sofistas sean lógicos, porque entonces no habría clases distintas, ya que la lógica es una, como es una la razón del hombre, sino que emplean una lógica especial, hecha a su gusto, con el aspecto de la verdadera lógica. *Études critiques*. DOLLÉANS: *Un essai de psychologie historique: William Godwin*. Estudia con multitud de rasgos pintorescos la fisonomía de Godwin, el protestante calvinista del siglo XVIII, autor de la *Justice politique*. — *Questions pratiques*. D. PARODI: *Guerre et morale*. Serie de consideraciones sobre otra serie de temas éticos relacionados con la guerra, el valor de la vida humana, concepto de patria, los engaños, la justicia, las represalias, escrito según el criterio de *L'Entente*.

Roma e l'Oriente, mayo-junio 1916. — Vladimiro ZABUGHIN: *Il bilancio del S. Sinodo alla Duma e l'imminente riforma della Chiesa dominante*. El S. Sinodo parece haber despertado después de diez años de obscurecimiento e inacción. Ya no sólo la laicoeracia lo dominaba, sino hasta los profetas, algún viejo vidente que, ignorante y atrevido, servía intereses ajenos a la iglesia rusa: en las recientes discusiones en la Duma se ha hablado de reforma, de «parroquia autónoma y clero electivo» que es la práctica de «los antiguos creyentes», a quienes ya se les tolera... La Iglesia oficial rusa, encadenada por el poder civil, no puede «encontrarse a sí misma.» — Vladimiro ZABUGHIN: *Questioni greco-slave negli scrittori del rinascimento*. Continúase este estudio, extractándose en este artículo la polémica del pan ázimo y fermentado y otras cuestiones referentes

al Santísimo Sacramento de la Eucaristía. El autor cuyos escritos son objeto de este estudio es Alberto Pighé, llamado el Campense. — Prof. G. S. MERCATI: *Vita giambica de S. Nicola di Mira, secondo il codice mesinese 30*. Precedido de unas notas sobre el contenido y la forma poética del manuscrito, que el autor cree inédito, se comienza a publicar el texto griego de esta vida de San Nicolás de Mira. — F. A. PRIMALDO COCO: *Vestigi di grecismo in terra d'Otranto. (Appunti e documenti.)* En este primer capítulo del interesante estudio sobre los vestigios que todavía se encuentran de cultura griega en el mediodía de Italia, se describen las vicisitudes del Bizantinismo en tierra de Otranto. El autor ha recogido en archivos y bibliotecas datos desconocidos u olvidados.

Scuola Cattolica (La), septiembre de 1916. — P. POU Y MARTI: *L'Indulgenza della Porziuncola*. Para dar una idea clara del famoso Perdón de Asís y rectificar al mismo tiempo lo que menos exactamente hayan dicho los periódicos este año jubilar, resume la historia de dicha Indulgencia tratando de su autenticidad, o sea de su derivación de San Francisco y del año en que fué concedida. Después habla de la índole y popularidad de la misma, para lo cual, entre otros documentos, se sirve del Archivo de la Embajada española, del que es archivista. — M. RIGHETTI: *Le origini della liturgia cristiana. La oración eucarística*: La εὐλογία del pan y del vino indicados por San Pablo era sinónima de εὐχαριστία; era una oración prolongada y consistía en un desarrollo teológico y cristológico: un himno a la Creación y Redención. Probablemente no contenía el Trisagio en su forma primitiva; ciertamente contenía las palabras de la constitución eucarística; comprendía probablemente una forma de anamnesis, *in memoriam Passio-nis*. *La fracción y comunión*: Del «Didaché» y de las pinturas de las Catacumbas aparece evidente esta operación de partir el pan para repartirlo o comulgar a los presentes bajo las dos especies, de lo cual ignoramos el rito primitivo. *La colecta*: Ya San Pablo habla de ella; era un acto de caridad voluntario en favor de los pobres. *Los carismas*: Son de tres categorías: para ayuda del cuerpo y para instrucción y gobierno de los fieles. Se manifestaban en diversas partes de la liturgia y duraron hasta principios del siglo III. *El ágape*: Según la tradición, combatida por algunos modernos, era una comida común de caridad. Prescindiendo de las cuestiones del origen, es un elemento litúrgico indiscutible del tiempo apostólico. El rito nos es desconocido; se celebraba en presencia del obispo (San Ignacio) y probablemente iba unido con la *fracción*, de la que se separó a fines del siglo primero.

Studies, septiembre 1916. — DYNAMIS: *The mohamedan Caliphate*. Desarrollo moderno del califato mahometano y reconocimiento de la soberanía espiritual del Sultán, aun fuera del imperio turco, en países musulmanes, y vicisitudes e insurrecciones de los mismos en estos tiempos, más o menos relacionados con la actual guerra. El autor, de origen irlandés y de larga residencia en Siria y otras regiones de Oriente, cree que el califato pierde autoridad y que el candidato para asumir esa representación es el Sherif de la Meca, que actualmente simpatiza con los aliados. — Cathaoir O'BRAONAIN: *Poets of the insurrection. II. Patrick E. Pearse*. Poeta genial que supo cantar las glorias antiguas con una lengua nueva, educador, que amaba los niños y procuraba, más bien que instruirlos, convertirlos en hombres buenos; ameno cuentista, que revelaba un gran conocimiento del alma humana, consagró su vida a bien. «Su fidelidad a luz interior — dice el articulista —, lo mismo que le llevaba todos los domingos al altar de la comunión, le llevó al fin a las barricadas. Su noble y amable presencia nos ha sido arrebatada, pero la inspiración de su nombre permanece con nosotros.» — Adrián FOR-TESCUE: *The Armenians*. Resumen de la historia de los armenios con su cisma, su separación de las iglesias orientales y sus cristianos unidos con la Iglesia de Roma desde el tiempo de las Cruzadas. Perseguidos por los turcos, por los persas y hasta por los rusos, es un pueblo mártir, de una vitalidad potente y que aún podría adquirir nacionalidad

independiente, aunque para realizarlo habría que vencer obstáculos insuperables. — V. M. CRAWFOR: *War and literature in France*. La literatura que en Francia se desarrolla, con relación a la guerra, será inmensa e importantísima. La invasión germana dará origen a una época literaria de interés excepcional. El original libro de Paul Claudel *Trois Poèmes de guerre* es conceptuado como la más noble producción por su apasionado amor a la patria, por la resolución de sufrirlo todo en su defensa y por el reconocimiento del supremo valor de las fuerzas espirituales de la vida. — Rev. J. RYAN: *Toil and Thought*. El trabajo y el pensamiento, el obrero y el pensador, son dos cosas que han estado separadas y que modernamente tienden a unirse. — James J. WALSH: *The Maya and their monuments*. La idea de la evolución humana, desde el salvajismo a la civilización, tan en boga hoy, debía explicar las antiquísimas espléndidas civilizaciones de razas y países tal como la de los mayas (Sur de Méjico y América Central), donde tales monumentos arquitectónicos, artísticos, industriales, con su misteriosa escritura geroglífica..., la evolución aquí ha sido a la inversa.



BIBLIOGRAFÍA

Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana.—Tomo XXXII.—MAR-MARHOLM.

Nuevamente hemos de presentar a nuestros lectores esta magnífica enciclopedia española en su esencia, aunque se titule europea y americana. Es penosa la tarea del crítico que se encargue de su presentación. Tomo por tomo, va saliendo de las hermosísimas prensas barcelonesas, agotando el repertorio de los elogios y alabanzas.

Cuanto se ha dicho de volúmenes anteriores enalteciendo el cúmulo y buena cualidad de sus grabados, singularmente de las tricromías y la erudición de las monografías, hay que repetirlo del presente, y lo mismo habrá que decir de todos los venideros. Y si alguna vez hemos llamado la atención respecto de las deficiencias advertidas, de los errores que por ventura se deslizaron, lo hicimos por el deseo de fomentar su mejora. Es más fácil insertar alabanzas que razonar críticas; y expone siempre a más fuertes enojos la verdad que la lisonja. Es más cómodo copiar las *gacetillas suplicadas*, que, impresas ya, mandan los grandes editores, que estudiar, hoja por hoja, los gruesos volúmenes con el bisturí en una mano y el incensario en la otra. Nosotros lo hacemos así; y todavía con mayor sinceridad, cuanto es más íntima la amistad que nos une con autores o editores. Colaboramos en la *Enciclopedia Espasa*. ¡Si la queremos de todo corazón! Siempre la recomendamos con el mayor cariño y esperamos la publicación de sus volúmenes con ansia vehemente; pero, en público y en privado, le decimos las manchitas que trae, para que se las limpie y aparezca más hermosa.

Ya saben nuestros lectores que es la obra editorial de mayor trascendencia que actualmente se realiza en España, que ha vencido todas las competencias, que ha logrado la reimpresión de casi todos los tomos. A pesar de los gravísimos perjuicios que ha inferido la guerra europea a las artes gráficas, como nosotros, en *LA CIENCIA TOMISTA*, y singularmente en *Rosas y Espinas*, lo experimentamos bien, los beneméritos hijos de J. Espasa siguen triunfalmente la carrera emprendida, fijos en el porvenir los ojos, sin dejarlos caer en las tristezas de lo presente. Apenas se deja sentir en este tomo XXXII la carencia de ayudas editoriales extranjeras. Si han merecido siempre un cordialísimo aplauso, ahora se les debe otorgar una ovación cerrada, que dure largo rato; y después, repetirla.

¿Todo es perfecto en el tomo XXXII? En este mundo nada hay perfecto. En la voz *Maestranza* se echa en falta un estudio documentado, profundo y hermoso, como podía resultar, acerca de las Reales Maestranzas que existen en España (Granada, Sevilla, Valencia, Zaragoza...) y que han escrito páginas muy gloriosas en la Historia de nuestra Patria. Es de lamentar esta omisión, cuando ni siquiera se menciona la existencia de tales Maestranzas, a las cuales pertenecen las familias más linajudas. Omisiones biográficas hay también en número bastante, aunque no siempre recaerá toda la culpa en los editores y directores de la Enciclopedia.

Respecto del fondo, debemos hacer algunas reflexiones sueltas.

El artículo *Magia* hubiera resultado mejor escrito, con más claridad y unidad, consi-

derándola como incluida en la *Historia de las religiones*, supuesto que es una parte de la superstición. Siguiendo las indicaciones de Santo Tomás, agrupando teorías científicas similares y oponiendo a las erróneas una refutación prudente, hubiera ganado mucho la monografía de la *Magia*. Hay que advertir también que muchos estudios etnográficos no pasan de ser trabajos de clasificación, donde juega gran papel la fantasía. Para distinguir la magia de la religión no es comparable el criterio sencillo, solidísimo de Santo Tomás con el acomodaticio de Frazer. Este autor supone, además, como recuerda el Diccionario (pág. 101, col. 2.^a), cierta oposición entre las concepciones del Universo que hacen la Religión y la Ciencia. Lo cual es absurdo. Y no seguimos en esta crítica porque escribiríamos otra monografía.

Hablando de la *Magnanmidad*, se dice que es una virtud *natural*; cuando tiene algo de *natural*, pero en realidad es *sobrenatural*; dice el autor que es *imposible* distinguir esta virtud de otra cualquiera. El autor, que cita el lugar de Santo Tomás donde estudia esta virtud, no debió leerlo, porque allí vería demostrado que es una virtud *especial* y los caracteres que la distinguen. Con esta sola lectura hubiera hecho un artículo precioso, sin ser más largo por eso. El artículo sobre el *Mal*, a pesar de tantas secciones y subsecciones, no resulta un estudio orgánico y completo. La parte etnográfica está bastante bien, pero la filosófica es de muy poco fondo, como la moral; y la defensa que allí se hace de la Providencia divina, aun apoyándose en Balmes, que tanto sube, alcanza poca altura. Advuértase que tal vez sea este el problema más difícil de la filosofía y de la vida. En cambio, el artículo sobre el *Magnetismo* es un verdadero tratado de altura. Se ve allí la mano de un maestro. Lo mismo podría decirse de *Magisterio*, *Maíz*, *Mamífero*, *Mancomunidad*, *Manicomio*, *Mano*, *Man'eca*, *Manuscrito*, *Mapa* (hermoso artículo), *Máquina*, *Mar* (estudios completísimos), *Marca*, *Ausias March*, *Marcha*, *Marsa*, etcétera, etc. Si todos los artículos estuvieran al nivel de los jurídicos y científicos, sería monumental esta Enciclopedia. En la parte filosófica hay flojedad repetidas veces.

Acumulad ahora todos los epítetos de elegancias y preciosidades que os vengan a la mente; agregad cuantas alabanzas queráis a los editores entusiastas y afortunados que tan alto ponen el prestigio de la ciencia española... y todo será poco para enaltecer la *Enciclopedia Espasa*, para excitar deseos de leerla, para recomendarla y apoyarla. como nosotros lo hacemos siempre con todo nuestro corazón.

FR. LUIS URBANO, O. P.

Anuario eclesiástico 1917. — Dos volúmenes en 4.^o, de unas mil páginas en conjunto. Barcelona, Subirana.

Sin duda, el éxito verdaderamente extraordinario obtenido el año pasado por esta publicación ha dado ánimos al editor para emprender una total mejora y completar la materia que debe contener un *Anuario eclesiástico*, hoy que hay *Anuarios* tan acabados acerca de los diversos ramos de las ciencias, artes, industrias y demás manifestaciones colectivas del progreso humano.

En esta clase de libros no es la amplitud, que se traduce por aumento de volumen, un indicio de perfección: se impone hacer una discreta selección en el material que se ha de utilizar, reducirlo en cuanto cabe a su expresión más sobria y presentarlo metódicamente para que se pueda hallar con facilidad el dato preciso que el lector necesita tener a mano con urgencia.

Y en este sentido creemos que el presente *Anuario* ha obtenido un considerable mejoramiento sobre el del año último. Su contenido, en líneas generales, puede verlo el lector en el anuncio publicado en el pasado número de esta misma Revista — y conste que esta nota bibliográfica es totalmente ajena a toda consideración mercantilista—. La ejecución del programa que allí se expone es altamente satisfactoria. En la forma en que van presentadas las cosas hay poco que corregir. Como obra de colaboración, podrá no haberse observado la misma diligencia, por todos los que a ella han contribuido, al

recoger los datos que enviaron al editor; pero, desde luego, hay en todo unidad de plan, indicación precisa del dato substancial y una mira constante a la finalidad eminentemente práctica que tienen esta clase de libros.

Hay en el presente *Anuario* secciones que del todo o en parte deben desaparecer de las ediciones siguientes. Unas, a la verdad muy útiles, como la historia de los Seminarios; pero que a nada conduciría repetirlas en los años venideros, y otras menos útiles, como los Evangelios del año y su exposición, que, además de ser fundamentalmente las mismas, siempre pueden encontrarse en otras obras de fácil adquisición para el Clero, y por ningún título deben figurar en el *Anuario*. Éste debe concretarse a lo *variable*, a lo que cambia de un año para otro, y sólo excepcionalmente o como elemento adjunto se debe incluir algo de lo que tiene carácter de permanente. Así quedará espacio suficiente para otras nuevas secciones relativas a la manifestación de la actividad del Clero e Iglesia española, como obras sociales, misiones con estadísticas, obras de cultura, etcétera. Con ello se podrá dar al *Anuario* un carácter más dinámico e interesante, sacándolo de esos cuadros rutinarios en que suelen empotrarse a veces estas publicaciones periódicas, como si fuesen productos industriales fabricados siempre en el mismo molde, con los mismos vicios hereditarios, para estigma de editores tan incuriosos como avaro. Por fortuna, el *Anuario eclesiástico*, en manos del acreditado editor barcelonés D. Eugenio Subirana, está muy distante de quedar supeditado a esos móviles nada plausibles.

FR. V. BELTRÁN DE HEREDIA.

El Mensajero del Zar.—Libro que relata un episodio de la guerra ruso-japonesa del año 1904. Adaptado para los lectores de la lengua española por OMAR DE TEL, 177 páginas en 8.º Luis Gili, Barcelona, 1916.

Esta novelita, que relata muchos episodios de la guerra ruso-japonesa, aunque formando una sola relación, resulta interesante y hasta edificante para la juventud. La idea del patriotismo, llevada hasta sus últimos límites por un niño de trece años, que es el protagonista y héroe de la novela, aparece aquí con una intensidad y una nobleza de acción que conmueve las entrañas de cualquier lector, sintiendo casi los deseos de ser militar para ponerla en práctica en la primera ocasión. Sin embargo, hallamos la relación muy exagerada y en algunos casos inverosímil. Pudo contentarse el autor con hechos más humanos, que nada perdía por eso la obra. No necesitamos decir, conocido el título, que la novelita es rusófila hasta la medula; mas esto no puede considerarse como defecto, porque en esta materia cada uno es libre para pensar como le parezca, salvo las leyes de la justicia. El lenguaje es suelto y sin pretensiones, lo que le da un carácter popular y a propósito para los jóvenes.

Malta y Roma, por D. Federico ROLDÁN, Canónigo y Fiscal general del Arzobispado de Sevilla.—Luis Gili, Barcelona, 1915.

El autor de este libro se propuso dar una idea completa de todo lo ocurrido y visto en la peregrinación de los católicos españoles a Malta y Roma con motivo de la celebración del XXIV Congreso Eucarístico internacional y del XVI Centenario de la Paz de la Iglesia, ya que muchas de estas noticias las había enviado, por medio de crónicas postales, a los lectores del *Correo de Andalucía*, y telegráficamente a la Agencia católica «Prensa Asociada». Dice también el autor que «era lástima que estas crónicas, mientras las unas quedaban inéditas, las otras no alcanzaran más existencia que la efímera de una hoja de periódico, y éstas y aquéllas quedaran sin formar el todo orgánico, del que son miembros integrantes». Afirma que, aunque las notas de un viaje, a medida que el tiempo pasa, van perdiendo un poco de su actualidad, también es cierto

que las presentes, aun después del tiempo transcurrido, conservan un positivo y no exiguo valor. Y estamos nosotros convencidos de ello al ver la multitud de datos y descripciones de antiguos monumentos, que ponen, a Roma sobre todo, a los ojos del lector como retratada en un espejo. Apenas queda cosa notable en la Ciudad Eterna que en estas crónicas no se describa con toda clase de detalles. El autor ha hecho, pues, un trabajo de utilidad, sobre todo para los que no han visto Roma.

Planes Catequísticos, o sea Exposición de la Doctrina Cristiana por medio de Pláticas, por el R. P. FRANCISCO NAVAR, Misionero del Corazón de María. Tomo III. Editorial del Corazón de María. Madrid, 1915.

Poco se diferencia en el fondo y forma de exposición este tercer tomo de los dos anteriores, aunque el orden seguido es algo distinto. El autor da la razón de ello por estas palabras de las ADVERTENCIAS PRELIMINARES:

«La razón de esta diferencia en el orden adoptado para las doctrinas de una y otra clase, hay que buscarla en las divergencias de los textos de que nos servimos para una y otra: en el Catecismo de niños vamos siguiendo con fidelidad el texto llamado de Pío X, y en el de adultos *El Catecismo Romano de San Pío V.*»

«Cuando terminábamos de escribir las Pláticas referentes a los Mandamientos de la Iglesia, ocurrió la sustitución que hizo Su Santidad Pío X de los Catecismos anteriores el *Breve* y el *Mayor* (que el mismo Papa había autorizado en 1905), refundiéndolos en uno, que reemplazaba a los dos, con fecha 18 de octubre de 1912. Este cambio nos obligó a modificar también el orden de las Pláticas y el texto de las preguntas...»

Con respecto a la utilidad de esta obra no sabemos qué decir, pues siendo hoy el clero secular tan ilustrado y competente, creemos no necesita de esos apuntes rudimentarios para desempeñar bien el oficio de la catequesis. No obstante, algo tiene hecho el que no quiera molestarse la cabeza en recordar lo que con más amplitud en otros tiempos ha estudiado. Al fin, un libro bueno nunca está demás en estos tiempos en que abundan tanto los malos de todos los matices y en todas las formas conocidas.

Francesco Acri e il suo Pensiero, por Rodolfo MONDOLFO, 4.º menor, 78 páginas. Nicolás Zanichelli, editor. Bologna, 1914.

Esta obrilla, que contiene el discurso tenido por el autor de la Universidad de Bolonia el 7 de febrero de 1914, es únicamente lo que indica su título: el pensamiento filosófico, ya que sistema no se puede llamar, de Francisco Acri. El autor no se muestra en todo conforme con ese pensamiento, pero admira, no obstante, al hombre de estudio, pareciéndole que la unión amistosa de las almas ayuda a comprenderse a sí mismo y al mundo, a penetrar el enigma de la vida, a hallar una respuesta adecuada a la pregunta que siempre nos asalta: «— ¿Por qué?»

No es fácil en pocas líneas compendiar ese pensamiento. La filosofía, dice Acri, es el universo intelectual, que intenta retratar el universo real; mas no en cuanto es filosofía sino en cuanto es sistema, o virtud de recoger la multitud de los conceptos bajo un concepto ordenador y ver así muchos en uno. Ahora bien, ¿en qué se halla la distinción de los sistemas y la concordancia de unos con otros? En el cambio de centro, por el cual se conserva la esfera universal de las ideas: la novedad en la filosofía no es otra cosa más que la asunción de los conceptos que estaban en segundo lugar para colocarlos en el primero. Mas la esfera es siempre la misma, tanto que él, Acri, afirma que, en realidad, no existan muchas filosofías por ser el universo uno, sino sólo variaciones para unir la única filosofía; y expresa que se una algún día con el descubrimiento del sistema universal, unidad completa de los sistemas filosóficos...

Los escritos de Acri, esparcidos primeramente en opúsculos, revistas y actos de Academias, impresos en 1907 formando una colección completa, ocupan muchos volúmenes.

Entre ellos se halla la Memoria leída en la Academia de Ciencias, de Bolonia, 1908, *Santo Tomás y Aristóteles*. Tiene otro discurso, *Sobre la naturaleza de la historia de la filosofía*, leído en la misma Universidad e impreso en 1872.

Mas respecto de Acri no se ha escrito mucho. Desde 1876 a 1905 la soledad y el silencio se hicieron en torno suyo. Sin embargo, en muchas publicaciones y revistas aparecieron artículos sobre él con diversos juicios y opiniones. En Bolonia, sobre todo, y en Nápoles y otras ciudades se ocuparon bastante de él, algunas veces para combatirlo.

Páginas de la última Revolución china, por el P. Agustín M^llcón, agustino.—338 páginas en 4.º, con grabados.—Imp. del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús. Madrid, 1915.

He aquí una obra de materia desconocida para una gran parte de los lectores. Porque ¿cuántos europeos hay que tengan siquiera una noción de las intimidades de la política china, de su administración pública ni de sus costumbres nacionales? De aquí el interés que despierta la lectura de esta obra, que, como su título indica, trata principalmente de la última revolución china.

No fué escrito este libro «de un tirón, sino de varios; parte casi al mismo tiempo que se desarrollaban los sucesos; parte con más de un año de posterioridad y siempre en los ratos que dejaban libres otros quehaceres inaplazables, y a veces en la precisión de enterverarlo con trabajos que así se relacionan con la historia de la *Revolución china*, como el autor con el moro Muza». Así lo confiesa el autor en el prólogo. A pesar de esto, resulta sumamente interesante el relato de los esfuerzos de la dinastía Manchú para sostenerse en el poder que había tenido en sus manos por espacio de varios siglos; de los revolucionarios chinos para redimirse de una autoridad que no pertenecía a su raza; las divisiones entre estos mismos, queriendo unos la república a semejanza de los Estados Unidos, y otros un soberano constitucional, bien chino ó bien manchú; la opinión del pueblo, que, en general, miraba con buenos ojos la revolución; la neutralidad de los embajadores y diplomáticos extranjeros, luego que se enteraron de que la revolución más bien favorecería el comercio exterior que lo impediría; las pocas simpatías con que contaban los príncipes y miembros de la familia imperial, lo mismo entre los chinos de pura raza que entre los extranjeros de todos los continentes, y otras muchas cosas, que en la referida historia se cuentan sin pesadez de estilo ni mezcla de episodios extraños a ella.

Al final se habla también de la segunda revolución, después de la época parlamentaria.

FR. A. G.

Cuaresma predicada en la Colegiata de San Bartolomé, de Valencia, con los Sermones de Lázaro y de la Palma, en el Temple Metropolitano, por el P. Fr. Lorenzo G. SEMPERE, O. P., Valencia, Lib. M. Belenguer.—En 8.º IV-270 páginas.

Muy difícil es que un libro de sermones sea bueno, a no ir firmado por los maestros esclarecidos, que en cada siglo son muy pocos. El que ahora presentamos al público, no es ni mejor ni peor que los corrientes. En el prólogo, que tiene la ventaja de ser breve, se ofrece el libro «a los noveles predicadores» para que puedan orientarse y «para que en su predicación huyan de un defecto, harto de plorable, que la Santa Sede repetidas veces ha procurado corregir, con sapientísimos documentos emanados de las Sagradas Congregaciones. Me refiero al estilo que algunos tienen de predicar otras materias que las Santas Escrituras y virtudes cristianas, que son las recomendadas por los Santos Padres y mandadas por los Sumos Pontífices y venerables Obispos». Bien: la intención no puede ser mejor. ¡Lástima que la ejecución no esté

al mismo nivel! Porque la Sagrada Escritura anda escasa y sin trabazón, y los Santos Padres apenas cruzan la escena con geniales pensamientos: alguna frase suelta, alguna sentencia pegada; pero nervio de razonamiento patristico y escrituario no lo hay. Santo Tomás se presenta a veces sin la gallardía de su magisterio sublime. Podíamos aducir muchos ejemplos anotados, aun referentes a materias conocidas. Bien conocido es el concepto del pecado; el autor lo define por estas palabras: «Pero, me diréis: ¿Qué es el pecado? Os respondo con el Angélico Maestro: Pecado es todo acto del hombre que se aparta del orden debido al fin contra la naturaleza, contra la razón, contra la ley eterna de Dios (1-2, q. 21, 1).» Por poco que se conozca el tecnicismo de Santo Tomás, se ve que esa no es definición suya, por lo redundante, confusa e inexacta. Y, efectivamente, leed toda la cuestión 21 de la *prima secundae*, no sólo el artículo primero, y no encontraréis semejante expresión. Y causa pena que no se aprovechara bien ese primer artículo, cuya doctrina es plástica y hermosa. Detalles parecidos se repiten con frecuencia.

Otro aspecto queremos anotar: la dureza irreflexiva e infundada con que se habla de ciertas manifestaciones en pro de la Acción social y de la Prensa católicas. No debe menospreciarse una orientación necesaria por defender a medias una institución excelente, como es el Sacerdocio. Se presenta «como un colmo en la materia» lo que «corre en las redacciones de los periódicos, en los círculos y sindicatos, que hoy, no bajo las bóvedas de la Casa del Señor, sino en las calles, en los garitos, hay que ejercer el ministerio sacerdotal» (p. 162). Este ministerio hay que ejercerlo donde haya hombres; y si no van a la Iglesia, como pasa, desgraciadamente, el corazón apostólico los busca donde están. Precisamente es ahora cuando más se ha metodizado y esterilizado el ministerio de la predicación, por falta de genios apostólicos. ¿Dónde predicaron los apóstoles y misioneros? ¿Dónde predicó Santo Domingo y San Vicente Ferrer? Ellos hacían de las peñas púlpitos, y de los cielos bóvedas de templos. ¿Quién duda que el periodismo es un gran medio de predicación? Háblese sobre las columnas de un diario, y escucharán miles y miles de almas, influidas por la eficaz penetración de la palabra escrita. El gran predicador dominico P. Janvier, quizá el mejor predicador de Europa, enalteció últimamente los esfuerzos y la misión altísima del periodista católico; y bien conocidas son las expresiones del excelentísimo Sr. Arzobispo de Tarragona ensalzando el periodismo. Nada de exageraciones ni de vulgares magisterios: en el púlpito debe hablar el razonamiento y el sentir, guiado por los Lugares Teológicos e inflamado por la caridad. Este libro debía haberse escrito con una maestría singular para responder a las tradiciones oratorias de la Orden de Predicadores, y porque, según el prólogo, debe servir de orientación y guía a los jóvenes sacerdotes. Las virtudes y los vicios deben ser los asuntos de la cátedra sagrada: es decir, deben ser todos los asuntos que se relacionan con la vida cristiana, que son todos los de la vida humana. El caso es saberlos tratar, la dificultad está en los adverbios: en hacerlo *bien*. Hay en la Orden de Santo Domingo maestros preclarísimos a quienes imitar: Cabrera, Granada, Cáceres, Lanuza, el mismo *España Madrid*, Alvarez...; en ellos deben buscar sus modelos los predicadores que ansían desempeñar cumplidamente su alto y sacratísimo ministerio. Entre los predicadores extranjeros descuellan Lacordaire, Monsobre, Didon, Burke, Bausa, Lombardo..., todos ellos dominicos. El libro que mencionamos no puede formar parte como eslabón de tan hermosa cadena.

D. D.

Métode cíclic adaptat a l'ensenyansa de la Religió, per R. M., Pbro. Tres folletos en 8.º de 54, 93 y 111 págs.; imp. Geroni Portavella.—Vich, 1916.

Nada más íntimo que la religión y, por consiguiente, nada extraño es que el presbítero catalán R. M. haya querido escribir en catalán un tratado de religión para los niños, adoptando el método cíclico, que va ensanchando los conocimientos adquiridos

en un curso o en una clase, en otra clase superior. Los tres grados que ha publicado serían todavía susceptibles de mayor desarrollo en otros superiores; pero tal como están constituyen un tratado catequístico bastante completo. Una de las mejoras introducidas es intercalar en el texto trozos de la Sagrada Escritura, y especialmente del Evangelio, confirmando así el texto, amenizando con la lectura la aridez de las preguntas y respuestas, y haciendo conocer y amar los Libros Santos, la Palabra de Dios.

¿Qué quiereres ser?, por el P. Manuel TRULLÁS, S. J. En 8.º, VIII-163 págs.—E. Subirana, Barcelona, 1916.

En este folleto, elegantemente impreso y con artísticos fotograbados, se examina el carácter de la «vocación», sus misteriosos caminos, la felicidad que para toda la vida encierra el seguir el llamamiento divino, consagrando todas las actividades de nuestro ser al cumplimiento del deber, al amor de Dios y de nuestros prójimos. Su lectura es agradable; su influencia, bienhechora. El autor nos dice en el prólogo que es adaptación al castellano de otra obra escrita en francés por otro Padre de la Compañía de Jesús.

FR. F. C.

Conferencias Populares, por M. RÜCKER, Pbro.—Tres tomitos en 8.º, de 198, 193 y 197 págs.—Tipografía Católica, Barcelona, 1916.

El Sr. Rücker se propone una obra de vulgarización, y, en verdad, que lo cumple a maravilla. Claro y correcto en su lenguaje, metódico en la exposición, sobrio en las ideas, sabe escoger temas de interés para el público a quien se dirige, y, en su desarrollo, no pasa nunca de donde puedan seguirle sus oyentes o lectores. Aunque sus conferencias fueron pronunciadas en distintos Centros y datan de épocas diferentes, al estar reunidas en la presente obra, colocadas cada una en su lugar, forman un todo perfectamente homogéneo, como si para este solo objeto fueran hechas.

Salvo dos o tres, todas las conferencias tienen por objeto algún tema social. «Necesidad de la cultura», «El deracho de propiedad», «El obrero a través de la historia», «El alcoholismo»..., etc., etc. El Sr. Rücker trata de llevar a todos esos problemas la solución católica. Al terminar de leer su obra saca uno la impresión de que fuera de la Religión Católica no hay solución satisfactoria para los problemas sociales. Idea muy justa. En la exposición de las ideas socialistas, cuando por incidencia las trata, quisiéramos ver en la obra del Sr. Rücker más precisión y aun más exactitud, porque el principal flaco de muchas refutaciones del socialismo, defecto que las hace ineficaces, es el de no combatir proposiciones concretas.

FR. E. A.

La Declamación en la Oratoria Sagrada, por el R. P. Antonio de P. Díaz, Misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María. Uu vol. de XX-368 págs. en 8.º, Editorial del Corazón de María.—Madrid, 1915.

Obra de gran utilidad práctica para los que a la predicación sagrada se dedican.

Es muy de alabar el ingenioso trabajo del P. Díaz, que se ha propuesto dar metódicamente un curso verdadero de artística declamación a los que al púlpito suben y la palabra de Dios anuncian. Razón tiene para censurar el desaliño con que generalmente se predica, so pretexto de vulgarizar la Verdad religiosa y hablar a lo *apóstol*. No es eso. La naturaleza y el arte completan la obra de la predicación en su forma externa, sin que resulte la composición oratoria inoportuna por lo chabacana y la declamación artificiosa por lo teatral. En esto, como en todo, pide su espacio medio la virtud. Nos parece dignísimo de aceptación el libro del P. Díaz, donde bien diluido y bellamente

tratado hallará el joven orador lo que a la parte física, intelectual y moral de la oratoria del púlpito se refiere. Lleva también grabados aclaratorios del texto para, de modo terminante, señalar las diversas actitudes de la dinámica oratoria o mímica de la declamación.

Rúbricas de la Misa, por el R. P. Bernardo SALA, O. S. B.; 475 págs. en 8.º; Viuda Pla, Barcelona.

Por sí sola se recomienda entre los Sacerdotes y Seminaristas obra que al culto de Dios se ordena y que tan esenciales enseñanzas contiene. Lleva la considerable ventaja de poder manejarse fácilmente, por ser un tomo poco menos que de bolsillo, lo que hace que, en todo momento, pueda servir de consulta. Esto, en materias litúrgicas, es de importancia incalculable, por suscitarse a veces dudas cuya solución inmediata urge para el legítimo desempeño de las funciones sacras. Va ilustrada la obra con láminas, y lleva dos apéndices: uno, sobre las Misas de difuntos, y otro, sobre los privilegios concedidos a España por el Papa San Pío V, en la celebración de la Santa Misa. Es, como puede verse, una obra, en su género, completa

El Congreso Litúrgico. Trabajos de D. Antolín LÓPEZ PELÁEZ, Arzobispo de Tarragona; 45 págs. en 8.º.—Hijos de Fuentenebro.—Madrid, 1915.

Con este doble y humilde título ha presentado en el campo de la propaganda sacrosocial un folleto más el batallador Arzobispo metropolitano de Cataluña. Es recopilación de sus trabajos en el primer Congreso litúrgico de Monserrat, que a su inspiración y celo se debe. Habló allí como los apóstoles, en varias lenguas: latín, castellano y catalán. Esto último, para que Cambó no se enfade con los obispos no catalanes... La originalidad del meritísimo Sr. López Peláez brilla en todo. Cautiva su peregrino ingenio cuando escribe o habla, y siempre convence su apostólica voz. Aquí, en el folleto, es su silbido de buen Pastor, el que llega las fibras tiernas a conmover. Describe las excelencias de la Sagrada Liturgia, y da idea cabal del objeto único de la gran Asamblea. Su alocución al Clero y al Pueblo es la voz del padre persuasivo y amante que ordena los actos litúrgicos a la gloria de Dios y a la edificación común. Es digna de notarse la piadosa plática eucarística en el momento mismo de dar la comunión a los sacerdotes del Congreso.

La vida y el obrero, por Carmen CUESTA DEL MURO.—Un vol. XV-338 págs. en 8.º.—Tip. del Sagrado Corazón.—Madrid, 1915. Curso de conferencias dadas a los obreros de Madrid.

La galería feminista se ha enriquecido. Una mujer más levanta su despejada frente, de donde acaban de brotar nuevas ideas regeneradoras de vida obrera. Carmen Cuesta del Muro, sobre ser española, es castellana vieja. Conoce al obrero, le ha tratado, le ha visto trabajar y se ha compadecido tiernamente de la situación que por el mundo atraviesa. Eso es todo. Como de otra manera no puede, ni por su condición de mujer a mayor compromiso está llamada, la joven Carmen Cuesta, que ostenta sin vanidad el título de profesora numeraria de la Normal de Teruel, ha dedicado sus ratos de ocio a la empresa gigante de salvar al obrero. Y en unas conferencias que dió en Madrid esbozó su plan, y a instancias luego de quien lo entiende, trasladó sus apuntes a la imprenta, y... ha salido un libro. Es el que tengo ahora delante. Sencillo, clarísimo, suave, tierno, eminentemente femenino. Reflejo de su gran corazón de mujer apóstol, que por la causa de Dios trabaja, y en salvar a los pobres se complace. Los temas sociales, sobre los que tanto se batalló: capital, trabajo, sociedad, familia... los diluye la joven profesora en arroyos de miel de cariño, para que a los obreros les sepa dulce y a su her

moso y cristiano concepto se aficionen. Debió de hacerse oír cuando en Madrid hablaba, como ahora se hace leer su libro, donde los ecos de su voz se ocultan. Y es que la caridad en los labios o en la pluma hace deleitable lo que otras veces molesta, y convence siempre, sin otras más fuertes razones. Apoya sus temas la novel escritora en la sólida base de talentos cumbres que han dejado en el campo social una huella profunda marcada. Este trabajo, de gran erudición, no va solo. Ella puso algo personal propio, particularísimo. Ha puesto las razones de su alma, que no miente cuando noblemente discurre; ha puesto su corazón con el peso de un cariño que convence; que temas son los de la vida íntima del obrero, que sólo amando mucho se solucionan. Este gran papel llenan las actoras feministas del teatro social. Por eso resulta tan simpática la intervención de la mujer en las cuestiones obreras.

R. SANZ DE DIEGO.

Compendio de Electricidad práctica, por H. SCHOENTJES. Segunda edición.—Versión del Dr. Eduardo Fontseré. Un tomo de 288 págs. en 4.º; G. Gili.—Barcelona, 1916.

Es un Manual escrito principalmente para montadores electricistas. Según el mismo autor nos advierte, su *librito es la reproducción del curso que explica en la Escuela Industrial de Gante a los obreros montadores electricistas*. Describe con claridad y concisión, ilustrándolo todo con multitud de grabados y de algunas fórmulas, las máquinas eléctricas, pilas, dínamos, reostatos, etc. etc., y los principales accesorios para su mejor funcionamiento, poniendo además algunos problemas de carácter práctico; y puesto que es corriente y admitido por las principales autoridades en la materia, quisiéramos que el traductor no nos hablara de volts ni de ampères, etc., sino de *voltios*, *amperios*, etc., etc. ¿Para qué dar pronunciación áspera y difícil a palabras que la tienen en castellano tan hermosa?

Annuaire pour l'an 1916, publié par le Bureau des longitudes.—Un vol. de 580 págs. en 8.º; París.—Gauthier, Villars et Cie.

En él se estudian de modo breve y claro varias cuestiones más o menos relacionadas con la física astronómica, y varios datos de Física y de Química, acompañados de tablas, tan útiles en un librito de esta clase. Citemos algunos epígrafes: *Calores específicos* (367-71 págs.), donde indica la hipótesis moderna, de que los calores específicos de los sólidos decrecen hasta anularse cuando la temperatura se aproxima al cero absoluto, *equivalentes electroquímicos*, *Densidades*, *Radio*, etc.

Fr. A. P.